

CUADERNOS DE GEOPOLÍTICA

LE MONDE *en español*
diplomatique

Para comprender
Ucrania



Para comprender Ucrania

De la colección
*Cuadernos de geopolítica de
Le Monde diplomatique en español*

Editado por Ediciones Cybermonde SL
empresa editora de
Le Monde diplomatique en español

Redacción y administración:
Calle Aparisi i Guijarro, nº 5, puerta 2,
46003 Valencia
Tel.: 96 391 51 13 / 902 212 150
Fax: 902 212 160
Correo electrónico:
admon@mondiplo.com
Internet:
www.monde-diplomatique.es

MONDE *en español*
diplomatique

ISBN: 978-84-95798-22-0

Queda prohibida la reproducción total
o parcial de esta publicación, salvo
acuerdo con la administración.

Para comprender Ucrania

Colección:
Cuadernos
de geopolítica

^{LE}MONDE *en español*
diplomatique

Sumario

| | |
|--|-----|
| Ucrania, plural y divisible | 6 |
| Cronología | 10 |
| Las múltiples piezas del tablero ucraniano | 12 |
| Jean-Marie Chauvier | |
| Signos de fractura en Ucrania | 24 |
| Jean-Marie Chauvier | |
| En Crimea, “¡aquí estoy y aquí me quedo!” | 32 |
| Philippe Leymarie | |
| Crimea, península de todas las discordias | 38 |
| Erlends Calabuig | |
| Ultracionalismo en Ucrania | 56 |
| Emmanuel Dreyfus | |
| ¿Regresa Ucrania a la órbita rusa? | 66 |
| Mathilde Goanec | |
| La crisis económica vista desde Ucrania | 74 |
| Mathilde Goanec | |
| Quiebra política en Kiev | 84 |
| Mathilde Goanec | |
| El péndulo ucraniano | 90 |
| Vicken Cheterian | |
| ‘Gran juego’ alrededor del petróleo y del gas | 100 |
| Régis Genté | |
| Difícil regreso de los tártaros a Crimea | 114 |
| Alexandre Billete | |
| Invadir, deportar, normalizar | 124 |
| Alexandre Billete | |
| Espejismos de revolución en el Este | 132 |
| Vicken Cheterian | |
| “Revoluciones espontáneas”: Una conmoción geopolítica | 142 |
| Régis Genté y Laurent Rouy | |

| | |
|--|-----|
| La Ucrania naranja pierde color | 150 |
| Vicken Cheterian | |
| El mar Negro de puerto en puerto | 158 |
| Jean-Arnault Dérens y Laurent Geslin | |
| Odesa o los encantos de lo superfluo | 172 |
| Irena Wiszniewska | |
| Rusia reaparece en el caladero caucásico | 180 |
| Vicken Cheterian | |
| Los cinco días que estremecieron al Cáucaso | 186 |
| Vicken Cheterian | |
| Guerra y normalización en Chechenia | 198 |
| Gwenn Roche | |
| Viaje a los márgenes de Schengen | 216 |
| Laurent Geslin y Sébastien Gobert | |
| A la búsqueda de la nación rutena | 230 |
| Laurent Geslin y Sébastien Gobert | |
| ¿Hasta dónde se puede ampliar la UE al Este? | 234 |
| Guy-Pierre Chomette | |
| Ucrania llama a la puerta de la UE, tras el no de la OTAN | 244 |
| Mathilde Goanec | |
| Ucrania esquiva la órbita europea | 252 |
| Sébastien Gobert | |
| Cómo reescriben la historia la derecha ucraniana | 258 |
| Jean-Marie Chauvier | |
| La ONU, la Alemania nazi y el genocidio | 270 |
| Jean-Marie Chauvier | |
| En las fosas de Babi Yar | 276 |
| Jean-Marie Chauvier | |
| Historias de Ucrania | 278 |
| Andrei Kourkov | |

Ucrania, plural y divisible

Cristianizada desde el año 988, Rus (Rutenia, Rusia) de Kiev, fundadora de Ucrania o cuna de Rusia según las versiones, desaparece con las invasiones de los mongoles en el siglo XII. En el nordeste se forma Moscovia, que genera el imperio zarista. Las tierras de Ucrania (“confines”, término que aparece en el siglo XVI) se pueblan de comunidades cosacas sucesivamente asediadas por mongoles del principado de la Horda de oro, tártaros del principado de Crimea, después son ocupadas por los turcos, los húngaros, los moldavos y, finalmente, dominadas por la Unión polaco-lituana (siglos XV a XVII), el imperio austrohúngaro, Rusia y la URSS (siglos XVII al XX).

En vísperas de la I Guerra Mundial, el 80% de las tierras ucranianas estaban integradas en el imperio ruso y el 20%, al oeste, en el Imperio austrohúngaro. La I Guerra Mundial y la Guerra Civil rusa, en los años 1917-1920, hicieron que en Ucrania se sucedieran un poder nacionalista bajo el protectorado alemán, gobiernos independentistas, entre ellos el Directorio de Symon Petliura apoyado por los ejércitos polacos en 1920, varios poderes soviéticos, una insurrección anarquista dirigida por Majno en el sudeste y una república galitziana. De 1920 a 1939-1940, el oeste se distribuyó entre Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Hungría. El este y el sur se incorporaron a la URSS. La lengua y cultura ucranianas se desarrollaron allí de un modo sin precedentes, desarrollo que después de 1933 se vería interferido por la política estalinista,

de centralización y “rusificación”, mientras la colectivización forzada y el hambre, y el genocidio nazi después, diezman a la población. La recuperación de las tierras del oeste por Stalin después de 1944 permite unificar Ucrania, que cuenta con un escaño decorativo en la ONU y que en 1954 se extiende a la Crimea rusa, regalo de Jruschov, de origen ucraniano.

Múltiples confesiones religiosas se disputan las almas. Las más influyentes en la actualidad son las dos iglesias ortodoxas (patriarcados de Kiev y Moscú) en el conjunto del territorio y en el oeste, la greco católica de rito ortodoxo denominada uniata (unida a Roma).

La pluralidad cultural caracteriza el sur y el este, zonas que predominantemente hablan el ruso y están pobladas por rusos, ucranianos, tártaros, griegos, rumanos y otras nacionalidades de la antigua URSS. El oeste y el centro son más homogéneos, ucranianos, aunque se encuentran también minorías como la polaca (en Galitzia), rutena (1), húngara, rumana y gitana.

La diversidad es también socioeconómica. Las ciudades del este concentran más de la mitad del potencial industrial y proporcionan al menos las tres cuartas partes de los ingresos del Estado. Las desigualdades, acentuadas por el derrumbe del sistema soviético, reforzaron las peculiaridades regionales. Ucrania no puede sino reconocerse plural y cultivar la ciudadanía política antes que la nacionalidad étnica si quiere no ser demasiado... divisible.

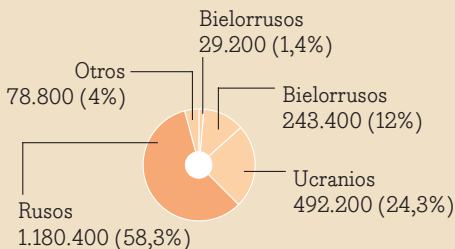
(1) Los autonomistas “rutenos” quieren diferenciarse de los ucranianos.



Población de Ucrania: 43.734.00 (sin contabilizar Crimea)

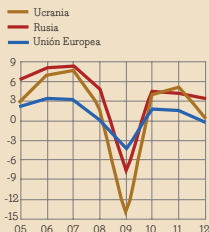
Población de la República de Crimea: 1.966.000.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN CRIMEA

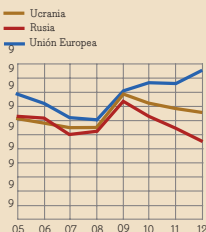


ALGUNOS INDICADORES

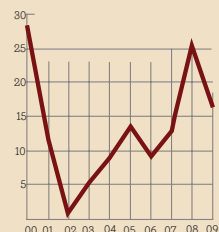
Producto Interior Bruto % de crecimiento anual



Desempleo En % de la población activa



Inflación de Ucrania En %



* Los datos de Ucrania son anteriores a la independencia de Crimea

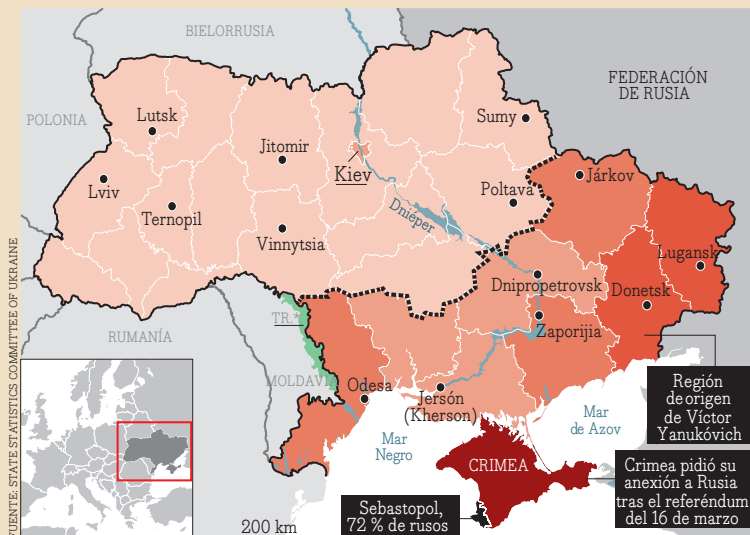
Una separación étnica y política

Reparto de rusos por provincia (óblast) según el último censo disponible (2001, en %)

De 50 a 60
 De 40 a 49
 De 30 a 39
 De 20 a 29
 De 10 a 19
 Menos de 10

..... Línea de división entre el Noroeste, que votó mayoritariamente en 2010 por la proatlantista Yulia Timoshenko, y el Sudeste, que se decantó por Victor Yanukóvich, el candidato prorruso, después presidente ucraniano que afirma desde Moscú que sigue siendo el jefe de Estado legítimo de Ucrania

*Abreviaciones: R.A. República autónoma, TR. Transnistria (Estado autoproclamado)



Los dos únicos accesos terrestres entre Crimea y Ucrania

Puerto militar ruso

Despliegue de tropas de "autodefensa", militares sin instintivo identificatorios pero que la totalidad de desplazados informativos aseguran que son militares del ejército ruso

Soldados ucranianos acuartelados y rodeados por las "fuerzas de autodefensa" prorrusas



Cronología

Febrero de. Nikita Krushev incorporó Crimea a Ucrania.

24 de agosto de 1991. Independencia de Ucrania.

21 de noviembre de 2004. La victoria de Víktor Yanukóvich en la segunda vuelta de las presidenciales es considerada fraudulenta por su adversario Víktor Yúshenko así como por Yulia Timoshenko. Inicio de la Revolución Naranja.

26 de diciembre de 2004. Anulación de los resultados de las elecciones y proclamación de Yúshenko como presidente de la república.

Septiembre de 2005. La primera ministra Yulia Timoshenko dimite.

Agosto de 2005. Yanukóvich pasa a ser el primer ministro de su antiguo adversario.

Febrero de 2010. Yanukóvich es elegido presidente de la república en segunda vuelta frente a Timoshenko. Yúshenko ha sido derrotado por su primer ministro.

Octubre de 2011. Timoshenko es condenada a siete años de prisión por abuso de poder.

Noviembre de 2013. Yanukóvich rechaza la liberación de su oponente y se orienta hacia Moscú, que considera sus intereses amenazados por el acuerdo con la UE.

21 de noviembre de 2013. El Gobierno anuncia que no firmará el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. Inicio de las manifestaciones proeuropeas.

24 de noviembre de 2013. Más de 100.000 personas salen a la calle en Kiev para defender el acercamiento a Bruselas: es la mayor manifestación en Ucrania desde la Revolución Naranja.

29 de noviembre de 2013. Durante la cumbre de la Asociación Oriental en Vilna, Yanukóvich no firma el Acuerdo de Asociación con la UE.

30 de noviembre de 2013. La policía reprime violentamente a centenares de miles de personas que pedían la dimisión del presidente. Inicio de la “eurorevolución” y de la ocupación de la plaza Maidán. Participación activa de grupos de extrema derecha ucraniana.

8 de diciembre de 2013. 800.000 personas se manifiestan en Kiev. Graves enfrentamientos entre policía y manifestantes. Ocupación de edificios públicos

17 de diciembre de 2013. Rusia compra 11.000 millones de euros de deuda soberana de Ucrania y reduce en una tercera parte el precio del gas que le vende.

16 de enero de 2014. El Parlamento vota una ley que limita el derecho

de manifestación, que Yanukóvich promulga al día siguiente.

25 de enero de 2014. Yanukóvich ofrece los puestos de primer ministro y viceprimer ministro a los líderes de la oposición Arseni Yatseniuk y Vitali Klitschko, que ambos rechazan.

28 de enero de 2014. Dimite el primer ministro Mikola Azárov.

18 de febrero de 2014. Violentos enfrentamientos entre la policía y los manifestantes en las calles de Kiev, con el resultado de 28 muertos.

20 de febrero de 2014.

Ucrania sufre la jornada más sangrienta desde el inicio de las manifestaciones con un balance de 77 muertos según las autoridades y un centenar según los medios de comunicación locales. Francotiradores siembran el caos en Kiev. Si en un primer momento se responsabilizó a partidarios de Yanukóvich de estar detrás, una conversación entre el ministro de Exteriores estonio, Urmas Paet, y la representante de la UE para Asuntos Exteriores, Catherine Ashton, han sembrado dudas sobre la autoría, señalando a participantes en Maidán.

21 de febrero de 2014. Los representantes de la oposición firman un acuerdo con el Gobierno con objeto de poner fin a la crisis. Se prevé una vuelta al régimen parlamentario, a un gobierno de unidad nacional y la convocatoria anticipada de presidenciales.

22 de febrero de 2014. El Parlamento decide la liberación de Timoshenko. Yanukóvich abandona el país y denuncia un “golpe de Estado”. Es destituido por el Parlamento.

23 de febrero de 2014. El presidente del Parlamento asume, de forma provisional, las funciones de presidente de la República.

27 de febrero de 2014. Arseni Yatseniuk es nombrado Primer Ministro. Había sido presidente del Banco Nacional y ministro de Economía y Exteriores con el gobierno “naranja”. Es el hombre deseado por EE.UU., según se desprende de una conversación entre el embajador de EEUU en Kiev y la subsecretaria de Estado, Victoria Nuland.

28 de febrero de 2014.

Despliegue de militares (rusos) sin identificación en Crimea.

28 de febrero de 2014.

Despliegue de militares (rusos) sin identificación en Crimea.

16 de marzo de 2014. Celebración de un referendo de independencia en Crimea propuesto por el gobierno autónomo. El 96,77% de los que acudieron a votar se decantaron por la opción secesionista. Días después, el Parlamento de Crimea aprueba solicitar la anexión a la Federación Rusa.

21 de marzo. El presidente Vladímir Putin firma la anexión de Crimea tras la aprobación del Parlamento.

Las múltiples piezas del tablero ucraniano

JEAN-MARIE CHAUVIER.

Periodista, Bruselas. Autor,
entre otros, del ensayo *URSS,
une société en mouvements*,
l'Aube, La Tour-d'Aigues,
1988.

El 26 de diciembre de 2004 vencía,
sin gran sorpresa, en la elecciones
presidenciales Víctor Yúshenko.
Jean-Marie Chauvier analizaba en el
número de enero de 2005 de *Le Monde
diplomatique* los retos urgentes a los que
se debía enfrentar Ucrania: conquistar
la democracia y el progreso social.
Pieza maestra del tablero euroasiático,
ya entonces se encontraba bamboleada
entre los rusos y los occidentales,
¡y con el peligro de romper su unidad
territorial!

“La extensión de la órbita euro-atlántica vuelve imperativa la inclusión de los nuevos Estados independientes ex soviéticos y en particular de Ucrania”. El estratega estadounidense Zbigniew Brzezinski, ex asesor de seguridad del presidente James Carter, había anticipado y preparado el retroceso en curso de la potencia rusa, donde Ucrania debía cumplir un papel decisivo (1). En eso estamos. El trastocamiento geopolítico que se inicia sería el más importante desde la desintegración de la URSS y Yugoslavia. Consistiría en volcar hacia el campo euro-atlántico a un país más grande que Francia, de 48 millones de habitantes, dotado de una competitiva red de oleoductos y de un gasoducto por donde circula el 90% del gas siberiano enviado a Europa. El paso a la acción, la revolución naranja, tuvo lugar en la capital, Kiev, y en el oeste del país, en respuesta a los fraudes masivos en las elecciones presidenciales del 31 de octubre y el 21 de noviembre de 2004.

Los efectos combinados de esa sublevación popular, el apoyo de Estados Unidos, la Unión Europea y medios internacionales casi unánimes, refuerzan las probabilidades de Victoria, en tercera vuelta, del dirigente de la coalición liberal-nacional, Víctor Yúshenko. A mediados de diciembre de 2004, la ola naranja contagia incluso a las regiones del este y del sur, bases del candidato del poder y vencedor oficial de la segunda vuelta, el primer ministro Víctor Yanukóvich. Estas regiones rusófonas, rusófilas, industriales, no se movilizaron activamente por su candidato: reina la desconfianza respecto a las prácticas de un régimen corrupto. El Partido Comunista de Piotr Symonenko, marginado pero influyente, se negó a alinearse con ninguno de los dos bloques, dirigidos ambos, según muchos trabajadores, por “oligarcas que se enriquecieron escandalosamente con las privatizaciones”.

Las solidaridades del este y el sur expresan, más que una adhesión al poder, los intereses de capas populares que temen el cierre de minas y empresas en caso de liberalización radical y ven con recelo el nacionalismo ucraniano occidental. Quienes piensan quedarse con el ganador, se preparan por lo demás para el eventual reinado de Víctor Yúshenko.

Pero la orientación euroatlántica encuentra firmes obstáculos: el peso de Moscú –el gas, las deudas petroleras ucranianas, el problema nuclear– y el hecho de que las regiones orientales garantizan la mayor parte de los dividendos del país. Por no hablar del caso específico de Crimea, ya autónoma, de la base naval rusa de Sebastopol. El candidato del oeste es muy consciente de ello: una “Victoria total” es imposible.

Así pues, como constata un estudio estadounidense, “la derrota de Rusia no es completa”(2). La Unión Europea, embarcada en la subcontratación de la crisis, no quiere que las llamas naranjas provoquen el incendio sobre el río azul de su gas natural. Se impone la búsqueda de un acuerdo si se quiere evitar un escenario sangriento. Sin embargo, la acción directa naranja tiene lugar en el momento propicio. Un estado ucraniano decadente, una sociedad arrasada por la miseria, desangrada por la emigración, social y culturalmente fraccionada, el disgusto frente a costumbres delictivas que han marcado, aquí como en Rusia, el reparto de la propiedad y del poder: esto daba una oportunidad a la desestabilización, que abre a Estados Unidos y a la OTAN un camino más ancho hacia el tablero euroasiático. Además, había urgencia: sobre un fondo de reactivación económica se perfilaba, tanto en Ucrania como en Rusia, la construcción de un nuevo “mercado común” euroasiático, por iniciativa de Moscú.

La revolución naranja venía

preparándose de tiempo atrás. La Administración de Bush habría gastado 65 millones de dólares en favor de Víctor Yúshenko (3). El puntapié inicial de la revolución fue dado el 17 de febrero de 2002 en Kiev. La prestigiosa fundación de Soros (4) prestó su marco a la ex secretaria de Estado [de Estados Unidos] Madeleine Albright, que invitó a los representantes de las 280 ONG de Ucrania a cuestionar el poder establecido y vigilar el desarrollo de las elecciones parlamentarias de marzo. La tecnología de la revolución de la rosa pasó la prueba en Georgia. El 30 de enero de 2004, en el foro de Davos, la presidenta del National Democratic Institute of the USA

mencionó a Ucrania, pero también a Colombia, Nigeria e Indonesia, como las “cuatro democracias-clave” del futuro inmediato.

El 21 de febrero de 2004, todavía en Kiev, seduciendo con las perspectivas de adhesión rápida de Ucrania a la Unión Europea y la OTAN, Albright recordó la carta del 4 de agosto de 2003 en que el presidente George W. Bush aconsejaba a Leonid Kuchma a no aspirar a ningún otro mandato presidencial u oficial (5). Según exigía en marzo, “el salvamento de la democracia en Ucrania” debe formar parte “de la misma agenda que su promoción en Oriente Próximo”. Y anunció que, en caso de fraude electoral, no sólo se sancionaría a Ucrania, sino que se privaría a sus dirigentes “de sus propias cuentas bancarias y de privilegios de visado” (6). Los medios occidentales, movilizados por la causa, guardaron silencio respecto a la participación en la organización de un extenso circuito de instituciones y fundaciones estadounidenses. Que por su parte se enorgullecían: ¿acaso su misión no era expandir por todas partes la Democracia?

En sus campañas, apuntaban con precisión al blanco: regímenes corruptos y sus fraudes electorales. Acusaciones selectivas, por cierto: los presidentes Yeltsin, Putin, Shevarnadze o Kuchma fueron tratados con indulgencia mientras fueron útiles, como lo siguen siendo hoy los regímenes autoritarios de Azerbaiyán, que tienen los grifos del petróleo del mar Caspio y de oleoductos occidentales estratégicos, o de Turkmenistán, rico en yacimientos de gas.

El *western* coloreado de nuestras pantallas de televisión, donde se enfrentan el prooccidental bueno y el malvado prorruso Víctor Yanúkovich, se desarrolla aparentemente en la cándida inconsciencia del peor de los escenarios, que no cabe excluir: el desmembramiento de Ucrania. Hasta tal punto que el presidente del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), Jacques Attali, invitó a los europeos a recordar el “desastre yugoslavo” (7).

En septiembre de 2004, en una llamada al endurecimiento hacia Moscú, Madeleine Albright y el ex presidente checo Vaclav Havel, acompañados por numerosas personalidades de todas las tendencias, curiosamente no dijeron una palabra sobre la guerra de Chechenia

(de la que todo el mundo hablaba después de la toma de rehenes en la escuela de Beslán, a principios de septiembre), sino que suscitaron un tema nuevo, el de las amenazas rusas a “la seguridad energética de Europa” (8). Discurso cifrado, pero revelador de lo que verdaderamente estaba en juego.

¿Desmembramiento de Rusia?

La crisis ucraniana coincide con otros acontecimientos cuyo denominador común es el debilitamiento de Rusia y el hecho de figurar en las rutas del petróleo y del gas (o al lado): acondicionamiento de corredores energéticos destinados a arrebatarles su exportación a las redes rusas, tentativas reiteradas de encender el polvorín caucásico. En el norte, en Chechenia, la guerra rusa y el terrorismo de los radicales rivalizan en la escalada de la barbarie. La tragedia de Beslán, en el país de los osetas cristianos, añade un tizón religioso a la hoguera. El Daguestán multiétnico vecino corre el riesgo de caer en ella. En el sur, los conflictos separatistas se incuban en Georgia (Abjazia, Osetia del Sur) y en Azerbaiyán, enfrentado con Armenia por el Alto Karabaj.

Las derrotas geopolíticas de Vladímir Putin, así como la crisis demográfica y social en Rusia, incitan a ciertos analistas de la CIA a prever un desmembramiento de Rusia en los próximos diez años (9). Zbigniew Brzezinski imagina, desde 1997, una confederación de tres Estados rusos –una Rusia europea, una república de Siberia y otra de Extremo Oriente– y la desagregación del norte caucásico ruso en 2004 (10). La OTAN podría ser inducida a intervenir, dado que según Brzezinski las repúblicas del Cáucaso Norte serían “pequeños enclaves étnicos (...) que siguen bajo dominio ruso” (11). El cofundador de la Trilateral (club cerrado de altos responsables estadounidense, europeos y japoneses) explicita los fines y los medios de una estrategia cuya cabeza de puente debería ser Europa: impedir que Rusia recomponga su poderío, colonizar Siberia, controlar los recursos energéticos. Estas son las apuestas de una nueva guerra fría, que tiene sus antecedentes en el conflicto de Kosovo.

Desde 1989-1991, la desaparición del bloque socialista implicaba la reintegración de su espacio al sistema capitalista. Esa reintegración se produjo en un mundo transformado: globalización de los mercados, papel decisivo de las multinacionales, hegemonía de Estados Unidos, supremacía de la ideología neoliberal. En este contexto, los antiguos países del bloque del Este fueron invitados a representar papeles precisos, de proveedores de mano de obra barata, de materia gris y conocimientos prácticos, de algunos restos de industrias aeroespaciales. Al tiempo que abrían sus mercados a los productos competitivos del mundo exterior, deberían sobre todo extraer y despachar energía hacia la tríada Estados Unidos, Europa, Japón y China (12).

Los Estados surgidos de la antigua URSS abordaron esta integración en desigualdad de condiciones. La Rusia de Boris Yeltsin, la mejor provista en hidrocarburos exportables, la más respetable en tanto potencia nuclear, la más decidida a poner en marcha la terapia de choque liberal, obtuvo naturalmente la prioridad de los favores occidentales. La Ucrania de Leonid Kravtchuk, desprovista de todas estas cualidades (dejó que la desnuclearizaran), no podía sino ser desdeñada. El presidente George Bush padre, ¿no le había aconsejado moderar su “nacionalismo suicida”?

Sólo *a posteriori* se pusieron en evidencia las ventajas de una Ucrania separada de Rusia y alzada contra ella. Corredor energético, vía de penetración de Occidente en el corazón y la frontera meridional de Rusia, con costa en el mar Negro, vecina del Cáucaso y de la cuenca del mar Caspio: tiene un alto valor añadido en términos estratégicos.

Ahora bien, la desintegración de la URSS beneficia a Rusia que se convierte en soberana, mientras que deshereda a la Ucrania independiente. Ésta pierde la ventaja de la energía a los precios soviéticos. Compra el petróleo y el gas a las cotizaciones mundiales. Abrumada pronto por las deudas, Ucrania las cambia por acciones de participación rusa en sus empresas. Pero ambos países necesitan sinergias para recomponer las cadenas tecnológicas dislocadas en 1990-1991. Tras una década de derrumbe –una pérdida superior a la

mitad del Producto Interior Bruto— y de empobrecimiento absoluto para la mayoría, resurgen en Ucrania el crecimiento y las inversiones, al mismo tiempo que en Rusia.

De manera que el Kremlin no carece de bazas, ni de aliados. Sus amigos ucranianos no son sus vasallos. En 2004, el gobierno de Kiev prefirió, antes que la apropiación rusa del gasoducto, una cogestión ruso-ucraniana. En privatizaciones recientes, Víctor Yanukóvich habría rechazado tanto los avances rusos como las ofertas estadounidenses, privilegiando a un grupo ucraniano oriental.

De hecho, quien gobierna las relaciones industriales es un régimen de clanes heredado de la época soviética. Un clan reina en Donbass, otro en Dniepropetrovsk, un tercero en Kiev.

Una guerra fría entre capitalismo

Las prácticas nepotistas y mafiosas no están menos expandidas en el oeste, aunque de modo distinto. El banquero Víctor Yúshenko cuida a los inversores occidentales. Su aliada, Yulia Timoshenko, habría desviado en beneficio propio algunos cursos de gas siberiano. Pero, también en el oeste, se eligieron las tecnologías rusas para nuevas centrales nucleares. En este contexto se establece un Espacio Económico Único –Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Kazajistán– alternativo a la Unión Europea.

A partir de 1999, Rusia multiplica las iniciativas industriales, petroleras, militares y comerciales, con el fin de restaurar su poderío y compensar la penetración estadounidense en el espacio ex soviético.

Los proyectos euroasiáticos del presidente Vladímir Putin, su reactivación de los programas de armamento nuclear, su llamada al orden a ciertos oligarcas petroleros, la revisión de las privatizaciones “ilegales” de los años de 1990, son otros tantos signos del nuevo vigor de Rusia y su capacidad de obstaculizar. La crisis en Ucrania es la oportunidad para hacer saber a Putin que está excediendo los límites. Pero el presidente ruso se enardece. Faltando a su proverbial prudencia, acusa, sin nombrarlo, a Estados Unidos –su “aliado estratégico” a partir del 11 de septiembre de 2001– de

“dictadura” en los asuntos internacionales y de voluntad unipolar. Ideólogos antioccidentales, como Alexander Dugin, preconizan para Rusia una opción “euroasiática”. La incipiente guerra fría no tiene, como antes, el sentido de un enfrentamiento entre sistemas opuestos. Se trata de debilitar a un capitalismo en potencia, Rusia, a través de otro, Ucrania, mucho menos adentrado en la senda liberal deseada. Aunque ciertas querellas ideológicas persistan y envenenen las relaciones entre Moscú y Kiev, entre Donetsk y Lviv.

En el momento en el que se desencadena la Revolución Naranja, un semanario cultural publica, en primera plana, un fotomontaje que muestra una fila de supuestos diputados europeos liliputienses luchando contra los Gulliver del ejército rojo con uniformes de la II Guerra Mundial. En la página 2, se ve la imagen de manifestantes del este de Ucrania exhibiendo una pancarta: “No a la Banderovchchina” (13). ¿Cuál es el mensaje? La Victoria en 1945 sobre la Alemania nazi, cuyo 60º aniversario se preparan para festejar los ex soviéticos, el 9 de mayo de 2005, sería liquidada en Occidente, en el Parlamento Europeo (14), y denigrada en el oeste de Ucrania. Esta es la revancha del “jefe fascista Bandera” (15).

Hay que decir que rusos y ucranianos ya no leen los mismos libros de historia. Los combatientes de la OUN (Organización de los Nacionalistas Ucranianos), según los soviéticos colaboradores de la Alemania hitleriana y cómplices del genocidio nazi, son parcialmente rehabilitados en Kiev. El Ejército Rebelde Ucraniano (UPA) y Stepán Bandera son presentados como patriotas que han combatido en dos frentes, “el nazi y el estalinista” (16). En Galitzia y en Ivano-Frankivsk, la revisión del pasado llega incluso a rendir homenaje a la división SS Galitzia. El Centro Cultural ruso de Lviv fue mancillado con esvásticas y consignas antisemitas, vuelve a ponerse de moda la denuncia de los moskali-Kike [pro-moscovitas (17) judíos]. Si bien tiene el apoyo de algunos partidos de extrema derecha, Yúshenko ha marcado distancia respecto a los más radicales, nostálgicos de los SS.

Oficialmente, bajo el régimen de Leonid Kuchma se celebraron

las hazañas del ejército rojo y al mismo tiempo se recalificó a sus adversarios nacionalistas como movimiento de liberación nacional frente a un régimen estalinista acusado del “genocidio del pueblo ucraniano” durante la hambruna de 1932-1933.

Según el historiador ucraniano Taras Kuzio, en esas apuestas por la memoria y por la reconquista de las almas tiene un papel esencial la diáspora de Estados Unidos, principalmente originaria de Galitzia y políticamente muy influida por las diversas ramas de la OUN que, dejando a un lado a una minoría fascistizante, está consagrada a la causa de la democracia. Después de 1991, ocupó en Ucrania, por amplia mayoría, los campos de la educación, la cultura y los medios de comunicación. Su proselitismo es destacable, en comparación con el vacío ideológico de la ex nomenklatura (18).

Nueva nación política

El resurgimiento de la idea ucraniana rivaliza con la enorme atracción que Occidente ejerce en la juventud, que se aleja a la vez del pasado de la URSS y del presente de Rusia. El intelectual ruso nacional-conservador Alexander Tsipko (19) deplora la pérdida de la “Rusia histórica” en Ucrania oriental y meridional, pero reconoce el surgimiento, en el centro y el oeste, de una “nueva nación política”. Allí ha crecido una generación que no ha conocido la comunidad soviética y no vive, como el este ucraniano, en simbiosis con la Rusia actual. Esa generación fue la que salió a las calles en Kiev. Rusia y el este ucraniano sólo podrían acercarse a ella si optaran por una liberalización más radical. Los liberales rusos esperan un contagio naranja en su país. El Partido de la Unión de las fuerzas de derecha, políticamente deshecho en Rusia, vino a saludar en Kiev, a través de su líder Boris Nemtsov, la Victoria de sus aliados de Nuestra Ucrania. Y denunció con virulencia a su propio país como el líder de los Estados canalla.

En este inicio de 2005, continúa la batalla por las legislativas de 2006. La recomposición política será más determinante que la reforma constitucional deseada por el presidente Leonid Kuchma,

rechazada por los *naranjas* y sus patrocinadores estadounidenses, que fue finalmente votada en la Rada (Soviet) suprema el 8 de diciembre de 2004 con el asentimiento de Yúshenko, a cambio de garantías sobre la “honestidad” del escrutinio del 26 de diciembre y de un relativo aislamiento de su rival, Yanukovitch, forzado a abandonar su puesto de primer ministro. En principio, esta reforma debería culminar con el reemplazo del actual régimen presidencial por una democracia parlamentaria.

Al mismo tiempo, se ha reiniciado el debate sobre la eventual federalización del país. Pero el desmembramiento de Ucrania ya está en marcha. Siendo plural y divisible, ¿sabrá preservarse dentro de un nuevo *modus vivendi*?

La crisis ucraniana plantea otras preguntas. ¿Qué ventajas traería a Europa y Ucrania su acercamiento, para jugar en contra de Rusia en lugar de jugar junto con ella? ¿En qué las favorecería una guerra fría elaborada al otro lado del Atlántico con intermediarios en Praga, Riga y Varsovia? ¿Podría, por lo demás, la Unión Europea, hacer honor a las promesas de rápida integración de Albright?

Frente a ciertas desestabilizaciones en las que evidentemente no tiene ningún interés, ¿seguirá dejando el Kremlin que le opongán obstáculos, mientras implora un lugar secundario... y las inversiones que le son indispensables, especialmente para mantener la renta petrolera? Sería de extrañar que la crisis ucraniana no tuviera serias repercusiones en Moscú.

(1) Zbigniew Brzezinski, *Le vrai choix*, Odile Jacob, París, 2004.

(2) Peter Zeihan, “Russia, After Ukraine”, 10 de diciembre de 2004, <http://www.stratfor.com>

(3) Mat Kelley, Associated Press, 11 de diciembre de 2004.

(4) La International Renaissance Foundation (IRF) declara haber gastado 50 millones de dólares en sus obras, entre 1990 y 1999.

(5) *Zerkalo Nedeli*, Kiev, 28 de febrero y 2 de marzo de 2004, <http://www.obozrevatel.com>

(6) *The New York Times*, 8 de marzo de 2004.

- (7) *Le Figaro*, París, 7 de diciembre de 2004. Debate con Hélène Carrère d'Encausse.
- (8) “Cessons d’embrasser Poutine”, *Le Monde*, París, 30 de septiembre de 2004.
- (9) *The Independant*, Londres, 30 de abril de 2004.
- (10) Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona, 1998.
- (11) Zbigniew Brzezinski, *Le Grand Choix*, Odile Jacob, París, 2004, p.135
- (12) “Quelle place pour la Russie dans le monde?”, en *Les guerres antiterroristes*, Contradictions, Bruselas 2004.
- (13) Por el nombre de Stepán Bandera, ex jefe de la OUN (Organización de los Nacionalistas Ucranianos) a la que declaró responder el Ejército de Insurrección Ucraniano (UPA) a partir de 1942.
- (14) Diputados del Parlamento Europeo han instado a boicotear las ceremonias del 9 de mayo de 2005 en Moscú, donde se conmemorará el 60º aniversario de la Victoria sobre la Alemania nazi.
- (15) *Literaturnaia Gazeta*, del 1 al 7 de diciembre de 2004
- (16) Véase Bruno Drweski y otros: “L’Ukraine, une nation en chantier” en *La Nouvelle Alternative*, nº36, diciembre de 1994, y para los puntos de vista de la historiografía ucraniana reciente, Mykola Riabtchouk, *De la “Petite-Russie” à l’Ukraine*, prefacio de Alain Besançon, L’Harmattan, París, 2003, y Olivier de Laroussilhe, *L’Ukraine*, col. “Que saisje?”, PUF, 2ª edición puesta al día en 2002.
- (17) Partidarios de Moscú.
- (18) Sobre la influencia de la diáspora y, dentro de ella, de la OUN, véase Taras Kuzio en *Courrier des Pays de l’Est*, nº1002, febrero de 2000.
- (19) Ex ideólogo del PC soviético donde fue pionero del anticomunismo a finales de los años ochenta, Alexander Tsipko se alió con Boris Yeltsin para separarse después. Defiende, junto a otros, una “idea nacional” en la que Rusia conservaría una parte de sus herencias zarista y soviética, beneficiosas para su modernización.
- (6) <http://www.opex360.com>

Signos de fractura en Ucrania

JEAN-MARIE CHAUVIER.

Periodista, Bruselas. Autor,
entre otros, del ensayo *URSS,*
une société en mouvements,
l'Aube, La Tour-d'Aigues,
1988.

Apenas dos años después del desmembramiento de la URSS, Ucrania se preparaba para elegir a su nuevo Parlamento. Jean-Marie Chauvier escribía este artículo para el número de marzo de 1994 (inédito en castellano). Las ilusiones de los primeros momentos de la independencia se desvanecían por culpa de las dificultades económicas. Los movimientos sociales se multiplicaban, particularmente en el este de Ucrania. Ya en 1994 aumentaban el número de voces que reclamaban un acercamiento a Rusia y avivaban los temores de los nacionalistas ucranianos así como las tensiones entre las diferentes regiones del país.

El 8 de diciembre de 1993, en el bosque de Bialowieza cerca de Minsk, Borís Yeltsin, Leonid Kravchuk y Stanislav Shushkevich, presidentes respectivamente de Rusia, Ucrania y Bielorrusia decidieron secretamente poner fin a la existencia de la Unión Soviética. La “partida de caza” de los tres jefes de Estado fue plenamente aprobada por los tres Parlamentos. Pero en Ucrania, donde el Parlamento ha de reelegirse el 27 de marzo de 1994, las consecuencias de esta decisión, que lleva consigo la independencia, resultan problemáticas. El resultado de las elecciones permitirá evaluar el camino recorrido así como la magnitud de la disidencia en el este del país, de mayoría rusófona. El mismo día, los habitantes de la península de Crimea celebrarán un referéndum sobre la secesión de su región (1). Leonid Kravchuk se ha opuesto ya a “cualquier modificación de fronteras”. Preocupa la aparición de un conflicto en el este de Europa, de una “nueva Yugoslavia”, como se advierte en un informe reciente de la CIA (2).

Tras dos años de independencia, de paz civil y de tolerancia interétnica, ¿está Ucrania al borde del caos? Los efectos de la “terapia de choque” que ha devastado a Rusia han tenido repercusión en Ucrania, a pesar de haber rechazado tomar la misma medicina. Parapetada tras su autarquía monetaria, considerada tanto por Moscú como por Washington como el peor alumno de la clase de la era postsoviética, esta república no tenía los medios para garantizar su elección separatista: ni petróleo ni gas. Además, se le invitó a deshacerse de su armamento nuclear (3).

Tras la muerte de la Unión Soviética no todas las repúblicas contaban con las mismas bazas. Por lo que se refiere a la renta per cápita, las repúblicas bálticas estaban en cabeza, seguidas de Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y Kazajistán.

Al igual que otras regiones meridionales, Ucrania tiene a su favor el clima y la fertilidad de sus tierras; en contrapartida, sus instalaciones industriales –metalurgia y minería– están obsoletas y los costes de su reconversión son exorbitantes. Kiev va a pagar cara una independencia que Moscú aprovecha en el plano económico.

Ucrania aportaba a la URSS el 23% de la producción agrícola, el 25% de la producción de carbón y el 35% de la de acero, pero tenía que importar el 60% de su energía y cerca de la mitad de los bienes de consumo y de la madera. Por su parte, Rusia producía el 90% del petróleo y el 75% del gas soviéticos, con posibilidad de exportarlos en cantidades importantes. Como “heredera” internacionalmente reconocida de la URSS, acapara lo más importante del patrimonio común y es la única de las antiguas repúblicas soviéticas, junto con Turkmenistán, en disponer del “arma energética”: el petróleo se vendía en el interior de la URSS a tan sólo el 19,4% de su precio mundial y el gas al 21,4% (4).

Liberada de estos compromisos (5), Rusia puede comercializar su energía a precios más elevados y en divisas fuertes. Las entregas a los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) se ha reducido a la tercera parte y las de Ucrania a la mitad. En 1994, de los 50 millones de toneladas de petróleo que necesita menos de la mitad proceden de Rusia, a un precio que varía entre 75 y 80 dólares la tonelada (6). A Kiev su energía le cuesta 13.000 millones de dólares al año, un gasto que repercute en los precios de producción, mientras que los productos agrícolas ucranianos no encuentran salida en Occidente, a pesar de las promesas hechas antes de la independencia.

Con algunos ricos e infinidad de pobres, Ucrania, que estuvo integrada al 80% en las cadenas de producción de la Unión Soviética, sufre su ruptura más que Rusia. La repercusión ha sido importante en sectores como el de la construcción de maquinaria y el de la minería de carbón. El país ha perdido una gran parte del mercado soviético al que proporcionaba el 43% de los frigoríficos y el 34% de piezas para automóviles. La desregulación general ha llevado a muchos a la pobreza pero ha enriquecido a unos pocos. Se calcula que un 0,5% de la población posee entre 11.000 y 12.000 millones de dólares, la mayor parte depositados en cuentas en el extranjero. Según el Fondo Monetario Internacional (FMI), en 1992 se evadieron 2.200 millones de dólares y en 1993 fueron 3.000 millones (7).

La reducción brutal del nivel de vida ha provocado olas de huelgas durante el verano de 1993 en las regiones de Donbass y Zaporje, en el este del país, y han dado lugar a reivindicaciones de autonomía. Para calmar el descontento –mayor que el de Rusia–, el Gobierno ha utilizado el procedimiento de las primas, que ha permitido subir el sueldo a los trabajadores de las fábricas y a los mineros, pero en una moneda inservible en Rusia, tan sólo a algunas decenas de kilómetros de sus lugares de trabajo. Para ellos el rublo es una “divisa fuerte” y para conseguirlos miles de ucranianos venden sus hortalizas en las zonas fronterizas, o en Moscú en los alrededores de la estación de Kiev.

Aún peor, equipos de mineros de la región de Donbass desertan de su trabajo para ir a las minas de los Urales o de Siberia. Si la crisis es más aguda que en Rusia, los ucranianos pueden amortiguar el choque en el campo y en las regiones agraciadas por la naturaleza. La “vuelta a la tierra” no es ya una utopía y los koljós ceden tierras a las familias para garantizar su autosubsistencia. Los “huertos obreros” se multiplican en la periferia de las ciudades y miles de ciudadanos se dedican a su cultivo. La socióloga Irina Pribytkova califica este fenómeno, que ya era perceptible en los años 1980, de “movimiento popular para un modo de vida más sano y, hoy, simplemente para la supervivencia” (8).

Pero cada región vive la crisis de manera diferente. Las provincias más periféricas se abren cada vez más al intercambio con sus países vecinos: la del oeste hacia Polonia, Transcarpatia hacia Hungría y Eslovaquia, Odesa hacia los países ribereños del mar Negro. Esta voluntad de crear “zonas económicas libres” preocupa en Kiev por el temor de un hipotético desmembramiento del país.

Donde más se sufre, sociológica y psicológicamente, el fenómeno de la “nueva frontera de Estado” es en el margen izquierdo del Dniéper y en las zonas limítrofes con Rusia, por las dificultades que supone para los intercambios económicos y los contactos humanos. Crimea es un caso aparte dado que, por razones históricas, ha estado siempre muy integrada en la economía rusa. Sueña con volver

a ser el destino turístico de lujo de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Este es el marco de crisis económica y social y de tensiones regionales en el que se está desarrollando la campaña de las elecciones del 27 de marzo de 1994.

Los desafíos a los que se enfrenta Ucrania son similares a los del resto de los antiguos países socialistas: la propiedad, el poder y su reparto entre la antigua nomenklatura y la nueva burguesía, y tanto una como la otra tratan de manejar los resortes del Estado, de las regiones y de las reformas. La lucha es menos violenta que en Rusia debido a que no ha triunfado ninguna opción radical. En la vida política ha dominado el interés por la construcción del Estado independiente y por la reafirmación de la identidad nacional (9). La independencia de Ucrania es menos el resultado de una fuerte “conciencia nacional” que de la voluntad de una clase política deseosa de liberarse de la tutela de Moscú: al “autodisolverse”, el antiguo partido único ha buscado apoyar la causa de su jefe Leonid Kravchuk, actual presidente. Apoyando, en su propio provecho, los temas favoritos del nacionalismo, ha evitado las derivas y escaladas de su homólogo serbio Slobodan Milosevic, haciendo de Ucrania un modelo de tolerancia interétnica.

En un primer momento los nacionalistas han aceptado, con mayor o menor entusiasmo, la preponderancia de los ex comunistas, que no se han despellejado como en Moscú y que han puesto su experiencia, la Administración, el Ejército y la policía al servicio del nuevo Estado. Pero este estado de gracia ha llegado a su fin y ha dado paso al estado de emergencia. En vísperas de las elecciones, lo más urgente para los nacionalistas es la construcción del Estado, la depuración de los “comunistas” y el despertar de la conciencia étnica peligrosamente dormida.

Las referencias y los héroes de la era soviética han sido sustituidos por las glorias de una historia nacional de dudosa credibilidad. Incluso se ha revisado la guerra de 1941-1945: se ha rehabilitado la “resistencia nacional” de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), dirigida por su jefe legendario Stepán Bandera y sus ex

combatientes son tratados como los del Ejército rojo o los partisanos. Esta convulsión de los símbolos preocupa no sólo a los antifascistas sino a todos los rusos, incluidos los anticomunistas, para los cuales la lucha contra Hitler sigue siendo sagrada. Pero los nacionalistas radicales quieren todavía más. En Lvov, bastión reconstruido de la OUN, se rinde homenaje a la división SS Galizia; se legalizan las milicias paramilitares prohibidas por el Parlamento de Kiev y relacionadas con la organización ultranacionalista Asamblea Nacional Ucraniana: han luchado en Georgia al lado de los abjasios y desfilaron en Lvov el 18 de diciembre pasado haciendo el saludo fascista.

Esta vitalidad de los extremistas, todavía marginales, podría reforzarse con el éxito de Zhirinovski en Rusia (10). Los nacionaldemócratas del partido Rukh se inquietan incluso si, en Lvov, participan con las autoridades locales en la represión de las actividades antiucranianas y comunistas. Un amplio frente de partidos nacionalistas hace un llamamiento para parar el gran peligro que supondría la Victoria de los “prorrusos” y la “extrema izquierda” en las elecciones (11). Las divisiones políticas coinciden con las de las regiones y de la historia. Al oeste, particularmente en Galizia y Lvov, modeladas por el Imperio austrohúngaro y Polonia e incorporadas tarde a la Unión Soviética, un número importante de ciudadanos se sienten investidos de una misión a favor de la “ucranianidad” y de su idioma. El resto de Ucrania, unido a Rusia desde hace tres siglos, de los cuales setenta años bajo el poder soviético, caracterizado por el mestizaje de las familias y de la lengua, mayoritariamente rusófona –incluida Kiev– es visto como una tierra de misión. La polémica continúa entre los partidarios de una “ucranianización” del Estado y los adeptos de una Ucrania de los pueblos, federalista y multicultural. Pero el asunto principal de la campaña electoral sigue siendo la economía, en particular la necesidad o no de volver a entablar relaciones con Rusia y la CEI. Porque ya no son las relaciones de fuerzas políticas y militares las que garantizan el predominio de Moscú sino las leyes de los mercados mundiales impuestas por Rusia en el antiguo espacio soviético.

Es la hora del capitalismo y Moscú propone a Kiev cambiar su deuda por la entrada en el capital de las refinerías de petróleo y en las fábricas de equipos para los gasoductos. Frente a esta situación, los liberales ucranianos están divididos. Para los centristas del *lobby* industrial, con Leonid Kuchma, ex primer ministro y Vladímir Grinev, ex vicepresidente del Parlamento, la decisión está tomada: las reformas, dicho de otra manera, la supervivencia de Ucrania pasa por una “alianza estratégica con Rusia”. Estas palabras suponen una valoración del camino recorrido desde la independencia...

(1) Erlends Calabuig, “La Crimée, terre de toutes les discordes”, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 1994.

(2) *Niezavissimaia Gazeta*, 5 de febrero de 1994 y *Le Figaro*, 28 de enero de 1994.

(3) Sobre las críticas rusas a la postura ucraniana: *Argoumenty i Fakty*, n.º 38, septiembre de 1993. Sobre las críticas occidentales: *The Economist*, 27 de diciembre de 1993.

(4) *The Economy of the USSR*, Banco Mundial, Washington, 1991.

(5) Sobre las “transferencias implícitas” de Rusia hacia las otras repúblicas: Informe de la Comisión Europea “*La situation économique et les réformes en l’Union soviétique*”, L’Harmattan, París, 1991.

(6) *Izvestia*, 25 de diciembre de 1993.

(7) Estimaciones de la fortuna de Vladímir Grinev, ex vicepresidente del Parlamento ucraniano. Los datos del FMI proceden del *The New Times*, Moscú, n.º 1, 1994.

(8) Irina Pribytkova, *Filosovskaia i sotsiologitcheskaia mysl*, n.º 3, Kiev, 1992.

(9) Chrystia Freeland, “Ukraine: une surprenante alliance”, en Alain Gresh (dir.), *À l’Est, les nationalismes contre la démocratie?*, Ediciones Complexe, Bruselas, 1993.

(10) Jean-Marie Chauvier, “La Russie réclame moins de choc et plus de thérapie”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 1994.

(11) Entre ellas, el Partido Comunista (reconstituido), el Partido Socialista, el Partido del Trabajo, el Movimiento por el renacimiento de Donbass y otras formaciones de izquierdas, autonomistas y rusófilas.

**En Crimea,
“¡aquí
estoy
y aquí
me quedo!”**

PHILIPPE LEYMARIE.

Periodista.

El periodista Philippe Leymarie analizaba el pasado 28 de febrero de 2014 para los lectores de *Le Monde diplomatique* (artículo inédito en castellano) la crisis de fronteras en la península de Crimea. Un enfrentamiento geopolítico en el punto donde se encuentra Occidente con el Este.

“¡Aquí estoy y aquí me quedo!” fue lo que dijo el general francés Mac Mahon tras la toma de la colina de Malakoff en el asedio a Sebastopol durante la Guerra de Crimea: la de 1854-1855, en la que franceses y británicos trataron de salvar al Imperio otomano del “imperialismo” ruso...

El conflicto ocasionó un total de 120.000 muertos de los cuales 95.000 fueron franceses, escribe nuestro colega Olivier Berger, de *La Voix du Nord* (1), quien nos recuerda que la península de Crimea es rusa desde el siglo XVIII (con la creación de la primera flota del mar Negro durante el reinado de la emperatriz Catalina II).

En 1954, Crimea se integró en la República Socialista Soviética de Ucrania. Durante la Guerra Fría, el puerto de Sebastopol fue la base de la V Flota, compuesta por una cincuentena de navíos que cubrían el Mediterráneo y el océano Índico. Tras la caída de la Unión Soviética en 1991 y las tensiones subsiguientes, Crimea obtuvo el estatuto de región autónoma en el seno de la nueva Ucrania, y, en el terreno militar, se decidió compartir la flota (cuyas cuatro quintas partes siguieron siendo rusas), así como a firmar en 1997 un acuerdo de estacionamiento de la misma, por un periodo de veinte años.

En marzo de 2010, Moscú aprovechó la vuelta al poder de Víctor Yanukóvich, un presidente que les era afín, para prolongar hasta 2042 el acuerdo de utilización del puerto de Sebastopol, con un periodo opcional de cinco años adicionales, todo a cambio de una rebaja en el precio del gas ruso y de la financiación de una parte de la deuda ucraniana. En este contexto las relaciones entre Kiev y Moscú iban viento en popa y la consecución de mejores condiciones para el estacionamiento de la armada rusa servían de “moneda de cambio” para apuntalar una economía ucraniana en decadencia. En diciembre de 2013, Vladímir Putin y Víctor Yanukóvich firmaron un preacuerdo para autorizar la modernización progresiva de la flota rusa en el mar Negro; estaba también previsto firmar, durante el primer trimestre de 2014, un acuerdo sobre los derechos arancelarios del material militar ruso en Ucrania y otro relativo al movimiento de navíos, aviones y soldados rusos.

Inspección repentina

Todo esto se ha puesto en cuestión. De momento, durante los últimos días se han multiplicado las “reafirmaciones” militares rusas así como las advertencias ucranianas. En Crimea, durante las últimas horas, han tenido lugar manifestaciones de los “amigos de Rusia”, se han enarbolado banderas rusas, se han ocupado lugares estratégicos, ha habido movimiento de vehículos blindados e, incluso, de barcos de guerra (por confirmar): el navío de desembarco Nikolái Filchenkov, con base en Temriuk (Rusia), habría conducido a algún lugar de Crimea a centenares de soldados, una decena de BTR-80 (transportes de tropas) además de a otros ochenta vehículos blindados, de acuerdo con lo publicado en el sitio de Internet de la marina (2).

Cuatro navíos de la ciudad rusa de Kubinka, con un regimiento a bordo, se habrían dirigido también hacia Sebastopol, según publica el periódico *Izvestia* (3). Cuatro Iliouchine Il-76 habrían llevado a cabo el transporte aéreo, en particular de tropas especiales aerotransportadas de la ciudad de Anapa, al borde del mar Negro, desde una base cercana a Moscú. Seis helicópteros de transporte Mil MI-8 habrían sido también enviados a la zona en crisis.

El ministro ruso de Defensa, el general Serguéi Shoigú, declaró el miércoles 26 de febrero que, “por orden del presidente de la Federación Rusa Vladimir Putin, comandante supremo de las Fuerzas Armadas, (...) las tropas de la región militar del oeste y todas las unidades militares [como las] de la región militar central han sido movilizadas para una inspección repentina y exhaustiva de la preparación de las tropas”. Estas regiones militares son las fronterizas con Ucrania.

El comunicado del Ministerio de Defensa especifica que en estas maniobras, participarán ciento cincuenta mil miembros de las Fuerzas Armadas, hasta noventa aviones, más de ciento veinte helicópteros, ochocientos ochenta carros de combate, más de mil doscientos vehículos militares y hasta un total de ochenta barcos, con la participación de la defensa aeroespacial, tropas aerotransportadas y aviones de transporte militar. La vuelta a los cuarteles se anunció, en principio, para el día 7 de marzo.

Sin limitación jurídica

El ministro ucraniano de Asuntos Exteriores había convocado el jueves 27 de febrero de 2014 al encargado de negocios ruso, Andréi Vorobiev, para recordarle que Rusia era el garante de la integridad territorial de Ucrania y para pedirle que los militares de la flota del mar Negro “se abstuvieran de cualquier movimiento fuera del perímetro en el que están acantonados”. Por su parte, Alexándr Turchinov, presidente provisional de Ucrania, manifestó en el Parlamento de Kiev: “Me dirijo a los jefes de la flota del mar Negro: todos los militares deben permanecer en el territorio previsto en los acuerdos. Todo movimiento de tropas armadas será considerado como una agresión militar”.

En Moscú, el ministro de Defensa, Serguéi Shoigú, declaró que si se decidieran movimientos de tropas en Sebastopol sería para “garantizar la integridad de las instalaciones, infraestructuras y arsenales”. “Vigilamos la situación en Crimea así como la de nuestra flota en el mar Negro –afirmó, añadiendo–. El desplazamiento de determinadas unidades de la flota del mar Negro se ha llevado a cabo en conformidad con los acuerdos en vigor y no necesita ninguna aprobación”. Por su parte, el viceministro ruso de Defensa, Anatoli Antónov, declaró que, a día de hoy, “todas las divisiones y unidades llevan a cabo sus actividades ordinarias, incluidas las relativas a su preparación para el combate –añadiendo que– no existe ninguna limitación jurídica para tal cosa”.

Mares calientes

Lo que Moscú no podrá obtener por la vía de las discusiones amistosas con su ex aliado Yanukóvich buscará conseguirlo presionando a favor de la autonomía máxima para Crimea, protegiendo en la mayor medida posible sus instalaciones en Sebastopol y desarrollando –para más adelante– la instalación de una nueva base naval en el mar Negro, en Novorosíisk, 300 kilómetros más al este, en territorio ruso, en la región de Krasnodar. Mientras tanto, además del “aquí estoy, aquí me quedo”, se trata de llevar a cabo una política de hechos consumados.

Para Rusia, Sebastopol sigue siendo un anclaje estratégico fundamental, en las proximidades del Cáucaso, y abierto al Mediterráneo y al conjunto de los “mares calientes” (a pesar de la necesidad de atravesar el Bósforo, controlado por Turquía, que es miembro de la OTAN). En la base residen veinte mil soldados con una docena de barcos, un aeropuerto militar, etc. Allí amarra el impresionante crucero Moskva además de varios navíos especializados en operaciones anfibas.

Está previsto que sea allí donde tenga la base uno de los barcos de proyección y mando (BPC) de la clase Mistral comprados a Francia por la marina rusa. Con motivo de la celebración el año pasado del doscientos treinta aniversario de la creación de la base, el comandante en jefe de la flota del mar Negro, el vicealmirante Fedotenkov, declaró que, desde ese momento hasta el final de esta década estaba previsto que se asignaran a la base una veintena de nuevas unidades de barcos y submarinos, en el marco del espectacular plan de rearme lanzado por Vladímir Putin.

Este dispositivo consta de un sistema de defensa costera (4) formado por tres baterías de tipo Bastion dotadas de misiles antibuque P-800 Onix, “el más rápido del mundo”. Está previsto que una cuarta batería sea desplegada en la región de Anapa.

Pero, como se indica en la página web Zone Militaire (5), “el presidente provisional ucraniano puede hacer a la flota rusa todas las advertencias que considere oportunas, pero si esta recibe la orden de intervenir no será la marina ucraniana quien se lo impedirá, con su única fragata U130 Hetman Sahaydachniy y su único submarino Foxtrot U01 Zaporizhzhia (al que se le oye evolucionar a kilómetros a la redonda) y sus tres o cuatro corvetas de la época soviética”.

(1) <http://defense.blogs.lavoixdunord.fr>

(2) http://www.flot.com/news/navy/?ELEMENT_ID=161477

(3) <http://izvestia.kiev.ua/article/60373>

(4) <http://www.rusnavyintelligence.com/article-la-flotte-de-la-mer-noire-se-fortifie-115079929.html>

(5) <http://www.opex360.com>

Crimea, península de todas las discordias

ERLEND S CALABUIG.

Periodista, Radio France
Internationale.

En el número de enero de 1994 (inédito en castellano) el periodista Erlends Calabuig publicó esta crónica que analiza las fricciones entre Kiev y Moscú por Crimea. La progresión que se vivía en ese momento de los ultranacionalistas en Rusia, dirigida por Vladímir Jirinovski, quien no escondía su hostilidad hacia la independencia de Ucrania, avivó el enfrentamiento entre Moscú y Kiev. Tres asuntos apasionantes oponían entonces a estas dos capitales: la antigua flota soviética del mar Negro, que compartían, los ingenios nucleares ubicados en Ucrania y el futuro de Crimea, esa tradicional tierra de discordias por su situación estratégica. En esta república autónoma, mayoritariamente poblada por rusos, pero que dependía políticamente de Kiev, las tensiones se agravaban conforme se aproximaba el 16 de enero (de 1994), fecha en la que se celebraron las elecciones presidenciales locales.

Sebastopol-Norte, principal base naval de Crimea, embarcadero 8. Los navíos de guerra, uno junto a otro, fondean en la bahía de Poulet. Las barreras se abren. Sobre todo, no hay que hablar una lengua extranjera. La zona está “estrictamente prohibida”. Sobre el muelle, sorpresa: jóvenes marinos juegan informalmente al fútbol entre las amarras. Como si, a base de consignas y contraconsignas, de ucases y de contraucases, Rusia y Ucrania no se estuvieran enfrentando desde hacía meses por recuperar los 350 barcos de la flota del mar Negro (1).

En teoría, desde los acuerdos de Dagomys, concluidos en junio de 1992, esta flota está dividida a partes iguales entre Rusia y Ucrania y situada bajo el mando del almirante Edouard Baltine hasta el reparto definitivo, en 1995.

En la práctica, hay dos flotas, tres pabellones... y la mayor confusión.

En el mástil de algunos barcos auxiliares, los fieles de la Gran Rusia han izado la cruz de San Andrés. Los otros navíos continúan enarbolando los colores de la antigua Marina soviética, sea por nostalgia de la URSS, sea por sumisión a la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Bloqueados entre mastodontes oxidados, cinco navíos ultramodernos desentonan y llevan pabellón ucraniano. Entre el personal hay cuatro tipos de adhesión diferentes: a la URSS, a la CEI, a Rusia o a Ucrania.

A bordo del *Slavutich*, barco almirante de la Marina de Guerra ucraniana, Yuri aguarda sobre el puente. Es el piloto. En la cabina, declara: “Esta flota es una ‘quinta columna’ rusa en Crimea y su permanencia en Sebastopol amenaza la paz en el mundo. Rusia no llega a admitir la soberanía de Ucrania sobre Crimea”.

En el cuartel general de la flota del mar Negro, el discurso es diametralmente opuesto. “La infantería marina ucraniana se siente propietaria de Sebastopol –argumenta el capitán ruso Vassily Dandikine–. En realidad, la flota alquila cada metro cuadrado de esta zona y tiene igualmente los derechos sobre esta tierra. Los conflictos surgen cuando la parte ucraniana abusa de su papel de propietario”.

La encarnación de antiguas epopeyas navales

En septiembre último (1993), la tensión subió un grado. Los Estados Mayores ruso y ucraniano se acusaron mutuamente de agresión. El comandante ruso había amenazado con situar sus navíos en estado de alerta máxima.

Después, los ánimos se calmaron. El personal de las dos Marinas rivales parecen alejados de la agitación de las altas esferas militares. “Nosotros tenemos amigos allí y ellos tienen amigos aquí –explica Igor, médico a bordo del Slavutich—. Ellos pensaban que izando la cruz de San Andrés, Rusia se iba a hacer cargo de ellos e iban a estar mejor pagados”.

En su mayoría, los oficiales de la flota del mar Negro son rusos. Han rechazado admitir el acuerdo de partición de Dagomys y han dado apoyo masivamente al partido ultranacionalista de Vladímir Jirinovski en las elecciones del último 12 de diciembre. Para ellos, la flota encarna las epopeyas navales de Catalina la Grande en el siglo XVIII contra el Imperio otomano, la defensa heroica de Sebastopol contra la alianza anglofrancesa de la Guerra de Crimea de 1854-1855 o, más tarde, el segundo asedio de la ciudad por los alemanes en 1942 (2).

El ex comandante de la flota, el almirante Alexei Kalinine, llama a una tercera defensa de Sebastopol: “Pasaré el resto de mi vida defendiendo esta ciudad contra la colonización ucraniana. Pensaré siempre que la flota del mar Negro es indivisible y que debe defender los intereses comunes de Rusia, de Ucrania, de Moldavia, de Georgia, de Kazajistán, de todas las repúblicas de la antigua Unión Soviética que debemos reformar lo antes posible, o de la CEI. El comando integrado de la OTAN protege los intereses comunes de Grecia, de Turquía, de España, de Francia, etc. ¿Por qué la CEI no lo hace de Ucrania?”

El actual vicecomandante de la Marina ucraniana, el contralmirante Mykola Kostrov, no lo entiende de la misma manera: “Es una manipulación política de los nostálgicos y de los nacionalistas rusos. Una flota extranjera no puede sino perpetuar el antiguo orden colonial. Sebastopol y Crimea están bajo soberanía ucraniana. Espero que sabremos evitar un conflicto entre nuestras dos naciones eslavas.”

De hecho, el tiempo puede decidir la suerte de la flota más rápidamente que las personas. La mayor parte de los barcos tienen entre quince y treinta años de servicio. Según algunos especialistas, en un plazo de dos a diez años, sólo valdrán su peso como chatarra. De la veintena de submarinos sólo dos o tres podrán hacerse a la mar.

El mantenimiento de la flota del mar Negro y de las infraestructuras militares de Sebastopol es un agujero financiero para los rusos y los ucranianos, la mayor parte de cuyos gastos ambos afirman estar llevando. La valoración de su precio es tan fantasiosa y variada que va de 16.000 millones a 330.000 millones de dólares...

Más que la flota misma, son las vastas infraestructuras militares de Sebastopol –alojamientos, aprovisionamiento de agua y de electricidad, líneas de comunicaciones, etc.- que son primordiales. En el estado actual de su economía, los expertos consideran que Rusia necesitaría cerca de cincuenta años para reconstruir una base similar. Por razones de saturación y de coste, el traslado de esta flota al mar Báltico, en la zona del Pacífico o en cualquier otra parte parece igualmente descartada.

La idea de ceder la parte ucraniana de la flota a Rusia y alquilarle las infraestructuras militares de Sebastopol para absorber las deudas de Ucrania, valoradas en 2.500 millones de dólares, va abriéndose camino. En septiembre pasado, durante la cumbre ruso-ucraniana de Massandra, el presidente Borís Yeltsin obtuvo de su homólogo ucraniano un acuerdo condicional en este sentido, quedando en letra muerta a causa de la hostilidad del Parlamento de Kiev.

A pesar de todo, el presidente Kravchuk persiste: “Yo mantengo esta idea, pero queremos que el estatuto de la flota de Sebastopol, la utilización de las infraestructuras y de las bases militares por Rusia y la venta eventual de los navíos ucranianos a Rusia se regulen según las normas internacionales. No aceptamos las presiones de Rusia, que se aprovecha de la difícil situación de Ucrania. Y ello puede conducir al agravamiento del conflicto y sería un error imperdonable por la generaciones futuras.”

El enfrentamiento ruso-ucraniano es ante todo político y no geoestratégico. El mar Negro es un gran lago. La flota había permitido, sobre todo, a la URSS hacer contrapeso a la VI flota estadounidense en el Mediterráneo, principalmente en 1967, durante la Guerra de los Seis Días entre los países árabes e Israel. Ni Rusia ni Ucrania han tenido la ambición de medirse con Washington. Más allá del reparto de la flota, el verdadero desafío concierne al estatuto mismo de Crimea. En Sebastopol y sobre todo en la costa, la población rusa se siente dueña de la península a despecho de la soberanía nominal de Kiev. En 1954, Nikita Krushev, hijo de minero ucraniano y dirigente de la URSS, decretó donar Crimea, hasta entonces rusa, a Ucrania para sellar “la amistad secular entre los dos pueblos”.

Bajo el antiguo centralismo soviético, era una donación sin consecuencias. Pero tras la reciente independencia de Ucrania, estamos en otra situación. Y los nacionalistas rusos reclaman la retrocesión de Crimea a Rusia.

“Hace falta ser idiota para pensar que Rusia abandonará un día Sebastopol o Crimea a cualquiera –manifiesta Alexander Kruglov, presidente del Partido Republicano de Crimea (RDK)–. Nosotros no tenemos la necesidad de utilizar las armas dado que nuestros argumentos son incontestables. Pero, si nos atacan primero, entonces podemos responder diez veces más fuerte.”

Se reúne, en la plaza Najimov ante un megáfono deteriorado, rodeado por una muchedumbre abigarrada de viejas coléricas, de veteranos de la guerra de Afganistán y de oficiales retirados. Desde hace meses, su discurso no ha variado. Vuelta a la zona rublo, rechazo de la lengua ucraniana, independencia o anexión de Sebastopol y de Crimea a Rusia.

Antes de los acontecimientos del último octubre en Moscú, parlamentarios conservadores de la “Casa Blanca” habían echado aceite al fuego. En mayo de 1992, el Sóviet Supremo ruso había declarado anti-constitucional el acto de 1954 por el que se atribuía Crimea a Ucrania, aun reconociendo el tratado ruso-ucraniano sobre la intangibilidad de las fronteras de 1990. En julio último, los parlamentarios rusos votaban

la anexión de Sebastopol. La aplastante mayoría de votos, 166 votos contra 1, muestra que la idea de una Crimea ucraniana disgusta en Rusia incluso en los ámbitos democráticos.

Tal actitud indigna a Yuri Ilyn, nacional demócrata ucraniano de Crimea, presidente de la asociación cultural Prosvita: “El separatismo ruso es estúpido, contrario a todas las convenciones y tratados internacionales así como a los principios de Helsinki. Nosotros somos un Estado independiente, nuestras fronteras son reconocidas, Crimea forma parte de nuestro territorio. Todo aquello que afecte a nuestra integridad territorial nos da derecho a un conflicto armado. Tenemos ante nuestros ojos el ejemplo de Yugoslavia, del Cáucaso, de Moldavia o de Asia Central. No deseo esa situación aquí.”

Los ucranianos en Crimea son unos 600.000. Una minoría, frente al peso demográfico aplastante de los rusos, que representan el 80% de la población de Sebastopol y el 70% del conjunto de habitantes de Crimea. Sin embargo, por una escasa mayoría, la población rusa había votado a favor de la independencia de Ucrania en diciembre de 1991, esperando obtener un mayor nivel de vida. La terrible crisis económica alimenta, en la actualidad, las tesis secesionistas del RDK que, a principios de 1992, lanzó una campaña de recogida de firmas para exigir un referéndum de autodeterminación.

Sobre estas bases, en mayo de 1992, el Sóviet Supremo local había proclamado a una Crimea “independiente” y había convocado un referéndum de validación del voto para agosto de 1992..., antes de dar marcha atrás dos semanas más tarde bajo las presiones de Kiev.

A fin de segarles la hierba a los separatistas rusos, los parlamentarios ucranianos acordaron un estatuto especial de autonomía para Crimea, adoptado en junio de 1993. Oficialmente, las intenciones secesionistas han sido disipadas: “La cuestión de la independencia de Crimea no se plantea más –afirma Nicolai Bagrov, presidente del Sóviet Supremo de Crimea–. La Constitución de nuestra república autónoma estipula que formamos parte de Ucrania y que no pretendemos ningún otro estatuto si no es un estatuto económico especial.”

El pueblo tártaro y sus raíces

La transferencia de competencias de Kiev hacia la capital de Crimea, Simferópol, es ya considerable. Se admite una función presidencial autónoma (la elección tuvo lugar el 16 de enero) así como una ciudadanía local (en el marco de la ciudadanía ucraniana). El estatuto de autonomía lo permite casi todo salvo la secesión... Sin embargo, “cuando Crimea se dote de un Banco Central, podrá controlar la emisión de su moneda y será, de facto, independiente”, subraya Viktor Pinzenic, ex ministro ucraniano de Reformas Económicas.

En suma, la cuestión de la soberanía en Crimea queda lejos de estar resuelta. Y más aún cuando una tercera comunidad, la de los tártaros de Crimea, etnia turca que poblaba la península durante la conquista rusa en el siglo XVIII, deportada hacia los Urales, Siberia, Kazajistán y Asia Central en 1944, vuelve actualmente en masa hacia la “madre patria” y reclama sus derechos históricos.

“Queremos una autonomía territorial en el seno del Estado ucraniano –exige Mustafá Cemiloglu, presidente del Medjlis, Parlamento de los tártaros de Crimea–. No hay que pensar que no venimos de ninguna parte. Crimea nos pertenece: hemos vivido aquí durante cinco siglos y no tenemos otra tierra.”

Descendientes de las tribus de la Horda de Oro que se instalaron en Crimea en el siglo XIII, los tártaros de Crimea formaron un kanato independiente a principios del siglo XV que pasó rápidamente a dominio del Imperio otomano hasta el tratado de Kainarji en 1774 (3). El kanato de Crimea conoció entonces un breve periodo de independencia antes de ser anexionado por Rusia en 1783. En octubre de 1921, la República Socialista Soviética Autónoma (RSSA) de Crimea fue creada en el seno de la URSS. Los tártaros dominaron allí la vida política hasta las purgas estalinistas de 1927. Durante la Segunda Guerra Mundial, algunas semanas después de la liberación de Crimea, alrededor de 200.000 tártaros fueron acusados de colaboracionismo con los nazis y deportados masivamente hacia el este por Stalin. Aquello sucedía la noche del 17 al 18 de mayo de 1944.

La señora Chevkiis era uno de ellos. Durante muchos años vivió

en Samarkanda (Uzbekistán). Tras la rehabilitación de los tártaros de Crimea en 1967, trató de volver en 1970 y fue rechazada por las autoridades locales. Un año más tarde consiguió por fin reinstalarse en la tierra de sus ancestros, aunque en la mayor precariedad: “Comemos sobre todo patatas, compramos un poco de pan y muy raramente carne. El otro día, por falta de leche, el pequeño Kurban trató de mamar de una vaca.”

La señora Chevkiis está dispuesta a cualquier sacrificio. Tiene setenta y dos años y su marido sesenta y nueve. En las colinas de Kamyshly han construido su casa de ladrillos amarillos porosos con sus propias manos a la más pura tradición tártara.

Por el momento, no hay más que algunas familias tártaras en el valle, muchas menos que en Bajchisarái, la antigua capital del kanato de Crimea. En otras regiones, los sóviets locales aceleran la distribución de tierras para construir dachas y desmembrar los terrenos tártaros. En Kamyshly, Chevkiis ha tenido éxito en hacer volver a 53 personas de su región de exilio. Espera conseguir pronto que sean 500.

Fue gracias a un decreto del sóviet local de Sebastopol por lo que pudieron recuperar sus tierras en octubre de 1992. Las parcelas de Kamyshly fueron sido devueltas a sus habitantes de origen, una condición capital para los tártaros que rechazan habitar otros lugares. “No hemos hecho el viaje de vuelta para habitar en la ciudad en unas viviendas que no son nuestras”, explica Chevkiis. En su momento, ella recibió una ayuda modesta y con sus escasos ahorros traídos de Uzbekistán, después de haberlo vendido todo, ella y su familia se han instalado, mal que bien.

Medidas para luchar contra la xenofobia

Se desconoce el número preciso de tártaros en Crimea. No hay ninguna evaluación rigurosa desde el censo soviético de 1989, que estimaba su número en 38.365, es decir el 1,5% de la población. Según el Parlamento tártaro, en la actualidad serían unos 250.000, es decir el 8% de la población y seguramente habría otros tantos en Asia Central. En febrero de 1988, en plena perestroika, una comisión especial había

excluido la creación de una nueva República Autónoma Tártara de Crimea, pero había autorizado a los tártaros circular libremente en el marco de las leyes en vigor en la antigua URSS. Los que habían sido deportados de Crimea viven todavía bajo ese régimen y vuelven a un ritmo de 50.000 al año, aproximadamente.

Al principio, en Kamyshly, sus condiciones de vida eran todavía más difíciles. “Vivíamos en pequeñas carpas, como los indios”, cuenta Chevki. Ahora va mejor. Tienen necesidad principalmente de una carretera, de un centro médico y de una panadería para el conjunto de la comunidad. La ayuda humanitaria, de una forma notable los 58 millones de dólares enviados recientemente por Turquía, no ha llegado hasta aquí. Sin embargo, la rivalidad histórica entre el Imperio otomano y la Rusia imperial incita al Gobierno actual de Ankara a la mayor prudencia. El papel de Turquía, que alberga la más importante comunidad de tártaros de Crimea, es discreto y moderador.

Las relaciones con la población mayoritariamente rusa son tensas. Los tártaros, aunque musulmanes de tradición suní, son considerados por los nacionalistas rusos como “peligrosos fundamentalistas”.

La xenofobia, latente, estalló un día en varias etapas. La última vez, en octubre de 1992, cerca de 600 granjeros de Krasny-Rai, acompañados por la policía local, ocuparon un campamento tártaro cerca de la ciudad costera de Alushta. Balance: 20 heridos y 26 arrestados entre los tártaros. Al día siguiente, al llamamiento de Medjilis, 5.000 tártaros se reunieron ante el Sóviet Supremo de Crimea en Simferópol y obtuvieron la liberación de los suyos, tras violentos enfrentamientos.

Para tratar de apaciguar las tensiones, el Parlamento conservador de Crimea promulgó una nueva ley electoral que permitió que los tártaros, a partir de entonces, obtuvieran 14 escaños en el Sóviet Supremo, frente a los 22 exigidos por el Kurultai, congreso del Parlamento de los tártaros de Crimea.

Todos los problemas no desaparecieron. Nikolai Bagrov, presidente del Sóviet Supremo de Crimea y favorito en las elecciones presidenciales, prefiere ver únicamente obstáculos financieros: “¿Quién va a pagar la construcción de sus viviendas? Todas las repúblicas de la antigua

URSS tienen la obligación moral de financiar sus realojamientos. Actualmente, Ucrania y Crimea soportan completamente esta carga en un contexto de crisis económica. Por otra parte, nosotros hacemos muchas cosas por ellos. Les damos la tierra y ellos pueden educar a sus hijos en escuelas tártaras y hay incluso un teatro tártaro”.

Mustafá Cemiloglu no está convencido: “Los tártaros están muy discriminados. Cuando queremos crear escuelas, el Estado nos responde que no hay dinero y que no dispone de subvenciones, mientras que se encuentran por doquier escuelas rusas. Para el alojamiento pasa lo mismo. Cuando un tártaro reclama un permiso de construcción, se le pide probar que ha nacido en esta tierra en la que quiere construir. Sin embargo, eso no se le pide a un ruso venido de Siberia o de San Petersburgo.”

Los tártaros, para evitar el poder local dominante ruso, jugaron también la carta de Kiev durante el referéndum de independencia de diciembre de 1991. Esta indirecta no fue recogida. El Gobierno ucraniano no quiso favorecerles en detrimento de los rusos y complicar las relaciones, ya de por sí explosivas, entre Kiev y Moscú. Entonces los tártaros se volvieron hacia la oposición nacional demócrata del Rukh, que les ha prestado atención en nombre del derecho de las minorías y del pasado común de deportación estalinista. Extraña alianza, sabiendo que sólo una ínfima minoría de tártaros habla ucraniano, pero alianza temida por la mayoría rusófona de la península (4).

Tres legitimidades se aproximan en Crimea sin enfrentarse todavía: la legitimidad jurídica de los ucranianos, la legitimidad demográfica de los rusos y la legitimidad histórica de los tártaros.

Algunos observadores ven paralelismos con el conflicto yugoslavo, donde los rusos desempeñarían el papel de serbios, los ucranianos el de croatas y los tártaros el de musulmanes.

Escenario catastrófico tanto más inquietante cuanto que Rusia y Ucrania no acaban de disputarse la herencia nuclear de la extinta URSS.

“Es necesario que se nos comprenda. Queremos guardar temporalmente las armas nucleares porque tenemos miedo del progreso espectacular ultranacionalista en Rusia”. Esta inquietud de Miroslav

Popovitch, filósofo socialdemócrata respetado en Kiev, explica bien el cambio de actitud de la opinión pública ucraniana en lo referente a la cuestión nuclear. Ucrania, en agosto de 1991, alentada por los estigmas de la catástrofe de Chernóbil de abril de 1986 e impregnada por las promesas de independencia (5), proclamaba en varias ocasiones que sería un país desnuclearizado, neutral y no alineado (6). Por otra parte, en función de sus principios fundadores –hoy presentados como simple declaración de intenciones por los legisladores de Kiev–, el Nuevo Estado ucraniano fue reconocido por la comunidad internacional.

La ambigüedad de sus intenciones militares no tardó en manifestarse. En lo concerniente a las fuerzas convencionales, el ex ministro de Defensa, Konstantin Morozov, y el presidente Leonidas Kravchuk decidieron rápidamente formar un Ejército nacional independiente en el gran damero de los medios militares de Moscú.

Así, entre finales de 1991 y principios de 1992, las autoridades tuvieron éxito en arrancar al mando mixto de la Comunidad de Estados Independientes cerca de 700.000 soldados del contingente ex soviético estacionado en Ucrania. El 20 de enero de 1992, las ceremonias de lealtad a la nueva bandera ucraniana permitieron nacionalizar entre un 65% y un 80% de estas tropas (7). Resultado: Ucrania se encuentra actualmente con el segundo Ejército europeo tras Rusia, esperando que sus efectivos sean reducidos en unos 250.000 soldados de aquí a finales de la década, de acuerdo con el Tratado sobre la Reducción de Fuerzas Convencionales.

En el plano nuclear, el desmantelamiento del arsenal almacenado en Ucrania había comenzado bastante bien. En diciembre de 1991, el presidente Kravchuk se comprometió a transferir unilateralmente todas las armas nucleares tácticas a Rusia, a ratificar el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas START I y a adherirse al Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) (8).

Desde el mes de mayo de 1992, se evacuaron 2.600 misiles tácticos de Ucrania, es decir, un mes antes de la fecha límite. Por el contrario, la transferencia de armas estratégicas se ha transformado en un verdadero pulso entre Kiev y Moscú, hasta el punto que la ratificación del

START I por el Parlamento ucraniano y la adhesión al TNP están en un punto muerto y amenazan el conjunto de la moratoria nuclear (9).
¿Cómo se ha llegado a esto?

En primer lugar, para una mayoría de ucranianos, las nuevas ambiciones militares de Moscú en Moldavia, en Abjasia, en el Karabaj y en otras partes, encarnan el “espíritu imperialista” de Rusia y representan un “peligro permanente” para su soberanía territorial. La voluntad del nuevo hombre fuerte de la Duma rusa, Jirinovski, de restablecer una “Gran Rusia” con las fronteras anteriores a 1917 no se ha hecho para no inquietar. La impotencia de las instancias militares occidentales en el conflicto yugoslavo es una circunstancia agravante y no deja a sus ojos más que una única salida: contar con sus propias fuerzas.

Los ultranacionalistas –minoritarios pero muy influyentes en el seno de la derecha parlamentaria–, exaltan esta ideología securitaria. “Nosotros debemos defendernos”, repite Dmitri Korchinski, dirigente de la organización paramilitar y clandestina de autodefensa UNSO. “Prácticamente todos los países vecinos de Ucrania han expresado sus reivindicaciones territoriales sobre nuestras fronteras. En Rusia, el antiguo Sóviet Supremo ha dado a conocer sus pretensiones sobre Crimea o sobre Ucrania oriental. Actualmente, Rusia continúa atizando los separatismos en estas regiones. Rumanía ha hecho lo mismo en Bukovine y en Bessarabia del Sur. Hungría busca agitar a la población de Ucrania subcarpática y nosotros tenemos problemas fronterizos, todavía, con Polonia en Galizia.”

Ucrania fustiga igualmente la política prorrusa de la Administración de Clinton, acusada de dar carta blanca a Rusia para que haga de gendarme en los límites de su imperio y recupere los países periféricos bajo su órbita. Francia no se escapa del látigo del presidente Leonidas Kravchuk: “A Francia le cuesta percibir a Ucrania como un Estado soberano. [Francia] siempre ha estado muy ligada a Rusia. Y la ve [a Rusia] a través de nosotros, como si no fuéramos más que un velo. ¿Cuándo comprenderá Francia que somos un gran país de 53 millones de habitantes llamado a desempeñar un importante papel en Europa?”.

En este contexto, el 18 de noviembre último, los parlamentarios

“ratificaron” el START I. En realidad, el documento de trece puntos que acompaña a la ratificación es tan restrictivo que Ucrania corre el riesgo de ser todavía durante mucho tiempo la tercera potencia nuclear mundial. Además promete desnuclearizarse por etapas, a cambio de importantes compensaciones financieras y garantías escritas de “no agresión nuclear” y de “no presión económica” por parte de los Estados nucleares, incluida Rusia.

La suma exigida a Estados Unidos para financiar el desmantelamiento oscila entre 2.800 y 5.000 millones de dólares, según quien hable, mientras que la Casa Blanca no ha desbloqueado por el momento más que 175 millones de dólares de los 330 millones de ayuda bilateral previstos por el programa Nunn-Lugar votado por el Congreso estadounidense. El Parlamento ucraniano reclama también compensaciones a Rusia por el desmantelamiento de los misiles tácticos ya transferidos o bien la restitución del uranio empobrecido de cabezas nucleares para fines civiles.

La ratificación del START I sólo será efectiva en Ucrania en estas condiciones. Por otra parte, el Parlamento de Kiev no se siente ligado por el punto 5 del Protocolo de Lisboa que prevé la desnuclearización total del país (10) y no se compromete a liquidar más que el 36% de los misiles y el 42% de las cabezas nucleares.

En la práctica, esto hace subir las apuestas de los 120 misiles SS-19, obsoletos y peligrosos, de los que Kiev quiere desembarazarse, pero guardando al menos temporalmente los 46 SS-24 de cabezas múltiples que totalizan 460 ojivas (11).

Inquietud de los estrategas europeos

Los “halcones” han desplumado a las “palomas” del Parlamento. En los pasillos del Sóviet Supremo de Kiev, se murmura que la mejor solución sería esperar hasta 1995 para renegociar la adhesión de Ucrania al TNP durante la próxima conferencia internacional sobre la no proliferación nuclear, en un contexto geoestratégico más estabilizado en Europa.

Igor Derkach, vicepresidente de la comisión parlamentaria de

defensa y seguridad, va incluso más lejos: “Debemos guardar los SS-24 para la seguridad de Ucrania hasta la regeneración de los misiles y las ojivas hacia el año 2005. Tras la Segunda Guerra Mundial, el concepto de disuasión nuclear en el seno de los países de la OTAN evitó un conflicto importante en Europa. Y nosotros queremos seguir ese ejemplo. ¿Conoceríamos los conflictos actuales si hubiera habido armas nucleares en Georgia, en Armenia o en Azerbaiyán? Es una idea que la Francia del general De Gaulle debió comprender”.

Por el momento, las instancias militares occidentales hacen oídos sordos a este nuevo candidato a la disuasión nuclear y muestran sus reticencias a darle garantías de seguridad por miedo de herir a Moscú.

Entre una Rusia inestable y una Ucrania incierta, los estrategas europeos privilegian todavía a la primera, como acaba de demostrar la reunión de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) del mes de diciembre último en Roma. Lo que la cumbre de la OTAN de este mes debería confirmar.

La irritación de los parlamentarios es manifiesta y les empuja al aislacionismo. “O bien quedamos como un país nuclear, o bien nos integramos completamente en el sistema de defensa europeo con todas las garantías de seguridad que le son inherentes –defiende Ivan Zaets, presidente del grupo nacional-demócrata del Rukh–. Nosotros no rechazamos la desnuclearización, pero no queremos un *diktat* impuesto por Estados Unidos y Rusia”.

Frente a un Parlamento cada día más favorable a mantener armas nucleares, el presidente Kravchuk y su Gobierno harán lo peor si cumplen sus promesas de desnuclearización total y rápida de Ucrania. La desactivación primaria de 46 misiles SS-24, anunciada el 20 de diciembre pasado por el viceprimer ministro, Valeri Chmarov (veinte misiles a finales de 1993 y el resto en 1994), será ásperamente debatido de aquí a las elecciones. La verdadera cuestión, a la espera de la renovación del Sóviet Supremo en la primavera de 1994, es saber quién controla realmente los misiles balísticos intercontinentales (ICBM) almacenados en Ucrania.

Según el primer punto del texto de la ratificación condicional del

START I por Kiev, “todas las armas y cabezas nucleares situadas sobre el territorio de Ucrania son propiedad del Estado ucraniano”. Pero, ¿quién ostenta el control llamado “positivo” de estos misiles, es decir el poder de lanzarlos? La respuesta del general Lopata, jefe de Estado Mayor del Ejército ucraniano no pretende generar inquietudes: “Ucrania no tiene el control positivo de los misiles nucleares estacionados en su territorio. Desde el 5 de abril de 1992, tiene el control administrativo de las fuerzas militares estratégicas que sirven en los complejos nucleares. Rusia tiene el control positivo y, de acuerdo con Ucrania, comienza a desactivar el estado de alerta de algunos misiles. Sabemos todo lo que ocurre en los complejos nucleares y lo controlamos todo. Los botones de control están en Rusia y las manos de los operadores están en Ucrania”.

Una de las mayores fábricas de misiles del mundo

Algunos expertos internacionales piensan que Ucrania tiene mucho más que esto. Podría desarrollar rápidamente el control llamado “negativo” de los ICBM, la posibilidad de impedir técnicamente su lanzamiento, gracias a mecanismos de bloqueo que el ex comandante de la CEI, el mariscal Chapochnikov, había prometido a principios de 1992, sin darle continuidad. De ahí, no habría más que un paso para descifrar los códigos de los misiles y adquirir el control positivo exigido ahora por numerosos parlamentarios: “Los códigos de control pueden obtenerse muy rápidamente, en tres días. Es una decisión política que no encuentra obstáculos técnicos”, afirma Boris Oleinik, diputado neocomunista (12).

El centro de investigación de Kharkov, al este de Ucrania, es objeto de toda sospecha. Es allí donde se había fabricado una gran parte de los sistemas de guía para los ICBM de la antigua URSS. En cuanto a los misiles SS-24, fueron producidos en la fábrica de Yujmash, en Dniepropetrovsk, una de las mayores fábricas de misiles del mundo, dirigida durante cerca de diez años por el ex primer ministro ucraniano, Leonid Kuchma. Nadie duda de que los físicos y los ingenieros ucranianos tienen el “saber hacer” necesario para adquirir el control

positivo de los ICBM si lo desearan. Pero, ¿tienen interés en ello? Según numerosos expertos, la mayor parte de los ICBM desplegados en Ucrania estarían todavía orientados hacia Estados Unidos. Para alcanzar a Rusia, de quien los ucranianos invocan ahora la amenaza, haría falta redireccionar los SS-19, cuyo alcance mínimo correspondería a la distancia entre Kiev y Moscú. El radio de acción de los SS-24 es muy amplio, y las cargas nucleares aerotransportadas por la treintena de bombarderos estratégicos de la base de Uzin, al sur de la capital, serían controladas por soldados leales a Rusia.

Quedaría entonces la solución de constituir un nuevo parque nuclear. Técnicamente, parece posible. Pero, golpeada por la crisis económica, ¿tiene Ucrania los recursos financieros requeridos por sus nuevas ambiciones nucleares, cuando Rusia le cierra cada vez más el grifo del petróleo y puede en cualquier momento reavivar las tensiones en Crimea? El calendario electoral saturado en estos principios de año 1994 –presidenciales en Crimea el 16 de enero, legislativas simultáneas en Ucrania y en Crimea el 27 de marzo y presidenciales en Ucrania el 27 de julio–, permitirá elucidar en parte este nuevo rompecabezas para los estrategas occidentales..

(1) Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, la flota del mar Negro comprende esencialmente 45 navíos de gran tonelaje, una veintena de submarinos de propulsión clásica así como una fuerza aérea dotada de 150 aviones de combate y 85 helicópteros. Sus efectivos se estiman en unos 75.000 marinos.

(2) Para un informe histórico detallado de la flota del mar Negro, véase Douglas L. Clarke, “The saga of the Black Sea Fleet”, RFE-RL Research Report, vol. 1, n.º 4, 24 de enero de 1992.

(3) Para una historia de los tártaros de Crimea, véase Shirin Akiner, *Islamic peoples of the Soviet Union*, KPI, Londres, 1986.

(4) Sobre las querellas étnicas en Crimea, véase Ian Bremmer, “Ethnic issues in Crimea”, RFE-RL Research Report, vol. 2, n.º 18, 30 de abril de 1993.

(5) Sobre el acceso de Ucrania a la independencia, léase Jean-Marie Chauvier, “L’Ukraine, si proche de la Russie et déjà si lointaine”, *Le Monde diplomatique*, París diciembre de 1991.

- (6) Declaración de independencia de Ucrania del 24 de agosto de 1991.
- (7) Para más detalles sobre la cronología de la cuestión nuclear en Ucrania, véase Taras Kuzio, "Nuclear weapons and military policy in independent Ukraine", *The Harriman Institute Forum*, vol. 6, n.º 9, mayo de 1993.
- (8) El Tratado sobre la Reducción de Armas Estratégicas START I, firmado en julio de 1991 por Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, preveía el desmantelamiento bilateral de un tercio de las cabezas nucleares. Ucrania no es signataria del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) de 1968.
- (9) La ratificación de START I por todas las partes es una condición previa a la ratificación del START II por Moscú y Washington a fin de reducir en un tercio el arsenal nuclear restante tras la aplicación del START I.
- (10) El Protocolo de Lisboa, firmado en mayo de 1992 por las cuatro repúblicas nucleares de la Antigua URSS (Rusia, Ucrania, Kazajistán, Bielorrusia) les compromete a ratificar el START I como legatarios del arsenal estratégico ex soviético. Ucrania ha sido llamada a adherirse al TNP, pero sin fecha precisa.
- (11) Según las cifras de la Asociación para el Control de Armamentos de 1991, Ucrania dispone de 130 SS-19 con un total de 780 ojivas, 46 SS-24 (460 ojivas), 16 bombarderos Blackjack (192 ojivas), 14 bombarderos Bear (224 ojivas). En julio último, las autoridades ucranianas declararon haber desmantelado 10 SS-19.
- (12) AFP, 14 de diciembre de 1993.

Ultra- naciona- lismo en Ucrania

EMMANUEL DREYFUS.

Enviado especial de *Le Monde diplomatique* para este artículo. Consultor en relaciones internacionales, especialista en el espacio postsoviético.

Los grupos de extrema derecha ganan terreno en Europa, aunque muchos de ellos buscan vestirse con hábitos nuevos. Es evidente que estos movimientos desempeñan un papel importante en Ucrania. Svoboda o el más radical todavía Praviy Sektor esperan aprovechar la revuelta popular contra el sistema corrupto del ex presidente Víctor Yanukóvich. Emmanuel Dreyfus viajó a Kiev para el número de marzo de 2014.

Barricadas montadas en pleno centro de Kiev, vigiladas por pequeños grupos de voluntarios que se calientan con braseros improvisados. Una ceremonia en la que se mezclan banderas ucranianas y europeas, retratos del poeta Tarás Shevchenko (1814-1861), considerado uno de los padres espirituales de la identidad ucraniana, o de Stepán Bandera (1909-1959), percibido, dependiendo del punto de vista, como un gran patriota o un colaboracionista de los nazis. O incluso de esos cinco ciudadanos convertidos en héroes, muertos tras los enfrentamientos de la calle Grusheskovo.

Inicios de febrero de 2014, dos semanas antes de que Maidán, la plaza de la Independencia, epicentro del movimiento de protesta, se tiña de rojo, presa de la espiral de la represión feroz por parte del poder y de la respuesta violenta de algunos de los manifestantes. Una plaza ocupada por simpatizantes provenientes de toda Ucrania: Lviv, Ternopil, Ivano-Frankivsk, plazas fuertes del nacionalismo, pero también Lugansk y Donetsk, esas grandes ciudades del este industrial cuyo corazón latió siempre del lado de Rusia. Mujeres de todas las edades que llevan bandejas con pan negro y panceta a los hombres que montan guardia. Un olor penetrante a té, a sopa de repollo y a madera quemada. Durante la semana, varios miles de militantes se ocupan de los asuntos cotidianos; el domingo, varias decenas de miles de personas concurren a presenciar los discursos de los dirigentes de la oposición, reclamando y cantando una y otra vez el himno nacional.

El movimiento surgió a finales de noviembre de 2013, como reacción contra la suspensión por parte del presidente Víctor Yanukóvich de las negociaciones sobre un acuerdo de libre comercio con Bruselas. Y Maidán se metamorfoseó. Reuniendo inicialmente a unos miles de partidarios proeuropeos, la plaza se convirtió, al compás de la represión, en el símbolo de la revuelta de los ucranianos de todas partes contra un sistema político especulador y corrupto. Revuelta contra el sistema Yanukóvich primero, pero también rechazo a los partidos de la oposición, desbordados por esta crisis.

La implicación, minoritaria pero muy visible, de varios grupos

nacionalistas, y después la aparición de movimientos ultrarradicales que no reivindican valores democráticos ni manifiestan simpatías europeas suscitan reacciones opuestas. Por un lado, su presencia es en gran medida utilizada por el Kremlin y, en ciertos aspectos, por el régimen ucraniano para desacreditar al movimiento. Por el otro, genera cierta preocupación sobre una posible recuperación de Maidán por parte de la extrema derecha –aunque, en realidad, se trate ante todo de un movimiento popular del que cualquier categorización política sería reduccionista.

La extrema derecha extrae gran parte de sus referencias del movimiento nacionalista, que se desarrolló a partir de la década de 1920, cuando Polonia y la Rusia soviética se repartían la mayoría de las regiones de la actual Ucrania. Se observa, desde el comienzo, una maraña de influencias: el fascismo italiano, el colaboracionismo parcial –pragmático según algunos, ideológico según otros– de una parte de sus representantes (como Bandera) con la Alemania nazi, la participación de varios batallones ucranianos en la masacre de civiles judíos y polacos durante la Segunda Guerra Mundial, etc.

Tal como señala el politólogo Andreas Umland, profesor de la Universidad de Kiev-Mohyla, “no existe aquí ningún estudio histórico objetivo sobre Bandera. Descrito como un fascista aliado de los nazis por la historiografía soviética, es actualmente alabado sin ningún reparo por los historiadores ucranianos. Sus admiradores de Maidán tienen al respecto una mirada ingenua y parcial, lo que resulta problemático. Contrariamente, calificarlo de fascista, como hace Rusia, es también parcial y deshonesto”.

Adormecido durante el periodo soviético, el movimiento nacionalista reapareció tras la Independencia, en 1991, fecha de la creación del Partido Nacional Socialista de Ucrania (PNSU). Hasta comienzos de los años 2000, el PNSU siguió siendo una agrupación marginal, xenófoba y ultranacionalista, cuya escasa influencia se limitaba a las regiones occidentales. Su actual dirigente, Oleg Tiagnibok, fue elegido diputado por primera vez en 1998.

En 2004, durante su sexto congreso, el partido se deshizo de su

ropaje fascistoide: fue rebautizado Svoboda (“libertad”) y abandonó su emblema neonazi, el Wolfsangel, reemplazándolo por un símbolo más neutral. Refiriéndose a esta evolución cosmética, el investigador Oleksiy Leshenko, del Instituto de Estudios Gorshenin, señala que “apuntaba ante todo a tranquilizar al electorado, pero que se pensó también para dar una mejor imagen de Svoboda en el exterior”.

En busca de respetabilidad, Svoboda multiplicó entonces los contactos con otros partidos de extrema derecha europeos, tal como lo refleja la presencia de Jean-Marie Le Pen, presidente del Frente Nacional francés, en el congreso de 2004, del que fue invitado de honor. Por otra parte, el partido moderó progresivamente su postura nacionalista y sus referencias a Bandera –que distan de lograr consenso en Ucrania– para adoptar un discurso más general, bastante común en el seno de la extrema derecha europea, centrado en la denuncia radical y vehemente del “sistema”.

Este lavado de cara no impidió a Tiagnibok recordar, con expresiones escandalosas, la matriz xenófoba y antisemita de la cual proviene. En 2004, declaró así que “una mafia judeo-moscovita” gobernaba Kiev, lo que le valió ser excluido del grupo parlamentario Nasha Ukraina. En 2005, dirigió al presidente una carta abierta en la cual le solicitaba “poner fin a las actividades criminales de la judería ucraniana”.

En las elecciones parlamentarias de 2012, Svoboda dio la sorpresa al obtener alrededor del 10,5% de los sufragios y enviar 37 diputados a la Rada (el Parlamento). Con más de dos millones de electores, se convirtió entonces en un partido de alcance nacional, logrando resultados significativos en otros lugares más allá de las regiones del oeste, tradicionalmente más receptivas al nacionalismo.

El discurso antisistema de Svoboda contribuyó fuertemente a su triunfo electoral. Tal como señala Ivan Stoiko, diputado miembro del partido de oposición Batkivshina (centroderecha) y “comandante” de la Casa de Ucrania, uno de los edificios ocupados de Maidán, “el electorado, decepcionado por la clase política tradicional y a la espera de cambios radicales, fue seducido por la retórica de Svoboda,

por su cercanía con el pueblo y por sus numerosas acciones en el terreno”. Por su parte, Yuri Yakimenko, director adjunto del think tank Razumkov Centre, estima que del 10% de los votos obtenidos por Svoboda, “el núcleo duro representa el 5%. El 5% restante votó ante todo para expresar su oposición a las demás fuerzas políticas”.

Svoboda, “probablemente aconsejado por el Frente Nacional”, según A. Umland, desarrolló además un programa económico con dimensión social, el cual prevé especialmente la renacionalización de algunas empresas, la aplicación de un impuesto progresivo sobre los beneficios, o incluso la lucha contra la influencia de los oligarcas en el sistema político y económico. Estas medidas, asociadas a la promesa de una vigorosa lucha contra la corrupción, sedujeron fuertemente a cierto tipo de electores, pequeños empresarios y miembros de la clase media, particularmente afectados por la crisis así como por el nepotismo, que continúa acentuándose desde la elección de Yanukóvich.

Svoboda recogió también los frutos de su postura nacionalista, que, aunque suavizada, sigue siendo central en la identidad del partido. Así, logró captar a una parte del electorado que antes había votado por Víctor Yúshenko, presidente de 2005 a 2010. “El periodo Yúshenko fue el más fértil desde el punto de vista de la eclosión del nacionalismo”, observa Sophie Lambroschini, investigadora francesa radicada en Kiev. “Liberó la palabra en el espacio público y político. Pero actualmente es Svoboda el que obtiene sus dividendos, al haber quedado el electorado nacionalista fuertemente decepcionado por Yúshenko”.

Por otra parte, varias acciones llevadas a cabo durante la presidencia de Yanukóvich contribuyeron a crispar a una parte del electorado aferrada a la defensa de la lengua y la identidad ucranianas, como la ley sobre las lenguas regionales, promulgada en 2012 y que apuntaba especialmente a convertir el ruso en el segundo idioma oficial en las regiones que lo desearan; o incluso la reducción del ucraniano en la enseñanza, al ser su difusión “inútil” según el ministro de Educación Nacional Dmytro Tabachnik.

A pesar de su reorientación, Svoboda mantiene su anclaje en la extrema derecha. Su punta de lanza sigue siendo la lucha por el desarrollo de la identidad nacional, que tiene como corolario el fin de la influencia rusa en el país. En términos de política exterior, este combate se traduce ante todo en la voluntad de una integración de Kiev a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), un rearme nuclear o incluso una salida de todas las estructuras de cooperación postsoviética.

A nivel interno, Svoboda incluye entre sus prioridades la “desovie-tización” del país: depuración o separación de los antiguos cuadros del Partido Comunista y agentes de la KGB, cambio del nombre de calles y plazas, retirada de las estatuas en honor a héroes soviéticos. Propone también la abolición del estatuto de autonomía de Crimea y, sobre todo, la promoción de una identidad ucraniana, a través de una serie de medidas que van de la glorificación sistemática y sin reparos del movimiento nacionalista a la reinserción de la mención de la pertenencia étnica o religiosa de los ciudadanos en sus documentos de identidad.

Partidario de una Europa de las naciones, Svoboda se muestra actualmente a favor de una integración en la Unión Europea. Este giro pragmático proviene más de una gestión puntual de “unión sagrada” con las otras fuerzas de oposición y de objetivos electoralistas, que de una adhesión sincera, aun cuando la UE es vista también como un medio para distanciarse de Rusia.

Aunque la inmigración sea hoy una cuestión secundaria, Svoboda es el único partido en denunciarla y proponer medidas que buscan limitarla, como la restricción del acceso al sistema universitario para los estudiantes extranjeros, o incluso el otorgamiento de la nacionalidad sólo a las personas nacidas en Ucrania o “étnicamente ucranianas”, etc. Niega ser xenófobo, pero rechaza toda idea de mestizaje. “Defendemos los valores de la familia, la Europa de las naciones, frente al multiculturalismo, que considero una política que tiende a mezclar entre sí diferentes culturas, lo que no es posible –nos dice Yuri Levchenko, dirigente de Svoboda–. No es lógico

hacer que convivan en una misma ciudad culturas diferentes. Eso no puede funcionar”.

El partido buscó, por otra parte, deshacerse de su resabio antisemita, hasta tal punto que Joseph Zisels, presidente de la Asociación de Comunidades Judías de Ucrania, asegura con firmeza que “no existe ninguna amenaza de Svoboda contra los judíos. Sus verdaderos enemigos son los rusos. Si bien es cierto que Svoboda es el único partido importante que hace referencia a Bandera y Shujévych (1), lo cual, reconozco, es molesto, ese partido no es sin embargo antisemita”. Lo que no impide algunos deslices, por ejemplo cuando el diputado Igor Miroshnichenko, en noviembre de 2012, refutaba el origen ucraniano de la actriz estadounidense Mila Kunis, declarando que de hecho ella era una “jidovska”, término ambiguo del argot ucraniano que designa a una persona de confesión o ascendencia judía.

Si bien Svoboda brilla por su presencia en Maidán –controlaba el imponente ayuntamiento de Kiev, ocupado hasta el 16 de febrero–, no tiene en definitiva sino una escasa influencia en el terreno, al igual que los demás partidos de la oposición. Este vacío político, sumado a la violencia desplegada por el poder estas últimas semanas, ha constituido un espacio favorable al surgimiento de nuevas estructuras, cuyo estilo y orientación ideológica han suscitado numerosos interrogantes.

Nacida entre las llamas de la calle Grusheskovo, la más importante de ellas, Praviy Sektor (“Sector justo”), agrupa actualmente a varios miles de personas distribuidas en todo el país y goza, al menos por el momento, de una verdadera simpatía en el seno de la población. Decepcionados con Svoboda, miembros de agrupaciones ultranacionalistas, *hooligans*, indecisos, se encuentran en sus filas. Praviy Sektor atrae a un abanico bastante amplio de personas cuyo denominador común es primero el gusto por la acción radical, y después la inclinación por una ideología que Andréi Tarasenko, dirigente del movimiento, nos explica desde lo alto de su cuartel general excesivamente custodiado de la Casa Sindical (2).

“Ni xenófobo, ni antisemita, como lo pretende la propaganda del

Kremlin”, Praviy Sektor se define según él ante todo como “nacionalista, defensor de los valores de la Europa blanca y cristiana contra la pérdida de la nación y la ‘desreligiónización’”. Rechazando también el multiculturalismo, “responsable de la desaparición de los crucifijos y de la llegada de niñas con burkas a las escuelas”, Praviy Sektor no preconiza una integración en la Unión Europea, “ese totalitarismo liberal en el cual Dios ha desaparecido y se han invertido los valores”.

Sin apoyar a ninguno de los partidos de la oposición, y mucho menos a Svoboda, que decepcionó “con sus llamamientos a la calma y sus negociaciones con el poder”, Praviy Sektor podría contemplar transformarse en partido. Esta perspectiva resultaría molesta para Tiagnibok. Además de haber visto su imagen de tribuno antisistema seriamente deteriorada por sus llamamientos a la moderación durante los enfrentamientos, podría actualmente verse en la necesidad de transigir con un partido ubicado a su derecha, y cuyos logros y determinación están demostrados.

El éxito obtenido por Svoboda estos últimos años y el lugar ocupado en Maidán por grupos neofascistas como Praviy Sektor reflejan el profundo malestar de la sociedad. Malestar identitario, primero, en un país que, en veintidós años de independencia, no ha logrado escribir una historia no partidaria que incluya positivamente al conjunto de sus regiones y de sus ciudadanos: aún hoy, los ucranianos percibidos como liberadores en Galitzia son vistos como fascistas en Donbass, y viceversa. Malestar político, luego. Los ucranianos, decepcionados por la “revolución naranja”, furiosos, se han orientado en parte hacia un voto extremo, más por despecho que por adhesión ideológica. Si bien Maidán quedará probablemente en la historia como un formidable movimiento de acción colectiva y ciudadana, por el momento no ofrece ninguna perspectiva política constructiva.

(1) Román Shujévych (1907-1950), otro referente del nacionalismo ucraniano, jefe de un batallón ucraniano de la Wehrmacht llamado Nachtigall.

(2) El principal edificio de Maidán, evacuado tras un incendio.

¿Regresa Ucrania a la órbita rusa?

MATHILDE GOANEC.
Periodista.

Ucrania, entre los países más afectados por la crisis financiera, pidió al FMI un adelanto de dos mil millones de euros a mediados de diciembre de 2009 ante la inquietud de no poder abonar las pensiones ni los salarios de los funcionarios, ni pagar sus facturas del gas ruso, a riesgo de relanzar la “guerra del gas”. Mathilde Goanec analizaba en este artículo, publicado en el número de febrero de 2010 de *Le Monde diplomatique en español*, las relaciones con Moscú, colocadas en el centro de los retos de las elecciones presidenciales que auparon al poder al candidato prorruso Víktor Yanukóvich, hoy exiliado en Moscú.

En agosto de 2009, Dimitri Medvédev, en un vídeo difundido en su *blog*, se dirigió a su pueblo... y a sus vecinos ucranianos. A pesar del paisaje idílico que tenía de fondo el presidente ruso, el mensaje fue violento. “Nuestras relaciones bilaterales con Ucrania nunca fueron tan malas. Las autoridades de Kiev desarrollan una política abiertamente anti-rusa desde el ataque a Georgia, donde se utilizaron armas ucranianas para matar a civiles y militares rusos”. El comentario apuntaba explícitamente al presidente de Ucrania, Víktor Yúshenko, por haber apoyado a su homólogo Mijaíl Saakashvili durante el conflicto entre Rusia y Georgia en agosto de 2008.

El poder ruso puede golpear abiertamente a Yúshenko, pues eso ya no conmueve a nadie en el Oeste: Yúshenko, que fue la esperanza de los europeos y de una parte de los ucranianos en 2004, es ahora un paria de la política ucraniana, culpable a la vez de haber traicionado al Este y fracasado en su intento de seducir al Oeste. Hasta tal punto que, siendo candidato en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, se encontró sin dinero y sin apoyos para desarrollar su campaña, perdiendo toda posibilidad de ser reelegido. Según Anatoli Zlemko, ex ministro de Relaciones Exteriores de Ucrania bajo la presidencia de Leonid Kuchma, “las relaciones entre Ucrania y Rusia se deterioraron después de la Revolución Naranja. El equipo de Yúshenko propuso una nueva filosofía en las relaciones con Rusia, basada en el pragmatismo, y no ya en una amistad privilegiada”.

Rusia y Ucrania funcionan en base al “Big Treaty” desde 1997. Esa maraña de acuerdos bilaterales abarca todas las áreas posibles (energética, económica, militar, cultural, humanitaria...). Sin embargo, cada uno de los dos países tiene sus propios objetivos políticos, a veces en desacuerdo con el espíritu del Tratado. Moscú, por ejemplo, después del acceso al poder de Vladímir Putin, tiene como objetivo central el desarrollo de su influencia en los países post-soviéticos, particularmente en Ucrania. “Ni Polonia, ni los países bálticos, ni siquiera el Cáucaso ocupan un lugar semejante en el corazón de los rusos” afirmó Miroslav Popóvitch, profesor universitario de Filosofía en Kiev, a finales de 2008. Y añadió: “El Zar Nicolás I decía

en su tiempo que jamás cedería Ucrania. Ese país forma parte de la zona de influencia tradicional del Kremlin, que no está dispuesto a perderla”. Yúshenko, impulsado por su Victoria en 2004, no paró de irritar a Moscú cuestionando ese paradigma e involucrándose en los temas más conflictivos.

El más serio de todos ellos es la adhesión de Ucrania a la OTAN. La entrada en la alianza militar atlantista está, sin embargo, desde hace varios años en los planes de la política exterior del país, sin que ello irrite demasiado a Moscú. Zlemko recuerda: “En 2002 presenté nuestra concepción de las relaciones con la OTAN, indicando que el objetivo final de esa relación era la integración. Hablé de ello con el propio presidente ruso en varias ocasiones. Estuvo de acuerdo, y aceptaba nuestra decisión. Pero el presidente Kuchma tenía excelentes relaciones con Putin. Se veían catorce, quince veces al año... Ahora es muy diferente”. La obstinación de Yúshenko en criticar a Rusia, y sus cálidas relaciones con EE UU, han endurecido la posición de las autoridades rusas, que han hecho de esa adhesión a la OTAN un punto sin retorno: en un decreto de Medvédev de mayo de 2009, Rusia considera “inaceptable permitir que la OTAN instale sus estructuras militares en sus fronteras”. El tema de la flota militar rusa en el Mar Negro, instalada en Crimea (1), también se plantea de forma subyacente. El contrato que autoriza su amarre en Sebastopol hasta 2017 fue cuestionado por Yúshenko durante la guerra en Georgia, marcando así claramente las divergencias ideológicas, políticas y estratégicas que lo oponen a Moscú.

Existe además el asunto del gas, de gran preocupación para los europeos y eje central de los recurrentes conflictos entre Kiev y Moscú. También en esa cuestión, los acuerdos entre Estados, firmados en la década de 1990, desde hace cinco años dejaron lugar a opacos contratos firmados directamente por Gazprom y Naftogaz, respectivamente compañías estatales rusa y ucraniana, además de una multitud de intermediarios. Las crisis de 2006 y de 2008 que concluyeron con una interrupción del suministro a Europa, debilitaron enormemente el sistema ucraniano. Pues la maniobra resulta evidente: debilitar

a Ucrania para apoderarse del sistema de tránsito, su única arma estratégica. La crónica insuficiencia de financiamiento de Naftogaz y la debilidad de los dirigentes ucranianos juegan inequívocamente a favor de Gazprom.

La “guerra de las memorias”, muy subestimada por los occidentales, también contribuyó a deteriorar las relaciones entre ambos países. Fiel a sus promesas de campaña, Yúshenko trabajó en la formación de una identidad ucraniana, que se apoya en una reivindicación de la lengua nacional, de la cultura, y sobre todo en la constitución de una historia propia del “pueblo ucraniano”, y por lo tanto diferente de las otras naciones eslavas. Al respecto, resulta ejemplar el combate por el reconocimiento a nivel internacional del Holodomor, la gran hambruna de 1932-1933. Para la presidencia, los millones de campesinos muertos de hambre a comienzos del siglo pasado, fueron víctimas de un genocidio orquestado por Stalin, decidido a terminar con el nacionalismo ucraniano. Para los rusos, se trata de una operación destinada a reescribir la historia común. Esa diferenciación memorial sin precedentes, terminó creando en mayo de 2009 una comisión en Moscú para luchar “contra cualquier tentativa de falsificar la historia en detrimento de los intereses de Rusia”.

Más grave aún es la distancia que va separando cada vez más a ambos pueblos, de un lado y de otro de esa frontera apenas trazada. Un informe del Centro de Estudios Razumkov de Kiev señalaba a comienzos de 2009 la opinión cada vez más desfavorable de los rusos respecto de sus vecinos ucranianos, lo que se atribuye a la influencia negativa de la mayoría de los medios de comunicación rusos.

Las relaciones diplomáticas están en un punto muerto. En el verano de 2009, Rusia se negó a enviar un reemplazante de su anterior embajador ruso en Ucrania, Víctor Chernomyrdin. Desde el ascenso al poder de Medvédev, no se ha realizado ninguna reunión oficial entre ambos presidentes, excepto un encuentro ocasional en la cumbre de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en San Petersburgo, en 2008. A finales de 2009, en el mismo contexto, pero en Chisinau, el presidente ruso incluso menospreció públicamente a Yúshenko.

¿Es posible esperar un cambio tras las elecciones presidenciales? Los candidatos sembraron confusión, haciendo más compleja la opción prorrusa y pro-occidental, verdadero signo distintivo de la Revolución Naranja de 2004. Víktor Yanukóvich, que venció en la primera vuelta, fue el gran derrotado en las precedentes elecciones. Esta vez trató de ampliar su electorado tradicional, de lengua rusa y más bien situado en el Este. Para ello se deshizo de su imagen de marioneta manejada desde Moscú. “Queda claro que el discurso ha evolucionado. Yanukóvich es menos abiertamente prorruso. Critica la histeria europea, pero no insiste en la idea de un destino europeo para Ucrania” estimó Sacha Tessier-Stall, experto del Centro Internacional de Estudios Políticos de Kiev.

En realidad, Yanukóvich no tiene nada de un ideólogo. Para muchos especialistas el candidato tiene poco margen de maniobra, ya que su política respecto de Rusia estaría influenciada por las contradictorias motivaciones de quienes lo financian, y dependería de las luchas internas en el seno de su organización política, el Partido de las Regiones. Esa formación, calificada de “pro-rusa” por los medios de comunicación, es fundamentalmente una agrupación de hombres de negocios ucranianos que procuran sobre todo defender sus intereses financieros. En ese contexto, Yanukóvich evita las tomas de posición demasiado audaces: “La mayoría de los ciudadanos ucranianos están más ligados a Rusia que los de cualquier otro país. Si yo llego a ser presidente, voy a restaurar las ventajosas relaciones con Rusia, y borrar lo negativo de los últimos cinco años”, explicó Yanukóvich.

Su principal adversaria, la actual Primer Ministro Yulia Timoshenko, también jugó la carta multivectorial, muy lejos de sus posiciones originales en términos de política exterior, resumidas en su artículo “Contener a Rusia”, publicado en 2007 en la revista *Foreign Affairs* (2). La ex consejera de la Revolución Naranja, otrora compañera de viaje de Yúshenko, sabe que para ganar necesita el apoyo de Moscú. Haciendo gala de mucha sutileza táctica, oscila entre los dos polos. “Yanukóvich tiene mucha más libertad semántica que ella, la base electoral de Timoshenko está más en el Oeste y en el centro que en

el Este. Por lo tanto, no puede tener discursos sobre la amistad con Rusia. Solo puede hablar de Rusia como país socio. Y ello a pesar de que desarrolla una política prorrusa”, estima Sacha Tessier-Stall. Prueba de ello es la complicidad que mostró la pareja Putin-Timoshenko en un encuentro ocurrido en noviembre pasado en Yalta.

Más allá de los discursos, los entresijos de la campaña mostraron a su modo los objetivos presidenciales. Yanukóvich se rodeó de *spin doctors* estadounidenses, más bien cercanos al Partido Republicano. Pero está siendo financiado en buena parte por el oligarca Rinat Akhmetov, la persona más rica de Ucrania. Ese millonario, rey del Donbass, región industrial del Este del país, nunca ocultó su simpatía por Rusia, aunque desconfía de su influencia en el terreno económico. Dimitri Firtach, un hombre de negocios ucraniano poco transparente, con sólidas conexiones rusas, también aportó dinero. Yulia Timoshenko eligió a la compañía AKPD, responsable de la Victoriosa campaña de Barack Obama en 2008.

Su principal tesorero sería el muy rico Víctor Pinshuk, yerno del ex presidente Kuchma y ex mentor de Yanukóvich en 2004. Así es como los diferentes clanes oligárquicos ucranianos, conscientes del interés de mantener buenas relaciones con Rusia, se han asegurado la docilidad de los dos candidatos de la segunda vuelta, el 7 de febrero de 2010.

Poniendo el punto de mira en el Este, no hacen más que seguir un movimiento más global que apunta a devolverle a Rusia su papel de líder en el espacio postsoviético. “Francia, Alemania, Italia, Estados Unidos, todos reconocen actualmente la importancia de Rusia. Y nuestra política exterior no está aislada de las problemáticas globales”, estimó Zlemko. Sobre todo, la clase política ucraniana no se hace más ilusiones respecto de una integración rápida a la Unión Europea, ya que ésta pierde su paciencia frente a la falta de reformas en el país. Pierre Lellouche, secretario de Estado francés para Asuntos Europeos, lo expresó de forma indirecta durante su visita a Kiev en noviembre de 2009: la adhesión no es un tema de actualidad, ni a corto ni a medio plazo.

Por último, Rusia se muestra discreta. En 2004, subestimando, sin duda, el enojo de los ucranianos contra el régimen autoritario de Kuchma, Putin había apoyado a su delfín, Yanukóvich, con una larga serie de visitas y declaraciones. Esa injerencia había causado profundo rechazo en una parte de la opinión pública. A pesar del cambio de método, la estrategia del Kremlin respecto de su vecino no ha evolucionado en cuestiones de fondo. Según Petro Burkovski, del Centro Nacional de Estudios Estratégicos, “Rusia quiere una Ucrania estable y consolidada, pero sometida a su supremacía. El poder ruso intenta esta vez un acercamiento más suave, viendo la debilidad actual del Estado ucraniano, y a medida que la amenaza de una rápida integración de Ucrania en las estructuras de seguridad de Occidente se va alejando”.

(1) Sur de Ucrania.

(2) Yulia Timoshenko, “Containing Russia”, *Foreign Affairs*, Nueva York, mayo-junio 2007.

La crisis económica vista desde Ucrania

MATHILDE GOANEC.

Enviada especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

Mathilde Goanec desgrana en este reportaje, publicado en el número de junio de 2009, la grave situación económica de una Ucrania gobernada por los “naranjas”: elevada tasa de desempleo, bajos salarios, desindustrialización... Un viaje a Kherson (Jersón), última ciudad importante del río Dniéper antes de que llegue al mar Negro, y muy próxima a Crimea.

Kherson (Jersón) es la última ciudad importante sobre el Dniéper antes de que el río vierta sus aguas en el mar Negro. A pesar de algunas personas que inauguran la primavera en pantalón corto y calzado ligero, Kherson no tiene nada de una estación balnearia. En la Ucrania comunista cada ciudad tenía asignada una tarea, al servicio de una economía racionalizada al extremo: a Kherson le correspondían los astilleros navales, la fábrica de papel y la construcción de material agrícola. Gris y rectilínea, erizada de grúas, la ciudad conserva las marcas de su historia industrial en medio de una región mayoritariamente agraria.

La actual crisis mundial ha golpeado al país duramente, incluidos los 350.000 habitantes de Kherson y su envejecida industria, ya sacudida por las azarosas privatizaciones realizadas tras la independencia ucraniana, en 1991. Cuando a comienzos de 2008 las Bolsas occidentales cayeron en pánico, los bancos ucranianos se hundieron uno tras otro, arrastrando áreas enteras de la economía y agobiando a las ciudades medianas, que a menudo viven de uno o dos polos industriales.

A falta de pedidos, la producción nacional disminuyó en cerca de un 40%. En Kherson, las primeras manifestaciones de la crisis afectaron rápidamente a los obreros: suspensiones, vacaciones forzadas, atraso en el pago de los salarios... Pero la situación más dramática se vivió en la fábrica de máquinas agrícolas KhersonMash. Célebre en todo el país, esa planta es la única que sigue fabricando cosechadoras 100% ucranianas. “Al parecer nuestras máquinas son incluso mejores que las del estadounidense John Deere”, que sin embargo es líder en la materia, se jacta un obrero. La fábrica pertenece a Ukrmashinvest, un conglomerado de inversores privados al que el Estado cedió unas cuarenta empresas en los últimos años.

En septiembre de 2008, invocando la crisis, la dirección dejó de pagar a los 1.050 empleados. Durante cinco meses, los obreros y sus familias vivieron con lo estrictamente necesario, esperando que las cosas mejorasen. “Me puse a trabajar en la pesca, parar ganar algunos grivnias” (1) cuenta Serguéi Akrei, un hombre bonachón que luce una gran sonrisa bajo sus bigotes, y que es tornero en KhersonMash desde

hace diecisiete años. “Yo conseguí un puesto de sereno en un pequeño mercado, que me deja 800 grivnias (80 euros) al mes”, afirma su colega Anatoly Marchenko, que lleva treinta y dos años en la fábrica, y parece más bien deprimido.

En febrero de 2009, cansados del silencio de la dirección, los obreros de KhersonMash decidieron reaccionar. Se lanzaron a la lucha, ocupando la planta y reclamando sus salarios atrasados, que llegaban a 5,5 millones de grivnias (unos 500.000 euros). Luego, el 2 de marzo de 2009, trescientos empleados de la fábrica, junto a compañeros de los astilleros y de la fábrica de papel, marcharon hasta la “Oblast”, la administración regional. Allí se instalaron en el *hall* y pidieron ver al jefe. “Ese movimiento tuvo un eco enorme, porque hoy en día en Ucrania el proletariado, en tanto que clase social, prácticamente ha desaparecido, y no tiene costumbre de manifestarse. Es demasiado débil para rebelarse” explica Vladímir Korobov, sociólogo de la universidad politécnica de Kherson.

Ese movimiento, espontáneo se organizó por fuera de los “sindicatos de empresa”, que como en los tiempos de la URSS siguen estando muy cerca de la patronal. Leonid Mensheniuk, uno de los líderes de la rebelión, precisó: “Todos somos miembros del sindicato de la fábrica. Pero desde el principio, los dirigentes mantuvieron una actitud neutra. Tuvimos que arreglarnos solos, y tomar la iniciativa para que las cosas cambien”. Ese “sindicato en la sombra”, así llamado por Mencheniuk, generó temor hasta en Kiev. El descontento social aumenta en todo el país; la crisis preocupa a todas las capas de la población, desde los mineros de Donbass hasta los empleados de traje y corbata de la capital. El poder “naranja”, encarnado por el presidente Víctor Yúshenko, y su ex aliada, la Primer ministro Yulia Timoshenko, están en guerra abierta desde hace meses. Impotente para adoptar las medidas necesarias para contener la crisis, el Gobierno teme un fenómeno de contagio.

El 4 de marzo de 2009, la muy carismática jefa del Gobierno tuvo un gesto y anunció que serían destinados a la empresa 12 millones de grivnias para pagar los sueldos atrasados. De paso, Yulia Timoshenko no se privó de denunciar a esos dueños de fábrica “criminales” que no

pagan a sus empleados, ganándose así la simpatía de la población. En Kherson, el ambiente se calmó y las cámaras desaparecieron.

Sin embargo, a pesar de las promesas, la situación se agravó en KhersonMash. “A nosotros nos llegó una carta anunciándonos que el 19 de mayo seríamos despedidos”, protesta Tamara Baturaievitch, empleada desde hace 32 años. Y explica: “Nos declararon persona *non grata* en la fábrica, por haber participado en las manifestaciones. ¡Ni siquiera pudimos recuperar nuestros efectos personales!”. Así es que cada mañana, desde comienzos de marzo de 2009, cerca de un centenar de obreros se reúne frente a la sede de la Oblast para pedir explicaciones. Con la estatua de Lenin de fondo, los hombres y mujeres de Kherson gritan que quieren “trabajo y no dinero”, y acosan al jefe de la administración regional para que dé explicaciones.

Los futuros despedidos afirman que se usa la crisis como excusa. “En tiempos de la URSS en esta fábrica trabajábamos 12.000 personas. Junto con los astilleros constituíamos el poder de Kherson”, recuerda Mensheniuk. “Luego todo comenzó a empeorar. Hace dos años se produjeron varios despidos. Ya por entonces estuvimos sin cobrar durante meses. Un compañero llegó a colgarse de una soga en el lugar de trabajo. En 2007 éramos sólo mil quinientos empleados. La tendencia es clara, quieren cerrar la fábrica y vender el terreno para hacer dinero. La crisis es una excusa”.

En esas antiguas ciudades comunistas, la fábrica era el corazón de la vida social. “El fin de semana íbamos a bañarnos al río con los compañeros, y en vacaciones partíamos a las instalaciones de esparcimiento de la fábrica, cerca del mar Negro” rememora Akrei. “Teníamos hasta una pequeña clínica privada dentro del recinto, especialmente para los obreros de KhersonMash. ¿Qué vamos a hacer si la fábrica desaparece?”.

Los notables locales minimizan la cuestión, y prefieren elogiar la reactivación registrada en el astillero gracias a un importante contrato con un cliente extranjero. Boris Silenkov, el gobernador de la Oblast, admite: “Ciertamente, ese problema afecta a muchas familias, y va a generar muchos despidos de golpe. Pero aún trabajan en la fábrica

cerca de cuatrocientas personas, y lanzamos un programa regional para comprar diez grandes cosechadoras a KhersonMash. Nosotros hacemos correctamente nuestro trabajo en la Oblast, las jubilaciones se pagan en fecha y contamos con un inversor de Kuwait que está dispuesto a poner nuevamente en marcha una antigua refinería cerca de Kherson. Esas personas de que hablábamos van a encontrar otro puesto de trabajo”.

Bajo las ventanas del gobernador, Anatoly Marshenko lanza eslóganes que repiten los manifestantes. Entre los obreros nadie cree más en las promesas: “Van a mandarnos a plantar cebollas, nada más. No hay más trabajo para personas con nuestra especialización, porque fábricas como la nuestra no hay otra en todo el país. Es absurdo, Ucrania es un gran país agrícola, y necesita las máquinas que nosotros fabricamos”.

A pocos metros de allí se alza el Ayuntamiento. El vicealcalde Viateshslav Yaremenko se muestra menos entusiasta que el responsable de la región: “La crisis tiene una parte de responsabilidad en este asunto, pero es una excusa por parte de los patronos. Esta situación es también el resultado de una privatización azarosa. Muchos querían quedarse con KhersonMash, pero nadie quería verdaderamente invertir... Y ahí tenemos el resultado. Y puedo confirmarle que existen atrasos en los pagos de salarios, no sólo en KhersonMash sino también en las tres principales fábricas de la ciudad. De una población activa de 126.000 personas, cerca de 4.000 personas perdieron su empleo en los últimos meses”. Esa cifra es sólo la parte visible del iceberg según el sociólogo Vladímir Korobov: “El corazón industrial de Kherson no funciona. La producción se ha desacelerado en todas partes, y mucha gente ya no tiene trabajo. Aunque nadie puede dar cifras, ya que la doble contabilidad es algo muy común por aquí, desde el Presidente al pequeño comerciante”. Efectivamente, la estadística es un ejercicio difícil en Ucrania, donde la falta de contrato y el salario en negro son a menudo la regla.

En un edificio flamante, con un falso parecido a los “Centros de empleo” franceses, funciona la agencia de empleo de Kherson. Enfundada en un vestido negro abotonado, Svetlana Sherayeva, adjunta

del director, alaba su sistema ultramoderno. Aquí tampoco se brinda ninguna cifra, sino simplemente una impresión: “La gran ola de desocupados fue en noviembre y diciembre pasados. Después, eso se estabilizó un poco. Pero con la crisis actual, la gente está muy asustada. Están dispuestos a hacer cualquier cosa, lo esencial es tener un puesto de trabajo, aunque el salario sea pagado más tarde”. Según la adjunta del director, el salario medio también ha bajado en Kherson, cayendo a 98 euros en abril, es decir, un 20% menos que en 2008, y siendo apenas 40 euros más elevado que el salario mínimo. Más allá de las grandes fábricas, la onda expansiva ha afectado a todos los sectores, golpeando muy duramente a una clase media embrionaria.

Natacha Chevchenko tiene 32 años. Su hermano trabaja en los astilleros navales, su primo en la fábrica de papel. Ambos se quejan por el atraso en el pago de los salarios, pero no lo hacen abiertamente por temor a perder el trabajo. Con rostro cansado, la joven mujer cuenta también sus propias dificultades. Hasta hace apenas unas semanas dirigía una agencia inmobiliaria. “El año pasado abrimos nuestra propia oficina junto a unos amigos”. Por entonces, tanto en el interior del país como en Kiev, el precio de las propiedades había aumentado notablemente, en total desconexión con los ingresos de la mayor parte de la población. “En el verano de 2008 las ventas comenzaron a caer, y como en el otoño la cosa no mejoró, decidimos cerrar. En realidad, los bancos dejaron de dar créditos, y por lo tanto la gente ya no compra”.

Así que el 40% de las agencias inmobiliarias de la ciudad fueron a la ruina, siguiendo el ritmo de la depresión económica y los despidos. “Hace un año estábamos en pleno crecimiento. La gente recibía créditos para viviendas con tipos de interés del 14% (2), y sin exigencia de una entrada. Casi todos los créditos eran en dólares. Hoy en día, el importe del crédito se ha duplicado o ha triplicado, y la gente ya no puede pagar los reembolsos” explica Natacha Chevchenko.

A las primeras señales de la crisis, los ucranianos, que conservan en su memoria la vertiginosa devaluación de la grivnia a finales de la década de 1990, corrieron a los bancos a retirar sus ahorros y cambiarlos por divisas extranjeras. Ese fenómeno amplificó la devaluación de

la moneda nacional, que perdió cerca del 40% de su valor respecto del dólar. Natacha Chevchenko explica: “El principal problema es que muchas personas no han sido oficialmente despedidas, sino que han renunciado... Eso le evita a la empresa pagarle la indemnización correspondiente”. Sin ingresos, con créditos que pagar por la vivienda, el coche o la lavadora, los ucranianos rápidamente se han visto con la soga al cuello. “En Kherson, antes de la crisis la vida parecía fácil. Aunque la gente compraba a crédito, podía pagar. Pero era un espejismo”.

Vestido con una gastada chaqueta de cuero y llevando una vieja mochila, Andriy Dementrenko está a mil leguas del ejecutivo seguro de sí mismo que suele hallarse en la capital. Este hombre, aún joven, sentado en un banco del Parque Lenin, no tiene cuenta bancaria y jamás ha tomado un crédito. Prudente. Es sin embargo el director de una pequeña empresa de la ciudad, cuya casa matriz se halla en Kiev. Vende e instala carpintería de obra en PVC. Hoy en día, Andriy Dementrenko gana apenas mil grivnias (95 euros) y ya no puede pagar a sus empleados: “Antes de la crisis las ventanas en PVC eran un buen negocio. Pero el Banco Nacional, viendo que todo el mundo corría a sacar su dinero, decidió congelar las cuentas. Por lo tanto, la gente dejó de hacer proyectos en sus casas, y nosotros no tenemos más trabajo”.

Andriy Dementrenko conoce a muchas personas que ya no cobran sus salarios. “Las manifestaciones en Kherson Mash son algo extremo. Es la única forma para sacudir a los patronos. Y los que ven eso tienen ganas de hacer lo mismo. Algunos hasta fueron a manifestarse a Kiev, pensando que allá tendrían más peso”. Pero las grandes manifestaciones “sociales” que se desarrollan en la capital por ahora no convencen a nadie. Utilizadas y financiadas por el Partido de las Regiones, principal fuerza de oposición, sirven sobre todo de tribuna a su líder, Víctor Yanukóvich, con vistas a las elecciones presidenciales que podrían tener lugar en octubre de 2009.

Para muchos, sobrevivir es un trabajo a tiempo completo, ¿Cómo arreglárselas sin salario, en un país donde el seguro de desempleo, que muy pocos tienen, no dura más de un año? En Kherson, la gente está

volviendo a la tierra, imitando a esas *babushkas* que suelen instalarse en las aceras para vender pepinos o tomates marinados. “Mi hija y mi esposa trabajan conmigo en KhersonMash. Vamos a quedarnos sin trabajo los tres. Para poder comer trabajamos la huerta y cultivamos legumbres”, explica Marchenko. Algunos se transforman en taxistas para poder pagar los plazos del coche, otros alquilan su vivienda a precio de liquidación, y vuelven a vivir con sus padres. Los jubilados, de por sí muy vulnerables a causa de sus bajas pensiones, a veces deben compartirla con sus hijos esperando que la tormenta pase. “Tengo la impresión de que la gente vuelve a centrarse en la familia y no hace más proyectos a largo plazo. Si uno piensa en vacaciones, es por uno o dos días como máximo” estima Natacha Chevchenko.

“Los ucranianos, sobre todo los de más edad, saben sufrir”, afirma Volodymyr, un joven activo y padre de familia. Ese fatalismo es ampliamente extendido en Kherson, donde la actual crisis económica recuerda otros momentos dolorosos de la historia reciente, de otras crisis, no menos brutales: la caída de la URSS, hace dieciocho años, y luego los daños causados por la Independencia. La década siguiente se caracterizó por la rápida desaparición de la protección social del sistema comunista, reemplazada por un liberalismo desenfrenado a la occidental. Otra crisis, pero idénticos síntomas: hiperinflación, congelación salarial, devaluación de la moneda... Es decir, que los ucranianos están habituados a la recesión. Para Vladímir Korobov “esta crisis afecta a los que habían comenzado a hacerse ilusiones, los que tenían un poco de dinero y se pusieron a consumir. Para los otros, no cambia gran cosa. En Kherson, mucha gente vive con retrasos crónicos en el pago de salarios desde hace quince años. Pero esta vez nadie entiende lo que pasa. Uno se pregunta solamente si la crisis será peor o menos fuerte que la crisis de los años 1990”.

En medio de su rabia, los obreros de KhersonMash ya piden la renacionalización urgente de la empresa, lo que a su entender es la única forma de volver a la normalidad. Hasta el vicealcalde, que sin embargo está afiliado al Partido de las Regiones, conocido por sus apoyos oligárquicos, aboga por la vuelta del Estado a la empresa.

Discursos situados a años luz de la euforia de comienzos de los años 2000, cuando las privatizaciones y el liberalismo parecían ser la única garantía para el desarrollo del país.

En Ucrania, la “crisis del capitalismo” podría acabar con ciertos conglomerados industriales, mantenidos con vida como se pudo durante toda la transición, pero que tienen problemas para hallar su lugar en la economía mundializada. Kherson ya piensa en volver a concentrarse en los recursos concretos de su territorio, sus tierras agrícolas, aunque la bajada de los precios de los alimentos no incita a un gran optimismo. “Lo último que se pierde es la esperanza” dice un proverbio. Los obreros de la ciudad, dispuestos a resistir ante la crisis, lo han adoptado como eslogan.

(1) Moneda de Ucrania. 100 grivnias (Hrynia) = 9,4 euros [cotización en junio de 2009].

(2) La tasa de inflación era entonces de 20 %. Hoy en día alcanza el 18%.

Quiebra política en Kiev

MATHILDE GOANEC.

Enviada especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

A toda crisis económica le llega su rescate del FMI, y Ucrania no podía ser una excepción. El organismo internacional trazó dos “paquetes” de medidas llamadas “anti crisis”. Es decir, austeridad y rigor presupuestario... Mientras tanto, la ciudadanía agoniza y el gobierno “naranja”, que es un buen alumno del FMI, tiene poco margen de maniobra para conducir una economía salvajemente liberalizada. Mathilde Goanec describía a los lectores del número de junio de 2009 de *Le Monde diplomatique* la compleja situación de la coalición de gobierno.

Ucrania es uno de los países más debilitados por la crisis económica. La caída del precio del acero, cuando la balanza comercial depende en gran medida de la industria siderúrgica, ha afectado seriamente la economía, más aún que las de los países vecinos del Este de Europa. El acero, que representa el 40% de las exportaciones, aporta habitualmente cerca de 13.000 millones de euros anuales. Por lo tanto, el país fue uno de los primeros a los que el Fondo Monetario Internacional (FMI) concedió un préstamo urgente, en el marco de un plan de auxilio a las economías en dificultad. El monto del mismo –12.300 millones de euros– muestra perfectamente la magnitud de los daños sufridos.

Un primer tramo de 3.500 millones de euros se concretó en noviembre de 2008. El Banco Nacional Ucraniano (BNU) tiene como prioridad salvar de la quiebra una decena de bancos y estabilizar la caída de la moneda respecto del dólar. Pero ya se ha generado una ola de críticas por la gestión de la enorme suma. Se acusa al director del BNU, alguien cercano al presidente Víktor Yúshenko, de favorecer a los bancos de su entorno, lo que provocó la ira de la primera ministra, Yulia Timoshenko, que exigió su renuncia.

Dos meses más tarde, fue el FMI el que se quejó enérgicamente, recordándole a Ucrania las condiciones para recibir el segundo tramo del préstamo. Para obtener los siguientes 24.000 millones de euros el gobierno debe adoptar urgentemente un “paquete” de leyes llamadas “anti-crisis”, según los criterios habituales del organismo internacional. La regla es: austeridad y rigor, incluso en tiempos de crisis... “Ese paquete incluye una tasa de cambio flexible, una recapitalización del sistema bancario y una política fiscal y de distribución prudente” insiste el FMI.

Para algunos, en Kiev, el Fondo vuelve a sacar de sus cajones sus “planes de ajuste estructurales”. La institución financiera le pide al gobierno que revise el presupuesto de 2009, que prevé un déficit del 3%. A pesar de las declaraciones optimistas de Yulia Timoshenko, destinadas a tranquilizar a la comunidad internacional, la mayoría de los parlamentarios ucranianos siguen negándose a votar esas

leyes, conscientes de los enormes perjuicios sociales y electorales que produciría semejante rigor presupuestario.

En el frente político, Ucrania también pierde poco a poco la confianza de sus prestamistas. Las dos cabezas del ejecutivo hace meses que están en guerra abierta. “Traición”, “incapacidad”, “corrupción”: Yúshenko y Timoshenko se acusan mutuamente de las peores cosas. Antiguos aliados en la Revolución Naranja de 2004, los dos héroes de Maidán, la plaza de la Independencia en Kiev, se han convertido en verdaderos enemigos, y su enfrentamiento paraliza a todo el país. Hasta tal punto, que el ministro de Finanzas, Víctor Pinzenyk, prefirió renunciar a principios de marzo, denunciando la “irresponsabilidad” del gobierno y la imposibilidad de trabajar sin “quedar como rehén de las luchas políticas”.

El FMI está enojado. En el Parlamento, la coalición democrática se ha hecho añicos, y los diputados del Biout, el partido de la Primer ministro, se ponen de acuerdo regularmente con la oposición para cerrarle el camino al presidente. El enemigo de ayer, encarnado en el jefe del Partido de las Regiones, Víctor Yanukóvich, se ha vuelto un interlocutor y hasta un eventual aliado, según las votaciones.

Europa, inquieta al ver a su vecino al borde de la quiebra, exhortó al gobierno “naranja” a olvidar sus diferencias y unirse frente a la crisis, condición *sine qua non* para la entrega del segundo tramo del préstamo del FMI. Pero el Presidente y la Primera Ministra continúan acusándose mutuamente de sabotear las negociaciones con el FMI. A mediados de abril, Yúshenko presionó nuevamente: “Si no adoptamos esas leyes y no mejoramos nuestro presupuesto, será imposible lograr más cooperación del FMI o de cualquier otro organismo internacional. Y es responsabilidad de la Primera Ministra y de la coalición parlamentaria votar esas leyes”. Yulia Timoshenko, futura candidata presidencial, se vería muy perjudicada haciendo adoptar un plan que prevé restricciones en el plano social, particularmente sobre las jubilaciones.

Frente a esa parálisis general, los dirigentes políticos ucranianos tratan de reproducir lo que vienen haciendo sin cesar en los últi-

mos cuatro años: organizar elecciones. El 1 de abril de 2009, los parlamentarios votaron masivamente a favor de la organización de elecciones presidenciales, que podrían tener lugar el 25 de octubre de 2009, es decir, tres meses antes de la fecha fijada en el calendario electoral. El presidente Yúshenko pone como condición que simultáneamente se realicen elecciones legislativas. ¡Las últimas tuvieron lugar hace apenas dos años! Pero tampoco en este caso se puede omitir el factor “crisis”: las muy onerosas campañas electorales ucranianas son financiadas masivamente por los oligarcas locales, que también han perdido miles de millones en los últimos meses.

El péndulo ucraniano

VICKEN CHETERIAN.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

La caída del gobierno de Yanukóvich por la lucha encarnizada en Maidán es una nueva oscilación de lo que muchos expertos llaman el péndulo ucraniano: unas veces hacia Occidente (Unión Europea, Estados Unidos, OTAN) y otras hacia Rusia. Vicken Cheterian viajó a Kiev como enviado especial de *Le Monde diplomatique* para este artículo de análisis que publicábamos en octubre de 2004.

Ucrania describe oficialmente su política exterior como de “vectores múltiples”, pero una imagen más exacta sería la del péndulo, que oscila entre Rusia, de un lado, y la OTAN y la Unión Europea, del otro. Y cada uno de esos polos corresponde a la aspiración de fracciones de su población: al Este las regiones rusófonas, al Oeste las regiones integradas en la URSS después de 1945, donde el nacionalismo ucraniano es más fuerte. En periodo preelectoral –como el actual–, el péndulo tiende a orientarse hacia el Este. En el mes de septiembre de 2003, el presidente Leonid Kuchma firmó un acuerdo con Rusia, Bielorrusia y Kazajistán de creación de un espacio económico común; recientemente ha modificado la doctrina militar abandonando el objetivo de adhesión a la OTAN y a la Unión Europea e invertido el sentido del oleoducto Odesa-Brody, que ya no conduce hacia Europa el petróleo de Azerbaiyán desembarcado en Odessa, sino que conduce el petróleo ruso hasta el mar Negro.

La promesa realizada por Kuchma durante su campaña electoral de 1994 de cooperar más estrechamente con Rusia se ha cumplido al final del mandato, a causa de una sucesión de fracasos de su política exterior y, a la vez, de ciertas prioridades internas. En vísperas de las presidenciales del 31 de octubre de 2004, Kuchma necesita el apoyo de Moscú para seducir al electorado ruso, cuyos sufragios son indispensables para su esperado sucesor, el actual primer ministro Víctor Yanukóvich. Por otro lado, los dirigentes occidentales se han distanciado de Kuchma a raíz de una serie de escándalos que mancharon a su gobierno.

Hay que decir que durante la última década, Ucrania sufrió evoluciones desastrosas. Entre 1992 y 2000 el ingreso por habitante cayó en un 42%; la expectativa de vida disminuyó dos años y medio entre 1990 y 2000; y la población pasó de 51,6 millones (1990) a 48,2 millones (2001) (1).

La catástrofe minera de la región de Donetsk del 19 de julio de 2004 –36 obreros resultaron muertos– atestigua la vetustez de las infraestructuras y la precariedad de la seguridad en el trabajo. Más inquietante aún es la situación militar. Ucrania, que supo ser

el centro de producción soviética más avanzado, es actualmente incapaz de comprar nuevas armas a la industria local, ni siquiera piezas sueltas, dada su falta de recursos. Las estructuras de mando se encuentran en un estado de desorganización total. El ejército afronta un proceso de drástica reestructuración: sus efectivos serán reducidos de 500.000 a 300.000 hombres y deberán disminuir en un tercio más durante la próxima década.

En los últimos años, los accidentes se han multiplicado. En octubre de 2001, un avión de pasajeros que cubría la ruta Tel Aviv-Novossibirsk fue abatido sobre Ucrania, a consecuencia de un ejercicio de disparo de misiles, y murieron sus 78 pasajeros; en julio de 2002, un Sukhoi-27 se estrelló durante una exposición aeronáutica, con el saldo de 85 víctimas entre los espectadores. Más recientemente, en marzo de 2004, el ministro de Defensa, Yevhen Marchuk, publicó un anuncio en un diario local: “Estamos buscando varios cientos de misiles, que fueron puestos fuera de servicio, pero no los encontramos” (2). Esta noticia despertó inquietud entre los mandatarios occidentales, que temen que una bomba “sucía” y el misil para transportarla caigan en manos peligrosas.

La herencia más preocupante del régimen de Kuchma es la profunda corrupción de las clases dirigentes. Antiguos mandos del partido y dirigentes regionales se entregaron a una lucha despiadada, de alianzas cambiantes, exclusivamente motivada por el poder y las riquezas. El proceso iniciado en San Francisco contra el ex primer ministro Pavel Lazarenko por el blanqueo de 114 millones de dólares, que incluía otros 28 cargos de inculpación, sacó a la luz las oscuras querellas y los negocios característicos de las altas esferas del Estado ucraniano. Lazarenko, ex dirigente comunista, era considerado el “rey del gas”. Entre 1992 y 1995, dirigió la región de Dniproetrovsk, acumulando poderes y fortuna que Kuchma percibió como una amenaza personal. La lucha entre ambos hombres incluyó “accidentes” de tráfico, atentados con bomba y asesinatos a parlamentarios. Privado de sus fueros en 1999, Lazarenko huyó a Estados Unidos, donde fue detenido.

Otro caso oscuro es el “escándalo de las cintas”: en grabaciones que supuestamente reproducen una conversación entre el Presidente y uno de sus colaboradores, se aludía crudamente a la eliminación física del periodista de investigación Georgi Gongadze, cuyo cadáver mutilado fue hallado en junio de 2000. Además, las revelaciones –muy controvertidas– según las cuales Kuchma habría cerrado un acuerdo con el Irak de Sadam Husein para una venta de radares y misiles (3) echaron por tierra las relaciones con Washington. Pero Kiev parece haber logrado calmar la cólera norteamericana con el envío a Irak de un contingente de 1.600 hombres bajo mando polaco.

Todo esto empaña la imagen de Ucrania, especialmente entre ciertos dirigentes occidentales que han hecho saber que su política futura respecto a Ucrania dependerá mucho del desarrollo de las próximas elecciones. De hecho, hace tiempo que Bruselas decidió que el país no formaría parte ni de la primera ni de la segunda tanda de adhesiones de los países del Este a la Unión Europea.

En los años negros vividos tras la caída de la URSS, Ucrania no ha encontrado en Occidente más que indiferencia y desprecio por sus intereses, a pesar de la diáspora ucraniana en América del Norte (4). Con el advenimiento de la “guerra contra el terrorismo” y el alza de los precios del petróleo, la Administración de Bush cuenta con una colaboración estable con el Kremlin. Dejó de promover el desarrollo del GUUAM (pacto de seguridad entre Estados de la Comunidad de los Estados Independientes creada en 1997 y que agrupa a Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaiyán y Moldavia), impulsado por Kiev con el objetivo de limitar la influencia rusa. Éste ha quedado sin efecto.

La mayor parte de los horrores del siglo XX han pasado por Ucrania: de la Gran Guerra a las atrocidades de la guerra civil; de la hambruna del periodo estalinista al holocausto nazi; y hasta el gran enfrentamiento entre los ejércitos alemanes y soviéticos. Incluso si los ucranianos evocan con orgullo la “Rus” de Kiev, estructura estatal eslava más antigua que la “Rus” moscovita, la división entre potencias políticas vecinas es innegable, así como el

dilema planteado por las dos concepciones de su identidad nacional, fundadas en consideraciones geográficas, étnicas e históricas. En tales circunstancias, es destacable que el país no haya sucumbido a las tentaciones del nacionalismo y la guerra civil.

Con la puesta en funcionamiento, el 9 de agosto de 2004, de un nuevo reactor nuclear en la central Khmelnytsky, que comenzó a producir electricidad, se emprendió un viraje simbólico. El proyecto está enteramente financiado por Ucrania. En efecto, la promesa de los gobiernos europeos de contribuir con cerca de 3.000 millones de euros a los esfuerzos para encontrar fuentes no nucleares de electricidad, después del cierre de las unidades 1 y 3 de Chernóbil a consecuencia de la explosión de 1986, nunca se ha cumplido (5). Ucrania también se ha convertido, tras el desmembramiento de la URSS, en la tercera potencia nuclear militar del planeta, con 1.300 ojivas, antes de alcanzar, en 1996, un acuerdo con Washington y Moscú para que fueran transferidas a Rusia y desmanteladas; hoy Ucrania ya no forma parte del “club militar nuclear”. La puesta en marcha del nuevo reactor constituye una reorientación estratégica: a pesar de los riesgos, Kiev parece querer regresar a la energía nuclear, con el objetivo de resolver sus problemas energéticos y proyectar una imagen de potencia ante sus vecinos.

Al mismo tiempo que padecía sus escándalos y el rechazo de los occidentales, Ucrania era recibida con los brazos abiertos por Rusia. Frente a la expansión de la OTAN y la UE, ésta busca constituir un bloque de países postsoviéticos bajo su dominio, y Ucrania está en el centro de esta política. Rusia invirtió masivamente en la infraestructura energética así como en la industria y los medios de comunicación (6). Pero la tendencia general es al aumento del comercio con Europa antes que con Rusia (7). Si bien los intereses y la influencia de ésta seguirán siendo importantes, Ucrania es y seguirá siendo un país independiente, en busca de su lugar en Europa.

Desde este punto de vista, las elecciones presidenciales se anuncian decisivas para evaluar la esfera de influencia de cada

quien. El actual primer ministro y candidato, Yanukóvich, oriundo de Donetsk, ciudad industrial y minera rusófona, consiguió unir a la mayoría de los clanes rivales que se reparten el poder y convertirse en el candidato del continuismo. Lo respaldan todos los “recursos administrativos” a su disposición, a saber, la burocracia de Estado, la represión policial y los medios oficiales, así como el voto étnico ruso del este del país y de Crimea.

Su contrincante es Víctor Yúshenko, candidato del partido opositor Nuestra Ucrania, ex Primer Ministro y ex presidente del Banca Nacional. Considerado como un reformista pro-occidental cuando estaba en el poder, Yúshenko encarna el cambio y cuenta con el voto del centro y el oeste de Ucrania, donde el sentimiento nacional ucraniano es más intenso. Otra candidatura potencialmente fuerte es la del dirigente del partido comunista Petro Symonenko, aunque este partido haya perdido mucha credibilidad por no formular otra política.

Y sin embargo, el nombre del futuro Presidente importa menos que la forma en que será elegido: ¿gracias al apoyo de una mayoría del electorado que le conferirá así una auténtica legitimidad? ¿O asignado a ese puesto en contra de la voluntad popular? Ucrania es uno de esos raros Estados pos-soviéticos donde las alternancias en el poder tuvieron efectivamente lugar mediante elecciones. En 1994, Leonid Kravchuk, debilitado tras haber conducido a su país a la independencia, entregó su puesto a Leonid Kuchman, ex dirigente del Partido Comunista y director de una fábrica de misiles de Dniepropetrovsk.

Pero desde entonces, las reformas democráticas y el Estado de derecho experimentaron una serie de reveses. El informe de la Organización para la Seguridad y la Cooperación Económica (OSCE) sobre las elecciones presidenciales de 1999 es extremadamente crítico, y menciona la generosa colaboración que las instituciones estatales habían aportado al candidato saliente, la información tendenciosa de los medios de comunicación estatales y privados, la obligación para los estudiantes y el personal de la salud de votar

bajo vigilancia de sus autoridades.

En caso de Vítoria de un candidato independiente, los oligarcas, que sacaron provecho de los programas de privatización masivos de estos últimos años y que dominan aún la economía y la política, temen una revancha. Dan signos de nerviosismo. Así fue como durante el escrutinio municipal de abril de 2004 en Mukachevo, ciudad de Transcarpatia, se observaron irregularidades flagrantes... y el candidato progubernamental fue declarado vencedor por las autoridades pese a todos los indicios en contra.

El apoyo en bloque a la candidatura del Primer Ministro por los medios de comunicación en manos del Estado y la oligarquía ofrece un ejemplo de esas mismas prácticas. Los cinco canales principales de la televisión nacional pertenecen o a Víctor Medvedchuk, jefe de la administración presidencial, o a Víctor Pinchuk, yerno de Kuchma. Según Sergy Taran, del Instituto de Medios de Comunicación de Masas, en los periodos preelectorales los medios adoptaron la costumbre de aplicar un método de “estricta censura, casi militar”, llamado *temniki*: la administración presidencial envía a los medios la lista de los temas para tratar, precisando el enfoque conveniente para cada caso, y otra lista de temas que evitar.

A medida que la campaña actual se intensifica, se multiplican los golpes bajos: en agosto de 2004, Yúshenko declaró que un camión había intentado impactar contra el vehículo que lo llevaba a un acto político, método muypreciado para deshacerse de rivales políticos o comerciales.

Pero el gobierno no puede imponer completamente su voluntad al país sin debate. Un mes después del fraude electoral, el nuevo intendente de Mukachevo debió renunciar. “Si (las autoridades) falsean los resultados electorales, hay que esperar una protesta a gran escala –explica Anatoliy Grytsenko, director adjunto de campaña de Víctor Yúshenko–. Nuestros socios occidentales han subrayado siempre la importancia de elecciones libres y justas. Está claro que al gobierno Kuchma-Yanukóvich no le preocupa un eventual retraso de la integración de Ucrania a la OTAN o a la

Unión Europea. Pero es seguro que esa gente se preocupa por sus propiedades y sus cuentas en bancos de Occidente”. He aquí lo que debería llevar a cierta prudencia.

Como resultado de esta consulta, el nuevo Presidente de Ucrania hablará tal vez mejor el ruso que el ucraniano, pero para asentar su legitimidad, deberá fortalecer la independencia de su país respecto a Moscú. En cuanto a Europa, tal vez no sienta agrado por la vida política ucraniana, pero no puede permitirse desconocer a su nuevo vecino.

- (1) *The Power of Decentralization, Ukraine Human Development Report 2003*, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Kiev, 2003, páginas 14 y 99.
- (2) Valentinas Mite, “Ukraine: Kiev Says Hundreds Of Soviet-Era Missiles Are Missing, But Not Necessarily Lost”, RFE/RL, Praga, 29 de marzo de 2004.
- (3) *Nizavisimaya Gazeta*, Moscú, 29 de marzo de 2002.
- (4) 1,2 millones de estadounidenses y 1 millón de canadienses son de origen ucraniano.
- (5) Oleg Ivanov, “Ukraine: To K2 and Beyond” Transitions Online <http://www.tol.cz>, publicado en la red el 16 de agosto de 2004.
- (6) Pese a un acuerdo sobre la utilización del puerto de Sebastopol hasta 2017, Rusia acondiciona un nuevo puerto dentro de su territorio, en Novorossisk, para recibir a la flota del mar Negro. Cf. *Nizavisimaya Gazeta*, Moscú, 11 de agosto de 2004.
- (7) En 1994, el comercio con Rusia constituía el 47,5% de la totalidad del comercio ucraniano con el exterior, en 2001 el 32%, y en 2002 el 30%. Cf. Olexiy Haran y Rostyslav Pavlenko, “The Paradox of Kuchma’s Russian Policy”, *PONARS Policy Memo* 291, septiembre de 2003.

‘Gran juego’ alrededor del petróleo y del gas

RÉGIS GENTÉ.

Periodista independiente,
Biskek (Kirguizistán).

La Unión Europea, que importa de Rusia una parte imprescindible del petróleo y el gas que consume, se muestra inquieta ante el ascenso en potencia de Moscú en este terreno. El 12 de mayo de 2007 se formalizó un acuerdo energético entre el presidente ruso y sus homólogos de Turkmenistán y Kazajistán que ponía de manifiesto un cambio de dirección. Régis Genté analizó en el número de junio de 2007 el cambio de la política energética de Moscú, que había pasado a la ofensiva, tras haber estado a la defensiva durante mucho tiempo debido a la política de trazado de los oleoductos y gaseoductos que impusieron las grandes potencias.

El nuevo “Gran Juego” está en su apogeo. Esta vez, el petróleo y el gas se sitúan en el corazón del conflicto. Pero la demanda de hidrocarburos no explica por sí sola la batalla que libran las grandes potencias para apoderarse de los yacimientos de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central y del Cáucaso, que con el derrumbe de la URSS en 1991 escaparon a la influencia de Moscú. El oro negro y el oro gris representan también el medio para una lucha de influencias destinada a controlar el centro del continente euroasiático. Por intermedio de *majors* petroleros, los oleoductos son como largas cuerdas que permiten a las grandes potencias amarrar en su seno geoestratégico a los ocho Nuevos Estados Independientes (NEI) de la región (1).

El “Gran Juego”, expresión que se ha convertido en legendaria con *Kim*, la novela de Rudyard Kipling, designaba en el siglo XIX la lucha de influencias entre grandes potencias, en muchos aspectos similar a la actual. En aquella época, lo que estaba en juego era lo que entonces se conocía como “las Indias”, la joya de la corona británica codiciada por la Rusia Imperial (2). El combate duró un siglo y terminó en 1907, cuando Londres y San Petersburgo acordaron la división de sus zonas de influencia mediante la creación de un Estado tapón entre ellas: Afganistán (3). El acuerdo perdurará hasta 1991. “Hoy, si bien han cambiado los métodos y las ideas en cuyo nombre actúan las potencias, si los protagonistas no son los mismos, el objetivo último perdura. De una u otra manera, se trata de colonizar Asia Central con el fin de neutralizarse los unos a los otros. Es verdad que el gas y el petróleo se desean por sí mismos, pero también como un medio de influencia”, explica Muratbek Imanaliev, ex diplomático kirguizo (y antes soviético), que preside el Institute for Public Policy en Biskek (Kirguizistán).

A partir del derrumbe de la URSS, los NEI ven en el petróleo un medio para alimentar su presupuesto y consolidar su independencia respecto de Moscú. A finales de los años 1980 la empresa estadounidense Chevron codiciaba el yacimiento de Tengviz, uno de los más grandes del mundo, situado al oeste de Kazajistán. En 1993 adquirió el 50%. Del otro lado del mar Caspio, el presidente azerí Gueidar

Aliev firmó en 1994 el “contrato del siglo” con empresas petrolíferas extranjeras, para explotar el campo Guneshli-Chirag-Azeri.

Rusia se encoleriza: el petróleo del Caspio se le escapa. Se opone entonces a Bakú [capital de Azerbaiyán] argumentando la ausencia de estatus jurídico del Caspio, ya que no se sabe si es un mar o un lago. Moscú había esperado que las cosas fueran mejor con Aliev que con su antecesor, el primer presidente de Azerbaiyán independiente y el nacionalista antirruso Abulfaz Elchibey, derrocado por un *putsch* en junio de 1993, algunos días antes de firmar importantes contratos con *majors* anglosajonas. Fino conecedor de los mecanismos del sistema soviético, Gueidar Aliev, ex general del KGB y antiguo miembro del Politburó, negoció en secreto con los petroleros rusos para encontrar un terreno de acuerdo con Moscú: Lukoil [empresa petrolera rusa] obtuvo un 10% del consorcio Guneshli-Chirag-Azeri. Este y Oeste comienzan a arrancarse los yacimientos de la zona.

En los años 1990, para justificar su penetración en la cuenca del Caspio, Estados Unidos infló sus estimaciones de las reservas de hidrocarburos allí disponibles. Hablaba de 243.000 millones de barriles de petróleo. ¡Algo inferior a las de Arabia Saudí! Retorno a la razón: en la actualidad estas reservas se estiman en 50.000 millones de barriles de petróleo y 9,1 billones de metros cúbicos de gas, lo que representa entre 4 y 5% de las reservas mundiales. Si Estados Unidos se atrevió a este gran *bluff*, fue porque “quería construir a cualquier precio el BTC [el oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan]. Hicieron todo lo posible para lograrlo... Se trataba de prevenir la extensión de la influencia rusa, de tornarla más difícil. No sé en qué medida sabían que exageraban”, afirma Steve Levine, periodista estadounidense que sigue estas cuestiones desde inicios de los años 1990 (4).

Este juego de influencias se viene acelerando desde 2002. A causa de la “guerra contra el terrorismo” llevada a cabo en Afganistán a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, los militares estadounidenses se introducen en la antigua URSS. Con la bendición de una Rusia debilitada. Washington instaló bases en Kirguizistán y Uzbekistán, prometiendo retirarse tan pronto como la gangrena

islamista fuese erradicada. “Bush utilizó este compromiso militar masivo en Asia Central para sellar la Victoria de la guerra fría contra Rusia, contener la influencia de China y mantener el nudo corredizo alrededor de Irán”, considera el ex corresponsal de guerra Lutz Klevevan (5).

Washington jugó también un papel determinante en las revoluciones “de colores” de Georgia (2003), Ucrania (2004) y Kirguizistán (2005), otros tantos graves reveses para Moscú (6). Enloquecidos por estos cambios de poder sucesivos, algunos autócratas de la región le dieron la espalda a Estados Unidos y se acercaron a Rusia o China. En efecto, el juego se ha ido complicando estos últimos años, a medida que Pekín hizo su entrada en los asuntos de Asia Central y que Europa, como consecuencia de la guerra del gas ruso-ucrainiana de enero de 2006, acelerara sus proyectos de captación de esta riqueza del Caspio. Petróleo, seguridad, lucha de influencias y batallas ideológicas: para salvar su apuesta en el “Gran Juego”, es necesario jugar en todos los tableros a la vez.

Al principio, Rusia tenía una clara ventaja en este pulso. En 1991 controlaba todos los oleoductos que permitían a los NEI exportar sus hidrocarburos. Pero los *apparatchiki* devenidos en presidentes se esforzaron por no apostar todo a la carta rusa. Tras el hundimiento de la URSS se construyeron una docena de oleoductos que evitaron pasar por el territorio del gran hermano: Moscú perdió así su influencia política y económica.

El ejemplo de Turkmenistán es emblemático de las relaciones de Rusia con su antiguo coto cerrado: cuarenta de los cincuenta mil millones de m³ de gas que produjo en 2006 se vendieron a Rusia. No había otra elección. Salvo un pequeño gasoducto inaugurado en 1997 que lo conecta a Irán, sólo dispone del SAC-4, oleoducto que desemboca en Rusia. Una verdadera cadena. En abril de 2003, el Presidente ruso Vladímir Putin pudo obligar a su homólogo turcomano, Saparmurad Niazov (muerto a finales de 2006) a firmar un contrato de 25 años por 80.000 millones de m³ anuales vendidos al ridículo precio de 44 dólares/1.000 m³.

Bien pronto Asjabad [la capital de Turkmenistán] intentó volver sobre estas condiciones, y para ello interrumpió sus entregas. El invierno de 2005 Moscú se resignó a pagar 65 dólares por 1.000 m³ dado que el gas turcomano le era indispensable, en especial para aprovisionar a bajo precio a la población rusa. En septiembre de 2006 Gazprom fue más lejos y firmó un contrato con Asjabad por el cual se comprometía a pagar 100 dólares/1.000 m³ durante el periodo 2007-2009. Dado que en abril, cinco meses antes, el difunto dictador turcomano había firmado con el presidente chino Hu Jintao un documento por el cual Turkmenistán debía proporcionar a China, durante treinta años, 30.000 millones de m³ de gas natural anuales a partir de 2009, y construir un gasoducto de 2.000 kilómetros. Fue sin duda por esta razón por lo que Gazprom tuvo que incrementar sus tarifas.

¿Querrá Asjabad seguir incrementando la puja? En abril pasado, de regreso de su primera visita oficial a Moscú como presidente, Gurbanguly Berdymukhammedov invitó a Chevron a participar en el desarrollo del sector energético turcomano. Su antecesor nunca se había atrevido a hacer tal invitación a un *major* internacional. Por otra parte, no dijo “no” a los adelantos europeos de un corredor transcaspiano. Quizás amenaza con hacer entrar a los occidentales en su juego para que Gazprom acepte pagar más –en efecto, le factura su gas a Europa a más de 250 dólares/1.000 m³.

Y sin embargo, Putin propuso restaurar el SAC-4 y construir otro gasoducto que conectara los dos países. El periodista ruso Arkady Dubnov observa: “Rusia quiere poner de manifiesto a los turcomanos que está dispuesta a hacer mucho por ellos. Moscú espera disuadirlos de tratar con los chinos y los Occidentales. La lucha que Moscú debe librar contra Turkmenistán prueba que Rusia está lejos de ser todopoderosa en las antiguas repúblicas soviéticas, y que lo que prima hoy es el pragmatismo económico de Putin y su entorno”, concluye este experto de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

El método tiene a menudo el inconveniente de ser brutal. Así es como los europeos percibieron la crisis del gas de 2006 entre Moscú y Kiev (7). El espectro de la ruptura del aprovisionamiento empezaba

a planear sobre el viejo continente, que importa un cuarto de su gas de Rusia. No obstante, modera Jérôme Guillet, autor de un informe sobre las guerras del gas de 2006, estas crisis son “más el reflejo de las luchas que se tejen entre bambalinas entre poderosas facciones en el seno del Kremlin o en Ucrania que una utilización deliberada del ‘arma energética’” (8).

Primer productor mundial de gas y segundo de petróleo, Rusia recupera su bienestar financiero y toma iniciativas estratégicas. El 15 de marzo pasado firmaba un acuerdo con Bulgaria y Grecia para la construcción del oleoducto Burgas-Alexandropolis (BAP). Un verdadero competidor del BTC, que además es el primero que el Estado ruso controla en el territorio europeo. Asimismo, desde hace algunos meses el crudo circula por los 1.760 kilómetros del BTC y el gas por el Bakú-Tiflis-Erzurum (BTE). La arteria vital de la influencia occidental en la antigua URSS es funcional. Produce sus primeros efectos políticos.

Desde este año Georgia parece ser menos dependiente del gas ruso que hace un año, cuando era el único que podía importar. Así, los espectaculares aumentos del precio del gas que los rusos le impusieron –en dos años, pasó de 55 dólares a 230 dólares/1.000 m³– no afectaron tanto a la economía georgiana como esperaba Moscú. Los volúmenes suministrados por el BTE, a título de *royalties*, y por Turquía, que cede a bajo precio la parte de gas de este mismo gasoducto que le corresponde, le permitieron componer un precio medio aceptable (9).

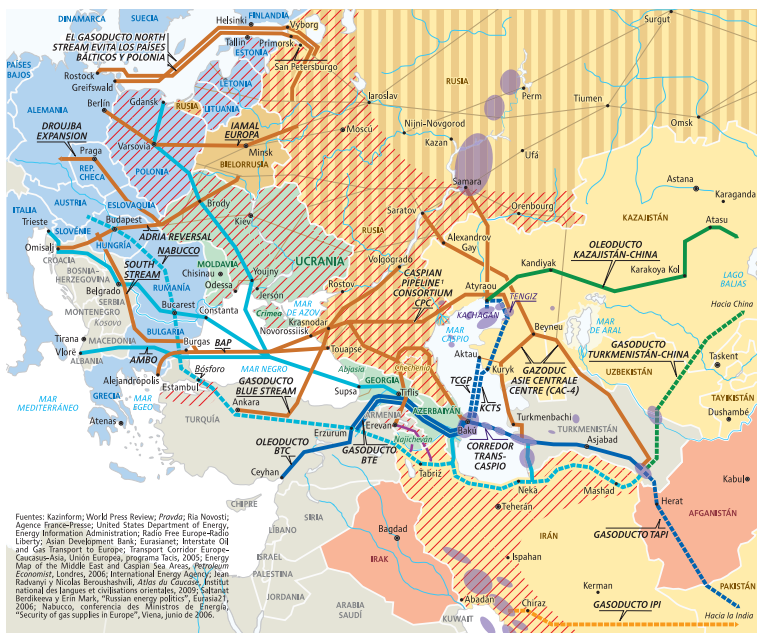
Peor aún, para Moscú: la tentativa de imponer a Azerbaiyán un alza de los precios del mismo orden, esperando que se reflejara sobre las entregas en Tiflis, causó la ira del presidente Ilham Aliiev. “Eso prueba que el BTC [así como el BTE] es la mayor Victoria estadounidense en política internacional de estos últimos quince años. Es un éxito en cuanto al *containment* de Rusia y el respaldo a la independencia de las repúblicas del Cáucaso”, considera Steve Levine. Estos oleoductos ofrecen a Estados Unidos y Europa la posibilidad de poner en marcha otros proyectos para diversificar sus fuentes

de suministro y atraer bajo su influencia política los NEI de la zona. Dos proyectos están en el orden del día.

El primero, el Kazajstan Caspian Transportation System (KCTS), destinado a evacuar el petróleo del yacimiento de Kashagan, el más grande descubierto en el mundo en los últimos treinta años. Debe entrar en producción a finales de 2010, y los accionistas del consorcio que lo explota, formado por grandes *majors* occidentales (10), se proponen transportar sus 1,2 a 1,5 millón de barriles diarios por un itinerario al suroeste que atraviesa el Caspio. Ni hablar de que el oleoducto pase por debajo del mar, debido a la oposición rusa e iraní: una flota de petroleros hará el trayecto entre Kazajistán y Azerbaiyán, donde una nueva terminal petrolífera conectará el “sistema” al BTC. El que, gracias a algunas estaciones de bombeo suplementarias y al empleo de productos que dinamizan al paso del aceite por las tuberías, debería hacer que su capacidad pasase de 1 a 1,8 millones de barriles por día.

El segundo proyecto, que se refiere al gas, está aún en fase de estudio. Se trata del “corredor transcaspiano”, destinado a proveer a Europa de gas kazajo y turcomeno. Faouzi Bensara, asesor en energía de la Comisión Europea, señala: “Hablamos de ‘corredor’ y no de ‘gasoducto’. Proponemos reflexionar sobre las soluciones tecnológicas alternativas, como por ejemplo el fomento de las inversiones para producir gas natural licuado en Turkmenistán, que luego podría ser transportado por barco a Bakú”. La Unión Europea no pretende ser protagonista del “Gran Juego”, precisa el alto funcionario: “Sólo se guía por la demanda. Muy pronto tendremos necesidad de 120.000 a 150.000 millones de m³ de gas por año. Nuestro objetivo es encontrar estos volúmenes suplementarios y diversificar nuestras fuentes de aprovisionamiento. Eso es todo. Las soluciones que vamos a encontrar serán complementarias de las que ya existen”.

En cambio, la otra gran tubería estratégica fomentada por Washington tiene pocas probabilidades de realizarse: se trata de la Turkmenistán-Afganistán-Pakistán-India (TAPI), ese famoso gasoducto que Estados Unidos, junto con la sociedad petrolífera estadounidense



Alianzas políticas y económicas

Países miembros

- del GUAM: Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, Moldavia (organización pro-occidental)
- de la Unión Europea
- de la Organización de Cooperación de Shanghái
- de la Unión Rusia-Bielorrusia

“Guerra” de los gasoductos y oleoductos

- Principales yacimientos de petróleo o de gas

NB: Rusia apoya el oleoducto Caspian Pipeline Consortium pero en su accionariado incluye importantes intereses estadounidenses, kajazos y ománis.

Grandes proyectos de gasoductos o de oleoductos

| Existentes o en fase de construcción | Proyectados | Apoyados por |
|--|--|----------------|
| | | China |
| | | Rusia |
| | | Estados Unidos |
| | | Unión Europea |
| | | Irán |

Principales redes de gasoductos y oleoductos de los países de la antigua URSS

Gasoductos locales iraníes

¿Por dónde pasar? Geostrategia de los “desvíos”

Países en los que el Estado no puede controlar la mayor parte del territorio y donde la seguridad de los gasoductos y de los oleoductos no puede garantizarse

Territorios que se han de “evitar” –según los actores del “gran juego”– para la salida del gas y de los hidrocarburos de las zonas de extracción hacia los mercados (Estados Unidos, Europa, China y Japón)

Unocal, preveía construir con los talibanes en la segunda mitad de la década de 1990. “Con el regreso de los talibanes a Afganistán, este proyecto implica demasiados inconvenientes en términos de seguridad. Por otra parte, muchos expertos consideran que las reservas de Turkmenistán no se han evaluado correctamente”, explica el profesor Ajay Kumar Patnaik, especialista de Rusia y Asia Central en la Universidad Jawaharlal Nehru, de Nueva Delhi.

Si bien Washington defendía el TAPI, lo hacía para aislar a Irán y a la vez debilitar a Rusia en Asia Central. En adelante, Estados Unidos se propone también integrar Afganistán a sus vecinos y al mismo tiempo proporcionarle con qué calentar a sus poblaciones y reactivar su economía, condiciones para su estabilidad. Con este objetivo el Departamento de Estado estadounidense reorganizó en 2005 su división Asia del Sur, para fundirla con la de Asia Central, y así favorecer las relaciones a todos los niveles en esta zona conocida como la “Gran Asia Central”.

La energía constituye uno de los vectores esenciales de las relaciones internas de la zona. Por esta razón existe un determinado número de proyectos de estaciones hidroeléctricas, en Tayikistán por ejemplo, destinadas a abastecer el norte afgano. Pero el concepto general no tiene mucho éxito. Nueva Delhi, en especial, se siente lejos de Asia Central y no muestra entusiasmo por entrar en el TAPI. El proyecto de gasoducto Irán-Pakistán-India (IPI) propuesto por Teherán la seduce mucho más, aunque la Iran Libya Sanctions Act estadounidense (ILSA) –mediante la cual Washington castigaría a toda empresa que invirtiese en el petróleo o el gas de estos países– le impide dar el paso.

Mohammed Reza-Djalili, especialista iraní en relaciones internacionales de Asia Central, señalaba que “Irán es el gran perdedor del nuevo ‘Gran Juego’. No sólo los oleoductos eluden su territorio, sino que nadie puede invertir en Irán. Ahora bien, lo que necesita el país son justamente inversiones. Sus instalaciones datan de los años 1970, lo que le obliga a importar el 40% de su combustible; no puede explorar su porción del mar Caspio y subexplota su enorme

potencial gasífero”. Por otra parte, es paradójico que el “Gran Juego” excluya a Teherán cuando en Asia Central los productores de hidrocarburos sueñan con una ruta sur. Arnaud Breuillac, director para Europa Central y Asia Continental en la petrolera francesa Total, explica que “es la más económica y técnicamente la más simple. Es lógico que estemos a favor de la diversificación de nuestras vías de exportación. En este marco optamos por la ruta sur, dado que la región de consumo más cercana al Caspio está al Norte de Irán”.

Por esta razón el acercamiento a la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) (11) representa en este contexto, según Mohammed Reza, “un salvavidas para la política de Irán en Asia Central. De esta forma, Teherán puede tejer vínculos con Asia, especialmente con China, y aumentar su fuerza en su pulso con Estados Unidos”.

Por su parte –explica Thierry Kellner–, especialista en China y Asia Central, en este “Gran Juego” China persigue tres objetivos: “Su seguridad, en particular en la provincia turcófona de Xinjiang, que bordea Asia Central; la cooperación con sus vecinos a fin de impedir que otra gran potencia se torne demasiado importante en el espacio centroasiático; y finalmente su aprovisionamiento energético”. Las numerosas compras de activos petroleros que desde hace algunos años efectúa Pekín en Asia Central han hecho correr ríos de tinta. En diciembre de 2005 China inauguraba incluso un oleoducto que conectaba Atasu, en Kazajistán, con Alashanku, en Xinjiang. “El primer contrato petrolero que Pekín firmó en Asia Central data de 1997. China trabaja a largo plazo. Ha sabido sentar sólidas bases en Asia Central, y eso da sus frutos hoy”, subraya Kellner.

Este frenesí de compras no responde sólo a la necesidad de hidrocarburos de un país que crece un 10% al año. Para Thierry Kellner refleja también su visión geopolítica: “China no ve las cosas en términos de mercado, aunque en la actualidad la oferta y la demanda de petróleo esté mundializada. Para garantizar su seguridad energética, se provee de yacimientos y oleoductos que la abastecen directamente, pero que le cuestan muy caro. Cuando lo fundamental es que oferta y demanda se equilibren a escala mundial para mantener el nivel

de precios. Pekín, en su propio interés, debería más bien contribuir a este equilibrio a escala mundial sin pensar forzosamente en sus aprovisionamientos directos”.

Para los chinos invertir en Asia Central constituye también una manera de intervenir en los asuntos de la región –para contribuir a su seguridad, dicen–. Pekín se compromete en la OCS para federar a los Estados miembros alrededor de temas que le son caros, como la lucha contra el terrorismo o la cooperación económica y energética. Además, la organización forma un bloque susceptible de solidarizarse fuertemente en caso de desestabilización de la zona o si Estados Unidos gana en influencia hasta el punto de amenazar los poderes existentes. La ola de “revoluciones de colores” que se produjo en 2003 en el antiguo espacio soviético la llevó a pronunciarse con mayor claridad contra Washington. Por ejemplo, en julio de 2005 sus seis miembros respaldaban a Taskent en su exigencia de cerrar la base militar aérea estadounidense de Karshi-Janabad, establecida en el marco de las operaciones en Afganistán. De hecho, ya no hay más G.I. en suelo uzbeko.

En realidad, el “Gran Juego” conviene a las repúblicas de Asia Central y el Cáucaso, que apuestan a la competencia, tanto política como económica, entre las grandes potencias. Obtienen un poco de independencia, en la medida en que pueden decir “no” a tal o cual para volverse hacia otra gran capital. Lo que a menudo equivale sobre todo a elegir su dependencia. “Al jugar en estos intersticios, estas repúblicas utilizan vías cada vez más divergentes”, constata Imanaliev. Así pues, mientras que Kazajistán abre su economía al mundo, Uzbekistán la cierra; y cuando Georgia juega a fondo la carta estadounidense, Turkmenistán siente una profunda desconfianza respecto a Washington. Más allá de estas diferencias, el “Gran Juego” les permite estar menos obligados a seguir la vía que impone uno de los Grandes. Si, por ejemplo, el discurso democrático de Occidente perjudica los intereses de los dirigentes centroasiáticos o caucásico, siempre pueden volverle la espalda, dado que Pekín o Moscú no son tan exigentes en la materia...

A decir verdad, Washington o Bruselas tampoco lo son siem-

pre. Los imperativos estratégicos los llevan a menudo a relegar los derechos humanos a segundo plano, lo que resta credibilidad a los valores llamados occidentales, que los poderes de la región consideran sólo como un arma ideológica. Para acallar las críticas, desde 2003, mes tras mes, sus dirigentes utilizan un discurso acerca de su propia manera –“oriental”– de construir la democracia en sus países. Mientras tanto la corrupción reina en el “Gran Juego”: el petróleo y el gas, a pesar de constituir fuentes de riqueza nacionales, escapan en lo esencial al control democrático de los habitantes de esos países.

- (1) Vicken Cheterian, “Apuestas sobre el petróleo en Transcaucasia”, *Le Monde diplomatique en español*, octubre de 1997, y “Asia central, retaguardia estadounidense”, *Le Monde diplomatique en español*, febrero de 2003.
- (2) La teoría del “heartland” proviene del británico Halford Mackinder. Este padre de la geopolítica contemporánea concibe el planeta como un conjunto que gira alrededor del continente euroasiático, el “heartland”. Para dominar el mundo, hay que dominar este “pivote geográfico del mundo”. Mackinder consideraba que Rusia, como amo del “heartland” debido a su posición geográfica, poseía una superioridad estratégica sobre Gran Bretaña, potencia marítima.
- (3) Acerca del “Gran Juego”, leer a Peter Hopkirk, *The Great Game, On secret service in Central Asia*, Oxford University Press, New York, 1991. Para un resumen histórico y actual claro y conciso, leer a Boris Eisenbaum, *Guerres en Asie centrale, Luites d’influences, pétrole, islamisme et mafias, 1850-2004*, Grasset, París, 2005.
- (4) *The Oil and the Glory: The Pursuit of Empire and Fortune on the Caspian Sea*, Random House, Nueva York, 2007.
- (5) “Oil and the New Great Game”, *The Nation*, Nueva York, 16 de febrero de 2004.
- (6) Vicken Cheterian, “Espejismos de revolución en el Este”, *Le Monde diplomatique en español*, octubre de 2005. Ver página 132 de este Cuaderno de Geopolítica de *Le Monde diplomatique*.
- (7) Vicken Cheterian, “La revolución naranja de Ucrania pierde color”, *Le Monde diplomatique en español*, septiembre de 2006. Ver página 150 de este Cuaderno de Geopolítica de *Le Monde diplomatique*.
- (8) Cita extraída del libro de Jérôme Guillet, *Gazprom, partenaire prévisible: relire les crises énergétiques Russie-Ukraine et Russie-Belarus*, Russie. NEI. Visions, N° 18, marzo de 2007, IFRI. Para una visión opuesta, ver Christophe Alexandre Paillard,

Gazprom : mode d'emploi pour un suicide énergétique, Russie. NEI. Visions N° 17, marzo 2007, IFRI.

(9) “La Georgie tente de réduire sa dépendance énergétique vis-à-vis de la Russie”, *Bulletin de l'industrie pétrolière pétrolière*, 8 de febrero de 2007.

(10) Los accionistas de Agip-KCO son: Eni 18,52%; ExxonMobil 18,52%; Shell 18,52%; Total 18,52%; ConocoPhillips 9,26%; KazMunayGas (Sociedad nacional petrolera kazak) 8,33%; INPEX 8,33%.

(11) La OCS fue creada en 1966 con el nombre de “grupo de Shanghái”. Hoy día comprende seis Estados miembros (China, Kazajistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Rusia, Tayikistán) y cuatro observadores (India, Irán, Mongolia, Pakistán). Este último estatus fue rechazado por Estados Unidos.

Difícil regreso de los tártaros a Crimea

ALEXANDRE BILLETE.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista, Kiev.

Si el oeste de Ucrania está masivamente poblado por ucranianos católicos uniates, la parte oriental lo está de rusos ortodoxos. En Crimea, estos últimos forman la mayoría de la población. Pero 250.000 tártaros sunies, llegados del Asia Central, donde Stalin los había deportado en 1944, luchan por el reconocimiento de sus derechos políticos, lingüísticos y culturales. Alexandre Billete firmaba este reportaje para el número de diciembre de 2006.

“No queremos ser reconocidos como una minoría en nuestra propia tierra, sino como el pueblo autóctono de la República de Crimea.” Con su hilo de voz casi inaudible y su cigarrillo casi perpetuo, Mustafá Yemilev, presidente del Mejlis –el “Gobierno” tártaro de Crimea–, repite incansablemente las reivindicaciones del pueblo deportado por Stalin hacia la lejana Asia Central en 1944.

Doscientos cincuenta mil tártaros volvieron a Crimea aprovechando la fragmentación de la URSS (1). Hoy en día, representan más del 12% de la población de esta península rodeada por el mar Negro al sur de Ucrania, mayoritariamente rusófona (2) pero “regalada” por Nikita Krushev a la República Socialista Soviética de Ucrania en 1954, para celebrar el 300° aniversario de la unión entre Rusia y Ucrania. Casi veinte años después del regreso de los primeros deportados, la situación de los tártaros de Crimea, pueblo turcófono y suní, sigue siendo extremadamente precaria. Al mismo tiempo, el recuerdo de la deportación permanece como una herida abierta en el corazón de esta población.

En el pequeño edificio azul del Mejlis de Simferopol, la capital de la República Autónoma de Crimea (3), un grupo de hombres que rondan los cincuenta años hacen cola para obtener una entrevista y exponer sus quejas al “presidente”. Para los tártaros de Crimea, Yemilev es un icono viviente. Cofundador de la Unión de la Juventud Tártara en 1961, fue elegido para la dirección del Mejlis en 1991, tras liderar, durante las décadas de 1970 y 1980, el movimiento de rehabilitación del pueblo tártaro (y haber conocido, en repetidas oportunidades, la prisión y los campos de trabajo soviéticos).

“Las dificultades actuales de los tártaros de Crimea son a la vez culturales y políticas –explica Yemilev–. Por una parte, nos faltan escuelas. Las generaciones más jóvenes tienen una alta tasa de asimilación del ruso, y el Estado no hace nada para estimular el renacimiento cultural de nuestro pueblo, mientras que, políticamente, estamos infrarepresentados en las instancias oficiales. Además, los tártaros son objeto de numerosos prejuicios –sobre todo en lo que

concierno a la cuestión de las tierras–, lo cual compromete el proceso de regreso en su conjunto.”

Efectivamente, esta “cuestión de las tierras” es uno de los puntos más problemáticos. Durante la deportación de 1944, más de 80.000 viviendas fueron “recuperadas” y adjudicadas a las poblaciones eslavas de la península (rusos y ucranianos). En adelante, estos terrenos y casas constituyen otros tantos conflictos explosivos entre los descendientes de los antiguos propietarios tártaros y los dueños actuales.

Las medidas aplicadas por el Estado no sirvieron para calmar las aguas. Cuando se hundió la URSS, Ucrania, nuevamente libre, instauró un sistema de privatización de tierras que permitió a los ex trabajadores de los koljós recuperar una parcela de sus antiguas granjas colectivas. Como durante el periodo soviético estaban exiliados, los tártaros quedaron excluidos de esta redistribución. En los pequeños estudios de Tatar TV, la cuestión de las tierras abre regularmente el informativo. Único medio televisivo en lengua tártara, el canal está relegado al fondo de un patio interior, en el primer piso de un edificio abandonado en una calle anónima de Simferopol.

Hoy en día, el tema “estrella” es un terreno oficialmente recuperado por tártaros tras un largo proceso judicial y reclamado ahora por un empresario ruso, a quien respaldan los documentos oficiales. “Es siempre lo mismo –suspira Ibrahim, el técnico del estudio–. Cuando se trata de buenas tierras, fértiles, o de lugares propicios para la especulación, surgen empresarios de la nada con documentos fechados con anterioridad y reivindicando sus prerrogativas sobre los propietarios tártaros”. “Nosotros hacemos informes sobre estas cuestiones con mucha frecuencia –agrega Vinera Abdulaeva, una joven periodista de 23 años–. Somos prácticamente los únicos que cubren las noticias que afectan a los tártaros; los medios de comunicación ‘eslavos’ no se preocupan por eso. Y a la inversa, cuando se trata de cubrir otros temas, sentimos cierta hostilidad por parte de los otros periodistas y de los funcionarios, como si debiéramos ocuparnos exclusivamente de cuestiones tártaras, y sobre todo no participar en la vida social y política de Crimea...”

Esta televisión tártara, que sólo emite pocas horas a la semana, cuenta con medios irrisorios. Además, para poder aprovechar estas emisiones aún falta dominar la lengua, aptitud que no se da en todo el mundo, y sobre todo en las generaciones más jóvenes... Para entender el tártaro hay que aprenderlo. En el barrio periférico Svodoba (“Libertad”) de Simferopol, el liceo número 82 es una de las pocas escuelas de Crimea en que las clases se dan –parcialmente– en esa lengua. Su director, Nariman Ajmedov, muestra orgulloso los edificios de una antigua escuela de veterinaria reciclada por la comunidad tártara para ser convertida en un colegio de secundaria. “Este año tenemos 628 alumnos inscritos; menos de 100 no son de origen tártaro, y sólo cuatro de los 56 docentes. Sin embargo, las clases deben darse en ruso y en ucraniano...”

Obligados a seguir el programa escolar oficial, los docentes se turnan para dar, después de clase, cursos de lengua, cultura e historia tártaras. “Las lagunas del programa escolar oficial son terroríficas, sobre todo en historia: ¡no hay una sola mención a la deportación de los tártaros!”, explica el director.

Nacido en Samarkanda, en Uzbekistán durante el exilio, Ajmedov llegó a Crimea en 1990, en el marco de la primera gran oleada de regresos. La calidad de la enseñanza del liceo 82 descansa en gran parte sobre los esfuerzos de este médico de 41 años, que dirige el establecimiento desde julio de 2005. Las paredes de la escuela están decoradas con citas del héroe nacional, Ismail Gasprinski, mientras unas niñas entonan el himno nacional tártaro (Vatan, “la patria”) en una biblioteca en la que la mayoría de las obras están en ruso y en ucraniano.

Este liceo “modelo” es, sin embargo, la excepción que confirma la regla: el estado general de la enseñanza es deplorable. Sólo quince escuelas tártaras funcionan en Crimea, lo que explica que sólo el 10% de los niños tártaros puedan asistir a alguno de estos establecimientos. Medios deficientes, edificios decrepitos, falta de manuales escolares y de personal: estas escuelas (pero también los medios de comunicación y muchas asociaciones culturales o

sociales) están sostenidas por el Mejlis, el “Gobierno” tártaro de Crimea, Y éste no cuenta con recursos necesarios para apoyar todas estas actividades.

El Mejlis constituye, en realidad, el órgano ejecutivo del Kurultai, el Congreso tártaro. Fundado en 1991, el “segundo Kurultai” (4) tiene 264 diputados, elegidos para un periodo de cinco años por todos los tártaros de Crimea, que se reparten en más de 300 pequeños Mejlis locales y regionales. El Kurultai elige posteriormente a los 33 representantes que formarán el Mejlis, dirigido desde su fundación por Yemilev.

La influencia del Kurultai es muy fuerte en la población, lo que convierte a su órgano ejecutivo en el interlocutor único de las autoridades crimeas y ucranianas, aunque su estatuto no sea reconocido por Simferopol o Kiev. “El Mejlis es la única entidad oficial que representa al pueblo tártaro de Crimea –explica Yemilev–. Esta coherencia nos permite hablar con una sola voz frente al Gobierno ucraniano y a la comunidad internacional”.

Desde 1998, Yemilev y Refat Tchbarov, número dos del Mejlis, son también diputados del Parlamento ucraniano, bajo los colores del partido nacionalista Ruj, miembro de la coalición Nuestra Ucrania del presidente Víctor Yúshenko. Es mucho más una alianza por conveniencia que una coincidencia ideológica. En honor a esa alianza los tártaros de Crimea apoyaron masivamente la “Revolución naranja” de 2004 que llevaría al poder a Yúshenko; esta toma de posición etnicizó un poco más el debate político crimeo, pues la mayoría rusa de la península se oponía fuertemente al bando “naranja”.

En una Crimea rusófila y muchas veces refractaria a la autoridad de Kiev (5), las minorías tártara y ucraniana de la península tienen interés en entenderse, aunque esta alianza, por el momento, no haya aportado soluciones concretas a los problemas de los primeros. El apoyo del Gobierno central ucraniano a los tártaros –aunque sea teórico– también permite a Kiev plantar bandera en una región donde su poder muchas veces es contestado por los dirigentes locales (6).

Hay que añadir que la cuestión tártara representa “un problema periférico para el Gobierno ucraniano”, según se lamenta un dirigente tártaro en Simferopol. Y las actividades políticas nacionales de los dos dirigentes del Mejlis no bastan para corregir la débil representación de los tártaros en la esfera política local: según los datos del Mejlis, éstos representan un 12% de la población de Crimea y sólo ostentan el 4% de los puestos políticos.

Políticamente marginados, los tártaros también lo son en el ámbito laboral, lo cual explica –por lo menos en parte– su tasa de desempleo endémica: más del 60% de los adultos está desempleado (7), mientras que aquellos que sí tienen trabajo ocupan en general puestos subalternos y/o mal remunerados.

Tal es el caso de Guirey, soldador de profesión, de treinta y cinco años. Llegado de Uzbekistán a principios de los noventa, vive en el “barrio número 6” de Bajchisarai, pequeña ciudad del sur de Crimea y capital del “janato tártaro” de 1532 a 1783. Situado en la periferia del pueblo, este conjunto de casas y ranchos parece estar en obras perpetuamente: ni un solo edificio ha sido terminado, ni un solo comercio tiene local propio; sólo la incesante danza de antiguos coches soviéticos confirma que el barrio no está deshabitado.

“En este barrio casi no hay gente que no sea tártara”, confirma Guirey, que desde hace tres años vive con su familia en la casa que él mismo construyó, después de pasar muchos años viviendo en la de parientes y amigos. Su historia es la misma que la de varios tártaros que volvieron: el padre fue el primero en emprender el camino a Crimea, en 1987, y posteriormente los hijos se le unieron, en 1991. “Cuando llegamos era imposible conseguir trabajo sin *propiska* (8), pero para conseguir esta *propiska*, ¡había que trabajar!”, ironiza Guirey. Tras muchos años de esfuerzos, finalmente obtuvo la autorización para construir esta casa en el terreno que previamente había ocupado sin documentos oficiales.

Una carrera de obstáculos que debieron sortear todos los que volvieron al país. Aunque la caída del imperio soviético puso fin a las prohibiciones formales de asentamiento de los tártaros, en la

práctica se multiplican las dificultades cotidianas, y las administraciones locales del Gobierno autónomo de Crimea muchas veces son señaladas por su laxismo voluntario.

Para los tártaros que han vuelto, lo primero fue cumplimentar los trámites administrativos. Aquéllos que fueron registrados en Crimea antes del 14 de noviembre de 1991 obtuvieron automáticamente la nacionalidad ucraniana. Los demás debieron hacer los trámites administrativos de adquisición de la nacionalidad, un proceso largo, complejo y oneroso (9). Pero también tuvieron que encontrar un techo. Como las propiedades de antes de 1944 habían sido ocupadas por familias eslavas, los recién llegados tuvieron que alojarse en otros lugares... a menos que quisieran entablar procesos judiciales con pocas posibilidades de llegar a buen término.

Fue así como nacieron los asentamientos tártaros, muchas veces instalados en las afueras de las ciudades, incluso en lugares escondidos de la península, en especial en las llanuras del Norte, poco fértiles y alejadas de cualquier centro urbano. Algunos llegarían incluso a practicar el *samo-zajvat*: la apropiación sin consentimiento de terrenos para la construcción. Hoy en día, un 40% todavía no tiene domicilio fijo, y está alojado en hoteles o casas de parientes (10).

Todo lo cual no deja de provocar estallidos de violencia entre las poblaciones tártara y eslava: con frecuencia surgen escaramuzas locales a veces muy violentas, como en junio de 1995, cuando una batalla campal dejó cuatro muertos y forzó la intervención de tanques blindados en las calles de Simferopol. En agosto de 2006, un conflicto estalló en Bajchisarai cuando los tártaros exigieron el desmantelamiento de un mercado ubicado en el terreno de uno de sus antiguos cementerios (11).

Ampliamente difundidos por el Mejlis, estos conflictos, que degeneran, además son alimentados por movimientos nacionalistas radicales, presentes sobre todo en el seno de la comunidad rusófona. Es el caso del partido político Bloque Ruso, pero también de la asociación Comunidad Rusa, que cuenta con muchos miles de miembros (12). Para los dirigentes de esta organización, el Mejlis

“criminal” representa los intereses de los ambientes integristas musulmanes en Crimea, y sería responsable, además, de exacciones cometidas contra la población rusa desde la llegada de los tártaros a principios de la década de 1990.

Ausencia de soluciones, discriminaciones diversas, embrollos burocráticos, falta de acceso a la propiedad... La normalización del estatuto de los tártaros en Crimea parece todavía muy lejano, y sin embargo los 200.000 tártaros que aún permanecen en Asia Central (13) en su mayoría se sienten proclives al regreso, aunque sea para escapar a las condiciones económicas difíciles y a los regímenes políticos autoritarios de las repúblicas centroasiáticas.

Un sondeo efectuado en la universidad de Simferopol en 2004 –y altamente mediatizado por la comunidad tártara– ilustra la amplitud de la incomprensión. En vísperas del sesenta aniversario de la deportación, el 70% de los estudiantes de origen eslavo encuestados pensaban que la deportación de los tártaros de Crimea había estado “justificada”...

(1) El último censo oficial ucraniano (2001) evalúa en 243.400 el número de tártaros en Crimea; los representantes tártaros estiman que su comunidad cuenta con unas 260.000 almas.

(2) Hay un 58,5% de rusos, un 24,4% de ucranianos y un 12,1% de tártaros de Crimea, según el censo de 2001, <http://www.ukrcensus.gov.ua> En Crimea se cuentan más de 125 nacionalidades diferentes.

(3) Crimea goza de un estatuto de amplia autonomía: aunque es una entidad “integrante e inseparable” de Ucrania, tiene su propia Constitución desde 1998.

(4) Así llamado por un primer Kurultai que fue creado en 1917.

(5) Con ocasión del referendo sobre la independencia de Ucrania, el 1 de diciembre de 1991, Crimea se destacó por votar por el Sí “sólo” en un 54%, contra el 90,5% del conjunto de los países.

(6) Ver Aurélie Campana, “L’ethnicisation du champ politique en Crimée”, Cahiers d’études sur la Méditerranée orientale et le monde turco-iranien, n° 37, París, enero-junio de 2004.

(7) Según el movimiento de defensa de derechos humanos Azatliq, <http://www.azatliq.net>

(8) Visado interior instaurado en la época soviética sin el cual era imposible instalarse y trabajar en una región determinada.

(9) Aurélie Campana, *op. cit.*

(10) <http://www.azatliq.net>

(11) <http://www.regnum.ru/news/687941.html>

(12) <http://www.ruscrimea.ru>

(13) Greta Lynn Uehling, *Beyond Memory: The Crimean Tatar's Deportation and Return*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.

Invadir, deportar, normalizar

ALEXANDRE BILLETE.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista, Kiev.

Los tártaros de Crimea llevan siglos poblando las tierras de esta península del mar Negro. Pero su historia de los últimos siglos va unida a la persecución. En diciembre de 2006 publicábamos este recorrido histórico sobre la cuestión tártara. Sin duda, un desafío para la nueva Administración de Crimea.

El 20 de mayo de 1944, sólo dos días después del inicio del “programa” de deportación del pueblo tártaro, el NKDV (1) concluye con satisfacción –y precisión quirúrgica–: 183.155 tártaros de Crimea se encuentran de camino a Asia Central, expulsados por traición en beneficio del enemigo alemán.

Así es como cuarenta y ocho horas les habrán bastado a los 20.000 hombres de la policía secreta soviética que han recibido el orden de efectuar esta purga para obedecerla. Del carácter más o menos afanoso de los ejecutores dependerá que los tártaros puedan o no llevarse consigo algo de ropa y objetos personales. Según los casos, tendrán quince minutos o una hora, raramente más, para reunirse en la plaza central del pueblo. Las propiedades y el ganado serán abandonados... y rápidamente recuperados por los colonos “eslavos” que el Estado soviético movilizará para reemplazar a la población desplazada.

Una vez reunidos alrededor de algunas estaciones de tren –el NKDV había dividido Crimea en siete zonas para poder rastrear mejor el territorio– y arrojados sin contemplaciones en los vagones de carga, comienza un viaje de varias jornadas. La mayoría de los deportados son mujeres, niños o ancianos; los hombres en condiciones de combatir están en el frente, y se reunirán con ellos cuando hayan sido desmovilizados.

A bordo de los sesenta trenes que se dirigen a Asia Central reinan condiciones de vida terribles. Las puertas de los vagones permanecen cerradas durante varios días; los deportados no tienen derecho a ningún tipo de alimento; hasta las raciones de agua son mínimas; los trenes paran a veces en plena estepa para evacuar los cadáveres, que son abandonados sin sepultura. Cuando un convoy atraviesa un pueblo, la población local, advertida sobre el paso de los “traidores”, apedrea los vagones.

De acuerdo con las cifras oficiales del NKDV, el 22% de los deportados habrán muerto al final del recorrido, enfermos, deshidratados o subalimentados. Según datos aportados por asociaciones tártaras, se trata en realidad de un 46%, es decir más de 80.000 personas...

La mayoría de los convoyes se dirigen a Uzbekistán o Kazajistán. Una vez llegados a su lugar de residencia forzada, los “colonos baratos especiales”, según la expresión oficial, deben instalarse en “zonas de asentamiento especiales” de las cuales está prohibido alejarse, so pena de veinte años de prisión.

Mientras los tártaros supervivientes del largo viaje son así implantados por la fuerza, las autoridades soviéticas proceden a las últimas etapas de la “destartarización” de Crimea. Se rusifican los nombres de los pueblos (a veces cínicamente rebautizados como “Amistad” o “Prosperidad”), los cementerios son saqueados y las mezquitas en su mayoría destruidas. El 26 de noviembre de 1948, un decreto (2) confirma la deportación “permanente” de los tártaros de Crimea.

Más allá de la acusación oficial de antisovietismo y colaboración con el enemigo alemán (3), ¿tenía esta deportación masiva un objetivo estratégico? Para algunos (4), Moscú deseaba alejar de la cuenca del mar Negro y del Cáucaso a aquellas poblaciones cuya proximidad étnica y geográfica con los turcos podía entorpecer las ambiciones militares de Stalin, quien no descartaba la posibilidad, a medio plazo, de un conflicto con Ankara por el control del estrecho de los Dardanelos. Más valía entonces alejar del futuro conflicto a pueblos cuya fidelidad al régimen se consideraba poco segura y a quienes su (supuesta) colaboración con los nazis permitía estigmatizar fácilmente.

En el caso de los tártaros, el peso de la historia también desempeñará un papel importante. Tras las grandes invasiones de la Horda Dorada, para los rusos los tártaros representan tradicionalmente al “asiático”, el intrépido guerrero de las campañas militares devastadoras. Algunos de los clanes que constituían la Horda siguieron su ruta hasta Crimea, adonde llegaron por el lado septentrional de la península. Bloqueados por la cadena montañosa que divide las planicies ingratas del norte y las costas meridionales de microclima mediterráneo, estos grupos tártaro-mongoles se establecerán en el lugar, agregando así un estrato étnico más a una población ya muy

mestizada por las invasiones anteriores (godos, hunos, búlgaros...)

De este mestizaje provienen los actuales tártaros de Crimea, que se distinguen –lingüísticamente, por ejemplo– de los tártaros del Volga, del Cáucaso o de Siberia (5). Cuando la Horda Dorada estalla, en el siglo XV, el clan de los “crimeos”, conducidos por Haci Giray, se convierte en janato (6) soberano en 1430 y luego, en 1475, pasa a estar bajo influencia otomana.

Durante muchos siglos el janato de Crimea, vasallo de la Sublime Puerta, será un Estado militarmente poderoso. Aunque goza de una amplia autonomía, el janato caerá bajo dominio ruso en 1774, tras el Tratado de Jassy, firmado al día siguiente de la guerra ruso-otomana. Más tarde será anexado definitivamente a la Rusia de Catalina II en 1783, mientras el Imperio busca desembocaduras en los mares cálidos.

La colonización rusa de Crimea dará origen a las primeras oleadas de éxodo. Sospechosos de connivencia con el enemigo otomano –especialmente durante la Guerra de Crimea (1853-1856)–, muchos tártaros serán despojados de sus propiedades y expulsados de las ciudades y pueblos de Crimea. Entre 100.000 y 400.000 tártaros, según las fuentes, abandonaron la península en busca de otras regiones del Imperio Otomano entre 1783 y finales del siglo XIX (7), en un movimiento poblacional que los convertía, por primera vez, en una minoría en Crimea.

También en este periodo nace el primer movimiento de identidad nacional en el seno del pueblo tártaro. Uno los promotores de la nación tártara moderna, Ismail Gasprinski –siempre considerado un héroe– fue la figura emergente de este movimiento. Él favoreció el nacimiento de un nacionalismo moderno y a la vez, propulsó una reforma radical –y liberal– del islam que practicaban las poblaciones turcófonas del imperio ruso y militó por la educación como herramienta de desarrollo del pueblo tártaro.

La popularidad de estos movimientos nacionalistas no mermó al acabar el siglo XX; puesto que gracias a una alta tasa de natalidad, los tártaros son –a pesar de las importaciones– unas 150.000 personas.

Este nacionalismo ascendente y el resurgimiento de la desconfianza rusa respecto de las poblaciones turcófonas al estallar la Primera Guerra Mundial –en la que Turquía participa al lado de las potencias centrales– empujan a la elite tártara contra el moribundo Imperio ruso. En diciembre de 1917 se funda un Estado tártaro independiente, pero éste es aplastado por los bolcheviques un mes más tarde y reemplazado, en 1921, por una República Socialista Soviética Autónoma de Crimea.

Muchas veces se recuerda la instauración de esta república autónoma como la “edad de oro” del pueblo tártaro. El tártaro acompaña al ruso como lengua oficial, y se favorecen la enseñanza del idioma y la eclosión de instituciones culturales tártaras.

Sin embargo, este periodo dorado será muy corto. En 1927, las purgas estalinistas golpean a la elite intelectual “burguesa” tártara; las instituciones culturales son rápidamente desmanteladas y la lengua tártara sufre, como muchas otras lenguas turcófonas de la URSS, un doble cambio de alfabeto –primero del árabe al latino, y luego del latino al cirílico–, lo cual compromete enormemente la transmisión cultural de una generación a la siguiente. Pero sobre todo, el periodo se caracteriza por un segundo exterminio: más de 150.000 tártaros mueren durante estas purgas, es decir ¡alrededor del 50% de la población total!

Estos años negros que preceden a la Segunda Guerra Mundial explican en parte el hecho de que los tártaros de Crimea reservaran una bienvenida relativamente calurosa a las tropas alemanas, cuando éstas llegan a la península en 1941. Sin embargo, las exacciones alemanas moderan rápidamente este entusiasmo, y el número de “colaboradores” tártaros es limitado, aun cuando esta cuestión sigue siendo un gran tema de debate historiográfico en Rusia. Aunque limitada, esta colaboración servirá de pretexto a la deportación de 1944.

Pocos años después del traumatismo de 1944, los tártaros se organizan en el exilio para reclamar su rehabilitación y su derecho al regreso. El XX° Congreso del Partido Comunista de la URSS de

1956, que marca el principio de la desestalinización, levanta las restricciones de los derechos de los pueblos castigados, aunque no rehabilita a los tártaros ni les reconoce el derecho de volver a Crimea (8).

Esta negativa, sin embargo, origina una movilización dentro de la comunidad tártara que tiene el objetivo de su repatriación. El movimiento, no violento y reivindicado como leninista, pone en marcha una gran campaña de reclamaciones y después, en 1964, instala una delegación permanente en Moscú, a pesar de las intimidaciones y los arrestos aislados.

La rehabilitación de 1967 del “pueblo tártaro que antaño vivió en Crimea”, según la lacónica expresión de las autoridades, no autoriza el regreso a la península. La movilización prosigue y ve emerger como líder a Mustafá Yemilev, actual presidente del Mejlis.

La ola de liberalización lanzada por el último presidente soviético, Mijaíl Gorbachov, despeja el camino para la vuelta de los tártaros a Crimea. Después de treinta años de protestas y de presiones frente a un régimen impávido, los tártaros de Crimea aprovechan la descomposición de una Unión Soviética en fase terminal para volver masivamente a Crimea sin provocar reacciones violentas de parte de Moscú. Antes incluso de que la URSS se hunda para siempre, en 1991, ya son 100.000 los que han pisado la tierra ancestral...

(1) Comisariado Popular para Asuntos Internos y, por extensión, su cuerpo policial, que se convertirá luego en la KGB.

(2) El texto se encuentra disponible en internet: <http://www.memorial.krsk.ru/DOKUMENT/USSR/481126.htm>

(3) En internet puede encontrarse el decreto acusatorio del 11 de mayo de 1944: http://en.wikisource.org/wiki/State_Defense_Committee_Decree_No._5859ss

(4) Ver, especialmente, Greta Lynn Uehling, *Beyond Memory, The Crimean Tatar's Deportation and Return*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2004.

(5) Los tártaros de la República de Tatarstán en Rusia, por ejemplo, constituyen un subgrupo de los tártaros del Volga.

(6) Así se llama a los territorios controlados por un *khan*, término de origen turco-mongol que significa “dirigente”, “líder”.

(7) Cf. Greta Lynn Uehling, *op. cit.*

(8) Jean-Jacques Marie, *Les peuples déportés d'URSS*, Ed. Complexe, Bruselas, 1995.

Espejismos de revolución en el Este

VICKEN CHETERIAN.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

A menos de un año de la “revolución naranja”, sus líderes se escindían: el 8 de septiembre de 2005 el presidente Víctor Yúshenko destituyó a la primera ministra Yulia Timoshenko, con un transfondo de luchas de clanes y corrupciones. Esta crisis nos incitó a reevaluar un fenómeno que había afectado a Serbia (2000), a Georgia (2003), a Ucrania (2004) y a Kirguizistán (2005). Por este motivo, Vicken Cheterian viajó a la región para el número de octubre de 2005.

Víctor Yúshenko no es un revolucionario común. No viste uniforme de faena ni se conoce ninguna foto suya con barba y Kaláshnikov. Este hombre, físicamente favorecido –antes de haber sido desfigurado por un envenenamiento criminal– fue director del Banco Central y primer ministro de Ucrania (1). En 2004 fue candidato en las elecciones presidenciales, pero el presidente saliente, Leonid Kuchma, había previsto ceder su lugar al primer ministro de entonces, Víctor Yanukóvich, que apenas habla el idioma nacional.

Cuando, al término de la segunda vuelta, la Comisión Electoral anunció la Victoria del candidato oficial, la oposición exclamó que era un escándalo y organizó multitudinarias manifestaciones. Miles de personas se movilizaron durante los gélidos días invernales, dando nacimiento a lo que se llamó la “Revolución naranja” (2). Así funcionan las revoluciones de colores: a raíz de un fraude electoral, una parte de la élite se enfrenta a la otra y organiza protestas populares, lo que provoca un cambio pacífico de Gobierno, sin derramamientos de sangre.

Después de Serbia (2000), Georgia y su “Revolución rosada” (2003) y Ucrania (2004), en la primavera de 2005 tuvo lugar en Kirguizistán una “Revolución de los tulipanes” que hizo caer al primer jefe de Estado de Asia Central que había llegado al poder después de la era soviética. Grupos de manifestantes que cuestionaban los resultados de las elecciones legislativas atacaron varias comisarías policiales y edificios administrativos en las ciudades de Jalalabad y Osh, en el sur del país. Al día siguiente de los incidentes registrados en la capital, Bishkek, las oficinas de la Presidencia fueron saqueadas y el presidente Askar Akaevich Akáyev tuvo que refugiarse fuera del país. En los países postsoviéticos, los dirigentes tienen tendencia a aferrarse al poder, aunque para ello tengan que recurrir al fraude electoral masivo. Los habitantes, por su parte, desean un cambio, y cuando no lo pueden obtener por medio del voto, no dudan en salir a las calles.

Una década después de la caída del Muro de Berlín (1989) y del desmoronamiento de la Unión Soviética (1991), un nuevo viento revo-

lucionario sopla en el Este de Europa. Las semejanzas existentes entre esas revoluciones (cronología, símbolos utilizados) parecen indicar que forman parte de un mismo proceso. Estos movimientos no sólo lograron desalojar del poder a regímenes corruptos e impopulares en Serbia y en Georgia, sino que hicieron aparecer una nueva realidad política, que incrementa la presión sobre los últimos regímenes autoritarios de los países de Europa del Este y de Asia Central.

Tales revoluciones no violentas sólo pueden tener lugar en Estados débiles. En los países donde se han producido, el jefe de Estado ya había perdido el apoyo de la población y de amplios sectores de la Administración, fragilizado por repetidos escándalos de corrupción. Los dirigentes ya no estaban en condiciones de garantizar el orden y la estabilidad del régimen. Frente a ellos se hallaban movimientos de oposición con amplios recursos. En Serbia y en Georgia, por ejemplo, los partidos que los cuestionaban contaban con la simpatía de una gran parte de la opinión pública y con experiencia en la movilización de masas; medios de comunicación que no eran controlados por el Gobierno difundían una información alternativa; mientras que diversas asociaciones eran capaces de movilizar a la población y mantener contactos con redes en el exterior. Hasta la fecha, países como Bielorrusia o Turkmenistán, donde el Estado es más represivo y la oposición más débil y dividida, no fueron escenario de revoluciones de colores.

Eduard Chevardnadze, Kuchma, Yanukóvich y Akaevich Akáyev, todos se vieron enfrentados al mismo problema: ¿cómo salir adelante cuando su nivel de popularidad está por los suelos, el aparato del Estado se encuentra debilitado y desmoralizado, sus principales aliados lo abandonan y los manifestantes se concentran frente al palacio presidencial? Ninguno de esos dirigentes ordenó a la policía o al ejército disparar contra la muchedumbre. Todos renunciaron a un poder ilegítimo después de negociaciones con la oposición.

¿Pero, quiénes son esos nuevos revolucionarios? En ese plano también se repite un mismo esquema. En Georgia, el movimiento fue dirigido por Mijail Saakachvili, ex ministro de Justicia de Chevard-

nadze, apoyado por Zurab Zhvania (3), ex presidente del Parlamento de Georgia, y por Nino Burdjanadze, por entonces presidente del Parlamento. En algún momento, todos ellos –ex representantes del ala reformista del Foro Cívico dirigido por Chevardnadze– se habían distanciado de la política de un presidente cada vez más desconectado de la realidad.

En Ucrania, Yúshenko había ejercido las funciones de primer ministro de Kuchma, y Yulia Timoshenko había sido viceprimera ministra y responsable del lucrativo sector energético. En Kirguizistán, Kurmankiev Bakiev también había ocupado el cargo de primer ministro en el Gobierno de Akáyev. El estancamiento de las reformas y la corrupción generalizada –debida a las igualmente generalizadas privatizaciones– llevaron a estos antiguos responsables, y a la que fuera el ala joven de la elite, a pasar a la oposición.

Otros fueron desplazados por medio de maniobras políticas, como Kurmankiev Bakiev, sacrificado después de que las tropas gubernamentales dispararon contra los manifestantes. Una vez en la oposición, esos dirigentes comprendieron que la vía legal no servía, ya que los resultados de las elecciones se falsificaban. Sólo les quedaba entonces recurrir a las manifestaciones populares.

El carácter no violento del cambio es fundamental, pues ha permitido a los países en cuestión evitar la guerra civil y una eventual fragmentación. Georgia vivió en dos ocasiones la angustia de la guerra civil en los primeros meses de su independencia: primero, cuando una coalición hizo caer al primer presidente libremente elegido, Zviad Gamsajurdia, en enero de 1992; y después, cuando los partidarios del mismo intentaron avanzar hacia la capital, Tiflis. En Ucrania, las fuerzas anti-Yúshenko, originarias de las provincias orientales, hubieran podido causar la división de ese Estado, inmenso pero frágil. De la misma manera, el levantamiento en Kirguizistán, que enfrenta a un presidente originario del norte y a un dirigente llegado del sur, podría generar nuevas divisiones tribales y comprometer la existencia misma de esa república de Asia Central.

“Todos los países del antiguo espacio soviético atraviesan una

segunda ola de cambios revolucionarios”, estima Vazgen Manukian, ex dirigente del Movimiento Nacional Armenio, uno de los primeros movimientos de masas surgidos en la URSS. Manukian no duda de la voluntad de cambio de la población, ni de su deseo de terminar con la generación de dirigentes que ha cerrado los ojos ante la corrupción vinculada a las privatizaciones. Y sabe de qué habla: primer ministro de la nueva Armenia independiente, terminó pasándose a la oposición; tras las cuestionadas elecciones presidenciales de 1996, trató de ocupar el Parlamento a la cabeza de miles de manifestantes. La intervención del ejército hizo fracasar esa iniciativa pacífica. Actualmente, Manukian entrevisté una alianza entre cuatro fuerzas: los partidos pro-democráticos, los sectores reformistas del aparato del Estado, los medios empresariales respetuosos de la legalidad, y los movimientos juveniles.

¿En qué medida las revoluciones de colores pueden ser comparadas con los modelos representados por la Revolución Francesa o la Revolución Rusa? Según André Liebich, profesor de Historia y de Política Internacional en el Graduate Institute for International Studies de Ginebra, esos movimientos se parecen más a los movimientos revolucionarios registrados en Francia, Bélgica, Polonia e Italia en 1830, que a sus antecesores de 1789 y 1917. Serían una réplica de las revoluciones de 1989-1991. “Si comparamos la década de 1830 con la de 2000, vemos que 15 años después del terremoto principal se produce un temblor secundario. No se trata de un cambio fundamental, sino de un reacomodamiento de orden político”. Las revoluciones como las de 1989 “no aportaron ideas nuevas –añade Liebich– sino que utilizaron herramientas ideológicas al alcance de todo el mundo”. No se trató de reemplazar el orden existente por otro totalmente nuevo, sino de actuar de tal manera que “los regímenes se adapten a su propia retórica”.

Hasta ahora, los medios de prensa rusos, europeos o estadounidenses, han concedido menos importancia a la naturaleza de esas revoluciones y a las fuerzas ocultas que las explican, que a las intervenciones exteriores y a los cambios geopolíticos que produjeron *in fine*. El primer factor que se subraya –sobre todo en los medios rusos

y franceses— es el papel jugado por Estados Unidos, al que a menudo se señala como detonante de esas revoluciones. Muchos periodistas de Washington también sostienen esa idea, acreditando la tesis de que la política de George W. Bush favorece la democracia desde Oriente Próximo hasta Europa del Este (4). Sin embargo, esas dos regiones son tan diferentes, política y socialmente, que establecer una relación entre ambas es una simplificación.

Las revoluciones de colores han aumentado también el prestigio de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que intervienen en los “países en transición”. Tras el hundimiento del sistema soviético, las ONG reciben a menudo el mandato de los proveedores de fondos internacionales para organizar la economía de mercado y la democracia. Sin embargo, sus objetivos estratégicos, ligados al patrocinio de Occidente, son criticados, al igual que su tendencia a funcionar con métodos empresariales (5). Los acontecimientos políticos en Georgia y en Ucrania hicieron desaparecer esas críticas crecientes, y transformaron la imagen de las ONG: de ser consideradas una forma de subcultura dependiente del exterior, aislada en el seno de sus propias sociedades, las ONG han pasado a ser instrumentos de cambio revolucionario.

Un periodista las calificó de “brigadas democráticas internacionales”, alabando su “inigualable eficacia, sutil mezcla de no violencia, marketing y capacidad para recolectar fondos” (6). Así, esas organizaciones se situarían en la confluencia de dos culturas, la de la disidencia en los países del Este, y la de la sociedad de consumo occidental. La admiración y el temor que despiertan son desmedidos. Según el jefe de los Servicios de Información rusos (FSB), Nikolai Patruchev, las ONG extranjeras cobijarían espías, y estarían preparando una revolución en Bielorrusia y en otros países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) (7). Los gobiernos locales controlan cada vez más sus actividades.

Es cierto que movimientos juveniles como Kmara en Georgia y Pora en Ucrania (8) reciben fondos de organizaciones estadounidenses como el Open Society Institute (también conocido como Fundación Soros), o el National Democratic Institute. Sin embargo, su papel en

los cambios políticos fue secundario. Fue la acción de los partidos de oposición, bien organizados, y apoyados por una parte del aparato del Estado lo que sobre todo resultó decisivo en el éxito de la vía pacífica.

Finalmente, las consecuencias geopolíticas de las revoluciones de colores también generaron un amplio debate. Para quienes sostienen que esos movimientos forman parte antes que nada de una estrategia de Washington, su objetivo sería aumentar la influencia estadounidense en Euroasia, en detrimento de la de Rusia. En efecto, Estados Unidos ha aumentado su presencia en Georgia y en Ucrania, mientras que Moscú ya no puede controlar su “exterior cercano”. Las recientes tentativas del Kremlin para orientar las elecciones en Georgia o en Ucrania dan crédito a esa versión.

De todas formas, conviene no exagerar el alcance de esa “revolución geopolítica” y situarla en el contexto de un simple reacomodamiento. Georgia, por ejemplo, recibe ayuda militar estadounidense desde 1997: en 2001, cuando Chevarnadze estaba aún en el poder, 200 especialistas ya habían iniciado la reestructuración del ejército nacional. Ucrania había enviado soldados a Irak en la época de Kuchma, aunque Yúshenko los retiró. La reciente decisión ucraniana de construir un gasoducto para importar gas natural de Irán –que no agrada ni a Moscú ni a Washington– pone de manifiesto las limitaciones geoestratégicas que se imponen a la política del país.

Las revoluciones de colores se realizan bajo la bandera de la “democracia”, pero no siempre desembocan en un proceso de democratización, ni de mayor libertad para los ciudadanos. En Georgia, dos años después del cambio de Gobierno, el balance no resulta positivo. En primer lugar, la “Revolución Rosa” comenzó con el cuestionamiento del resultado de las elecciones parlamentarias, y terminó con el derrocamiento del Presidente (9). Las elecciones presidenciales realizadas dos meses después dieron una aplastante Victoria a Saakashvili (96% de los votos) seguida de una no menos contundente Victoria de su partido en las legislativas (135 escaños de 150). Tales resultados hacen de la Georgia posrevolucionaria una república... de partido único.

Por otra parte, las organizaciones de defensa de los derechos

humanos denuncian que la policía sigue utilizando la tortura durante el periodo de detención preventiva (10); los periodistas reprochan al nuevo Gobierno haber reducido singularmente la independencia y el pluralismo de la prensa. Algunos dirigentes y empresarios, a menudo cercanos al antiguo régimen, fueron acusados de malversación de fondos, detenidos, y liberados tras haber pagado importantes sumas de dinero, que fueron transferidas al presupuesto del Estado. Los observadores críticos estiman que esos métodos –en los que el sistema judicial no interviene– son más cercanos a las tradiciones caucásicas de toma de rehenes que a la práctica moderna del Estado de derecho.

Pero la “Revolución rosa” también ha aportado algunos cambios positivos. La policía de tráfico, que estaba carcomida por la corrupción, ha sido totalmente reformada después de varias purgas. La recaudación fiscal ha mejorado. Tiflis ha obtenido de Moscú un calendario de evacuación de las dos últimas bases militares de la era soviética, que serán restituidas al país en 2008. El éxito más espectacular del nuevo régimen ha sido la recuperación del control sobre la República Autónoma de Adjaria y de su próspero puerto, Batumi, provocando a la vez la fuga del dirigente separatista Aslan Abachidze. En cambio, Tiflis fracasó en su tentativa militar para retomar el control de otra región en ruptura con el poder central: Osetia del Sur. Esa aventura ha dejado decenas de víctimas y ha puesto a Georgia en peligro de caer en un nuevo ciclo de violencia étnica. En síntesis, la “Revolución Rosa” se ha preocupado más por reforzar el Estado que por impulsar la causa de la democracia.

En Ucrania, la “Revolución Naranja” ha permitido que se imponga la voluntad popular frente a un régimen corrupto. También ha logrado modificar la imagen del país en el exterior, y le ha permitido entrar en el juego político europeo. Sin embargo, es difícil encontrarle otros méritos. Los escándalos que recientemente han salpicado a la familia del presidente ucraniano han enfriado el entusiasmo de la población aun antes de que los nuevos dirigentes pudieran enorgullecerse de haber provocado cambios en la vida de sus ciudadanos. Según Ronald Suny, profesor de Historia y especialista de la URSS en la

Universidad de Chicago, “es evidente que no se trata de revoluciones sociales, sino de cambios políticos”. Por lo tanto, las esperanzas de transformaciones de fondo probablemente se verán decepcionadas.

(1) Jean-Marie Chauvier, “Llamas naranjas sobre el río azul del gas”, *Le Monde diplomatique en español*, enero de 2005. Ver página 12 de este *Cuaderno de Geopolítica de Le Monde diplomatique*.

(2) Régis Genté y Laurent Rouy, “Revoluciones espontáneas”, *Le Monde diplomatique en español*, enero de 2005. Ver página 142 de este *Cuaderno de Geopolítica de Le Monde diplomatique*.

(3) Después de la revolución, Zurab Zhvania accedió al puesto de primer ministro, transformándose así en el segundo personaje poderoso de Georgia. Murió en febrero de 2005 a raíz de un envenenamiento accidental con gas, según fuentes oficiales.

(4) Sobre la Revolución del cedro en el Líbano, ver Alain Gresh, “Los viejos padrinos del nuevo Líbano”, *Le Monde diplomatique en español*, junio de 2005. Sobre los problemas de democratización de los países árabes, ver Gilbert Achcar, “¿La opinión musulmana rechaza la democracia?”, *Le Monde diplomatique*, edición española, julio de 2005.

(5) Thomas Carothers, “The End of the Transition Paradigm”, *Journal of Democracy*, John Hopkins University Press, Baltimore, enero de 2002. Alexander Cooley y James Ron, “The NGO Scramble”, *International Security*, The MIT Press, Cambridge, verano de 2002.

(6) Vincent Jauvret, “Les faiseurs de révolutions”, *Le Nouvel Observateur*, París, 25 de mayo de 2005.

(7) Serge Saradzhyan y Carl Schreck, “FSM Chief: NGOs a Cover for Spying”, *Moscow Times*, 13 de mayo de 2005.

(8) En la lengua de Georgia, *kmara* significa basta, mientras que *pora* quiere decir ya es hora en ucraniano. Copiando esos modelos, un movimiento de jóvenes adoptó el nombre de Kifaya, que significa *kmara* en árabe.

(9) Lo mismo ocurrió en Kirguizistán en marzo de 2005. Sólo la revolución ucraniana se desarrolló dentro del contexto de una elección presidencial.

(10) Human Rights Watch, “Torture Still Goes Unpunished”, Nueva York, 13 de abril 2005.

**“Revoluciones
espontáneas”:
Una
conmoción
geopolítica**

RÉGIS GENTÉ Y

LAURENT ROUY.

Periodistas en Tifis y

Belgrado, respectivamente.

De 2000 a 2004 tres revoluciones violentas en el patio trasero de Rusia ponen en alerta a Moscú, que ve peligrar su influencia en la región y denuncia la injerencia occidental (Bruselas y Washington). Régis Genté y Laurent Rouy desmenuzaban en el número de enero de 2005 los entresijos de las revueltas populares que terminaron por derrocar a regímenes corruptos y autoritarios en Belgrado, Tiflis y Kiev.

Belgrado 2000 - Tiflis 2003 - Kiev 2004. Tres revoluciones no violentas derrocan un poder infame, corrupto, decadente, cualquier cosa menos democrático. Tres veces el mismo escenario. En los dos últimos casos, Rusia pierde la calma y denuncia la injerencia occidental, estadounidense especialmente, en su extranjero cercano.

Sin embargo, cuando en ese frío noviembre de 2004 cientos de miles de ucranianos salen a la calle, ¿qué podían hacer Vladímir Putin y los jefes de Estado a los que apoya frente a la no violencia? ¿Qué hacer frente a una multitud tan bien organizada, e incluso innovadora? Nada. Un estilo se impone sobre otro.

Estas manifestaciones parecían espontáneas. En ello reside su fuerza. Sin embargo, fueron planeadas hasta en sus mínimos detalles. Es en Belgrado donde la receta de la revolución no violenta se puso a punto. Los bombardeos de la OTAN fracasaron en 1999. Estados Unidos y la Unión Europea habían decidido derrocar a Slobodan Milosevic. Esto sucedía con ocasión de las elecciones presidenciales del 24 de septiembre de 2000. Acusado de fraude electoral, Milosevic debió hacer frente a poderosas manifestaciones cuidadosamente organizadas. Algunos ingredientes sabiamente combinados y apenas un año de preparación resultaron más eficaces que las bombas.

Tras el éxito obtenido en Belgrado, se encendió la imaginación de la oposición y de los activistas georgianos. Entablaron contactos en Serbia, se dirigieron al lugar, posteriormente aplicaron la receta. Y esto funcionó... especialmente gracias a algunos millones de dólares de organizaciones estadounidenses. La Guerra Fría no ha terminado. Sin embargo, estas revoluciones, inspiradas en Gandhi o en las de los años 1990 en el Este, son algo más que un asunto de manipulación. Creerlo sería ignorar el contexto social e histórico de los países involucrados.

Elecciones, ¿trampa para dictadores y regímenes caducos? En todo caso, trampa para poderes no del todo dictatoriales o demasiado dependientes de Occidente como para rechazar ciertas exigencias democráticas. La piedra angular de las tres “revoluciones” serbia, georgiana y ucraniana son las elecciones, donde el poder está condenado

a cometer un fraude masivo si quiere conservar su sillón. Es entonces cuando se implementa el “monitoreo”, amplio sistema de control de todo el proceso electoral con el fin de que se desarrolle de manera libre y transparente. Participan en él organizaciones internacionales como la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), que envía cientos de observadores, pero también organizaciones no gubernamentales (ONG) extranjeras, como el National Democratic Institute (NDI) o el International Republican Institute (IRI). Estas dos fundaciones vinculadas a partidos estadounidenses (el NDI está presidido por Madeleine Albright) ayudan tanto técnica como financieramente a las organizaciones locales y los partidos políticos a organizarse, a controlar el escrutinio y a crear las condiciones de un movimiento popular para defender la Victoria obtenida en las urnas.

El objetivo es obligar al poder a ceder. Lo que origina una verdadera estrategia de derrocamiento, tal como atestigua Gia Jorjoliani, del Centro para los Estudios Sociales de Tiflis, cuando explica que finalmente “me negué a seguir participando en el ‘monitoreo’ cuando comprendí que las organizaciones georgianas a cargo de la iniciativa deseaban más desestabilizar al régimen que llevar a cabo elecciones libres”. Un año después de la revolución de las rosas, Tinatin Khidaseli, militante georgiana a favor de los derechos de las personas, hacía un balance más que matizado del nuevo poder, con detenciones de periodistas y responsables políticos (1).

Rara vez se explicita la ambición de destronar al poder; los “revolucionarios” repiten a porfía que sólo se trata de hacer que triunfe la democracia a través de las urnas. Se pone entonces en marcha un conjunto de mecanismos, entre ellos métodos de recuento paralelo, para exhibir el fraude a la vista de todos. En este nuevo tipo de estrategia revolucionaria, los medios de comunicación desempeñan un papel importante. Se basan en la supuesta neutralidad del monitoreo de las organizaciones internacionales, presentan las pruebas concretas de falsificaciones y participan en la movilización más numerosa.

Parte de la comunicación y del cuestionamiento está a cargo de uno o varios movimientos estudiantiles. En Belgrado, el que lleva la

batuta es Otpor (Resistencia), con un estilo que combina operaciones de choque pero pacíficas y originales. Otpor se inspira, sumando su propia experiencia, en manuales de lucha no violenta como el de Gene Sharp, autor entre otras obras del ahora famoso *From Dictatorship to Democracy: a Conceptual Framework for Liberation* (De la Dictadura a la Democracia: un marco conceptual para la libertad) (2). Este teórico estadounidense, pacifista convencido, explica que “la lucha no violenta no está destinada a resolver los conflictos, sino a ganarlos. Estamos muy cerca de la retórica militar, pero las armas utilizadas no derraman sangre. Y son muy eficaces”.

Otpor hace escuela. Los activistas georgianos toman contacto con el movimiento al acercarse las elecciones parlamentarias del 2 de noviembre de 2003. Se dictan cursos en Georgia. Lo mismo sucede un año más tarde en Ucrania, con la participación también de Kmara (Basta), el movimiento estudiantil georgiano, junto con los formadores estadounidenses. Una vez demostrado el fraude, el cuestionamiento puede ponerse en marcha. En Kiev, otro movimiento estudiantil, Pora (Es hora), instala campamentos, cuya presencia se planeó debidamente, sobre la arteria principal de la ciudad, Khreshchatik, que cobra un parecido a Woodstock. El pacifismo siempre...

Detrás de las bambalinas, la oposición, que cuenta con el apoyo de la calle, inicia un pulso con un poder del que a menudo surge, pero que combate en nombre de valores democráticos y liberales. Discute con las fuerzas del orden para que “abandonen” el poder. Los dirigentes del mundo occidental, según sus intereses, los apoyan más o menos abiertamente.

La actividad de Otpor en Ucrania fue financiada por Freedom House, una ONG estadounidense dirigida por James Woolsey, ex jefe de la CIA y ya muy presente en Serbia en el año 2000. La organización es discreta en cuanto al contenido exacto de las relaciones con Otpor, pero un responsable, de visita en Ucrania durante la primera vuelta de las elecciones, explicaba que “Freedom House no está aquí para cambiar regímenes políticos. Son los ciudadanos quienes deben hacerlo. Nosotros brindamos los recursos para que los electores comprendan

que su voto vale y puedan superar su miedo al poder imperante”.

El mismo discurso se escucha en la Fundación Soros, que desempeñó un papel innegable en Georgia. El Open Society Institute del millonario estadounidense de origen húngaro pretende ser primero una organización de ayuda a la sociedad civil y al surgimiento de la democracia, especialmente en los países de la antigua URSS. Pero su papel fue más allá en Tiflis en 2003, ya que el entonces director de la Open Society georgiana, Kakha Lomaia, estuvo fuertemente implicado en la organización de los cursos de Otpor en Georgia.

Una política a largo plazo, ya que Freedom House, Otpor, pero también otros activistas históricos como Mukhuseli Jack, un líder de la lucha antiapartheid en Sudáfrica, organizaron seminarios de formación de formadores, destinados a intercambiar experiencias, por ejemplo el 9 de marzo de 2004 en Washington. Se observaba allí la presencia de teóricos de la lucha no violenta, entre ellos Gene Sharp o Jack DuVall, productor de un documental titulado *Bringing Down a Dictator* (Cómo derrocar a un dictador), película que se utilizó en Georgia, pero también –sin resultados por el momento– en Cuba e Irán.

Aunque esta red tenga en su haber los éxitos serbio y georgiano, la observación de los hechos muestra que una red de ONG, por bien organizada que esté, no basta para derrocar un poder no democrático. Cedomir Jovanovic, ex opositor a Milosevic, convertido posteriormente en primer ministro adjunto en Serbia, señala que la toma del Parlamento, el 5 de octubre de 2000 en Belgrado, fue de alguna manera “un ataque contra el Estado. Fue una decisión política tomada por la coalición opositora a Milosevic. Fueron efectivamente los políticos quienes tomaron el poder”.

Las ONG permitieron sobre todo crear un clima propicio para la acción. De ahí la importancia de los dirigentes políticos locales. En Ucrania, Víctor Yúshenko desempeña perfectamente su papel. Parecería haber recibido, en febrero, los consejos del actual presidente georgiano Mijaíl Saakashvili. Con una rosa en la mano, Saakashvili supo, en el mejor momento, tomar por asalto el Parlamento georgiano. En la prima-

vera de 2002, él mismo había tomado contacto con la oposición anti Milosevic. Primeros beneficiarios de la “nueva ola” de las revoluciones no violentas, los serbios, y especialmente Zoran Djindjic (asesinado en Belgrado el 12 de marzo de 2003), ex primer ministro del gobierno de transición, habían “adaptado libremente” el papel del movimiento popular y los partidos políticos en el periodo que precedió directamente a la salida, en Chile, del general Augusto Pinochet.

De toda esta organización se desprende que los ingredientes de la receta de las revoluciones no violentas son muchos y exigen una preparación minuciosa. Aproximadamente un año en Serbia, Georgia y Ucrania. Algunos observadores, pero también el depuesto presidente georgiano Eduard Shevardnadze y el ucraniano Leonid Kuchma, ven en estas revoluciones la intervención directa de grandes potencias extranjeras. La financiación de Freedom House por parte de Estados Unidos es evidente, mientras que Polonia y la Unión Europea se han involucrado en Ucrania.

Desde el punto de vista de la democracia misma, los resultados no están necesariamente a la altura de los objetivos propuestos. Víctor Yúshenko tiene un oscuro pasado de *apparatchik* y la pasionaria de la oposición, Yulia Timoshenko, forma parte de esa nomenclatura que se enriqueció con la privatización de las empresas públicas. Nada indica que hayan cambiado para adoptar principios éticos y democráticos.

¿Qué futuro les espera a este tipo de revoluciones? Estados Unidos definió tres campos de acción. El primero apunta al régimen castrista, viejo demonio de la política exterior de Estados Unidos para el cual en el transcurso de la historia reciente se han utilizado todos los resortes, visibles pero también ocultos, diplomáticos y militares. Hay signos de que incluso estos métodos de acción no violenta han comenzado a utilizarse en Cuba (3).

Otro terreno predilecto, el antiguo “protectorado” soviético, mientras numerosos países de la región toman medidas contra el modelo georgiano. Así, la cooperación con los servicios secretos rusos permitió la elaboración de una lista negra de activistas con la

KGB bielorrusa y el FBU ucraniano, que sirvió para negar el acceso a dichos países a por lo menos tres ex miembros de Otpor entre julio y octubre de 2004.

Un tercer terreno propicio para la revolución surgió también con la idea del Gran Oriente Próximo de George Bush. Esta política que apunta a “llevar la democracia” a esa región tiene sin embargo pocas posibilidades de encontrar relevos internos al ser tan grande el odio a Estados Unidos y a su política con respecto a Palestina e Irak.

Queda por saber quién podrá beneficiarse del apoyo logístico de uno de los actuales donantes. Se espera poco altruismo por parte de los gobiernos y todo dependerá de la política exterior de los donantes.

Esta organización, más allá del cuestionamiento, se apoya en los defectos –y a veces los crímenes– del sistema vigente y responde al deseo de cambio de una población agotada cuya sinceridad nadie podría discutir. En estas condiciones, puede verse efectivamente, en las revoluciones no violentas, la acción de la política exterior estadounidense o una reedición del antagonismo Este-Oeste de la Guerra Fría. Pero es ilusorio pretender que puedan importarse del exterior protestas masivas, sobre todo después de un fraude electoral deliberado. Finalmente, la decisión de seguir o no a los políticos corresponde al ciudadano.

(1) Tinatin Khidasheli, “The Rose Revolution has wilted”, *International Herald Tribune*, París, 8 de diciembre de 2004.

(2) *From Dictatorship to Democracy: a Conceptual Framework for Liberation*, Bangkok, 1993, reed. Albert Einstein Institution, Boston, 2003.

(3) Estos mismos métodos, basados en una intensa campaña mediática, una movilización de la “sociedad civil” y el apoyo a organizaciones tales como National Endowment for Democracy, también se utilizaron en Venezuela, pero, en este caso, para justificar el golpe de Estado del 11 de abril de 2002 y el intento de desestabilización económica de diciembre de 2002 / enero de 2003. Al tratarse de un país que funciona democráticamente y donde el presidente goza del apoyo popular mayoritario, la maniobra fracasó.

La Ucrania naranja pierde color

VICKEN CHETERIAN.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

Los ucranianos que, bajo el movimiento de la “Revolución Naranja”, tomaron las calles de Kiev en 2004, asistieron perplejos a las peleas de clanes por el poder de los políticos que auparon. En octubre de 2006 publicábamos este reportaje de Vicken Cheterian, que viajó a Ucrania a los dos años de la “Revolución Naranja”.

En las primeras horas del 3 de agosto de 2006, el presidente ucraniano Víctor Yúshenko aceptó nombrar a la cabeza del nuevo gobierno a su principal rival, Víctor Yanukóvich.

La otra alternativa que se le ofrecía era disolver el Parlamento y organizar nuevas elecciones, en las cuales su partido corría el riesgo de sufrir un retroceso. Hacía cuatro meses el país parecía paralizado, ya que la “coalicción naranja” no lograba superar sus divergencias para formar un nuevo Gobierno. El jefe de Estado puso a dos de sus hombres en Asuntos Exteriores y en Defensa, y dejó el resto de los ministerios al jefe del Gobierno. ¿Saldrá así Ucrania de su inestabilidad política crónica?

La última crisis se remonta a las elecciones legislativas del 26 de marzo de 2006. Aunque no representaron una Victoria para los artesanos de la “revolución naranja”, fueron un éxito para sus valores. Rompiendo con la tradición de recurrir a los “recursos administrativos” –un eufemismo para designar la práctica del fraude masivo por parte del aparato del Estado–, el presidente Yúshenko les ha permitido a los ciudadanos elegir verdaderamente su Parlamento.

Pero los resultados pueden sorprender. En la primera vuelta, el Partido de las Regiones (PR) del candidato del régimen anterior derrotado un año antes –Yanukóvich– fue el más votado con el 32,1% de los votos, el bloque de Yulia Timoshenko (BYuT) –antigua aliada de Yúshenko convertida luego en su adversaria– obtuvo el segundo lugar con el 22,29% de los votos. Y Nuestra Ucrania (NU), el partido del presidente, tuvo que contentarse con el tercer lugar, con el 13,95% de los votos. Hubo otros dos partidos que superaron el umbral del 3% de los votos: el Partido Socialista (5,69%), uno de los protagonistas de los acontecimientos de finales del 2004, y el Partido Comunista (3,66%). Paradójicamente, el éxito de la democracia ucraniana se dio en paralelo con la derrota política de su arquitecto.

Con estos resultados, los dirigentes “naranjas” hubieran podido formar Gobierno. Alexandre Moroz, el líder del Partido Socialista, afirmó algunos días después de la votación: “No puede decirse que la sociedad haya votado a favor del antiguo régimen. Si se suman los

votos logrados por el Bloque de Timoshenko, Nuestra Ucrania, los socialistas y otros más, el resultado se parece al de las elecciones presidenciales [del 26 de diciembre de 2004]” (1). Sin embargo, el dirigente socialista lamenta que los electores no hayan consolidado las fuerzas de la revolución naranja: “La coalición naranja no estuvo unida, ni antes ni después de la revolución”.

Pero NU, el ByuY y los socialistas negociaron durante meses –en vano– el reparto de los cargos de un eventual nuevo Gobierno. Yulia Timoshenko insistió en volver a ser primera ministra y Moroz portavoz del Gobierno, un puesto también codiciado por Petro Poroshenko, un oligarca de NU. El resultado fue que cuando el 22 de junio de 2006 Timoshenko fue nombrada primera ministra y Poroshenko portavoz, Moroz desertó y se unió a la “Coalición Azul”. Así fue como Yanukóvich pudo formar una “coalición anticrisis” y aspirar al puesto de jefe de Gobierno.

En resumen, los líderes “naranja” se comportaron como comerciantes de alfombras, quedándose en los detalles, y no como los portadores de un impulso dirigido a cambiar la sociedad. Lo mismo se constata durante todo el periodo “postrevolucionario”: la indecisión, la inactividad y las querellas características del Gobierno le hicieron perder la dinámica de finales de 2004. Yúshenko no logró llevar ante los tribunales los crímenes cometidos bajo el régimen anterior (lo que incluye el asesinato del periodista Georgi Gongadze en 2000), ni los fraudes electorales masivos, ni las acciones de los “separatistas” del Este. Por otra parte, las “reprivatizaciones” que sus partidarios esperaban no afectaron más que a dos empresas, una de ellas la acería más grande del país, Kryvorizhstal. La ausencia de voluntad política impidió ir más lejos. Finalmente, el acuerdo secreto sobre el gas, acordado entre Moscú y Kiev en enero de 2006, al no haber sido objeto de explicaciones oficiales, tampoco ha sido comprendido por la opinión pública.

Por eso la decepción de la “inteligencia”, que Andréi Mokrusov, el editor del periódico literario *Kritika*, expresa así: “Pensábamos tener un presidente que cometiera errores y en lugar de eso, tenemos

un presidente que no hace nada de nada. La única persona que ahora lucha por los valores democráticos es Yulia Timoshenko, pero ella no puede ser la dirigente principal de Ucrania”. A los 46 años, esta figura enigmática está entre las escasas mujeres que han tenido un papel importante en la descolectivización de los bienes del Estado ucraniano. Orgullosa del apoyo recibido de ex responsables del Partido Comunista de su ciudad natal, Dnepropetrovsk, hizo fortuna con la importación de productos electrónicos, agrícolas y petróleo. Una vez elegida diputada, organizó su partido político, el “primer partido de oligarcas disidentes” (2), cuando el primer ministro Pavel Lazarenko cayó en desgracia, con lo que perdió a su protector.

En 1999 fue nombrada Primera Ministra adjunta, encargada de la energía. Su caída, precipitada por la del régimen de Leonid Kuchma, fue seguida de un breve encarcelamiento, que la llevó a radicalizar sus posiciones y a erigirse en la portavoz más enérgica de la coalición naranja.

Como Primera Ministra después de la revolución, tomó medidas radicales –como el cierre de las zonas francas, incitación a las reprivatizaciones, aumento de los impuestos y de los gastos sociales– que le valieron ser calificada por sus adversarios como “populista”.

La revolución ucraniana no ha dado nacimiento a nuevas fuerzas políticas. Los cinco partidos que obtuvieron escaños en el Parlamento existen desde 2002 (3). El movimiento estudiantil Pora, que le brindó a la revolución naranja sus “soldados de infantería”, sólo consiguió el 1,47% de los votos, lo que no le permite acceder al Parlamento. Su líder, Vladyslav Kaskiv, admite que su estrecha colaboración con el presidente Yúshenko, mientras sus partidarios de base defendían las posiciones más radicales de Timoshenko, perjudicó la imagen del movimiento. También admite que Pora “se preocupó más por las relaciones públicas para crearse una imagen que por establecer estructuras de partido”. El PR, que representa a los oligarcas de Donsk, se reorganizó bien después de la derrota de 2004. No sólo preservó su control de la región de Donbass, el centro industrial del país, sino que logró movilizar a todas las fuerzas anti “naranja”,

ubicadas principalmente en el sur y el este. Ocupa el espacio del antiguo Partido Comunista, relegado a un papel marginal, consistente en defender los particularismos culturales de la población de lengua rusa del este y del sur del país o de reunirla en Crimea contra las “amenazas” de los tártaros (4). El PR también ha aprendido a utilizar las nuevas reglas de la política ucraniana. Mientras que en 2004 Yanukóvich trataba de llegar a presidente haciendo fraude, en 2006 su nominación como Primer Ministro se debió al voto popular. Pero no por eso los antiguos oligarcas se convirtieron en demócratas. Recién instalado, el nuevo Gobierno ha restablecido las zonas económicas libres que, en otros tiempos, les evitaban pagar impuestos.

El Partido de las Regiones también se comprometió a renegociar un nuevo acuerdo con Moscú sobre el precio del gas, promesa que no se ve con claridad cómo podrá ser sostenida ya que Gazprom no sólo ha aumentado sus tarifas en Ucrania y Georgia, donde se desarrollan revoluciones pro-occidentales, sino que trata de imponer aumentos de precios espectaculares en Bielorrusia, tras las elecciones en las cuales el presidente Alejandro Lukashenko tuvo una Victoria aplastante sobre su opositor liberal. El gigante de gas ruso ha puesto al jefe del Estado bielorruso ante la siguiente opción: aceptar que se triplique el precio del gas en 2007 o cederle el gasoducto bielorruso (5).

Después de una década de declive durante los años 1990, con una caída del 40% en su productividad, la economía ucraniana se recuperó tanto que su Producto Nacional Bruto (PNB) tuvo en 2004 un aumento del 12,4%.

La revolución naranja supuso, sin embargo, una caída en la tasa de crecimiento, que sólo aumentó el 2,4% en 2005. Anders Aslund, especialista en las economías postsoviéticas del Institute for International Economics de Washington, estima que “las reprivatizaciones suscitaron la inquietud de las empresas y trajeron consigo una caída de la producción. Los impuestos pasaron del 36% al 43% del PNB. La economía ucraniana está recargada de impuestos y, en consecuencia, no puede esperar tasas de crecimiento elevadas”. Pero el retorno del PR al poder parece volver a dar confianza a los agentes

económicos, que esperan este 2006 un crecimiento del 5,5%, a pesar de la crisis política (6).

Son muchos los ucranianos y los observadores extranjeros que critican severamente el acuerdo por el cual Gazprom vende gas a 230 dólares los 1.000 m³, a una oscura sociedad inscrita en el registro de comercio suizo, RosUkr-Energo, que a su vez revende al precio de 95 dólares a la empresa del Estado ucraniano Naftogaz (se supone que Gazprom cubre la diferencia vendiendo a Kiev gas de Turkmenistán a cambio de transportar por Ucrania el gas ruso hacia los lucrativos mercados europeos). Muchos ven en este arreglo la mejor manera de proseguir las prácticas corrientes de corrupción en el sector ucraniano de la energía.

Faltando algunos meses para las elecciones parlamentarias, ¿podrá utilizar Moscú el alza de los precios del gas como un arma para inmiscuirse en la política ucraniana? Gazprom ha abastecido hasta ahora a Ucrania a una tarifa cinco veces inferior a la del mercado, una tarifa preferencial que estaba previsto rectificar a medida que ambos países progresaran en la vía de una economía de mercado. Como lo señala un analista, antes del aumento de los precios, sólo con sus exportaciones de gas, Rusia subvencionaba a la economía ucraniana con 3.000 a 5.000 millones de dólares anuales, mientras la ayuda estadounidense a Ucrania sólo alcanzó los 174 millones de dólares durante el año que siguió a la revolución naranja (7). Además, el aumento de los precios del gas afectará a la industria química, la de maquinaria agrícola y la metalurgia, sectores implantados en las provincias del este, tradicionalmente prorrusas.

Las intervenciones de Rusia en sus asuntos internos, como sucedió durante las elecciones presidenciales de 2004, incitan a Ucrania a volcarse hacia Occidente. El presidente ucraniano ha reiterado su deseo de ver a su país integrado en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que deberá pronunciarse en otoño de 2007 sobre esta adhesión. Semejante anclaje de Kiev en el oeste ¿será una buena decisión? Es un gesto que no hará más que atizar el antagonismo con Moscú, disgustar a más de un tercio de los ciudadanos ucranianos que se identifican con Rusia e incrementar los gastos militares de

Ucrania con el fin de que su ejército responda a las “normas de la OTAN”. Pero el país tiene más necesidad de reformar su Estado, de modernizar sus debilitadas industrias y de detener la caída dramática de su curva demográfica. Todas son medidas que exigen de una cooperación con las instituciones de la Unión Europea y una ayuda económica y técnica creciente por parte de los países occidentales.

En su discurso inaugural, el nuevo Primer Ministro insistió en la necesidad de “unificar los dos equipos que se encuentran a ambos lados del Dnieper” (8). En realidad, los fuertes cambios políticos en los dos últimos años han llevado a una división entre el este (pro-ruso) y el oeste (pro-occidental), que debe ser superada para estabilizar el país. En la actual crisis, los optimistas insisten en el difícil nacimiento de la democracia, caracterizada por una prensa y elecciones libres. Los pesimistas, en cambio, señalan la polarización del país en dos bloques, cuya reconciliación sólo se logrará al precio de una desaceleración en la batalla contra la corrupción y las reformas. Con un presidente “naranja” y un primer ministro de la oposición, nadie sabe hacia dónde se inclinará Kiev.

(1) En esa “tercera vuelta”, Yúshenko le ganó a Yanukóvich por 51,99% contra el 44,19%.

(2) Andrew Wilson, “Ukraine’s Orange Revolution”, Yale University Press, 2005.

(3) El Partido de las Regiones de Yanukóvich pertenecía entonces a la formación Por una Ucrania Unida, favorable al régimen.

(4) Deportado por Stalin en 1944, este pueblo fue masivamente a Crimea, donde exige el reconocimiento de sus derechos y de la injusticia cometida con él.

(5) *Itar-Tass*, Moscú, 2 de mayo de 2006. Bielorrusia paga actualmente 46 dólares por 1.000 m³ de gas, cuando las tarifas son de 95 dólares para Ucrania y de 110 dólares para Armenia.

(6) “Ukraine Country Outlook”, The Economist Intelligence Unit, Nueva York, 31 de julio de 2006.

(7) Anatol Lieven, “The West’s Ukraine Illusion”, *International Herald Tribune*, París, 5 de enero de 2006.

(8) BBC Monitoring Service, 4 de agosto de 2006.

El mar Negro de puerto en puerto

**JEAN-ARNAULT DÉRENS Y
LAURENT GESLIN.**

Jefe de redacción de *Le
Courrier des Balkans* y
periodista, respectivamente.
Autores de *Voyage au pays
des Gorani. Balkans, début
du XXIe siècle*, Cartouche,
Paris, 2010.

Mar cerrado, fuertemente afectado por la contaminación, percibido a veces como un espacio “marginal”, el mar Negro se encuentra sin embargo en el centro de la redefinición de desafíos estratégicos importantes, en los que se miden las nuevas relaciones de fuerza entre la Unión Europea, Rusia, Turquía, el Cáucaso y los países de Asia Central y Oriente Próximo. En agosto de 2010 publicábamos este recorrido por las riberas de un mar geopolíticamente tan codiciado. Hojas de ruta.

Sinop (Turquía)

El 1 de mayo de 2010, mientras los sindicatos reunían a sus tropas en la plaza Atatürk, los barcos pesqueros del puerto de Sinop se ponían banderas con los colores de la movilización antinuclear: “Sinop nükleer istemiyor!” (“¡Sinop no quiere una central nuclear!”).

El proyecto, en esta pequeña ciudad del litoral turco del mar Negro, cristaliza la cólera de los habitantes. Mientras que la costa que se extiende de Estambul a Sinop sigue siendo salvaje y ha sido preservada, el tramo que va de Sinop a la frontera georgiana, de unos seiscientos kilómetros, ha sido completamente cubierto de cemento. Una autopista priva a las ciudades de todo acceso a la costa. En urbanizaciones que crecen como hongos se alinean cientos de edificios a menudo sin terminar, que albergan a una población que descendió recientemente de las montañas con la esperanza de encontrar mejores condiciones de vida.

En algunos lugares incluso, la autopista se construyó sobre terrenos ganados al mar, hoy amenazados por la erosión. Para tratar de evitar el fenómeno, se construyeron diques de hormigón distanciados entre sí por algunos kilómetros. Tal vez el remedio sea peor que la enfermedad, ya que bloquean las corrientes, retienen los sedimentos y no hacen más que alejar el problema unos cientos de metros. A veces, barcos pesqueros fondean al abrigo de estos espigones, pero estos nuevos puertos, a los que sólo se puede llegar atravesando la autopista, no ofrecen ningún servicio y muchos barcos parecen abandonados.

La pesca, otrora floreciente en el mar Negro, se ve amenazada por el agotamiento del recurso pesquero. Rusia impuso a Turquía una estricta limitación de las zonas de pesca. Las aguas del mar Negro se encuentran particularmente amenazadas por la eutrofización, es decir, la presencia excesiva de materias orgánicas, especialmente de algas. Este fenómeno es consecuencia directa del exceso de nutrientes arrojados al mar, como el nitrógeno y el fósforo producidos por la explotación agrícola. La eutrofización “ahoga” al mar enrareciendo la circulación de oxígeno; un fenómeno amplificado en el mar Negro, un mar relativamente poco salado, cuyas aguas



proviene en su mayoría de los grandes ríos que allí desembocan, como el Dniéster o el Danubio.

Desde hace años, diversas organizaciones intergubernamentales, como la Comisión para la Protección del mar Negro contra la Contaminación, alertan sobre el problema; pero, desprovistas de capacidad operativa, apenas pueden emitir recomendaciones (1). Y, mientras tanto, la protección del medio ambiente no parece ser una prioridad de los países ribereños.

Tras haber cubierto de cemento la costa, el Gobierno turco apuesta ahora por el desarrollo de la producción eléctrica. Los proyectos de presas se multiplican desde la privatización del mercado de la energía, hace unos quince años, y el fin del monopolio de la Türkiye Elektrik Kurumu, la compañía nacional. El Estado se contenta con desempeñar el papel de regulador del mercado a través de su agencia EPDK, y otorga los ríos en concesión a las compañías privadas por 49 años. En total, se habrían presentado no menos de mil trescientos

proyectos de presas en todo el país, seiscientos de ellos en la región del mar Negro. “La movilización ha permitido, por ahora, postergar un proyecto de central en nuestro valle”, explica Selco Günay, dueño de un pequeño hotel en el valle de la Firtina. “Esta presa habría cubierto el 0,14% de las necesidades energéticas del país, cuando estimamos las pérdidas ligadas al transporte de la electricidad en más del 30% sobre toda la red”. Günay es el portavoz de la plataforma ecologista del valle. El movimiento de oposición a las presas congrega en efecto a toda la población de la región. Turquía, que antes compraba energía a Bulgaria, se ha vuelto autosuficiente, pero las compañías privadas apuntan a la exportación, en particular hacia el Cáucaso, mientras que en las grandes ciudades como Estambul los precios se disparan.

Samsun (Turquía)

“Desde hace seis generaciones, los cherkeses no comen pescado”, señala Othan Dögbay, quien preside la Asociación de Cherkeses de Samsun. Estos últimos llegaron a Turquía tras la conquista rusa de las costas septentrionales del mar Negro. “Nuestros ancestros poblaban toda la costa rusa actual, de Novorossiisk a Sochi. Desde comienzos del siglo XIX, la Rusia zarista luchó para conquistar Circasia (2). Sólo lo logró definitivamente en 1864, con el aniquilamiento de las tribus cherkesas en la batalla de Kbaada. Los supervivientes no tuvieron otra opción que huir al Imperio Otomano. Se concentraron cerca de las costas, esperando a los barcos que debían llevarlos (3). Muchos murieron de malaria u otras enfermedades en estas regiones insalubres; otros lo hicieron durante el trayecto. Arrojabán los cuerpos por la borda: por eso nos seguimos negando a comer pescado”.

Una gran causa moviliza a los cherkeses de Turquía, que serían entre cuatro y cinco millones: la oposición a los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014. En efecto, el emplazamiento principal de estos Juegos será, en las montañas que dominan la ciudad, la estación de esquí de Krasnaia Poliana, que corresponde al sitio de la batalla de Kbaada. “En ruso, ‘Krasnaia Poliana’ significa ‘el claro rojo’, y los rusos sostienen que este nombre provendría del color de

los helechos que crecen allí. Pero nosotros sabemos que este lugar se tiñó de rojo con la sangre de nuestros ancestros”, afirma Dogbay.

Las organizaciones cherkesas acudieron al Comité Olímpico Internacional, sin obtener respuesta satisfactoria. Reclaman el reconocimiento del “genocidio” de cherkeses. A comienzos de abril, una delegación del Congreso Mundial Cherkés, con sede en Estados Unidos, se reunió con parlamentarios georgianos. Como el Gobierno de Mijaíl Saakashvili apela a cualquier recurso para oponerse a Moscú, Georgia podría ser el primer país del mundo en reconocer oficialmente este “genocidio”.

Trabzon (Turquía)

A lo largo del siglo XX, la costa del mar Negro fue también testigo de intensas mixturas de poblaciones. Los griegos “pónticos” (4) prácticamente desaparecieron de las costas turcas del mar Negro desde los acuerdos de Lausana (1923), que preveían intercambios de poblaciones entre Grecia y Turquía. Trabzon, la antigua Trebisonda griega, se convirtió en bastión del nacionalismo turco. De esta ciudad provenía el presunto homicida del periodista armenio Hrant Dink, asesinado en Estambul el 19 de enero de 2007 (5). Gültekin Yücesan, quien se proclama “revolucionario luxemburguista”, en alusión a Rosa Luxemburgo, dirige el comité local de defensa de los derechos de las personas. En una larga velada, nos explica que el Ejército y los diferentes servicios secretos han hecho de Trabzon un símbolo: “Aquí, la tradición militar del kemalismo (6) no ha muerto”. Sin embargo, la ciudad se caracteriza también por una práctica del islam cada vez más ostentosa y rigorista. Es necesario descender a los barrios del puerto para encontrar bares que sirvan abiertamente bebidas alcohólicas, mientras jóvenes mujeres venden sus encantos a los marinos de paso. Es verdad que la clientela a la que apuntan es más rusa que turca.

Cada día, en efecto, los ferries unen Trabzon con Sochi, en Rusia. Los barcos son vetustos y los horarios inciertos, pero una multitud atareada se apresura para embarcar. Entre nuestros compañeros

de viaje, hay mujeres rusas que se dedican al “comercio de maleta”, trayendo al país algunas bolsas con ropa o con artículos fácilmente revendibles; trabajadores georgianos que emigran a Rusia y deben pasar por Turquía, al haberse interrumpido todos los lazos directos entre su país y Rusia desde la guerra de 2008; pero también muchos caucásicos. Un grupo de jóvenes, con aspecto de deportistas, que se comunican en ruso y en una lengua caucásica, sube a bordo, arrastrando enormes paquetes que, tras pasar el control de la aduana turca, resultan estar llenos de ejemplares del Corán.

Sujumi (Abjasia)

Este cargamento algo particular no impedirá a los pasajeros desembarcar en Sochi, donde los preparativos de los Juegos Olímpicos avanzan a buen ritmo. Desde la futura villa olímpica de Adler, en la costa, se está construyendo una autopista hacia Krasnaia Poliana. La pequeña estación balnearia de Adler está ubicada justo en la frontera de la Abjasia secesionista.

“Por supuesto, esperamos beneficios económicos de los Juegos”, asegura sonriente Viatcheslav Chilikba, asesor del presidente abjasio. Antigua “perla” de la riviéra soviética, Abjasia, Apsny en idioma abjasio, o “país del alma”, se separó de Georgia en 1994 al término de terribles combates que causaron más de ocho mil muertos. Proclamó su independencia después de la guerra de agosto de 2008 entre el Ejército georgiano y las fuerzas rusas (7). Los abjasios representan hoy alrededor del 45% de los 250.000 habitantes de la pequeña república, donde viven además armenios, rusos, griegos pónicos. La mayoría de los 250.000 georgianos huyeron de Abjasia o fueron expulsados de allí después de la guerra de 1994. Ningún retorno parece posible. “Si los refugiados regresaran, habría una nueva guerra –insiste el presidente, Sergéi Bagapsh–. La mayoría de ellos tiene sangre en las manos”.

Abjasia aún sufre un embargo impuesto por Georgia y aplicado por casi todos los países de la comunidad internacional (8). El puerto de la capital, Sujumi, coronado por una inmensa bandera abjasia que

domina el mar Negro, recibe regularmente cargueros provenientes de Trabzon. Estos buques se dirigen supuestamente a Batumi, en Georgia, pero se desvían de su ruta en el mar para dejar su cargamento en Abjasia.

Los habitantes de la capital se reúnen en los cafés frente al mar, donde los turistas siguen siendo escasos, aunque Moscú invierte masivamente en la pequeña república. Sin embargo, Sujumi niega ser un peón de Rusia. “Alojamos dos bases militares rusas, es decir diez mil hombres, para asegurar la protección de nuestros ciudadanos frente a las fuerzas georgianas, y, por primera vez desde 1994, podemos dormir en paz”, se justifica Bagapsh. El tono se endurece: “Si Abjasia es un protectorado ruso, ¿no es acaso Georgia un protectorado estadounidense? ¿Y por qué se reconoce a Kosovo como un país independiente, y no a Abjasia?”.

En las inmediaciones de la capital, la vida recupera poco a poco sus derechos: las casas están habitadas aunque estén en ruinas; en todas partes surgen cafés y pequeños comercios. En la bahía de Sujumi, los edificios de la universidad del Estado abjasio muestran también las secuelas de la guerra, pero allí concurren alrededor de diez mil estudiantes. Gudisa Tskalia, de unos veinte años, estudia Relaciones Internacionales. Oriundo de la ciudad de Gudauta, a unos cincuenta kilómetros de allí, sueña con ser diplomático y representar a su país en el extranjero. Por el momento, sólo cuenta con el reconocimiento de Rusia, Nicaragua, Venezuela y la isla de Nauru, así como del pequeño “club” de las otras repúblicas no reconocidas, Transnistria, Osetia del Sur o la República turca de Chipre del Norte. Las negociaciones mantenidas con Georgia bajo la égida de Naciones Unidas se encuentran en punto muerto. Abjasia obtuvo incluso, en junio de 2009, la retirada de la misión de la ONU, y cerró su territorio a los observadores militares europeos.

Batumi (Georgia)

La “frontera” entre Abjasia y Georgia pasa por el puente sobre el río Inguri, reservado a los peatones. Nos cruzamos con una multitud

de georgianos residentes en Abjasia que se apresuran para ir de compras a la ciudad georgiana de Zugdidi, al otro lado del río. El paso queda sujeto a la buena voluntad de los milicianos abjasios y de los policías georgianos, y a menudo se producen incidentes en la zona fronteriza. El 8 de junio pasado, un guardia abjasio fue asesinado. Georgia no vislumbra aún otro escenario que la reconquista militar de Abjasia. Desde la “revolución de las rosas” que lo llevó al poder, el 23 de noviembre de 2003, Saakashvili ha intentado sin descanso reintegrar al Estado georgiano las regiones secesionistas de Adjaria, Abjasia y Osetia del Sur. Fue en Adjaria donde obtuvo su único éxito.

Desde entonces, el Gobierno muy pro-occidental de Tiflis quiere convertirla en un atractivo escaparate de Georgia. Allegados al Presidente ocuparon todos los puestos directivos importantes, y el Estado invierte fuertemente en Batumi. En la vieja estación balnearia de un encanto anticuado, se levantan lujosos hoteles. Un Sheraton de veinticuatro pisos abrió sus puertas el pasado 1 de abril. Muchos otros edificios están en construcción: un Hyatt, un Hilton, un Radisson... Desde la guerra de 2008, los turistas habían abandonado casi por completo Batumi, pero la ciudad cuenta con los turcos, atraídos por los casinos, prohibidos en Turquía y aquí incluso mucho más numerosos que los hoteles.

El puerto comercial, muy cercano a la ciudad vieja, se encuentra también en plena renovación. Fue otorgado en concesión por 49 años a un *holding* kazajo del petróleo, KazTransOil. En 2009, el tráfico anual ascendía a siete millones de toneladas de petróleo, transportadas por vía férrea hacia Batumi desde Azerbaiyán, Kazajistán y Turkmenistán.

La oficina del director del puerto está decorada con el retrato de dos presidentes: Saakashvili y su par kazajo, Nursultan Nazarbayev. Zurab Shulgaia fue diplomático soviético durante 22 años, la mayoría de los cuales en los países árabes, donde se ocupaba de cooperación económica. Luego fue embajador de Georgia en Kazajistán. Fueron las autoridades kazajas, reconoce, las que le pidieron que abandonara la diplomacia y asumiera, en nombre de ellas, la dirección del

puerto de Batumi.

Muy vinculado a Rusia, Kazajistán invierte masivamente en Georgia. Entre los que saben del tema, existen dos teorías: las empresas kazajas podrían servir de disfraz a los capitales rusos; salvo que Kazajistán busque en cambio nuevos mercados para salir de un cara a cara demasiado exclusivo con Rusia. Shulgaia, mientras reconoce lo que se pierde por la casi ruptura de las relaciones entre Georgia y Rusia, se muestra optimista: “Todas las guerras llegan a su fin”.

Poti (Georgia)

A unos cincuenta kilómetros al norte de Batumi, el puerto de Poti, bombardeado por la Flota rusa del mar Negro durante el conflicto de agosto de 2008, también fue otorgado en concesión por 49 años al Emirato de Ras-al-Khaimah. La reconstrucción avanza a buen ritmo, y Poti está llamado a convertirse en la principal puerta de entrada marítima hacia el Cáucaso y Asia Central.

Maxim Shonin, responsable de una asociación de los puertos del mar Negro con sede en Odesa, Ucrania, subraya la importancia del desarrollo de las relaciones entre Poti y el puerto búlgaro de Varna. La intensificación de los intercambios entre las riberas este y oeste del mar Negro, marginando a Rusia, se inscribe en el marco del corredor de transporte Europa-Cáucaso-Asia (TRACECA). Definido en 1998, éste reúne a la Unión Europea y a catorce Estados de la región. Están en juego allí no sólo el transporte de los hidrocarburos del mar Caspio y Asia Central, sino también el acceso a Asia Menor. El puerto de Poti comunica a Armenia y, por esa vía, permite acceder fácilmente a Irán.

Una fuerte rivalidad enfrenta a los puertos de Odesa y Varna. El actual desarrollo de los intercambios tiende también a marginar a Ucrania, en pleno realineamiento con Moscú desde la Victoria de Víctor Yanukóvich en las elecciones presidenciales del 7 de febrero de 2010. Sin embargo, del dicho al hecho hay un gran trecho, y el eje Poti-Varna sigue siendo marginal con respecto a los intercambios entre Rusia y Turquía. Shonin estima que “alrededor del 80% de

los buques que atraviesan el Bósforo y los Dardanelos son rusos o se dirigen a Rusia”.

Sebastopol (Ucrania-Crimea)

Durante mucho tiempo Sebastopol cristalizó las tensiones entre Ucrania y Rusia. En la época soviética, la ciudad gozaba de un estatuto especial, sin pertenecer a la República autónoma de Crimea anexada a Ucrania. Tras la independencia ucraniana, en 1991, Rusia se negó durante mucho tiempo a reconocer la soberanía de Kiev sobre la ciudad, que conservaba el estatuto de “ciudad cerrada”: se necesitaba un pase especial para dirigirse allí. En 1997 se alcanzó un acuerdo: Moscú ya no cuestiona los derechos de Ucrania sobre Sebastopol, pero alquila los puertos para su Flota del Mar Negro. En abril de 2010, Yanukóvich prorrogó el contrato de arrendamiento, y el alquiler se extiende ahora hasta 2042. Habría alrededor de veinte mil militares rusos en Sebastopol, donde suelen vivir con sus familias.

En la rada de Sebastopol, junto a la inmensa estatua de Lenin, se encuentra el edificio del servicio hidrográfico de la marina rusa. La pintura está un poco ajada, y la decoración patriótica no ha cambiado desde la época soviética, pero Evgeni Georgievitch nos recibe con una enorme sonrisa y un franco apretón de manos. “La Flota del Mar Negro vigila”, asegura este oficial ruso de nacionalidad ucraniana. De hecho, durante el conflicto de agosto de 2008, fue de Sebastopol desde donde partieron los buques que aplastaron a la flota georgiana en el puerto de Poti.

Acodado a una balaustrada en las alturas de la ciudad, Andréi Chobolev observa este puerto que conoce muy bien. Dueño del diario *Sevastopolskaia Gazeta*, el hombre es también un cantautor muy apreciado en Sebastopol. “Para muchos de sus habitantes, Sebastopol es ante todo la ciudad que resistió a los nazis durante la guerra, el orgullo de la Unión Soviética. Ese pasado sigue muy vivo: la Unión Soviética y sus mitos heroicos todavía sobreviven entre nosotros. Sebastopol no puede ser ucraniana, pero tampoco es realmente rusa. Es un puerto, un mundo en sí, decididamente una ciudad aparte”.

Chobolev sueña en voz alta con que Sebastopol, ciudad de guerra, se convierta en una ciudad de paz, que goce de una suerte de extra-territorialidad. Aun cuando siga alojando a la flota rusa del Mar Negro, ya que todos saben que Rusia no puede pensar en abandonar su “ciudadela del Mar Negro”, sobre todo desde que la OTAN reforzó sus bases en Bulgaria y Rumanía.

Odesa (Ucrania)

Si bien las relaciones de Ucrania con Rusia se normalizaron en los últimos meses, siguen tensas con Rumanía, siendo el delta del Danubio la manzana de la discordia entre ambos países. Éste se extiende sobre unos 3.500 kilómetros cuadrados, a caballo entre ambos países. Puerta de entrada al mar Negro de la red fluvial europea, el delta es también una zona natural única en Europa, y un espacio declarado Patrimonio de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) desde 1991. Existen allí mil doscientas especies de plantas, trescientas especies de aves y cuarenta y cinco especies de peces de agua dulce.

“La protección del delta debe hacerse en cooperación con las autoridades rumanas, ya que los ecosistemas no conocen fronteras –aboga el profesor Nikolái Berlinski–. Hace unos años sufrí un ataque cardíaco a fuerza de luchar en la Academia de Ciencias de Kiev para tratar de impedir que el Estado ucraniano saqueara el delta”. Berlinski trabaja hoy para el Instituto Hidrológico de Odesa. “No estoy en contra de los canales, y mucho menos en contra de la navegación por el Danubio, pero la manera en que se acondiciona el delta es catastrófica”.

En efecto, Kiev inició en 2004 trabajos para abrir a la navegación un brazo natural del delta ubicado en territorio ucraniano, el canal de Bystroe. Desde el 14 de mayo de 2007, y tras tres años de trabajos, cargueros y barcos portacontenedores pueden unir el Danubio con el *hinterland* europeo desde el mar Negro. Durante meses, palas mecánicas dragaron los sedimentos, y se construyó un dique marítimo de varios kilómetros en el estuario ucraniano del Danubio. Para

Kiev, el objetivo comercial es importante: se trata de que los cientos de barcos ucranianos que transitan cada año por el canal de Sulina, en territorio rumano, puedan liberarse de los impuestos aduaneros rumanos, y de abrir una nueva vía de navegación internacional capaz de aportar algunas divisas extras al Estado ucraniano.

“Más allá de las consecuencias ambientales, el acondicionamiento de este canal es un idea estúpida –señala Berlinski desesperanzado–. Con la explotación intensiva de las orillas del río, el Danubio arrastra toneladas de sedimentos que hacen crecer el delta aproximadamente cuarenta metros por año. Lo que quiere decir que mantener una vía navegable en aguas profundas requiere dragar el canal continuamente...”. Los sedimentos dragados actualmente en el canal de Bystroe son arrojados a cinco kilómetros de las costas, y luego arrastrados por la corriente litoral que va del norte hacia el sur. Se depositan pues en la embocadura del canal de Sulina, la otra vía navegable del delta, ubicada en el lado rumano, lo que molesta particularmente a Bucarest.

Desde la caída de la Unión Soviética, ambos países están en conflicto sobre la definición del trazado que delimita la frontera marítima y las aguas territoriales de los dos Estados. Un asunto de gran importancia, cuando se sabe que 100.000 millones de metros cúbicos de gas y diez millones de toneladas de petróleo se encontrarían bajo la plataforma continental en disputa. Llevado por Rumanía ante el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, la discrepancia tuvo su desenlace el 3 de febrero de 2009: el Tribunal concedió a Ucrania el 20% de la zona disputada, es decir, 2.500 km², y el 80% restante, es decir, 9.700 km², a Rumanía.

Vilkovo (Ucrania)

Muy lejos de estos desafíos geopolíticos, la pequeña ciudad de Vilkovo, apodada la “Venecia ucraniana” por los canales que la irrigan, posee alrededor de ocho mil habitantes. A pesar de las promesas de los dirigentes ucranianos, que aseguraban en 2004 que el canal aportaría cuatro mil empleos a la región, la situación económica

es catastrófica. “La gente se va, ya no hay trabajo, el puerto y las fábricas soviéticas cerraron –señala apenado el capitán Nikolái, ex militar reconvertido en guía turístico–. La única actividad aún rentable es cortar cañas para exportarlas a Holanda”.

Las comunicaciones con Rumanía, ubicada en la otra orilla, justo en frente de Vilkovo, son casi imposibles. No existen carreteras ni puentes, y la comunicación fluvial que unía Vilkovo con Tulcea, la gran ciudad rumana del delta, se ha interrumpido. Para ir a Rumanía, es necesario emprender un viaje de varias horas, por carreteras en muy mal estado. “Ahora que Rumanía forma parte de la Unión Europea, necesitamos visado”, agrega el capitán Nikolái. Desentonando en medio del paisaje de cañas y pantanos, unos pequeños puestos de la policía ucraniana controlan todos los pasos. “La frontera es mucho más hermética que en los tiempos de la URSS. Una nueva cortina de hierro divide el delta”.

(1) Léase “La région du Danube et de la mer Noire”, Europa.eu, junio de 2005.

(2) Antigua región del Cáucaso de población esencialmente musulmana.

(3) Alexandre Grigorianz, *Les Caucasiens. Aux origines d'une guerre sans fin*, Collion, Infolio, 2006.

(4) Este término proviene de la denominación griega del mar Negro, Ponto Euxino. Todavía quedan importantes comunidades pónticas en Rusia y en Crimea, aun cuando muchos griegos de la antigua URSS hayan partido hacia Grecia a comienzos de los años 1990.

(5) Hrant Dink fue el fundador del diario bilingüe *Agos* y uno de los intelectuales más influyentes de la comunidad armenia de Turquía.

(6) Ideología heredada de Mustafá Kemal Atatürk (1881-1938), fundador de la República Turca, que insiste sobre la laicidad y el nacionalismo.

(7) Vicken Cheterian, “El conflicto ruso-georgiano que estremeció al Cáucaso”, *Le Monde diplomatique en español*, abril de 2009. Ver página 186 de este *Cuaderno de Geopolítica de Le Monde diplomatique*.

(8) Leon Colm, *Improbable Abkhazie. Récits d'un Etat-fiction*, Autrement, París, 2009; Jean Radvanyi y Nicolas Beroutchachvili, *Atlas géopolitique du Caucase*, Autrement, París, 2010.

Odesa o los encantos de lo superfluo

IRENA WISZNIEWSKA.

Escritora y periodista,
autora de *Paroles dégelées*
(junto a Marek Wyrwa),
Calmann-Lévy, París, 1994.

Sergéi Eisenstein, en su película *El acorazado Potemkin*, rodó la célebre escena de la masacre de civiles por parte de los soldados zaristas en una escalinata monumental. Al oeste, no son tan conocidos la fantasía y el encanto particulares de Odesa, gran puerto del mar Negro, plataforma comercial y petrolera de Ucrania. Irena Wiszniewska, narradora polaca, inventora de una estratagema ideal para explorar el alma de los individuos y los pueblos, sucumbió a su hechizo. Y nos lo contó a los lectores de *Le Monde diplomatique* en el número de mayo de 2012.

Cuando los habitantes de Odesa se dan cita en el Bulevar Marítimo, siempre indican si es del lado de Pushkin o del lado del “duque”. Nadie se toma el trabajo de explicar de qué duque se trata. Hay uno solo: Armand du Plessis de Richelieu, gobernador de la ciudad de 1798 hasta 1811, y cuya estatua se yergue en lo alto de la célebre escalera Potemkin. Odesa le debe mucho: el primer trazado urbano, el alumbrado público, las calles pavimentadas con trozos de lava del Vesuvio, las acacias blancas de Italia... Pero, ante todo, le debe su carácter internacional, por haber atraído a la ciudad a miles de europeos. Los italianos levantaron la mayoría de los edificios; las canalizaciones fueron obra de los ingleses; los belgas contribuyeron a construir la red de tranvías; la Ópera no existiría sin los austriacos, mientras que los barcos pertenecían sobre todo a armadores griegos.

Hoy en día, los recién casados se fotografían al pie de la estatua de “su” Richelieu, porque da buena suerte. El duque se convirtió en el tipo de abuelo al que no se le presta importancia en la vida cotidiana, pero cuya existencia reconforta.

Durante diez días, saludé al “duque” cuando pasaba camino de mi banco preferido en el Bulevar Marítimo, el segundo a la izquierda en dirección de la estatua de Pushkin. En ese banco esperaba a los voluntarios, junto a un cartel escrito en ruso: “Tengo una historia para ti. Gratis. Serás el único en el mundo que la conocerá”. Por momentos el viento soplaba muy fuerte. Adolescentes en patines pasaban fugazmente; un hombre vestido como capitán trataba de vender sus poemas. ¿Quién sería el primero en sentirse seducido por mi propuesta? No lo recuerdo. Pero sí me acuerdo de Boris, de unos treinta años, que ávido de historias obligó a sus amigos a esperarlo.

— Dime una palabra, una sola, le dije.

Sin dudar un segundo me respondió:

— “Velero”.

Antes de instalarme en el Bulevar Marítimo yo había recorrido toda Odesa buscando el lugar ideal. Tenía que ser un sitio concurrido

y de fácil acceso a la vez. Habitualmente, tanto en Antananarivo, en Madagascar, o en Polonia, elegía el mercado, pues consideraba que allí circulaban las energías.

Con esa idea, durante dos días exploré el más importante mercado histórico de Odesa: “Privoz” (“lugar de llegada”), donde, alrededor de 1828, los comerciantes tomaron la costumbre de descargar sus mercaderías. Rodeado de muros, con mesas de piedra y un antiguo sistema de evacuación del agua en su interior, ese mercado conservaba, a pesar de la inevitable marea de productos chinos, un aire de otros tiempos. Una anciana vestida con una bata, sobre la cual llevaba un jersey deshilachado, y un pájaro sobre su hombro, adivinaba la suerte. Otra alababa las cualidades de un queso blanco de fabricación casera. Perdido en la sección de vestimentas, un borracho ofrecía a todo el que pasaba un polvo contra las cucarachas. En Privoz se veían rostros más exóticos que en el centro de la ciudad: los uzbekos tenían el monopolio del jugo de granada, mientras que las mujeres asiáticas se habían especializado en la preparación de platos de comida, ¡una verdadera delicia! El famoso vino de Odesa, denso y oscuro, se compraba directamente por toneles. Y los pescados... Secos, ahumados, salados. Además del manjar que se consume allí mismo: una especie de sardina ligeramente salada, que se come cruda.

Sin embargo, ese mercado pleno de vida que tanto me había gustado, no me aceptó. Instalada en la sección de legumbres durante dos horas, no logré nada más que la mirada huidiza de las personas que pasaban. Terminé mendigando, mostrando mi cartel y suplicando: “¿Una historia?”, “¡Gratis!”, “¡Por favor!”. Finalmente una vendedora de patatas se apiadó de mí. Svieta eligió la palabra “muchacha”, lo que le valió una historia que, sinceramente, no volaba demasiado alto. “Aquí, la gente sólo piensa en los precios” me consolaba. “Cuando se dispone de poco dinero, hacer las compras se vuelve un desafío. Prueba más bien en la ciudad, allá te van a escuchar, ya verás”.

Estornudé en el trolebús. Y un señor me dice: “¡Salud! Yo sé lo que le pasa. Tiene alergia al sol, como yo”. Era una broma por muchas razones, entre otras, por que llovía.

El hombre del trolebús se acercó a hablarme en la calle, a mí, una desconocida, para bromear conmigo. En Odesa ese tipo de comportamientos es común, pues la conversación es un asunto público. Basta con mirar atentamente para percibir que la calle es como un teatro. Una dama con un chihuahua corre hacia la peluquería. Unos pescadores festejan haberse encontrado, en torno a un bufé improvisado al aire libre. Un hombre ayuda a su hija a caminar con zancos. Los jóvenes se besuquean en los bancos públicos como si conocieran a Brassens... La vida cotidiana parece ser una divertida improvisación. Los edificios de estilo Haussmann, ocultan traspatios mucho menos clásicos, e inmersos en el caos. Pero es el caos creativo. Unos se ocupan de arreglar su jardín, otros coleccionan viejas sillas. Las viñas trepan sobre los pequeños cobertizos de madera. La ropa tendida se agita en pleno sol. El centro de la ciudad pertenece a los gatos: robustos y cariñosos a la vez, son un verdadero ejército. Como los edificios no superan las cuatro plantas, los gatos domésticos viven también en la calle, mientras sus primos vagabundos se permiten aburguesarse en los balcones. La frontera entre lo domesticado y lo salvaje es borrosa.

Acabé captando eso que podríamos llamar el espíritu de Odesa. El mito fundacional se constituyó en torno de un acontecimiento ocurrido en 1800, seis años después de la creación de la ciudad. A raíz de la muerte de Catalina la Grande, los odesitas, privados de su apoyo, no tenían fondos suficientes para construir el puerto. El nuevo zar, Pablo I, decidido a destruir la obra de su madre, tenía sin embargo sus debilidades. Los odesitas, enterados de su gusto por las naranjas, le enviaron un carruaje cargado con tres mil unidades de ese fruto, afirmando que una vez que se hubiera construido el puerto el suministro sería más regular. Los embajadores regresaron con la fabulosa suma de 250.000 rublos en oro, lo que permitió retomar las obras portuarias. Orgullosos de su astucia, los odesitas decidieron conmemorarla erigiendo un monumento llamado tiernamente “recuerdo del soborno”, que representa una carroza, redonda como una naranja, con sus caballos al galope.

El mito fundacional se basa en la convicción de que en lugar de oponerse al poder, es mejor mostrarse astuto. Esa política les valió a los habitantes de Odesa la desconfianza de todos los hombres del poder. Alejandro I, por ejemplo, decía que la ciudad atraía a los ladrones, a los delatores y a las mentes subversivas. En el plano arquitectónico, Odesa se mantuvo casi intacta, esquivando el realismo socialista. Sus habitantes se forjaron una reputación de pícaros llenos de fantasía, la que por otra parte cultivan puntillosamente. En una de las novelas de Ilf y Petrov, el protagonista Ostap Bender, un estafador y charlatán, especie de Marius odesita, piensa tan intensamente en las salchichas, que los perros comienzan a seguirlo. En tanto, Izaak Babel describe los bajos fondos judíos con una ternura y un humor que prefiguran el fin de ese mundo.

El espíritu odesita cambia con cada generación. Actualmente, que Odesa pertenece a Ucrania, se define en gran parte en relación a la capital rusa. Natacha, geóloga y universitaria, lo resume en una frase: “No me gusta ir a Moscú, pues allí creen que si yo digo algo es porque lo pienso”. Natacha reivindica el derecho a la broma, a la ironía, al humor y a la exageración, que contraponen a la seriedad moscovita, a su entender, aburrida, por no decir simplista.

En una ciudad donde la calle es un teatro, una narradora de historias como yo tenía su lugar en todas partes, salvo precisamente en Privoz, rodeado de muros y –al contrario del resto de la ciudad– dominado por el cálculo. En mi banco, el segundo a la izquierda en dirección de Pushkin, conté unas treinta historias, en torno a palabras como “velero”, “mar”, “Vova”, “paseo”, “fuego”, “gato”, “filatelista”... Pero sobre todo en relación con la palabra “amor”, que fue la elegida por cuatro muchachas diferentes. Esa intensidad del deseo me recordó a Madagascar, donde, por otra parte, la necesidad de amar se manifestaba también en los hombres. Curiosamente, en Polonia la palabra “amor” no apareció ni una sola vez. ¿Por qué? Es posible que en los países aferrados al consumo, la expresión directa de los sentimientos se acerque al tabú. Los odesitas, igual que los malgaches y los polacos, querían saber por qué yo hacía lo que hacía

y cuál era el beneficio que obtenía. Les respondí: “Lo hago gratis. En este mundo regido por la eficacia y el utilitarismo, a veces hay que hacer algo sin una finalidad precisa”. Al oír esto, los odesitas parecían menos sorprendidos que los polacos, como si la idea de un gesto gratuito y del placer efímero les fuera más cercana.

Algunos buscaban en mí la confirmación de sus proyectos, como Boris, que había elegido la palabra “velero” porque pensaba soltar amarras. Me tomaban por una especie de vidente, capaz de garantizar el amor y la felicidad. Esperaban que mis historias los deslumbraran, venían a pedirme consejo, me regalaban flores... Sin duda, los odesitas saben apreciar el encanto de lo superfluo. Hasta el punto de que me habían invitado a la escuela 121, para participar de un curso de lengua rusa centrado en el arte de contar. Pero esa es otra historia...

Rusia reaparece en el caladero caucásico

VICKEN CHETERIAN.

Director de investigación
en Cimera, Ginebra.

Autor de *War and Peace
in the Caucasus. Russia's
Troubled Frontier*, Hurst y
Columbia University Press,
2009.

En estos territorios ricos en petróleo y en conflictos, Estados Unidos ha emprendido un proceso de retirada mientras Rusia reforzaba sus posiciones. La proclamación de la independencia de Abjasia y de Osetia del Sur, apoyada por Moscú, desembocó en una guerra relámpago entre Rusia y Georgia, catastrófica para esta última y que incrementaba la inestabilidad de la región. Vicken Cheterian analizaba en *El Atlas de las Nuevas Potencias Emergentes*, la complicada situación del Kremlin en el Cáucaso.

Una encrucijada de pueblos y de conflictos



Fuentes: Memorial (www.memorial.ru); Unocha, 2010; Jean Radvanyi, base de datos del Observatorio de los Estados postsoviéticos (Inalco, París); Ieva Rucevska y Philippe Rekaewicz, datos tomados sobre el terreno, misión de la OSCE 2004 y 2007; Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA); Environment and Security Initiative (www.envsec.org).

- Principales atentados (1991-2011)
- Presencia militar rusa
- Presencia militar estadounidense
- Sede de los Juegos Olímpicos 2014
- Cáucaso Norte (Rusia)
- Cáucaso Sur (Georgia, Armenia, Azerbaiyán)
- Frontera cerrada, bloqueo
- Frontera abierta solamente a los nacionales
- Oleoducto
- Gasoducto
- Vía férrea
- Traceca: eje de transporte multimodo internacional realizado por Rusia
- Puerto importante
- Antiguo enclave industrial y minero soviético
- Tensiones étnicas
- Conflicto importante "congelado", territorio fuera del control del poder central
- Normalización bajo coacción
- Línea de alto el fuego o de "control"

La guerra de agosto de 2008 entre Georgia y Rusia no desembocó en una nueva guerra fría. Tanto en Europa como en Estados Unidos, se pasó rápidamente de página. En veinte años, Rusia y las potencias occidentales desarrollaron unas relaciones simbióticas, y una pequeña guerra en el Cáucaso no sería suficiente para volver a ponerlas en cuestión. Pero esta “guerra de los cinco días” sacudió la región.

El ejército ruso, debilitado desde la caída de la URSS, demostró su voluntad de preservar lo que le quedaba de influencia a Moscú en el sur del macizo. Sin embargo, desde que reconoció la independencia de Abjasia y Osetia del Sur, el 26 de agosto de 2008, se rompieron sus relaciones con Georgia, su antiguo “mejor aliado” regional. Y la resolución de los conflictos en un Cáucaso dividido en zonas de influencias extranjeras será todavía más difícil.

A pesar de todo, la guerra de 2008 marcó también el inicio del proceso de retirada de la potencia estadounidense, demasiado dispersa debido a su “guerra global contra el terrorismo” para proteger a su aliado georgiano frente a un retorno ofensivo ruso. Al mismo tiempo, el hecho de que la Administración del presidente Mijaíl Saakashvili sea próxima a ciertos círculos influyentes en Washington persuadió sin duda al Estado mayor ruso de no llevar la guerra hasta Tiflis. Desde el fin de las hostilidades, la ayuda financiera (3.000 millones de dólares) de Estados Unidos y de la Unión Europea al Gobierno georgiano contribuyó a consolidar la posición política y económica de este último. Pero ha creado a la vez un argumento político que Moscú utiliza para entrometerse en la política interna del país, al denunciar su subordinación a Occidente.

El reconocimiento de la independencia de Abjasia y Osetia del Sur sorprendió puesto que también podría desestabilizar a Rusia. Tal decisión tan sólo se puede comprender como respuesta a la ofensiva guerrera georgiana y a los cambios de las reglas del juego ocurridos en Occidente tras la declaración unilateral de independencia de Kosovo. Hasta ese momento se reconocía como soberanos a los Estados surgidos de la descomposición de federaciones, pero

no a regiones más o menos autónomas en el seno de un Estado. El reconocimiento de la independencia de Abjasia y Osetia del Sur por parte de Rusia se formuló en términos similares a los utilizados por los occidentales en favor de Kosovo. Pero amenaza con reactivar antiguas tendencias centrífugas en el seno del conjunto ruso, en los “territorios étnicos” como Chechenia y Tatarstán.

La recurrente amenaza terrorista

Las sacudidas telúricas de la guerra ruso-georgiana todavía producen réplicas en toda la región. De este modo, Turquía y Rusia vuelven a interesarse por un conflicto hasta entonces congelado, que enfrentaba a Armenia y Azerbaiyán por la cuestión del Alto Karabaj. Ankara apoyaba tradicionalmente la posición de Bakú, participando en el bloqueo económico de Armenia. En septiembre de 2008, los turcos mostraron signos de apertura al firmar con Ereván dos protocolos de acuerdo para retomar los intercambios diplomáticos y para la apertura de las fronteras. Ankara ha permitido también que se inicie un tímido debate sobre la responsabilidad turca en el genocidio de los armenios del Imperio otomano, una cuestión que los intelectuales turcos abordan más abiertamente. Para los azeríes, esta evolución es una pura y simple traición: amenazan a Ankara con reconsiderar unos acuerdos preferenciales relativos a futuras concesiones de hidrocarburos. Entonces Turquía da marcha atrás. Las iniciativas rusas de reuniones trilaterales, dirigidas por Dmitri Medvédev, no han tenido un mayor éxito. Tres años después del inicio de esta “pausa”, el conflicto de Karabaj parece estar más estancado que nunca.

En el norte del Cáucaso, Moscú continúa enfrentándose a una difusa rebelión islamista, que hace cernir una amenaza de atentados sobre los futuros Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014; y las relaciones entre las corrientes del norte y del sur del Cáucaso continúan bloqueadas. A pesar de que las comisiones de mediación externas a la región se multiplican, el Cáucaso parece encontrarse más dividido que nunca.

Los cinco días que estremecieron al Cáucaso

VICKEN CHETERIAN.
Periodista, Ginebra.

¿Por qué Georgia atacó Osetia del Sur el 7 de agosto de 2008? La respuesta rusa sembró el pánico en las cancillerías, confirmando el riesgo de la desestabilización de un Cáucaso bajo tensión. En mayo de 2009, unos meses después de la derrota del ejército de Tiflis, publicábamos este análisis sereno de Vicken Cheterian, especialista en la región. Los pormenores de esta guerra relámpago permanecían difusos. Sus consecuencias también. El apoyo de Occidente al gobierno de Georgia se ha ido diluyendo. Mientras que la dos provincias separatistas, Abjasia y Osetia, funcionan en la práctica como un protectorado ruso. Vladímir Putin envió un mensaje claro a la comunidad internacional, Rusia ha vuelto.

Una estatua gigante de Joseph Stalin impera aún en el centro de Gori, en Georgia, ciudad natal del ex dirigente de la URSS. A unos cientos de metros, la vieja aula de una escuela primaria alberga a Nana Beruashvili, de 46 años, y a sus dos hijos, así como a otras cuatro familias desplazadas. Una decena de kilómetros la separan de Eredvi, su pueblo natal en Osetia del Sur, muy cerca de Tsjinvali, la capital. Dos días después del inicio de los combates, el 7 de agosto de 2008, Beruashvili huyó del lugar. Hoy ya no puede volver a su casa. Está destruida. “Los osetios me exigen que saque un pasaporte ruso, si quiero volver –explica–. Nadie en el pueblo puede aceptarlo. ¡Somos georgianos!”.

Beruashvili no siente sin embargo ningún odio por los osetios, y la calidad de sus relaciones con los habitantes de los pueblos vecinos lo demuestra. El 5 de agosto de 2008, dos días antes del comienzo de la guerra, se dirigió por última vez al mercado de Tsjinvali, donde vendió lechugas y tomates, e hizo algunas compras antes de tomar el autobús que llevase a Eredvi. Aunque su pueblo, bajo control de la policía georgiana, esté rodeado de aglomeraciones osetias, la situación estuvo en calma hasta el fatídico día. A pesar de su dolor y las pérdidas sufridas, Beruashvili asegura que los osetios son “buena gente” que sólo quieren una cosa: paz y seguridad.

En Georgia, habría podido esperarse una fuerte hostilidad respecto de los osetios o los rusos. Ahora bien, en las calles de Tiflis, la capital, aún se oye hablar ruso, especialmente en los barrios con gran concentración de minorías, donde esta lengua sigue siendo predominante. Si bien, a lo largo de los últimos años de la era soviética la movilización étnica y las tensiones intercomunitarias generaban enfrentamientos y guerras, incluso en Osetia del Sur, actualmente no existe ningún problema de este tipo en Georgia. El conflicto es de otra naturaleza: enfrenta a ejércitos regulares que se encuentran bajo las órdenes de sus dirigentes. La pregunta “¿quién desató la guerra?” está cargada pues de consecuencias políticas.

Esta guerra de cinco días, desatada el 7 de agosto de 2008, continúa siendo un enigma. ¿Por qué los georgianos enviaron sus

tropas a Tsjinvali, cuando las fuerzas rusas se estacionaban allí bajo el mandato de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)? ¿Por qué los países occidentales, y en particular Estados Unidos, no hicieron todo lo necesario para impedir la posible destrucción de su aliado, aun a riesgo de hacer tambalear una vez más su imagen internacional? La concentración de fuerzas georgianas y rusas en el interior y en los márgenes de Osetia del Sur y –anteriormente– en Abjasia, era un signo flagrante de violencia en ciernes. En 2004 y 2006, Estados Unidos se había opuesto a la invasión a Osetia del Sur por parte de Georgia, lo que causó entre otras cosas la destitución del ministro de Defensa georgiano Irakli Okruashvili, un belicista que había hecho la promesa de celebrar el comienzo de 2007 en Tsjinvali. ¿Por qué no se opuso esta vez?

Consultado sobre la estrategia de su país y sobre sus errores, Alexander Lomaia, secretario del Consejo de Seguridad Nacional georgiano y colaborador cercano del presidente Mijaíl Saakashvili (1), afirma que los medios de comunicación occidentales cometieron un error al dar a entender que Georgia había provocado el conflicto: “La guerra no tenía como objetivo ‘proteger a los ciudadanos rusos’ (tal como pretendían los dirigentes rusos). Nada tenía que ver con Osetia del Sur, ni tampoco con Georgia. Es Rusia la que quiere imponerse y rediseñar unilateralmente el mapa de Europa”. Según él, y a pesar de las malas relaciones bilaterales, los dirigentes georgianos estaban dispuestos, antes de la guerra, a discutir con Moscú: “Les hicimos saber claramente a nuestros aliados rusos que estábamos dispuestos a negociar todo, excepto la soberanía y la integridad nacionales”. Lomaia insiste en lo que devino actualmente la posición oficial de Tiflis: fueron los movimientos masivos de las tropas rusas la noche del 7 de agosto (más de ciento cincuenta camiones militares atravesando las montañas rusas del Cáucaso por el túnel de Roki en dirección a Osetia del Sur) los que obligaron a Georgia a reaccionar para defender su territorio (2).

La cronología de los hechos, establecida por los medios de comunicación, no corrobora la teoría georgiana de la autodefensa. En octubre

de 2008, apenas unos días después de la retirada de las tropas rusas de la “zona tapón”, visitamos el pueblo de Ergneti, a escasos dos kilómetros al sur de Tsjinvali. Destruídas en gran parte, la mayoría de sus viviendas fueron incendiadas desde dentro después de haber sido sin duda saqueadas. Sólo una casa presentaba impactos de balas y explosiones, prueba de que ningún combate serio se había librado en el pueblo. Si las tropas georgianas hubieran querido defender a su país de una eventual invasión rusa, es ahí donde habrían debido intervenir.

Después de la guerra, los medios de comunicación occidentales apoyaron en gran medida a Georgia, reconociendo que ésta había provocado el ataque contra Tsjinvali. Sin embargo, no deja de ser cierto que en tres días, el ejército georgiano estaba prácticamente desintegrado, mientras que las fuerzas rusas avanzaban hacia el corazón de Georgia, ocupando la ciudad de Gori –dividiendo así al país en dos– así como Zugdidi, Poti y Senaki, ciudades situadas al oeste del país. Todos temían que las Fuerzas Especiales rusas penetraran en Tiflis para detener a los dirigentes georgianos. Si Moscú lo hubiera decidido, ningún obstáculo militar lo habría impedido. Convirtiendo así a Georgia en una víctima potencial a los ojos de los medios de comunicación.

Pero, a partir de la retirada de las fuerzas rusas del territorio georgiano detrás de las antiguas fronteras administrativas soviéticas de Osetia del Sur y de Abjasia, la situación cambió. Se impuso entonces una pregunta: ¿por qué atacó Georgia? (3). Las respuestas dadas por los dirigentes georgianos no han sido consideradas satisfactorias y el país ya no tiene muy buena prensa. Basándose en las declaraciones de dos observadores militares de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), *The New York Times* se preguntó sobre la responsabilidad de Georgia en el conflicto: “El ejército georgiano, inexperto, atacó la capital separatista aislada de Tsjinvali, el 7 de agosto, haciendo un uso indebido de la artillería y los misiles, poniendo así en peligro a civiles, a fuerzas para el mantenimiento de la paz y a observadores rusos desarmados” (4).

Dirigentes georgianos insistieron en que sus operaciones militares apuntaban a proteger a varios pueblos con importantes minorías georgianas alrededor de Tsjinvali de los disparos de la artillería. Sin embargo, tal como relata *The New York Times*, los observadores de la OSCE, después de haber consultado a diplomáticos occidentales establecidos en Tiflis, afirmaron que no habían comprobado nada semejante.

Las polémicas sobre las responsabilidades en el desencadenamiento del conflicto se multiplican. Bajo la presión de los dirigentes de la oposición, el Parlamento georgiano llevó a cabo una serie de audiencias para aclarar la cuestión. La Unión Europea, por su parte, recurrió a la capacidad de Heidi Tagliavini, una diplomática suiza designada al frente de una comisión especial (5).

Sin embargo, cualesquiera que sean las conclusiones, nunca serán lo suficientemente pertinentes desde el punto de vista político. La comisión presentará su informe en noviembre de 2009; pero Rusia, Estados Unidos y la Unión Europea ya tomaron posición y las organizaciones internacionales encargadas de manejar la situación en Georgia dieron muestras de su impotencia: a pesar de sus informes cada vez más alarmantes, en 2008, la comunidad internacional no pudo contener la escalada de violencia.

Prueba del gran apoyo de Estados Unidos y la Unión Europea al gobierno georgiano, el 22 de octubre de 2008, en Bruselas, los países donantes prometieron la suma de 3.440 millones de euros (6). Destinada a la asistencia humanitaria y a la reconstrucción, la ayuda internacional servirá también para estabilizar las finanzas del país e impedir una crisis económica mayor como consecuencia del conflicto. Estos fondos, esenciales para la Administración georgiana, evitarán el deterioro económico y la movilización de la oposición en las calles de Tiflis.

Nino Burjanadze, ex portavoz del Parlamento georgiano, afirma “Lo que se produjo en Osetia del Sur fue una provocación preparada durante mucho tiempo por Rusia. El problema es que nuestro propio gobierno nos ha empujado a esta trampa”. Para ella, la resolución

del conflicto en Abjasia y Osetia del Sur es un asunto que llevará mucho tiempo y “que excluye el recurso a la fuerza”. “Este gobierno es incapaz de construir la confianza”, se lamenta. El 18 de agosto de 2008, solicitó la apertura de una investigación sobre los orígenes de la guerra (7). Durante mucho tiempo considerada la segunda personalidad política de Georgia, Burjanadze ya había tomado distancia de Saakashvili en abril del mismo año. Desde entonces, sus diferencias no dejaron de acentuarse y, en noviembre de 2008, anunció la creación de un nuevo partido de oposición. A finales de diciembre, Irakli Alasania, ex embajador de Georgia ante la Asamblea General de la ONU en Nueva York, reunió a su vez a la oposición y llamó a elecciones anticipadas.

¿Alentarán a la oposición georgiana estas nuevas defecciones? ¿Están contados los días de la Administración de Saakashvili? No es posible asegurarlo. Los demás partidos opositores dudan en sumarse a Burjanadze, quien permaneció en el poder cuando las autoridades georgianas reprimieron las manifestaciones de la oposición, el 7 de noviembre de 2007, y cuando las tropas del Ministerio del Interior destruyeron las oficinas del canal de televisión Imedi.

Es verdad que en otoño de 2007, una coalición de partidos de oposición georgianos había logrado movilizar a miles de personas insatisfechas con las reformas sociales y económicas. Pero la estrategia de Saakashvili y la debilidad de la oposición pusieron fin a esta reacción popular. A petición de la oposición, que reclamaba nuevas elecciones parlamentarias, el presidente georgiano organizó primero un escrutinio presidencial, en enero de 2008, en el que obtuvo, en primera vuelta, el 53,47% de los votos.

A pesar de las protestas de la oposición que, denunciando múltiples fraudes, exigió una segunda vuelta, la suerte estaba echada: en mayo de 2008, el partido en el poder, el Movimiento Nacional Unido (MNU), se impuso en las elecciones parlamentarias. A menos que los occidentales (europeos y norteamericanos) retiren su apoyo a Saakashvili, o que una crisis económica mayor genere nuevas manifestaciones, la oposición georgiana tiene pocas posibilidades de

derrocar a la Administración actual, o incluso de cambiar el curso de la vida política.

A pesar de todo, se perciben cambios en el seno de la población. En marzo de 2007, en Tiflis, un centro para la defensa de los derechos humanos –The Human Rights Centre (HRIDC)– lanzó una campaña de disculpas al pueblo abjasio por la guerra librada en 1992 por Georgia (8). La organización no gubernamental (ONG) quería provocar un debate sobre el papel de Georgia en un conflicto que lleva más de quince años, en el momento mismo en que las tensiones amenazaban con generar nuevas guerras.

Esta campaña revestía una importancia excepcional en la medida en que expresaba la idea de que la normalización entre ambos pueblos debía pasar, del lado georgiano, por el reconocimiento de los miedos existenciales de los abjasios, traumatizados por la guerra. La elite política georgiana había ignorado siempre los temores reales y legítimos de los pueblos abjasio y osetio. A pesar de su Victoria militar en 1993, los abjasios siguen siendo muy vulnerables y aún temen ser aniquilados en un conflicto prolongado con Georgia. La población de abjasios que vive en Abjasia se estima en noventa y cuatro mil personas (9).

En Osetia del Sur, los temores eran más inmediatos. Contrariamente a la de Abjasia, la población georgiana no vivió una limpieza étnica durante la guerra anterior (1989-1992), lo que aceleró evidentemente la normalización de las relaciones tras la firma del cese el fuego. A pesar de la ausencia de iniciativas de paz serias y de la existencia de un bloqueo oficial de la república secesionista, cuando Saakashvili accedió al poder, en 2004, la convivencia entre osetios y georgianos se había restablecido.

Pero, a partir de esa fecha, el retorno de las presiones políticas y militares sobre Osetia del Sur para que volviera al seno georgiano reveló la precariedad de las posiciones osetias: Tsjinvali, ciudad de treinta mil habitantes, fue inmediatamente rodeada en todas partes por pueblos georgianos cuya seguridad estaba en manos de la policía georgiana. La construcción de una importante base militar en Gori,

a menos de media hora en automóvil de Tsjinvali, representaba para los habitantes de la capital osetia una amenaza constante (10).

Diferencias fundamentales separan a Abjasia de Osetia del Sur. Ésta última es una región pobre y montañosa sin mayor importancia estratégica, contrariamente a Abjasia, dotada de un importante potencial agrícola y turístico gracias a su extensa costa sobre el Mar Negro. Devenida totalmente dependiente de la ayuda rusa, Osetia del Sur ha manifestado en varias ocasiones su deseo de integrarse en la Federación Rusa. Sus dirigentes políticos y militares son designados por el Kremlin –como Aslanbek Bulatsev–, ex director de los servicios fiscales de Osetia del Norte (una república de la Federación Rusa), designado recientemente Primer Ministro de Osetia del Sur (11). Abjasia, en cambio, se ha preocupado siempre por conservar su independencia y jamás expresó el deseo de formar parte de la Federación Rusa.

El reconocimiento de la independencia de Abjasia y Osetia del Sur por parte de Rusia podría, en el corto plazo, tranquilizar a Tsjinvali. Sin embargo, los problemas que originaron el conflicto persisten y se acentúan. La guerra de agosto de 2008 puso fin a la presencia de las minorías georgianas en Osetia del Sur. Sus pueblos fueron saqueados y destruidos, y más de quince mil de sus habitantes fueron desplazados al interior del territorio georgiano. Osetia del Sur se extiende al sur de las montañas caucásicas y sus vías de comunicación atraviesan el valle central de Georgia; el proyecto de dividir la provincia del resto de Georgia para unirla a Rusia refleja un voluntarismo político que va en contra de su topografía. Semejante situación sólo podría perdurar al precio de fuertes tensiones.

Por otra parte, el ejército ruso contempla construir bases militares en Osetia del Sur y en Abjasia. Confiando en su última experiencia, Georgia planea, por su parte, reconstruir su ejército, adquiriendo esta vez misiles antitanques y antiaéreos modernos. La guerra incrementó la amenaza: antes, Tiflis había combatido a los movimientos separatistas de minorías étnicas; en 2008, combatió al ejército ruso.

La guerra produjo también el retorno de bases militares rusas al

corazón del territorio georgiano, apenas un año después de la evacuación de las bases rusas de Batumi y Ajalkalaki. Ronald Mangum, general estadounidense retirado establecido en Tiflis desde hace tres años, y supervisor del Programa georgiano para la Reforma de la Defensa, explica que “antes del conflicto del mes de agosto [de 2008], Georgia podía proteger su mitad oriental bloqueando el túnel de Roki y el paso de Kazbegi. Pero ahora existe este enorme globo [Osetia del Sur] con una base militar rusa en el centro del país”.

El Ministro de Relaciones Exteriores abjasio, Maxim Gunjia, está preocupado por la continuidad de un conflicto de baja intensidad. Según él, el ejército georgiano “insiste en penetrar en Abjasia con el fin de desestabilizar la situación”. Afirmo además que las autoridades georgianas liberaron recientemente a Dato Shengelia, ex jefe de los Forest Brothers, un grupo de guerrilleros apoyados por el Ministerio del Interior georgiano y que opera en distrito de Gali, en el sur de Abjasia. Estas fuerzas paramilitares fueron desmanteladas tras la elección de Saakashvili en 2004, pero al parecer habrían sido reactivadas a comienzos de 2008 (12). La liberación de Dato Shengelia apuntaría a reanimarlas.

Rusia mantiene las presiones para marginar a Tiflis y los países occidentales en Georgia. Por otra parte se niega a renovar el mandato de la OSCE en Georgia. En lugar de entonar un *mea culpa* por su fracaso en la prevención de una nueva guerra en el Cáucaso, las organizaciones internacionales administran sus rivalidades internas y se muestran impotentes ante la ofensiva rusa.

La guerra del verano de 2008 no generará ciertamente una “nueva guerra fría”, tal como pudo pensarse entonces. Lo que no es óbice para que Georgia se haya convertido en un laboratorio donde las grandes potencias prueban la extensión y los límites de su poder.

(1) Tras el conflicto, Lomaia desempeñó un papel clave en las negociaciones con el ejército ruso (véase el informe de Jonathan Littell, “Carnet de route en Géorgie”, *Le Monde* 2, París, 3 de octubre de 2008). Desde diciembre de 2008, es representante

de Georgia ante Naciones Unidas en Nueva York.

(2) Para defender su posición, Georgia reveló el contenido de las comunicaciones telefónicas entre las Fuerzas Armadas rusas y Osetia del Sur. Los textos están disponibles en inglés en: http://graphics8.nytimes.com/packages/pdf/world/2008/09/20080916_Georgia_Transcript.pdf

(3) Es el caso de algunas investigaciones, como el artículo de Tim Whewell, "Georgia accused of Targeting Civilians", BBC News, 28 de octubre de 2008.

(4) C. J. Chivers y Ellen Barry, "Georgia Claims on Russia War Called into Question", *The New York Times*, Nueva York, 7 de noviembre de 2008.

(5) Philippa Runner, "EU Drafts Broad Mandate for Georgia War Probe", EUobserver, Bruselas, 19 de noviembre de 2008.

(6) "Georgia Donors Conference", Ec.europa.eu, Bruselas, 22 de octubre de 2008.

(7) Matt Robinson y Margarita Antidze, "L'opposition géorgienne promet de poser des questions difficiles", Reuters, Tiflis, 18 de agosto de 2008.

(8) <http://www.apsni.org>

(9) Según datos oficiales abjasios publicados en 2003, la población total de Abjasia ascendería a 215.000 personas. Según otras cifras, los abjasios que viven en Abjasia serían 70.000.

(10) Vicken Cheterian, "La revolución de las rosas", *Le Monde diplomatique en español*, julio de 2007.

(11) James Kliner, "South Ossetia appoints former Russian official as PM", Reuters, Moscú, 22 de octubre de 2008.

(12) International Crisis Group, "Georgia and Russia: Clashing over Abkhazia", *Europe Report*, N° 193, 5 de junio de 2008.

Chechenia

IGNACIO RAMONET.

Chechenia se desangraba por el horror que causa la guerra. En septiembre de 1999 comenzó un nuevo enfrentamiento bélico. Obligó a huir a centenares de miles de chechenos y varios miles murieron. Todo esto con el silencio de Occidente. Ignacio Ramonet publicaba en el número de febrero de 2000 este editorial imprescindible, que desgrana las causas del conflicto.

Inhumana. La nueva guerra que sostienen los generales rusos desde septiembre de 1999 en Chechenia, es, en efecto, especialmente inhumana. Más de un tercio de la población local, es decir alrededor de 200.000 personas, se ha visto obligado a huir de los combates para buscar un refugio precario en Ingusetia. Y, según las organizaciones humanitarias internacionales (que las autoridades mantienen alejadas del frente), centenares de civiles habrían sido abatidos por los bombardeos indiscriminados del ejército federal. Un ejército que en algunos pueblos se habría librado al pillaje, la violación y los crímenes de guerra.

Ampliamente arruinada por el conflicto precedente (1994-1996) que se cobró más de 80.000 muertos, Chechenia asiste horrorizada, una vez más, a la destrucción sistemática de sus principales infraestructuras. Esta pequeña República del Cáucaso corre así el riesgo de retroceder un siglo en materia de desarrollo.

¿Cómo ha podido producirse un desastre tan espantoso –humano, económico, ecológico–? ¿Por qué la comunidad internacional, tan presta a movilizarse en nombre del derecho de injerencia durante el pasado año en apoyo a Kosovo, asiste impasible a una tragedia de tal magnitud?

La responsabilidad principal incumbe –ciertamente– a Moscú, que en el momento del desmantelamiento de la Unión Soviética (1991-1992) fue incapaz de proponer a las entidades que permanecieron en el seno de la Federación Rusa un estatuto de autonomía basado en criterios auténticamente democráticos. Con la complicidad de occidente, que empujaba a Moscú a adoptar lo más rápidamente posible el modelo de economía liberal, el Kremlin improvisó un federalismo a la carta. Dejando que se instaurara en cada región, a cambio de apoyo político, “una especie de arriendo generalizado” (1), de los sectores más rentables (petróleo, divisas, alcohol, tabaco, caviar, drogas, armas, etc.) concedido a las mafias o a los clanes locales.

Este conjunto de prácticas exarcebó las tensiones sociales. Sobre todo en Chechenia, país que después de haber suministrado hasta 1940 más del 45% del petróleo de la Unión Soviética, veía exten-

derse la miseria y experimentaba un declive irresistible, cuando su producción de hidrocarburos no representaba ya más que apenas un 1% de la producción de Rusia.

Al mismo tiempo que la subida del poder de las mafias, resurgía el sentimiento nacionalista y un incremento del islamismo suní, que habían permanecido vivos en un país que durante más de un siglo, resistiendo al expansionismo colonial moscovita, había constituido el último bastión del Cáucaso en rendirse a los rusos en 1859.

Los desheredados se mostraban especialmente sensibles a los discursos de los misioneros wahabitas llegados de Arabia Saudí –con medios financieros considerables– que predicaban un islam integrista y que ya había seducido a una parte de los resistentes afganos que en los años 1980 habían vencido a los soviéticos. A esta corriente islámica pertenecen los principales combatientes independentistas desde el comienzo de los años 1990, y especialmente el célebre Chamil Bassaev.

Después de la Victoria militar sobre Moscú en 1996, la unión sagrada de los chechenos se fue debilitando. Sometido a un bloqueo territorial por parte de las fuerzas rusas, el gobierno de Aslán Masjádov se encontró sin medios para reconstruir el país. Los wahabitas, por su parte, constituyeron reductos islamistas en los que se impuso la ley coránica (sharí) contra la voluntad de numerosas familias. Las mafias y el bandolerismo proliferaron aprovechándose de los desórdenes. Se vio desarrollarse entonces una verdadera economía de la rapiña y el bandidaje: pillaje en las granjas aisladas, contrabando de todas clases y, sobre todo, secuestros de centenares de personas, entre ellas numerosos extranjeros.

De esta forma, Chechenia se fue convirtiendo poco a poco (y en parte a su pesar) en una entidad caótica ingobernable, codiciada por sus vecinos y de la que sus propios habitantes trataban de huir. En este contexto de podredumbre, iban a producirse tres acontecimientos que conducirían al actual conflicto. En primer lugar, en mayo de 1999, Rusia se sintió marginada cuando un oleoducto que unía Bakú (Azerbaiyán) y Supsa (Georgia), a las orillas del mar

Negro, fue reabierto oficialmente con las bendiciones occidentales. Más grave todavía (en noviembre de 1999) Turquía, Azerbaiyán y Georgia firmaban un acuerdo para la construcción de otro oleoducto que unía Bakú al puerto turco de Ceyhan en el Mediterráneo, evitando así definitivamente transitar por territorio ruso. Moscú experimentó de esta forma una especie de desaire geopolítico que podía anunciar una pérdida grave de influencia en el Cáucaso. Tanto más cuanto que estos nuevos oleoductos se han ido situando automáticamente bajo la protección del sistema de seguridad de la OTAN...

En agosto de 1999, el raid sobre Daguestán, conducido por el jefe islamista checheno Bassayev, confirmó a los ojos de los rusos, los riesgos de contagio que entrañaba para el conjunto del Cáucaso el ejemplo de una eventual independencia de Chechenia. Rápidamente aislada y sometida, esta oleada provocó indiscutiblemente el temor de Moscú, que vio multiplicarse con preocupación las amenazas respecto a su control de una región tan estratégica como el Cáucaso del Norte.

A comienzos del otoño de 1999, los atentados con explosivos contra edificios civiles, se cobraron unos 300 muertos en varias ciudades de Rusia. La autoría fue atribuida rápidamente (sin pruebas concluyentes) a los “bandidos chechenos”, lo que significó un objetivo para una opinión pública sumergida desde diez años antes en una catástrofe social.

Que fuera Vladímir Putin el que aprovechara esta situación para imponerse como el hombre fuerte que Rusia esperaba, es algo evidente. Pero esta dimensión política es inseparable de las bazas estratégicas de la guerra: se trata (para Moscú) de reconquistar Chechenia, y más allá, de restablecer a Rusia como potencia dominante en todo el Cáucaso. ¿Es necesario para esto matar hasta el último checheno?

(1) Léase a Jean Radvanyi “La sucia guerra de Chechenia, en “L’Atlas 2000 des conflits”, *Manière de Voir*, núm. 49, enero, 2000.

Guerra y normali- zación en Chechenia

GWENN ROCHE.

Enviado especial de
Le Monde diplomatique.
Periodista.

Gwenn Roche viajó a Chechenia para el número de junio de 2003 de *Le Monde diplomatique*. Pese a los anuncios pomposos de normalización de las autoridades rusas fue testigo de una gran combustión social y represión del poder. Mientras tanto, Vladímir Putin, en su alocución a la nación, el 16 de mayo de 2003, reafirmó su política en Chechenia: transferencia del mantenimiento del orden a las milicias locales, elección de un Presidente y de un Parlamento, tratado de delimitación de poderes entre la Federación Rusa y la República caucasiana. Ni una palabra de la extorsión de los soldados rusos. Putin logró en Chechenia la connivencia de la comunidad internacional en nombre del antiterrorismo.

Lo primero que sorprende al llegar a Grozny, capital de Chechenia, no son los puestos de control, los militares ocultos en sus blindados, y ni siquiera las ráfagas de armas automáticas, las colinas de escombros, las carreteras llenas de baches, los árboles fulminados, los edificios despanzurrados, las fachadas hechas pedazos, las ruinas quemadas... En última instancia, todo eso forma parte del paisaje de la guerra, y uno casi lo espera. No, lo que sorprende, es la vida. Las huellas de vida, los signos de actividad humana, la irrupción de personas bien vivas en esta ciudad fantasmal... Por más estupor que esto produzca, uno se sorprende de verlos allí, hasta tal punto parece absurda esa ropa secándose en los huecos de las paredes, esas sábanas a manera de ventanas, esos quioscos de bebidas, esas mercancías expuestas al borde de las carreteras...

Grozny fue bombardeada masivamente hace ya más de tres años, de septiembre de 1999 a marzo de 2000. La mayoría de sus habitantes huyó, pero otros se quedaron, y algunos incluso han vuelto. En medio de las ruinas, la vida continúa. En algunos lugares se ha desarrollado y hasta se ha expandido. Una vida como las ruinas, rota, hecha pedazos.

Esta es la segunda guerra en diez años para este pequeño territorio. Un primer conflicto lo devastó desde 1994 a 1996, destruyendo la mayor parte de las infraestructuras civiles y matando a cerca de 100.000 personas...

Chechenia vive tal vez un momento crucial, en el cruce de realidades paralelas. Aunque las operaciones militares de gran envergadura –como los bombardeos masivos de ciudades y pueblos– terminaron en las regiones de la llanura desde la primavera de 2000, siguen en las montañas (en los distritos de Chatoi, Itum-Kalinsky, Vedensky). Pero el país también ha sufrido las siniestras “operaciones de limpieza”, con el objetivo de buscar a los “terroristas” entre la población civil; estas operaciones estuvieron acompañadas de pillajes, maltrato, arrestos arbitrarios, torturas y ejecuciones sumarias. La cantidad de víctimas civiles desde 1999 se calcula en 70.000 aproximadamente.

Todo esto no ha impedido a las autoridades rusas anunciar una

“normalización” de la situación, al mismo tiempo que tratan de persuadir a la opinión pública interna y a los Estados occidentales acerca del buen fundamento de la “operación antiterrorista” que están llevando a cabo. El 11 de febrero de 2003 el presidente Vladímir Putin declaró en el noticiario televisivo de la cadena francesa TF1: “Toda la infraestructura de los combatientes ha sido destruida. Hoy no quedan más que algunos grupos aislados que cometen actos terroristas, lo único que, por otra parte, son capaces de hacer. Nuestra tarea es eliminarlos”.

Sin embargo, las exacciones contra los civiles siguen: en estos últimos meses, en particular desde la toma de rehenes en el teatro Dubrovka de Moscú, en octubre de 2002, el ejército federal ha multiplicado las “operaciones con un objetivo determinado”. Esos arrestos arbitrarios, que terminan en desapariciones o ejecuciones sumarias, se efectúan de noche por grupos de hombres enmascarados que, en la mayoría de los casos, no se identifican, pero que saben a quién van a buscar. Esto hizo que la asociación rusa de defensa de los derechos humanos Memorial dijera que se trataba de crímenes cometidos por estructuras organizadas que agrupan a hombres de diferentes unidades y que actúan como “escuadrones de la muerte”.

K. vive en un pueblo del distrito de Urus-Martan (al sudoeste de Grozny): “Tengo cinco hijos –explica–. En la noche del 20 al 21 de octubre de 2002 entraron en mi jardín militares a bordo de un vehículo blindado. Estaban encapuchados y armados, y dijeron ser del GRU (servicios de inteligencia militar). Sin darles tiempo a vestirse, se llevaron a cuatro de mis hijos, que tienen entre 22 y 28 años. Desde entonces están “desaparecidos”, y a pesar de las diligencias realizadas en todas las instancias –el FSB (sucesor de la KGB), la policía, los tribunales, el ejército– no he podido obtener ninguna información sobre el lugar de detención de mis hijos”.

En la actualidad, varios miles de personas –principalmente hombres– están declarados desaparecidos. Se llegan a descubrir cadáveres en depósitos cuya propia existencia implica la responsabilidad de las fuerzas federales, ya que allí se encuentran los cuerpos de personas detenidas por unidades militares, de la policía o del FSB.

El ejército ruso comete aquí sus crímenes con toda impunidad: desde el comienzo de la guerra, sólo unos cincuenta militares han sido juzgados por diversos delitos contra los civiles. Sin embargo, hasta hoy, no se ha iniciado ninguna acción, por ejemplo, contra los responsables de las operaciones de “limpieza” de Aljan-Iurt y Novye-Aldy (diciembre de 1999 y febrero de 2000), tristemente célebres por la cantidad particularmente elevada de víctimas civiles.

Del lado checheno coexisten dos gobiernos. Elegido en enero de 1997 con el auspicio de la OSCE, el presidente checheno Aslán Masjádov se ha puesto a la cabeza de la resistencia contra aquellos que llama “invasores rusos”. Y desde junio de 2000, el antiguo jurisconsulto musulmán (*mufti*) de Chechenia, Ajmad Kadirov, ha sido nombrado por el Kremlin a la cabeza de una administración chechena prorrusa.

Colocadas bajo las órdenes directas de este último, las milicias armadas también se han puesto, desde hace algunos meses, a realizar arbitrarios arrestos nocturnos y a hacer reinar el terror entre la población. Tal vez “descargan” así estas milicias a las tropas federales rusas de una parte de sus operaciones habituales. Pero seguramente estas *razias* también se explican por represalias individuales, e incluso por objetivos puramente criminales.

La resistencia chechena se encuentra en una situación delicada, ya que la actividad militar rusa, que se ha intensificado desde el 11 de septiembre de 2001, la ha dejado parcialmente desmantelada. Además, la actividad de sus propias redes de abastecimiento ha decaído; en cuanto a las fuentes turca y saudí, que antes la sostenían financieramente y en el plano logístico, se han agotado. Además, después de tres años y medio de guerra, la población está fatigada, de rodillas y lista a aceptar la apariencia de paz que ofrecen las autoridades rusas, de manera que el reclutamiento en las filas de la resistencia se torna difícil.

Esta resistencia exangüe, dispersa, de pequeños grupos, a veces radicalizada, continúa sin embargo cometiendo actos guerrilleros contra objetivos militares, como lo prueban los últimos ataques

contra las fuerzas rusas. Su aislamiento ha llevado a Masjádov, que ha oscilado siempre entre alejarse y acercarse a los islamitas, a seguir la segunda vía y a implementar, desde el verano de 2002, un protocolo islamizado: el Majlis al Shura, comando checheno centralizado, a la cabeza del cual ha nombrado a Chamil Bassayev. Así han vuelto a gozar del favor oficial viejos jefes islamistas radicales, como Movladi Udugov o Zelimjan Iandarbiev. Por otra parte, el presidente Masjádov, que dice ser más bien laico, ha comenzado a utilizar desde hace varios meses símbolos islámicos, especialmente en sus intervenciones mediáticas.

Esta tendencia parece bastante generalizada entre los combatientes chechenos (se vio en la actitud de los que tomaron rehenes) y parece expresar, más que una verdadera radicalización, una actitud exhibicionista. Como piensan que ya no tienen nada que esperar de Occidente, esperan sacar provecho de esta simbología islámica. En el fondo, se trata de un cambio gradual en la representación que tienen de ellos mismos y que reflejan hacia el mundo. Con esto, evidentemente, corren el riesgo de facilitar la tarea de quienes los presentan como excrecencias de Osama Ben Laden; pero, ¿se seguirán preocupando por eso?

La toma de rehenes por un comando checheno en el teatro moscovita Dubrovka en octubre de 2002 constituyó un regalo para el gobierno ruso, que siempre había agitado la “amenaza terrorista” chechena, en particular después del 11 de setiembre de 2001. Esto facilitó la separación definitiva de Masjádov, arrojado por el discurso ruso al campo de Al Qaeda, y alejó al mismo tiempo cualquier perspectiva de negociaciones políticas con el lado checheno. Al punto que algunos se preguntan sobre las posibles conexiones entre los secuestradores chechenos y los servicios secretos rusos. La periodista rusa Anna Politkóvskaya reveló algo muy perturbador en el semanario *Novaya Gazeta* (1): uno de los miembros del comando, que sigue vivo, antiguo representante de Masjádov en Jordania, trabaja desde entonces... ¡en el servicio de prensa de Putin! Por otro lado, la verdad no es buena para todo el mundo, ya que el 17 de de 2003

último Serguéi Yúshenkov, que formaba parte de la comisión de investigación sobre esos atentados, fue asesinado por desconocidos.

De la misma manera, subsisten muchas dudas sobre los atentados de septiembre de 1999 en edificios de apartamentos de Moscú y Volgodonsk, atribuidos a la resistencia chechena, e invocados por Putin para justificar la reanudación de operaciones militares en Chechenia. Hasta ahora, ningún checheno ha sido reconocido como culpable, mientras que numerosos testimonios cuestionan al FSB. Nadie ignora que, desde 1999, el oligarca ruso Boris Berezovski, exilado en Londres pero cerca, en ese tiempo, de la familia Yeltsin, financió al jefe de guerra checheno Chamil Bassayev y al islamista Movladi Udugov...

Decidido a rechazar cualquier compromiso, el gobierno ruso sólo tenía “otra vía” posible: imaginar un “proceso político” sin negociaciones con la parte adversaria. Fue con ese propósito con el que organizó, el 23 de marzo de 2003, un referéndum en Chechenia sobre la adopción de una nueva Constitución –cuyo primer artículo afirma que el territorio de la república es parte integrante de la Federación Rusa– y a la realización de elecciones parlamentarias y presidenciales para finales de 2003.

Varios elementos permiten afirmar que este referéndum no se desarrolló de manera democrática. Las calles de Grozny estaban casi desiertas el 23 de marzo de 2003. Sólo chocaban, pegados a las ruinas, banderines coloreados llamando a la participación en el referéndum con eslóganes a veces amenazantes (“El referéndum, nuestra oportunidad de sobrevivir”, “Si quieres ser dueño de tu destino, ve al referéndum” o, incluso, “Más vale una legalidad frágil que una burda ausencia de ley”). Algunas pocas personas se deslizaban furtivamente hacia los colegios electorales.

A lo largo de una avenida desolada, con el irrisorio nombre de “Avenida de la Victoria”, algunas decenas de valientes manifestantes mostraban su desacuerdo con la realización de esta consulta, agitando fotos de sus familiares muertos o desaparecidos. Había una atmósfera singular, con una mezcla de tensión, de miedo, de amenazas por un lado, y de relajación en los puestos de control,

de una calma aparente por parte de los servicios de seguridad, del otro. Qué contraste sorprendente entre la euforia anunciada por los medios de comunicación rusos (chechenos alborozados, bailes, música, actividad intensa) y la ciudad vacía donde resonaban en uno y otro lado explosiones y ráfagas de armas automáticas...

En la víspera de la consulta varios civiles fueron víctimas de explosiones de minas o de obuses. El 22 de marzo de 2003, el personal de un centro médico de la organización no gubernamental Médicos del Mundo en Grozny, brindó sus cuidados a una joven herida por el estallido de un obús que había caído en el patio de su casa, en un barrio de las afueras de la ciudad. Ese mismo día, el hospital N° 9 acogió a cuatro personas heridas más o menos de gravedad por la explosión de dos vehículos blindados que pisaron minas, una de las cuales murió poco después de su llegada al hospital. Finalmente, en los días anteriores a la votación, varios colegios electorales fueron objeto de atentados cometidos por la resistencia chechena.

La votación se desarrolló entonces con un fondo de guerra que se eterniza. Y Chechenia sigue siendo un territorio de acceso limitado para las ONG y los periodistas independientes. La presencia de numerosos *check-points* divide las carreteras en zonas, dificultando los desplazamientos. De hecho, en tres años de guerra, la gente aprendió a tener miedo de desplazarse, a pesar de que el 23 de marzo de 2003 era evidente que se había dado a los militares la orden de “relajar” los controles. Y sin embargo, los autobuses circulaban vacíos, ya que la gente prefirió encerrarse en sus casas.

Un último indicador de manipulación: las presiones ejercidas para incitar a los electores a ir a votar, las amenazas de represalias colectivas en caso de poca asistencia a los centros electorales y las intimidaciones individuales combinadas con promesas de todo tipo. ¿Quién osará hablar de libertad de expresión en esta situación de peligro, de puertas cerradas, de presiones y de amenazas?

Sin embargo, todo esto no impidió a las autoridades rusas regocijarse públicamente, desde la mañana del comicio, por la afluencia masiva hacia los centros electorales. Las cifras oficiales, anunciadas esa misma

noche, mostraban una tasa de participación de alrededor del 85%, y un plebiscito favorable a la nueva Constitución (96% de los votos).

Pero estas cifras contradicen la realidad. En Grozny, el miedo de la población dejó casi desiertas las calles y los centros electorales. Se pudieron constatar gruesas irregularidades, como las que manifiesta K., miembro de una comisión electoral en un centro del barrio Staropromyslovski: “Me indicaron que me quedara sentada en mi lugar y no hablara con nadie. Como no tenía otra cosa que hacer, conté las personas que venían a votar. A las 15 horas, había contado 243 votantes. Sin embargo, la comisión del centro declaraba a la comisión central electoral que a las 11 ya habían votado 1.457 personas. Después de las 15 sólo votó una veintena de personas, pero hacia el final de la jornada, la comisión dio la cifra de 2.185 votantes para ese centro. Hubo personas que votaron varias veces, y he visto a algunos llegar con una pila de documentos de identidad y votar por 15 ó 20 personas. De todas maneras, las papeletas marcadas con “sí” habían sido preparadas por adelantado”.

Las ONG chechenas e internacionales estiman en un 30% la participación en esta consulta. Pero, más allá de este burdo fraude, la negación de la voluntad popular en un proceso presentado como democrático fue vivida por muchos chechenos como una humillación, incluso como un acto de guerra. ¿Su propósito? Quebrar definitivamente a la población.

Igualmente indecentes parecen las declaraciones oficiales rusas. Al día siguiente del referéndum el presidente ruso Vladímir Putin se congratuló por la masiva participación, declarando que los chechenos habían expresado de manera evidente su deseo de permanecer en el seno de la Federación Rusa, y que el problema de la integridad territorial de Rusia estaba definitivamente solucionado. En la visión del dueño del Kremlin, esta consulta también autorizaba a poner oficialmente fin a la presidencia de Aslán Masjádov: “Todos aquellos que todavía no han depuesto las armas –afirmó– pelean ahora por falsos ideales, y también contra su propio pueblo” (2).

En realidad, la “solución” de Putin consiste en negar toda soberanía popular, en todos los niveles. Se niega a dejar que la población

se exprese democráticamente y a dialogar con sus representantes electos. Poco importa, ya que en la imagen que ofrece a la opinión rusa, el presidente pretende ser al mismo tiempo el defensor de los intereses coloniales de Rusia en el Cáucaso y el promotor de una “solución política” del conflicto, sin por eso aceptar negociar con quienes denomina “terroristas”. De hecho, nunca ha querido darles curso a los diferentes planes de paz propuestos por los ministros en el exilio de Aslán Masjádov, que planteaba crear en Chechenia una Administración bajo un mandato internacional transitorio.

El referéndum del 23 de marzo de 2003 se inscribe así en una evolución que está en curso desde hace varios meses. Con la instalación del “gobierno” checheno prorruso y la multiplicación de declaraciones que van en el sentido de una normalización, coexisten en Chechenia dos mundos: por un lado una auténtica situación de guerra, con el ejército de ocupación respondiendo a las acciones de la guerrilla contra objetivos militares con represalias masivas hacia la población civil; por otro, un discurso oficial ruso aparentemente surrealista, pero que también termina por instalarse en la vida cotidiana chechena.

¿Tomará cuerpo esta anunciada normalización? Es difícil decirlo. En todo caso, las autoridades rusas conciben el referéndum como una etapa de un cambio en la situación local. Así, la dirección de las operaciones en Chechenia, confiada en enero de 2001 al FSB, será transferida al Ministerio del Interior, según lo anunció, el lunes 21 de abril de 2003, el viceministro del Interior Viacheslav Tijomirov. Sin duda, esta decisión refleja una voluntad de “chechenizar” el conflicto, separando poco a poco al ejército federal de las operaciones, para reemplazarlo por la policía local, en una continuidad de lo que ocurre hace ya varios meses.

El riesgo sería entonces una descomposición de la situación, con una criminalización de los grupos armados que representan al poder checheno por un lado, y acciones esporádicas de una resistencia tal vez desorganizada y que va perdiendo recursos, pero en la que algunos grupos siguen activos, por otro; todo esto sobre un fondo de “normalización” aparente.

Esta estrategia apuesta evidentemente por el silencio de la comunidad internacional, que nunca ha convocado a ninguna reunión, ni de conciliación, ni de negociación. Es cierto que la comunidad internacional observa la realidad de Chechenia por medio de diversas misiones, pero no actúa en el plano político y diplomático. La Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) abandonó el terreno en marzo de 2003, a petición de las autoridades rusas. La ONU no ejerce allí ningún poder de coerción, y sus agencias en el terreno (ACNUR, FAO y OMS) se limitan a una actividad humanitaria. Por segundo año consecutivo, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU ha rechazado, durante su 59ª sesión, en abril de 2003, adoptar una resolución condenatoria a Rusia por los crímenes cometidos en Chechenia.

En cuanto a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, después de reprimendas muy corteses (Rusia fue privada de su derecho de voto desde abril de 2000 a enero de 2001), se ha callado durante dos años. Ahora, durante su última sesión, adoptó una resolución exigiendo la creación de un tribunal penal internacional para los crímenes cometidos en Chechenia. Una decisión simbólica, ya que la creación de tal tribunal sólo puede iniciarse por el Consejo de Seguridad de la ONU, en el cual Rusia tiene un puesto permanente y está dotado del derecho de veto.

¿Para cuándo puede esperarse esta comisión internacional de investigación independiente, que han solicitado con su voto algunos parlamentarios europeos? Con ella, la comunidad internacional podrá exigir por lo menos a las autoridades rusas que luchen realmente contra la impunidad de que gozan los responsables de crímenes contra la población civil, primera víctima de este conflicto.

(1) 28 abril 2003. [Nota de esta edición: Anna Politkóvskaya fue asesinada por disparos de bala en 2006 en Moscú. A día hoy (21 de abril de 2014) sigue sin haber finalizado la investigación de este asesinato. Politkóvskaya denunció los abusos en la guerra de Chechenia y fue una voz crítica de las políticas del Kremlin].

(2) Declaración de Vladímir Putin durante una reunión de gobierno el 24 de marzo de 2003.

1 de noviembre de 1991.

Declaración de independencia de Chechenia.

11 de diciembre de 1994.

Intervención de las tropas rusas y primera guerra.

31 de agosto de 1996. El acuerdo de Khassaviurt entre Alexandre Lebed, en ese momento jefe del Consejo de Seguridad ruso, y Aslan Masjadov jefe de los independentistas chechenos, pone fin a la guerra.

27 de enero de 1997. Masjádov accede a la presidencia después de las primeras elecciones libres, bajo la vigilancia de observadores de la OSCE.

7 de agosto de 1999. *Raid* sobre Daguestán conducido por el jefe islamista checheno Chamil Bassayev.

25 de agosto de 1999. La aviación militar rusa bombardea posiciones islamistas en Daguestán y en poblados chechenos situados cerca de la frontera.

1 de octubre de 1999. Soldados y tanques rusos entran en el norte de Chechenia.

17 al 19 de noviembre de 1999.

Durante la reunión de la OSCE en Estambul, los países occidentales acentúan sus críticas contra la ofensiva militar rusa.

28 de marzo de 2000. Elección de Vladímir Putin, en primera vuelta,

para la presidencia de la Federación Rusa.

Abril de 2000. Moscú anuncia el fin de las operaciones militares en Chechenia, pero se multiplican los atentados contra el ejército ruso.

Junio de 2000. Vladímir Putin coloca a Chechenia “bajo la administración presidencial directa”.

7 de abril de 2001. Primera manifestación contra la guerra en la capital chechena: más de 2.000 personas exigieron negociaciones con el presidente independentista Masjadov y la liberación de los civiles detenidos.

23 al 26 de octubre de 2002. Un comando checheno tomó como rehenes a 700 espectadores dentro del teatro Dubrovka de Moscú. El asalto de las fuerzas especiales terminó con 155 muertos rusos, más la casi totalidad de los chechenos.

22 de noviembre de 2002. En ocasión de una cumbre informal, el presidente George W. Bush y su homólogo ruso zanjaron sus divergencias sobre Chechenia en nombre de la alianza contra el terrorismo.

23 de marzo de 2003. Referéndum sobre la nueva Constitución, para confirmar la pertenencia de Chechenia a la Federación Rusa; oficialmente, votó el 85% de los chechenos y el 96% lo hizo por el sí.

Viaje a los márgenes de Schengen

**LAURENT GESLIN Y
SÉBASTIEN GOBERT.**

Enviados especiales de
Le Monde diplomatique.
Periodistas.

La integración de los países del Este en la Unión Europea, en 2004, y la borradora progresiva de las barreras fronterizas debían atenuar el resurgimiento de las identidades nacionales que se observó a principios de los años 1990. Sin embargo, en Hungría y Eslovaquia, al igual que al otro lado de la “muralla de Schengen”, en Ucrania, las poblaciones permanecen prisioneras de las estrategias políticas que instrumentalizan las cuestiones de identidad. En el número de abril de 2003 recorrimos las fronteras de la Unión...

“Mi abuelo vivió en cinco países sin abandonar nunca su pueblo”. Un pesado calor aplasta la aldea de Tyachiv, situada a orillas del río Tisza a los pies de la parte occidental del macizo de los Cárpatos. En Ucrania hoy, la Transcarpacia formó parte durante mucho tiempo del Imperio Austro-Húngaro antes de que el tratado de Trianón, de junio de 1920, cediera la región a la república checoslovaca recién constituida. Ciudadano ucraniano de origen húngaro, el anciano aduanero Sándor Igyártó da una larga calada a su cigarrillo americano. Unas gotas de sudor resbalan sobre sus sienes. “Después del retorno de los húngaros, en 1938, mi abuelo fue movilizadado durante la Segunda Guerra Mundial por el ejército húngaro para luchar en el frente del Este y fue deportado a Siberia durante la anexión soviética, en 1944. Solamente pudo regresar después de la muerte de Stalin”.

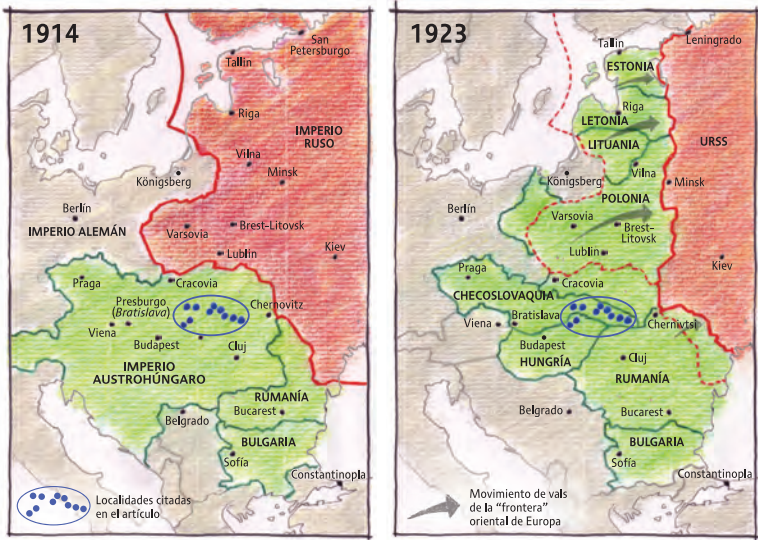
En Tyachiv coexisten iglesias calvinistas, católicas, greco-católicas y ortodoxas. En la plaza principal se levantan monumentos a los caídos, en honor de los partisanos de la “Gran Guerra Patriótica” (1), de los militares soviéticos caídos y de los soldados austro-húngaros de la Primera Guerra Mundial. Bienvenida en el Centro Europa, al menos según los cálculos de los geógrafos austro-húngaros que, en 1887, levantaron un monumento conmemorativo algunos kilómetros más al oeste, cerca del pueblo de Rajiv. Hoy, la Transcarpatia es una orilla olvidada, en la frontera oriental de la Unión Europea, atrapada detrás de la “línea Schengen” que separa a Hungría, Eslovaquia y Polonia de Rumanía y de Ucrania. Para los habitantes de la región, Europa está al alcance de la mano, detrás de una frontera que separa, tanto como hace vivir, a la otra parte del “muro” del continente.

Como en todas partes en Europa central, la Transcarpatia ha permanecido durante mucho tiempo multicultural, poblada por húngaros, ucranianos, alemanes, rumanos y judíos. Pero el proceso de simplificación identitaria, empezado a principios del siglo XX, se ha visto acelerado con la independencia de Ucrania en 1991. Según el nuevo censo de de 2001 (2) solamente quedan ciento cincuenta mil húngaros en Transcarpatia, o sea, alrededor del 12% de la población total, contra el 17% en 1921 (3). “Cada año, entre cinco y seis

mil personas emigran a Hungría, continúa diciendo el Sr. Igyártó, porque aquí no hay ninguna perspectiva, la situación económica es dramática”.

En la ciudad fronteriza de Chop, antigua entrada ferroviaria de la Unión Soviética, en el cruce de Ucrania, Hungría y Eslovaquia, han surgido sin embargo ricas moradas durante estos últimos años. “No hay ningún misterio: los propietarios de casas hermosas trafican, cuenta un periodista local que desea guardar el anonimato. Sobre todo, con cigarrillos y con emigrantes”. Aislados de Kiev por las montañas de los Cárpatos y por más de ochocientos kilómetros de malas carreteras, los húngaros de Transcarpacia se han girado decididamente hacia el oeste. Ven la televisión húngara y viven a la hora de Budapest, lo que representa una hora menos que el huso horario de Kiev. La tierra de nadie que separaba antiguamente la Unión Soviética de la República Popular de Hungría está defendida por policías, por perros y por detectores de calor. Una barrera que intentan franquear todos los años centenares de emigrantes llegados de Pakistán, Afganistán o Somalia. “El paso cuesta unos 5.000 euros y es prácticamente imposible atravesarlo sin dar dinero a los guardias fronterizos”, explica con sencillez Haruni, un somalí que espera pasar, desde hace dos años, en la ciudad de Ujgorod, la capital de la región. Durante el verano de 2012 se descubrieron dos túneles hacia Eslovaquia y 13.000 cartones de cigarrillos de contrabando fueron aprehendidos, un botín de 130.000 euros. “La mayor parte de las personas sobreviven gracias al pequeño tráfico a través de la frontera, confirma el sociólogo Antal Örkeny, pues después de Schengen, estos pueblos están más separados de la Unión Europea que en el pasado”.

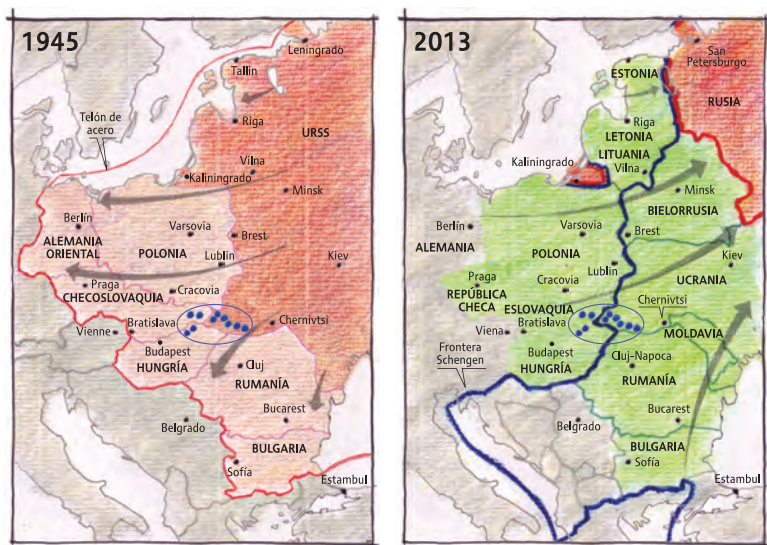
A unos cincuenta kilómetros más al sur, la pequeña ciudad de Berehove parece dormida desde hace ya mucho tiempo. Un grupo de perros calleja por el centro. El tiempo ha desgastado los colores pastel de los viejos edificios húngaros. Aquí también, el trabajo escasea, salvo en algunas fábricas textiles italianas en donde los salarios tocan un techo de 250 euros al mes. “Intentamos retener a



De los cuatro imperios centrales que compitieron en el siglo XIX, sólo quedaban tres en vísperas de la I Guerra Mundial, en 1914. La casi totalidad del Imperio Otomano estaba desmembrada, lo cual no se tradujo en un aumento territorial de las grandes potencias (Rusia y Austria-Hungría), sino en la creación de nuevos pequeños Estados. La “Paz de Versalles”, es decir, los cinco tratados concluidos en 1919 y en 1920, confirmó

la desaparición del Imperio Austro-Húngaro y posibilitó la independencia de naciones pequeñas y medianas junto a las grandes potencias. Fue la primera “fragmentación nacional” centroeuropea del siglo XX. Con el advenimiento de la URSS, Rusia, empujada hacia el Este, perdió la influencia que ejercía sobre una gran parte de los territorios de Europa Central, desde Helsinki hasta Chisinau.

los jóvenes pero muchos emigran a Hungría en cuanto terminan sus estudios, declara Ildikó Orosz, la directora del Instituto húngaro de Transcarpatia Ferenc II-Rákóczi. En la regiones donde estamos en minoría los niños asisten a escuelas ucranianas y son asimilados poco a poco mientras que antes nadie hablaba ucraniano en la región. En estos confines disputados durante mucho tiempo las comunidades



Una Europa totalmente reconfigurada emergió en Yalta y en Potsdam al finalizar la II Guerra Mundial, en 1945, sin que hubiera tratado de paz con la Alemania vencida (éste será el tercer imperio histórico en desaparecer). Sus fronteras, entonces declaradas “inviolables”, serán confirmadas durante la Conferencia de Helsinki, en 1975. La URSS retomó el asalto del Oeste, gracias al cual recuperó y anexionó una gran parte de los

territorios perdidos en 1920, a la vez que convirtió en “satélites” a los Estados provenientes del desmembramiento de los antiguos imperios. El margen oriental de Europa fue desde ese entonces el “telón de acero”. En 1991, la URSS, cuarto y último “imperio superviviente”, implosionó. Las repúblicas soviéticas así como los países socialistas europeos del este recuperaron su plena independencia. Rusia se vio de nuevo empujada hacia el Este.

eslavas hablaban el ruteno, lengua cuya singularidad es negada por los nacionalistas ucranianos. “Hemos sufrido mucho durante el siglo XX; fue diezmada nuestra elite intelectual. Con este instituto, abierto en 1996, los jóvenes húngaros de Transcarpatia pueden obtener una educación completa en su lengua materna. La universidad ucraniana no ofrece esta posibilidad.



Cuando se yuxtaponen en un mismo mapa el trazo de todas las fronteras que ha habido, se mide la división de la Europa centroriental. Se perciben al mismo tiempo algunas formas conocidas de los Estados contemporáneos, y pequeñas porciones de territorio, lugares emblemáticos que fueron objeto de duras negociaciones o de batallas sin concesiones: Vilna, Memel, Königsberg, Danzig, Chernivtsi y Galitzia, Trieste e Istria.

En la carretera que une Berehove y Ujgorod se levanta el castillo de Palanok, feudo antiguamente del príncipe Ferenc II Rákóczi, que emprendió entre 1703 y 1711 una guerra de independencia contra los Habsburgo. “Los húngaros han vivido siempre aquí, mientras que Ucrania tiene solamente veinte años. Hoy intentan presentarnos como algo anómalo pero nosotros tenemos nuestras propias escuelas, nuestros partidos políticos, nuestras asociaciones. Por supuesto, vivimos todos juntos y lo hacemos lo mejor que podemos con las autoridades actuales. Pero no esperamos nada del Estado ucraniano”, dice Betty Henkel, una joven diplomada en paro.

Un sistema autónomo que el vicerrector de la Universidad de Transcarpatia de Oujgorod, Roman Ofitsynskyi, ve con malos ojos: “las carreras del instituto de Berhove no ofrecen salidas. No solamente porque el húngaro no sirve de nada para encontrar un empleo en

Ucrania sino porque sus programas dan prioridad a la filosofía y la historia en detrimento de formaciones concretas. ¿Cuántos profesores de historia necesitan? En nuestra universidad disponemos de un departamento de estudios húngaros y hay becas reservadas para los estudiantes de habla magiar, a expensas a menudo, por otra parte, de otros estudiantes. Hablan de discriminación pero de hecho son unos grandes privilegiados”.

Independiente desde 1991, Ucrania es un país cuya identidad está en formación. Las fracturas lingüísticas entre el este del país, mayoritariamente rusófono, y el oeste, donde viven a la vez los ucraniofonos y numerosas minorías nacionales, permiten todas las manipulaciones políticas. “Durante el periodo soviético, se instalaron en Transcarpatia funcionarios y soldados rusos y sufrimos una rusificación masiva. En 2004 los húngaros de Ucrania apoyaron la ‘revolución naranja’ dirigida por Víctor Yúshenko y Yulia Timoshenko –cuenta István Csernicisko, el vice-rector del Instituto húngaro de Berhove–. Pero el nuevo poder no tenía la intención de favorecer el regionalismo en Transcarpatia, por el temor de que el este del país pudiera obtener demasiada autonomía. Impuso, al contrario, el ucraniano en todas partes donde fue posible. Las minorías son los rehenes de estos enfrentamientos identitarios”.

De vuelta a sus asuntos en 2010, después de la derrota de Yulia Timoshenko en las presidenciales, Yanukóvich firmó en agosto de 2012 una ley que otorga un estatuto oficial a las lenguas minoritarias en las regiones en donde las habla más del 10% de la población. Una buena manera, a algunas semanas de las elecciones legislativas del 28 de octubre de 2012, de movilizar al electorado rusófono y de asegurarse los votos de las minorías. Esta ley fue ratificada por el Parlamento Regional de Transcarpatia el 24 de diciembre de 2012.

Presidente de la Federación Democrática de los húngaros de Ucrania (UMDSZ), uno de los dos partidos que representan a la comunidad húngara de Transcarpatia (5), el alcalde de Berehove , István Gajdos, fue elegido en la Verjovna Rada, el Parlamento ucraniano en la lista del Partido de las Regiones del presidente Yanuko-

vich. “El húngaro es desde ahora la lengua oficial del cantón y de la municipalidad. Era esencial para nosotros poder utilizar nuestra lengua materna en nuestra ciudad. La lengua nos autoriza a escribir en las dos lenguas las señales de tráfico y los comunicados oficiales. Soy consciente de que todos los empleados de la Administración no dominan el húngaro pero el conocimiento de la lengua será desde ahora un criterio para obtener un empleo”.

Una decisión inaceptable para el partido de extrema derecha ucraniano Svoboda, que obtuvo un resultado histórico de un 10% en las legislativas del 28 de octubre, consiguiendo por primera vez treinta y ocho diputados en el Parlamento ucraniano. Para Oleh Kutsin, jefe de la sección regional del partido, la “remagiarización” de Berhove ilustra las veleidades separatistas de los húngaros de Transcarpatia y el imperialismo de Budapest. “Hungría se gasta un millón de dólares al año para el desarrollo de los húngaros de Ucrania, y el consulado reparte pasaportes húngaros a diestro y siniestro, cuando en realidad un ciudadano ucraniano no puede tener más que una nacionalidad. Budapest lo hace todo para aislar a los distritos húngaros del resto de Ucrania, con la intención final de anexionarlos a su territorio. Es un problema grave para la seguridad de nuestro país”.

Desde 2001, una “tarjeta de estatuto húngaro” permite estudiar y trabajar más fácilmente en Hungría, y un acuerdo entre Kiev y Budapest autoriza a los residentes fronterizos domiciliados a menos de cincuenta kilómetros de la frontera a dirigirse a Hungría sin visado Schengen. Desde enero de 2001, los dos millones y medio de magiares que viven fuera de Hungría, especialmente en Rumanía, en Eslovaquia, en Serbia y en Ucrania, pueden también pedir el pasaporte húngaro, incluso en Ucrania, que prohíbe teóricamente la doble nacionalidad. “La justicia ucraniana no sanciona a los ciudadanos que tienen dos pasaportes en tanto no se haga público”, se justifica prudentemente István Tóth, el cónsul general en Berhove. Se niega a dar el nombre de ciudadanos que han solicitado la nacionalidad magiar en Ucrania (6) pero reconoce la ayuda financiera aportada por Budapest: un dinero que permite hacer funcionar a la Univer-

sidad, a las asociaciones culturales y a los partidos políticos de los húngaros de Transcarpatia.

“Es completamente normal que el gobierno húngaro se preocupe por los húngaros del extranjero, pero no es suficiente”, constata resignado Miklos Kovács, el presidente del Partido Húngaro en Ucrania (KMKSZ), afiliado al Fidesz del ministro presidente magiar Víctor Orbán. “Somos cada año menos numerosos y es cada vez más difícil movilizar a los húngaros para la defensa de sus intereses. Podemos mantener cierta actividad cultural pero esto tiene más de folklore que de otra cosa. Dentro de algunos años vamos a desaparecer, no necesariamente como comunidad pero sí como objeto político. Y la cuestión húngara será definitivamente regulada en Ucrania”.

Para muchos, Orbán, a falta de poder luchar contra la crisis económica en su país, atiza el nacionalismo húngaro en el extranjero. De vuelta al poder por el resultado de una Victoria aplastante sobre el Partido Socialista en las legislativas de 2010, multiplica desde hace años las declaraciones altisonantes dirigidas a los nostálgicos de la “Gran Hungría” sobre las salidas que inquietan a los países vecinos donde viven comunidades magiares. La ley fundamental sobre Hungría, la nueva Constitución votada el 25 de abril de 2011, recuerda las raíces cristianas y la historia “milenaria” del país, afirmando al mismo tiempo que “Hungría tiene la responsabilidad de la situación de los húngaros que viven fuera de las fronteras del país”. Un discurso que moviliza, en un país duramente golpeado por la crisis económica y todavía traumatizado por el tratado de Trianón que, en 1920, cercenó los dos tercios del reino de Hungría.

En la ciudad de Miskolc, el mayor centro industrial del este de Hungría, a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera ucraniana, los esqueletos de las fábricas siderúrgicas terminan de caer en ruinas. Al inicio de los años 1980, la acerería Lenin empleaba a más de dieciocho mil trabajadores, y los dos tercios de los doscientos mil habitantes de la ciudad vivían directamente de la industria pesada. Ese mundo se derrumbó al pasar a la economía de mercado. “En los años 1990 el paro llegaba al 30% de la población activa, cuenta

György Mike, encargado de las empresas públicas en el municipio de Miskolc, gobernado por el Fidesz desde las últimas elecciones. Las industrias textiles y los bancos se desarrollaron poco a poco, tomando el relevo de la industria pesada, pero la gente se endeudó y muchas personas están hoy arruinadas”. Desde el estallido de la crisis económica, en 2008, las tiendas del centro de la ciudad cierran unas tras otras; las subvenciones europeas que han permitido por ejemplo renovar la acaldía no bastan ya para relanzar la economía. “El antiguo alcalde socialista ha triplicado el endeudamiento de la ciudad, no podemos pedir préstamos, sigue diciendo Mike. Ante la degradación de sus condiciones de vida, los antiguos obreros votan masivamente al Fidesz”.

Antiguo bastión “rojo” durante los años 1990, Miskolc se ha convertido en un terreno abonado para el partido de extrema derecha Jobbik (Movimiento para una Hungría mejor), que ha obtenido el 16,67% de los votos y 47 escaños en el Parlamento en las últimas elecciones legislativas, en abril de 2010. En una pequeña oficina instalada en el centro de la ciudad, el dirigente local del partido, Miklós Arpád, mira pensativamente un mapa de la “Gran Hungría” colgado en la pared. “Ucrania ha obtenido Transcarpatia de manera injusta, y los húngaros de Eslovaquia o de Transilvania no querían de ningún modo ser separados de su madre patria. Hungría fue la gran víctima de los tratados de paz, declara. Muchos húngaros viven todavía en esas regiones. El papel de nuestro país es protegerlos”.

Al distribuir pasaportes a los húngaros del extranjero, Orbán buscaba sobre todo atraer a un electorado que le sería a priori favorable, tratando de redinamizar la demografía de su país. Hungría ha perdido 350.000 habitantes desde principios de los años 1990, y la tasa de fecundidad está en 1,3 niños por mujer en edad fértil, mientras que la renovación de las generaciones no está asegurada más que a partir de 2,1. Atraer a los húngaros del extranjero sería pues un medio de paliar la crisis demográfica. Una teoría refutada por el sociólogo Zoltán Kántor, que considera el “pasaporte Trianon” como una “afirmación nacional natural”. “Antes de la integración

européa, a finales de 1990, la distribución de los pasaportes hubiera podido incitar a los húngaros en el extranjero a instalarse en Hungría, pero no actualmente, pues las fronteras están abiertas –afirma–. Sin embargo, al poner encima de la mesa la cuestión de las comunidades húngaras que viven en países limítrofes, Orbán se ha apropiado de uno de los principales temas de campaña de Jobbik, lo que le permitirá quizás detener la progresión de este movimiento”.

En Eslovaquia, los excesos nacionalistas de los políticos húngaros se observan con inquietud, sobre todo porque los incidentes entre los dos países son frecuentes. Robert Fico, presidente del gobierno eslovaco, en coalición durante su primer mandato con los nacionalistas del Partido Nacional Eslovaco (SNS), consideraba en 2010 (7) que el Fidesz quería “regresar a la Gran Hungría de antes de Trianon, lo que representa un riesgo para la seguridad de Eslovaquia. Imagine que millares de ciudadanos adopten la nacionalidad húngara: ¡los políticos húngaros se comportarían como si el sur de Eslovaquia formara parte de su territorio!”. En julio de 2009 Eslovaquia había ya suprimido el húngaro de la Administración y de todos los espacios públicos y está prohibido desde 2010 poseer dos pasaportes, bajo pena de perder la ciudadanía eslovaca. Una decisión aplaudida por el SNS cuyo dirigente, Ján Slota, había calificado a los húngaros como “cáncer en el cuerpo de la nación eslovaca”. “Esta medida es completamente legítima. considera Cyril Lesko, jefe del SNS de la ciudad de Presov. De otra manera, la minoría húngara se vería tentada por la secesión”.

Alrededor de quinientos mil húngaros viven en Eslovaquia, sobre todo en el sur del país, a lo largo de las regiones fronterizas con Hungría. Desde el pueblo de Velké Raskovce, a unas decenas de kilómetros de Kosice, una llanura pantanosa se extiende hasta perderse de vista. El sol cae lentamente. Jakab Elemér lleva su mirada hacia el sur, en dirección de la frontera húngara. “Nosotros reivindicamos varias identidades. No aceptamos que lo que queramos elegir lo dicte Budapest”. Elemér es uno de los catorce diputados del Most-Hid (8) en la Narodna Rada, el Parlamento eslovaco. “Aban-

donamos en 2009 el Partido de la Coalición Húngara (SMK) para crear una nueva formación política, pues no nos consideramos un partido étnico: apoyamos la integración en la sociedad eslovaca sin tener que renegar sin embargo de nuestras raíces y nuestra cultura”, argumenta. Una elección política original, ya que la mayoría de los partidos húngaros del extranjero están estrechamente unidos a los políticos de Budapest, pero que ha obtenido frutos. En las elecciones parlamentarias eslovacas de junio de 2010, el partido logró el 8,12% de los votos, frente a menos de un 5% del SMK, partidarios de una línea nacionalista más dura. “Al contrario de lo que sucede en Ucrania o en Rumanía, los matrimonios mixtos son numerosos en Eslovaquia, dice el Sr. Örkeny. Las minorías húngaras son socialmente menos influyentes, así pues les interesa integrarse en la sociedad eslovaca.

Para el sociólogo, las estrategias identitarias de las minorías dependen pues ampliamente de las circunstancias socioeconómicas. En Hungría, a unos kilómetros de Miskolc, Istvánné Szöllösi, el representante del Consejo nacional eslovaco del pueblo de Bükkszentkereszt, muestra con orgullo el salón de fiestas en donde se organizan conciertos de música folklórica eslovaca. “Nuestros antepasados llegaron a mediados del siglo XVIII para trabajar en las fundiciones de vidrio que se estaban instalando alrededor de Miskolc, cuenta. Hoy, estas industrias han cerrado, pero estamos muy bien integrados en Hungría. Nadie piensa en dejar la región”. En el pueblo, cada vez es menor el número de habitantes que hablan la lengua de sus padres, aunque una escuela primaria en eslovaco existe todavía. “Si la situación económica se degrada en Hungría y es interesante emigrar a Eslovaquia, no cabe duda de que los habitantes de Bükkszentkereszt pensarán seriamente en reencontrar sus raíces”, pronostica Örkeny.

En 2004, durante la integración de los antiguos países del bloque del Este, se quiso creer que el renacer de las identidades nacionales observado desde el principio de los años 1990 se atenuaría con la desaparición progresiva de las fronteras. La integración, en suma, debía concretar la resurrección de una Mitteleuropa ampliamente idealizada. Sin embargo, la crisis económica y el fracaso de las

políticas europeas no han permitido ir más allá de las contingencias nacionales. Además, la independencia de Kosovo, proclamada en 2008, ha creado un precedente, mostrando que los procesos de construcción nacional no habían acabado en el continente. Y que las fronteras de los Estados podían todavía evolucionar.

(1) Nombre dado por los soviéticos a la Segunda Guerra Mundial

(2) El próximo censo nacional está previsto en Ucrania para 2013

(3) *Slovenský náucný slovník* (Enciclopedia eslovaca), vol. 1

(4) La ciudad de Berehove cuenta con alrededor de veinticinco mil habitantes, de los cuales la mitad se consideran húngaros.

(5) La UMDSZ está afiliada al partido socialista húngaro, el MSZD.

(6) Trescientos mil húngaros del extranjero habrían pedido la nacionalidad húngara y ciento ochenta mil pasaportes fueron entregados por las autoridades de Budapest. Los datos oficiales que conciernen a Ucrania no se han hecho públicos.

(7) Robert Fico: “La hongrie exporte sa peste brune”, *Le Figaro*, París, 3 de junio de 2010.

(8) Del eslovaco *most* y del húngaro *hid*, que significan “puente”.

A la búsqueda de la nación rutena

**LAURENT GESLIN Y
SÉBASTIEN GOBERT .**

Enviados especiales de
Le Monde diplomatique.
Periodistas.

El partido de extrema derecha ucraniano Svoboda –muy activo en Maidán durante las protestas que tumbaron al presidente Yanukóvich– se opone a reconocer la especificidad de los rutenos que viven en Ucrania. Y va más allá al afirmar que aquellos que nieguen la ucraniedad de los rutenos, están pagados por Rusia... Eslovaquia, por contra, sí que permite el desarrollo de esta minoría. ¿Tendrán problemas los nacionalistas ucranianos con las minorías que habitan en su país? Para el número de abril de 2013, Laurent Geslin y Sébastien Gobert viajaron por la “nación” rutena, dividida entre varios Estados.

En una pequeña sala de consulta del hospital de Moukatcheve, el DR. Yevhen Zupzn, presidente del Consejo nacional rutenos, pone sus gafas sobre la mesa antes de tomar la palabra con gravedad. “El Estado no nos reconoce como una nacionalidad propia, sino como una subcategoría de los ucranianos. Sin embargo, nosotros somos un pueblo, con una lengua y una cultura propias”. En el censo de 2001, diez mil personas se declararon “rutenas” en Transcarpacia. “Los datos fueron falsificados pues somos 800.000 –rectifica el Dr. Zupan–. Los nacionalistas ucranianos tienen miedo de que un día pidamos la autonomía territorial”. En 1991, a la caída de la Unión Soviética, Ucrania hizo un referéndum sobre su independencia. Y, entonces, se les planteó un cuestión particular a los habitantes de Transcarpacia, invitándoles a pronunciarse sobre una eventual autonomía de la región. Un 78% de la población lo hizo a favor de la autonomía, pero no se acordó jamás. “Qué importa, los Estados pasan, los rutenos permanecen”, afirma el Dr. Zuban. El 24 de diciembre de 2012, sin embargo, la Transcarpacia concedió, al rutenos, el estatuto de lengua oficial.

Según el historiador estadounidense de origen rutenos, Paul Robert Magocsi (1), los rutenos son un pueblo eslavo que habita en los macizos montañosos de los Cárpatos, en Ucrania, en Eslovaquia, en Polonia e incluso en Voivodina, en el norte de Serbia. Hablan una serie de dialectos eslavos orientales, que utilizan el alfabeto cirílico y pertenecen tradicionalmente al rito cristiano oriental, bien el uniata o el ortodoxo. Las estimaciones de su número varían entre 900.000 y un millón de individuos.

Para los nacionalistas del partido Svoboda, no es cuestión de reconocer la especificidad de esta comunidad. “Los rutenos son ucranianos, afirma Oleh Kutsin. Aquellos que afirman lo contrario están pagados por Rusia para debilitar a la nación ucraniana”. Entonces, ¿cómo definir a los rutenos? A principios del siglo XX, estas poblaciones eran consideradas como rusas o ucranianas. Otros afirman que los rutenos eran eslovacos, o incluso húngaros eslavizados.

Sin embargo, si creemos a algunos teóricos del nacionalismo como Ernest Gellner (2), que afirma que las naciones son “quimeras

de convicciones, lealtades y solidaridades de los hombres” y que los individuos que comparten una cultura forman una nación “si se reconocen los unos a los otros”, forzoso es constatar, desde la caída del bloque soviético, la (re)construcción de una idea nacional rutena en Europa del Este. Esta identidad específica era reconocida, por otra parte, por la Yugoslavia titista (3), y fue durante mucho tiempo mantenida en los círculos de la diáspora en Estados Unidos y Canadá.

A principios de los años 1990, el movimiento ruteno comienza a estructurarse gracias al reconocimiento de esta nacionalidad por el Estado eslovaco. Desde 1995 se codifica una lengua en Eslovaquia, a partir del dialecto de la región de Zemplin. “Era la forma de ruteno menos influenciada por otras lenguas, explica Anna Ulishkova, del Instituto ruteno de Presov. Pero, para respetar las diferencias regionales, hemos adoptado la metodología utilizada para codificar el romanche (4), creando normas lingüísticas diferentes para Eslovaquia, Ucrania, Polonia y Serbia, aun trabajando, simultáneamente, en una quinta norma que pueda reunirnos a todos”. El Instituto ruteno de Presov es una universidad financiada por el Estado eslovaco, con el apoyo de la diáspora en Estados Unidos. “En Eslovaquia existen once escuelas de primaria y de secundaria, un liceo, y los diplomas del Instituto fueron acreditados en 2009” manifiesta entusiasmada Anna Ulishkova.

El futuro dirá si el (re)nacimiento de esta cultura es suficientemente importante para desarrollar un sentimiento identitario coherente y estructurado. Como otras en Europa, la nación rutena es una hipótesis que únicamente el tiempo llegará a confirmar.

(1) Paul Robert Magocsi: “Une nouvelle nationalité slave: les Rutènes de l’Eurpe du Centre-Est”, *Revue des études slaves*, Vol 69, fascículo III, París, 1997.

(2) Ernest Gellner, *Nations et nationalisme*, Payot, col. “Bibliothèque historique”, París, 1989

(3) Véase Jean-Arnault Dérens, “Los ‘pequeños pueblos’ olvidados de los Balcanes”, *Le Monde diplomatique en español*, julio de 2003.

(4) El romanche es la cuarta lengua oficial de Suiza (con el alemán, el francés y el italiano).

¿Hasta dónde se puede ampliar la UE al Este?

GUY-PIERRE CHOMETTE.

Enviado especial de *Le Monde diplomatique*. Periodista, redactor del proyecto "Bordes de Europa".

La Unión Europea fue creciendo hacia el Este. Pero su ampliación se frenó en Ucrania. En ocasiones, según conviniera a Bruselas, se planteaba la posibilidad de acercamiento a la Unión. Mientras que se refuerzan los controles fronterizos de Polonia, Bulgaria, Eslovenia... lo que dificulta la circulación de las poblaciones ucranianas vecinas. Guy-Pierre Chomette recorrió esas regiones de Ucrania para el número de marzo de 2003 de *Le Monde diplomatique*.

En el puesto fronterizo de Medyka, en el sudoeste de Polonia, trescientos metros separan a los inspectores de aduana polacos de sus colegas ucranianos. Para quienes pasan a pie, se construyó un pasillo enrejado a cielo abierto. Esta mañana, llueve a cántaros y hace frío, lo que bastaría para disuadir a los candidatos a pasar por ese corredor, dentro del cual deberán esperar para poder cumplir con los trámites previstos. Sin embargo, como todos los días, cientos de ucranianos se apretujan dentro del pasillo a la espera de su turno. Las páginas de sus pasaportes están cubiertas de sellos de entrada y de salida de territorio polaco. Sentados tras sus escritorios, los inspectores de aduana no paran de estampar sellos.

Alrededor de 5.000 viajeros pasan cada día por ese puesto fronterizo: el 80% son ucranianos. En su país se les llama *chelnoki*, literalmente, los que van y vienen. La disolución de la URSS, en 1991, permitió la apertura de la frontera entre Polonia y Ucrania, país que acababa de independizarse. Desde entonces, cientos de miles de ucranianos se especializaron en el pequeño comercio transfronterizo jugando con las ligeras diferencias de precios. Los productos favoritos son el vodka y los cigarrillos. Todas las estratagemas son buenas para pasar tres veces más de la cantidad autorizada y revender la mercancía del otro lado. Pero, más allá de ese pequeño comercio ilegal, por otra parte evidente, todas las regiones fronterizas polaco-ucranianas se aprovecharon de los intercambios de mercancías en los últimos doce años.

El puesto fronterizo de Medyka conecta, a la vez que separa, dos ciudades distantes de 70 kilómetros: Przemysl en Polonia, y Lviv en Ucrania. Víctor Halchinsky, un periodista de Lviv especializado en los temas transfronterizos, explica: “Después de todo, el fenómeno de los *chelnoki* se volvió algo marginal. Lo que dinamiza el comercio fronterizo es la multitud de empresas regionales que los primeros *chenolki* instalaron con sus ahorros. Productos alimenticios, materiales de construcción, muebles, ventanas, artículos de fontanería... Esas pequeñas estructuras aprovechan las imprecisiones de la legislación para comerciar sin pagar tasas, o pagando tasas muy pequeñas. Esa economía “gris” transfronteriza representaría el 80% del comercio.

El 20% restante, que corresponde a multinacionales o a los 269 *joint venture* polaco-ucranianos oficialmente reconocidos, no superó los 1.500 millones de euros en 2001. Es la economía “gris” la que más va a sufrir la obligatoriedad de visados”.

Desde que empezó a negociar su ingreso a la UE, Polonia sabe que, bajo la presión de Bruselas, deberá exigir visados a sus vecinos orientales, ucranianos y bielorrusos. El objetivo es hacer más hermética la frontera de la UE ampliada, frente a las redes de inmigración clandestina. Esa medida, prevista para el 1 de julio de 2003, frenará fuertemente los pequeños intercambios comerciales transfronterizos, que –se estima– son el sustento del 40% de la población que vive cerca de la línea demarcatoria. Víctor Halchinsky pronostica una bajada de dos tercios en ese comercio.

Andrej Zuromski, que vive en Przemysl, donde dirige una empresa de relaciones públicas, es terminante: “¡El endurecimiento de la frontera no es sólo un problema, es una tragedia! Pues más allá de las consecuencias económicas y sociales, están las consecuencias psicológicas, que son aun más graves: en el Este se va a generar un gran resentimiento contra el Oeste. En esta historia de ampliación de la UE se habla de integración, pero también habría que hablar de desintegración”. ¿Acaso Zuromski peca de pesimismo? La apertura de las fronteras internas del ex bloque del Este le devolvió a los pueblos de Europa central y oriental la posibilidad de circular libremente en su espacio geográfico. En Ucrania y en Bielorrusia a menudo se considera que esa libertad es uno de los escasos logros obtenidos en los últimos años, y perderlo provocará mucha amargura.

Polonia hizo todo lo posible por postergar la imposición de visados, pero no se puede decir lo mismo de otros candidatos a entrar en el UE. El 1 de enero de 2002, Eslovaquia imponía visados a sus vecinos ucranianos. Ese año, el número de ucranianos que viajó a Eslovaquia fue cuatro veces menor. El coste de un visado eslovaco era de 20 dólares, es decir, un tercio del salario medio en Ucrania... En la primavera de 2002 la medida fue adoptada por Bulgaria, lo que implicó una vejación aun mayor para los ucranianos, dado que la entrada de Sofía a la UE

está prevista para 2007 y no para 2004. Es decir, que Bulgaria no puede invocar tan fácilmente como Polonia, Eslovaquia y Hungría la presión de Bruselas para cerrar sus fronteras.

En Ucrania existe algo así como un sentimiento de traición por parte de esos países hasta hace poco “hermanos”. “Una enorme cantidad de ucranianos, entre los que me incluyo, iban cada verano a la costa búlgara del Mar Negro”, lamenta Víctor Halchinsky. “Pero hagamos las cuentas: el visado búlgaro cuesta 20 dólares, más 20 dólares de gastos administrativos y 40 dólares del viaje a Kiev para ir a buscarlo a la embajada de Bulgaria. Eso suma 80 dólares, nada más que para obtener el visado. ¿Y sabe usted cuánto me costó mi última estancia de una semana en un hotel barato de la costa búlgara incluido el viaje en autobús y las comidas? 80 dólares... Es decir, que el precio de mis vacaciones se duplicó, y que no volveré a Bulgaria por mucho tiempo. Y no soy el único”. De su lado, las agencias de viajes ucranianas calculan su lucro cesante y orientan ahora la demanda hacia las playas de Crimea o de Rusia...

Otra consecuencia es que las relaciones familiares serán más complicadas. En Polonia, las minorías ucranianas y bielorrusas producto de las fronteras establecidas en 1945, cuentan respectivamente con 300.000 y 200.000 personas. Prácticamente todas ellas tienen parientes en Ucrania y en Bielorrusia. Los contactos familiares que habían cesado durante los años de plomo se reanudaron rápidamente hace doce años. Si también se fija el precio del visado polaco en cerca de 20 dólares, una familia ucraniana con tres hijos deberá pagar 100 dólares para pasar las fiestas de Navidad en casa de sus primos en Polonia.

En muchos sentidos, la imposición de visados es percibida por todos como un paso atrás. Más aun teniendo en cuenta que ello contradice los esfuerzos realizados, fundamentalmente por Varsovia y Kiev, para restablecer las relaciones de buena vecindad que en el pasado habían deteriorado décadas de desconfianza y de odio. Stanislaw Stepien, que dirige el Instituto de Investigaciones del Sudeste polaco en Przemysl, especializado en la historia de las relaciones polaco-ucranianas, afirma que “en cuanto se abrió la frontera, afloraron los sentimientos de antaño.

Estaban reunidas todas las condiciones para cuestionar el trazado de la frontera, que había sido decidido arbitrariamente en Yalta, dejando disconformes tanto a los ucranianos como a los polacos. Pero hicimos un esfuerzo para superar nuestras diferencias. En 1990 firmamos un tratado de buena vecindad con Ucrania. La propia Unión Europea demostró ser un poderoso factor de estabilización por su fuerza de atracción. Pero hoy en día, poco antes de su ampliación, la gente tiene la sensación de que un muro se alza en la frontera. Eso es aun más cierto en la región Este de Polonia, donde son más numerosos los euroescépticos”.

De hecho, una encuesta reciente, cuyos resultados evidentemente merecen ser interpretados con prudencia, muestra que los polacos del Oeste son mucho más favorables a la entrada de su país en la UE que los del Este. En Pomerania, región fronteriza con Alemania, el 79% de las personas interrogadas apoya la adhesión a la UE, frente a un 38% en Podlasia, región fronteriza con Bielorrusia (1). Otra encuesta publicada poco después indica que la opinión de los polacos respecto de sus vecinos orientales sigue mejorando: en 1992 el 65% de los polacos declaraba no apreciar a los ucranianos y el 47% a los bielorrusos, mientras que actualmente esos porcentajes se redujeron al 48% y al 36% respectivamente (2). Poco antes de su entrada en la Unión Europea, Polonia parece tomar conciencia de su dimensión oriental y de lo que significará que sus fronteras se conviertan repentinamente en un dique de contención de sus vecinos del Este.

En Lviv –ciudad que desde 1340 hasta 1772 perteneció a Polonia, luego a Austria hasta 1919, nuevamente a Polonia hasta 1939, y que fue tomada por los soviéticos a partir de 1944– el peso de la historia es un factor determinante en la forma de analizar la ampliación de la UE hasta el margen del Bug, río fronterizo polaco-ucraniano. Andrij Pavlysyn, que dirige *Ji magazine*, una revista independiente especializada en las relaciones polaco-ucranianas, afirma: “Nuestro modelo es la reconciliación franco-alemana. Para concretar aquí un proceso de ese tipo debemos acercarnos a Polonia, y la imposición de visados dificulta esa tarea. No nos oponemos al ingreso de Polonia a la Unión Europea. Simplemente decimos: ¿y nosotros? ¿Qué pers-

pectivas nos reserva Bruselas? Hoy en día, en lo que respecta a sus mercados orientales, la UE no decide nada sin el aval de Rusia. A todo el mundo le conviene tomarnos por vasallos de Moscú: tanto a la UE, que ni piensa en abrirnos sus puertas algún día, como a Rusia, feliz de recuperar su influencia sobre un imperio que había perdido. El peligro de que Ucrania pase nuevamente al Este, como reacción a la integración europea del Oeste, es algo real. Un endurecimiento de la frontera podría reavivar la desconfianza entre el Este y el Oeste”.

Y hasta podría agravar las fuerzas centrífugas existentes dentro de Ucrania. Desde su independencia en 1991, el distanciamiento aumenta entre el Este del país, de lengua rusa e históricamente orientado hacia Moscú, y el Oeste, de lengua ucraniana y nacionalista, que mira hacia Polonia y la UE. En Lviv, bastión de esa Ucrania occidental con tendencias autonómicas, crece el descontento respecto del poder central de Kiev, cuyas decisiones políticas y económicas no hacen más que aislar cada vez más a Ucrania del resto de Europa (3).

De manera general, Ucrania y Bielorrusia dependerán cada vez más de las relaciones entre la UE y Rusia. El istmo que separa el mar Báltico del Mar Negro vuelve a ser lo que fue durante siglos: un espacio frontera, una zona tapón, antaño caracterizada por la rivalidad polaco-rusa y ahora marcada por el nuevo juego de equilibrio al que se entregan los dos gigantes del continente europeo, la UE y la Federación Rusa. Prueba de ello es la “Iniciativa nuevos vecinos” lanzada por el Consejo de la UE en noviembre de 2002, ante la perspectiva de ampliación de la comunidad. El Comité político y de seguridad del Consejo afirma que “esa ampliación es una importante ocasión para mejorar las relaciones con los nuevos vecinos de la Unión Europea, sobre la base de valores políticos y económicos en común” y que es necesario “reforzar la estabilidad y la prosperidad en las nuevas fronteras de la UE, y aun más allá”, estimulando “una mayor cooperación transfronteriza”. Pero no omite precisar que “esa iniciativa debe estar vinculada a una firme voluntad de la Unión Europea de profundizar la cooperación con la Federación Rusa, interlocutor esencial” (4).

Más allá de los textos oficiales, los principales responsables políticos

Europeos no ocultan sus deseos de aclarar rápidamente la situación geopolítica de una zona aún “gris” en el mapa de Europa. “No veo ninguna razón” para que Ucrania presente una candidatura de ingreso a la UE “tras la gran ampliación”, dijo Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, poco antes de la cumbre de Copenhague. Y agregó: “Debemos ponernos de acuerdo en nuestros criterios. El hecho de que los ucranianos o los armenios se sientan europeos no significa nada para mí, pues los neozelandeses también se sienten europeos” (5). En síntesis, no hay lugar para los “nuevos vecinos” en la futura estructura de la Unión Europea. Esa declaración fue apenas mitigada por Chirs Patten, comisario europeo de Asuntos Exteriores: “Hay que evitar que Ucrania y Moldavia piensen que serán abandonadas del lado malo de un nuevo muro” (6).

Mientras tanto, sobre el terreno, se trabaja para aumentar la seguridad de la frontera. “Financiado por la Unión Europea” puede leerse en unos autoadhesivos colocados sobre las computadoras del puesto de control polaco de Hrebenne, frente a la frontera con Ucrania. Desde 1997, Varsovia recibió 55 millones de euros de la UE para abrir nuevos centros de policía fronteriza. Bruselas prometió en la cumbre de Copenhague otros 280 millones más para completar la modernización de los 1.200 kilómetros de frontera que Polonia tiene con Ucrania, Bielorrusia y Rusia (enclave de Kaliningrado), con el objeto de ayudar a Varsovia a ajustar esas instalaciones a las normas de Schengen.

Pero ya se sabe que el 1 de mayo de 2004, día de su entrada en la UE, Polonia no estará en condiciones de adherirse al Tratado de Schengen. ¿Cuánto tiempo deberá esperar? Según la periodista Sofía Onufriv: “Aún no se sabe. Se habla de tres o cinco años... Esa incertidumbre es difícil de soportar, pues durante el periodo de transición los visados impuestos por Polonia no serán válidos en el espacio de libre circulación europea establecido en Schengen. Es decir, que para ir a Berlín haciendo una escala de unos días en Varsovia, voy a necesitar dos visados. Uno polaco y otro de Schengen. ¿Se imagina el coste?”. Para facilitar los trámites, Varsovia estudia visados flexibles, baratos y que permitirían varias entradas.

Por otra parte, la cuestión de la infraestructura necesaria para la entrega de visados sigue sin resolverse. “Los consulados polacos no están preparados para extender trece millones de visados anuales, si se tiene en cuenta la cantidad de pasajeros ucranianos y bielorrusos contabilizados en 2001” afirma Sofía Onufriv. Y añade: “Ante semejante presión, no será difícil corromper a algún funcionario para obtener el visado. Cosa que ya ocurre en ciertos consulados de países de la UE”.

En opinión de muchos observadores, la obligatoriedad de visado podría tener un efecto *boomerang* en materia de corrupción. León Tarasewicz vive desde niño en Walily, un pueblo polaco situado a 10 kilómetros de la frontera bielorrusa. Famoso pintor y personalidad notable de la minoría bielorrusa de Polonia, sigue atentamente la evolución de las relaciones transfronterizas entre ambos países. A su entender, “la pequeña corrupción va a desaparecer. Probablemente no se verán más los billetitos metidos en el pasaporte para evitar el control y la confiscación de las tres botellas de vodka escondidas bajo el abrigo. Pero, a frontera más dura, corrupción más dura. Las mafias no dudarán en pagar sumas importantes si es necesario. No hay que olvidar que, en comparación con los estándares occidentales, los guardias fronterizos y los aduaneros polacos no tienen buenos salarios. Pero eso no es lo más grave. Detrás de la frontera, Bielorrusia queda a la deriva...”.

En Bielorrusia el sentimiento de aislamiento es aun más grande, dado que el régimen autoritario del presidente Alexandre Lukashenko lleva a la UE a sancionarlo regularmente. Desde el 19 de noviembre de 2002, directamente tiene prohibido el acceso a la UE. Por eso, las condiciones de un acercamiento duradero entre Minsk y Moscú no están reunidas. Vladímir Putin no parece dispuesto a dinamizar la carcasa vacía de la unión ruso-bielorrusa iniciada por ambos países en la segunda mitad de la década de 1990. El presidente ruso más bien aprovecha el aislamiento de Lukashenko para imponerle sus puntos de vista sobre las relaciones bilaterales y marcar su ámbito de influencia (7).

En Grodno, no lejos de la frontera con Polonia, un director de escuela

que prefiere no dar su nombre resume un sentimiento que, estima, comparten muchos de sus compatriotas: “Dado que la Unión Europea no nos quiere, la Unión con Rusia no es una mala idea. Pero Moscú sólo la imagina como una pura y simple integración de Bielorrusia en la Federación Rusa, cosa que los bielorrusos no aceptan. Consecuentemente, el panorama es más bien sombrío: con la integración de Polonia y los países bálticos en la OTAN y en la Unión Europea, los bielorrusos tenemos la sensación de que un nuevo bloque se está formando en nuestra frontera Oeste. Y la única alternativa que nos quedaría es agachar la cabeza e integrar la Federación Rusa...”

En 1993, el entonces canciller bielorruso, Pyotr Kravchenka, declaraba con optimismo: “Durante diez o doce años, dos unidades van a convivir en Europa, acercándose una a otra gradualmente: la CEE ampliada, y lo que llamaría la comunidad económica de Europa oriental, formada por Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán. Para 2003 habremos completado nuestra transformación interna y estaremos en condiciones de unirnos a un mercado paneuropeo”.

Diez años después, cuando la Unión Europea se extiende, cuando su frontera oriental se cierra y la integración al Oeste produce desintegración al Este, semejante visión parece una utopía.

(1) *Rzeczpospolita*, Varsovia, 17 de enero de 2003. Promediando el resultado de todas las regiones, esa encuesta indica un 65 % de opiniones favorables al ingreso a la UE.

(2) Encuesta realizada por CBOS y publicada el 6 de enero de 2003 por *Gazeta Wyborcza*, Varsovia.

(3) Gilles Lepasant, “Représentations de l’Europe en Ukraine”, exposición hecha el 9 de enero de 2001 en el Centro de Estudios y de Investigaciones Internacionales (CERI), París.

(4) Iniciativa “Nuevos vecinos”, proyecto de conclusiones del Consejo, 12 de noviembre de 2002.

(5) *Le Figaro*, París, 11 de diciembre de 2002.

(6) *Le Monde*, París, 29 de noviembre de 2002.

(7) Alexandra Goujon, “La Biélorussie, blâmée à l’Ouest, convoitée à l’Est”, síntesis nº 72 de la Fundación Robert Schuman, enero de 2003.

Ucrania llama a la puerta de la UE, tras el no de la OTAN

MATHILDE GOANEC.

Enviada especial de *Le
Monde diplomatique.*

Periodista.

Queda lejano ese diciembre de 2004 en que los responsables de la Unión Europea se amontonaban en Maidán, ganados por la fiebre de la Revolución Naranja. Cuando Mathilde Goanec viajó como enviada especial de *Le Monde diplomatique* para este reportaje, publicado en julio de 2008, Bruselas ya había enfriado los llamados a la integración de Ucrania en la Unión. ¿Ocurrirá nuevamente esta traición bruselense?

Sábado por la mañana en el puesto fronterizo de Chegueni. Un largo corredor enrejado al aire libre, conduce hacia las aduanas polacas. El tiempo es gris y frío, el lugar está casi desierto. Sin embargo, allí hace un mes reinaba la efervescencia. Muchos habitantes estaban acostumbrados a realizar diferentes viajes entre Ucrania y Polonia, lugares estratégicos para un comercio muy lucrativo. Provistos de un simple visado polaco que se obtenía de forma gratuita y por un largo periodo en la ciudad vecina de Lviv (Leópolis), los ucranianos podían, con toda facilidad, vender en el otro lado cigarrillos y bebidas alcohólicas pasados clandestinamente.

La entrada de Polonia en el espacio Schengen, el 21 de diciembre de 2007, lo cambió todo. En la actualidad, para numerosos ucranianos, la frontera es infranqueable ya que carecen de un visado europeo. “Antes podías pasar tres veces en el mismo día –recuerda María, una *babushka* (abuela) sonriente del pueblo de Noviskalova, a siete kilómetros de... la Unión Europea (UE)– de esa manera obtenías buenas ganancias, algunos lograron incluso pagarse su vivienda. Ahora esto ha terminado”.

Hasta entonces, ese tráfico era el modo de vida de más de cien mil personas. El embajador de Polonia en Ucrania no ignora las consecuencias sociales que provoca la nueva situación. Jacek Kluczkowski admite que “el régimen de visado Schengen no nos autoriza a entregárselo a personas que no tengan dinero ni cuenta bancaria. Esta población tendrá que encontrar otras fuentes de ingreso”. Lo que no es tan evidente en una región rural que durante cincuenta años fue un confín abandonado de la Unión Soviética, donde la desocupación y la pobreza son todavía mayores que en el resto del país.

La nueva frontera Schengen no sólo perjudica la economía de la región, sino también atrofia los estrechos lazos culturales y familiares entre ambos países. Históricamente, hace siglos que Galitzia (en Ucrania Occidental) giró hacia Polonia, que la dominó del siglo XV al XVII. Luego de someterse a la autoridad austríaca, de 1921 a 1941 volvió al regazo de Varsovia, hasta que el país se reunió

en sus actuales límites establecidos tras la liberación. El filósofo Tarass Wozniak, jefe de redacción de la revista independiente *Ji*, detalla: “Antes de la Primera Guerra Mundial, en el Oeste vivían muchas familias mixtas que los soviéticos deportaron en masa. Desde esa época, la región conserva una fuerte identidad polaca”.

Para tranquilizar a la población, los Gobiernos polaco y ucraniano firmaron un acuerdo que instauraba una zona especial “sin visado” para los habitantes que vivían a cincuenta kilómetros de ambos lados de la frontera. Ahora Bruselas debe validar esta decisión bilateral. Pero a pesar de los arreglos locales, para Tarass Wozniak la comunicación entre los dos pueblos va irremediablemente a padecer de esta “Europa” que se interpone. “En tiempos normales cruzaban en ambos sentidos 6,5 millones de habitantes. En la actualidad se han roto las relaciones. Para mí esta frontera es un nuevo muro de Berlín”.

Ayer “euro-entusiasta”, el periodista se ha transformado, como muchos en Lviv, en “euro-escéptico”: “Ahora los europeos forman una clase superior, libre de circular a su antojo. Y nosotros somos gente de segunda clase, privados del acceso a nuestros vecinos”. En realidad, al cerrar su frontera desde 2005 la Unión no ha dejado de negociar con Ucrania un régimen “sin visado” para sus propios nacionales.

Aquí el impacto de esta nueva frontera Schengen reaviva indefectiblemente los recuerdos olvidados de la Guerra Fría. Una vez más Ucrania es relegada a su papel de eterno “buen vecino”. Un vecino incómodo que hay que mantener fuera de la Unión, sin perspectiva de un claro porvenir: ¿futuro Estado miembro o simple candidato a la adhesión? No obstante, desde mediados de la década de 1990 Ucrania independiente expresaba el deseo de unir su futuro al de la UE. A partir de la “Revolución Naranja” de finales de 2004 y la llegada al poder de dirigentes pro-occidentales, la integración europea constituye el objetivo número uno de la política exterior del país.

Para convencer a Bruselas, estos últimos meses Kiev intenta

acelerar en todos los niveles el ritmo de su “amarre” al bloque occidental. Tras alcanzar a duras penas, a comienzos de 2008, su adhesión a la Organización Mundial de Comercio (OMC), obtuvo garantías para la instalación de una zona de libre comercio con la Unión. Al mismo tiempo, impulsada por los estadounidenses, intenta forzar la puerta de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en contra del sentimiento de su opinión pública, en gran parte desfavorable.

Esta política euroatlantista irrita a varios Estados europeos. Tanto que, con ocasión de la reciente cumbre atlántica de Bucarest, a inicios de abril, hicieron que se postergara la solicitud de adhesión ucraniana para el próximo invierno. ¡Qué importa! Los ucranianos siguen luchando, teniendo en la mira a la presidencia francesa de la Unión para la segunda mitad del año 2008. ¿Acaso no es cierto que desde que asumió la presidencia Nicolas Sarkozy expresó en muchas ocasiones su interés por Ucrania y su voluntad de “otorgar un nuevo impulso a la cooperación Europa-Ucrania”, según las palabras del secretario de Estado francés en Asuntos Europeos Jean-Pierre Jouyet?

Por el momento Francia se cuida bien de abordar la cuestión conflictiva: una perspectiva real de clara adhesión de Ucrania a la Unión. Tanto París como Bruselas tiran fuera el balón, limitándose a “una consolidación de la cooperación”. Ucrania dispone de tres importantes ventajas que Europa no puede ignorar: es un país de tránsito para el gas ruso, una potencia económica con grandes posibilidades de crecimiento y un asociado comercial de primer orden. Además de una cuarta, esencial: la estabilidad del país condiciona la política securitaria de Europa en su frontera oriental.

Si la diplomacia europea se muestra reticente a las solicitudes ucranianas es porque suscitan profundas disensiones en su seno. Lo testimonia la disonancia que apareció en la cumbre UE-Ucrania de finales de febrero en Kiev. El viceprimer ministro ucraniano encargado de los Asuntos Europeos, Grigoriy Nemyria, se alegró públicamente de que “la puerta de Europa se haya por fin abierto”.

Fue calurosamente aplaudido por los representantes de los nuevos Estados miembros de Europa Central, en primer lugar Polonia, ferviente *lobbyista* de la integración de Ucrania a medio plazo. En cambio, los miembros fundadores de Europa Occidental, seguros de su peso en la familia, se encargaron de enfriar el entusiasmo reinante. El diputado alemán Rainer Steinhilber respondió en diferido a Nemyria: “Es cierto, la puerta está abierta, pero se encuentra en la séptima planta y, por el momento, Ucrania está en la planta baja”.

Está lejano ese diciembre de 2004 en que los responsables europeos se amontonaban en Maidán, la plaza central de Kiev, ganados por la fiebre de la “Revolución Naranja”. La ilusión de una Ucrania “en el corazón de Europa” se desvanece, así como tantas otras grandes “esperanzas naranja”. A pesar de los avances en el plano democrático y de las reformas liberales que dictó la Unión y que se cumplieron a marchas forzadas, el país se afana por convencer de su estabilidad. Nemyria estima que “las prácticas postsoviéticas todavía perduran en los ámbitos político y económico. En las elites domina la continuidad y una falta de dinamismo para conducir el cambio en el interior. Constituyen las razones de un cierto “mal ucraniano”. Nico Lange, director de la oficina ucraniana de la Fundación Konrad-Adenauer-Stiftung, también atribuye esta inercia a la pusilanimidad europea: “Es verdad que las reformas no han sido llevadas a cabo con eficacia, pero también la Unión tiene que dar al país una perspectiva europea para impulsarlo a realizar las reformas necesarias. Ese tipo de política funciona si detrás hay una real voluntad de integración como Estado miembro, de la que carece Ucrania”.

Tras haber formado parte de los imperios ruso, polaco y austríaco, luego de la Unión Soviética, ¿sería de nuevo Ucrania esclava de su propia geografía, condenada al eterno estatus de “Estado tapón”? Esta situación de “entredós”, de país enclavado entre Europa y Rusia aporta un lastre a las aspiraciones europeas de Kiev. La UE depende mucho de sus relaciones económicas y, en especial,

energéticas con Rusia. Según Gérard-François Dumont, profesor de geografía en la Universidad de la Sorbona París IV, un acercamiento demasiado claro de Bruselas con Kiev podría representar un real *casus belli* para Moscú, quien considera siempre que los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) forman parte de su zona de influencia.

Además, en los discursos de los diplomáticos europeos se percibe un cierto malestar con respecto a Moscú. Jouyet adelanta: “No prejuzgamos y no excluimos la integración de Ucrania, pero sobre todo tenemos en cuenta la estabilidad del continente europeo. Tenemos que afianzar la cooperación entre la Unión Europea y Ucrania y, al mismo tiempo, establecer una sólida asociación entre Rusia y Europa”. Un verdadero acto de equilibrista porque desde hace tres años Ucrania y Rusia están muy enemistados: recurrentes crisis por el gas, amenaza sobre la base militar rusa de Sebastopol a orillas del mar Negro, oposición de Moscú a la adhesión de Ucrania a la OTAN...

Sin descuidar su relación con Rusia, la UE no deja de implicarse en Ucrania a través de la Política Europea de Vecindad (PEV) lanzada en 2004 y que actualmente incluye todos los países fronterizos. Fundada sobre la lapidaria fórmula de Romano Prodi “todo menos las instituciones”, ese programa permite a Estados como Ucrania participar en el mercado interno y en algunas políticas de la Unión, a cambio de progreso en términos de “valores comunes”, democracia, estado de derecho y... liberalización económica.

Para Ian Boag, jefe de la delegación de la Comisión Europea en Ucrania, se trata pues de “evitar la creación de un nuevo telón de acero en Europa, a unos cientos de kilómetros del precedente”. Los ucranianos descubren allí el riesgo de ser relegados al estatus de eterno vecino. Grigoriy Nemyria insiste: “Para nosotros está claro, ya que figura en el espíritu y la letra del Tratado de Roma: cualquier país europeo puede postular su candidatura a la integración. Ucrania es claramente un país europeo y en el futuro queremos entrar en la UE”. Es cierto, el Viceprimer Ministro no

pretende “precipitar las cosas y ser miembro mañana o pasado mañana. Somos conscientes de que, en la actualidad, Ucrania no está preparada para esa integración, pero vemos igualmente que Europa tampoco está lista”.

Ucrania hace que la Unión reflexione sobre sus propias dudas en cuanto a sus objetivos, contornos e identidad. Muchos analistas consideran que integrar a Ucrania sería diluir un poco más un proyecto europeo ya impreciso y plantear de una forma implícita la cuestión de la futura integración de Rusia. Pero ya se hace sentir la fatiga de la ampliación: la Unión se esfuerza por digerir sus doce nuevos Estados miembros y se divide en cuanto a las candidaturas de Turquía, Macedonia y Croacia. Konstantin Sigov, filósofo ucraniano, reconoce: “Es verdad, nadie sabe dónde están los límites de la Unión. De Kiev a Lisboa, Europa está desconcertada. Pero algo es seguro: para los ucranianos, Europa ya está aquí”.

Ucrania esquiva la órbita europea

SÉBASTIEN GOBERT.
Periodista.

A finales de noviembre de 2013, unos días antes de la firma de un acuerdo de asociación con la Unión Europea, el presidente Víctor Yanukóvich rompió repentinamente las negociaciones, accediendo así a las exigencias apremiantes de Moscú. Atenazada entre dos potencias que la perciben, bien como un gran mercado, bien como un peón geopolítico, Ucrania, bajo la dirección de Gobiernos de diferente color, que comparten el autoritarismo y la corrupción, zigzaguea en un estrecho camino. De esta forma contábamos en el número de diciembre de 2013 la ruptura de Kiev con Bruselas, que desembocó en la batalla de Maidán.

“¡Ucrania es Europa!” “¡Queremos nuestra integración europea!”. En la noche del 21 de noviembre de 2013, los ánimos se caldean en Maidán Nezalezhnosti, la plaza de la Independencia de la capital ucraniana, Kiev. Más de un millar de manifestantes han decidido pasar en ella la noche en un movimiento aparentemente espontáneo que algunos se apresuran a calificar de “segundo Maidán”. Hace nueve años, el 22 de noviembre de 2004 fue aquí donde se montaron las primeras tiendas del movimiento de protesta cívica que se convertiría en la Revolución Naranja. Igual que entonces, el presidente Víctor Yanukóvich es la pesadilla de los manifestantes. Pero esta vez no se trata de elecciones amañadas. “El Gobierno ha decidido abandonar todos los preparativos con vistas a firmar el acuerdo con la Unión Europea que iba a tener lugar en Vilna en unos días”, explica Andriy, 21 años, estudiante de la Universidad Shevchenko de Kiev. “¡Y en su lugar, ha pedido a sus ministros intensificar la colaboración con los países de la Comunidad de Estados Independientes, herederos de la URSS!” exclama.

Ucrania negoció con la Unión Europea este acuerdo de asociación en el marco de la Asociación Oriental. Lanzada en 2009, esta iniciativa apunta a estimular el acercamiento de seis repúblicas postsoviéticas con la Unión Europea, especialmente a través de la firma de ambiciosos acuerdos de asociación, de repercusiones tanto políticas como institucionales y económicas. Entre estos seis países, Azerbaiyán, Armenia y Bielorrusia apenas han avanzado en las negociaciones. En cambio, Georgia y Moldavia, después de haber hecho de la integración europea una prioridad desde hace mucho tiempo, están en posición de firmar sus respectivos acuerdos.

Ucrania, que había traspasado esta primera etapa en 2012, se preparaba para firmar un documento definitivo durante la cumbre de Vilna, prevista para los días 28 y 29 de noviembre. Era, incluso, el peso pesado de la Asociación. Con cerca de cuarenta y seis millones de habitantes, esta antigua república soviética representa para los inversores y analistas de Bruselas un El dorado económico, agrícola y energético a las puertas de la Unión Europea. Numerosos estudios profetizaban que el establecimiento de una zona de libre comercio abriría

inéditas perspectivas de crecimiento a través de una modernización de las estructuras de producción y un saneamiento de los centros de negocios. Para Catherine Ashton, representante de la UE para Asuntos Exteriores, al renunciar a firmar el acuerdo “Ucrania ha perdido mucho”.

Sin embargo, las reestructuraciones demandadas tanto en la industria como en el sector servicios y la creciente competencia de los productos europeos exigirían importantes esfuerzos de adaptación –entiéndase: sacrificios– por parte de los ucranianos sin que la UE ofrezca una contrapartida financiera significativa. La justificación oficial del abandono de las negociaciones se debe, por otra parte, a la “securización” de la economía del país. “Estos acuerdos de asociación reflejan de alguna manera un espíritu colonial en el sentido de que se mide a estos países, muy diferentes unos de otros, con la misma vara”, admite, bajo el anonimato, un diplomático occidental destinado en Kiev. “La incorporación a la experiencia comunitaria y la apertura de los mercados que se les pide serían mucho más ventajosas para los inversores comunitarios que para los empresarios ucranianos”. La UE, por tanto, también ha perdido mucho.

En el plano diplomático, para Bruselas es un desastre. Sin Ucrania, pieza esencial de la geopolítica regional, la Asociación Oriental y las perspectivas de europeización y de estabilización de las relaciones de la UE con el Este europeo no parecen muy halagüeñas. “El óscar político debe ser para Vladímir Putin”, nos dice el ex presidente, Víctor Yúshenko. Considerando a Kiev como la cuna histórica y espiritual de Rusia, el presidente ruso, en efecto, ha desaprobado públicamente todo acercamiento con Bruselas. Y ha instado a Yanukóvich a unirse a la Unión Aduanera que la Federación de Rusia forma con Bielorrusia y el Kazajistán, embrión de una vasta Unión Euroasiática que nacerá de aquí a 2015. Proyectos que son incompatibles con el establecimiento de una zona de libre comercio entre Ucrania y la Unión Europea que habría acompañado la puesta en práctica del acuerdo de asociación. El Kremlin prometió a su vecino ventajas sustanciales en caso de alineamiento con Moscú. También multiplicó las advertencias sobre posibles tensiones en el suministro de gas y en temas financieros y

etnoculturales. Desde finales de julio, las autoridades rusas prohibieron también la comercialización en su territorio de chocolates ucranianos, antes de decretar, a mediados de agosto, un bloqueo comercial generalizado de todos los productos ucranianos. En aquella ocasión, un consejero del presidente Putin, Serguéi Glaziev, anunció que se impondrían estrictos controles de forma permanente si Ucrania tomaba la “decisión suicida” de firmar el acuerdo de asociación. “Todo el mundo sabe que el Kremlin considera a Ucrania como la llave de su proyecto de integración euroasiático”, deja caer Volodimir Olinyk, diputado del Partido de las Regiones, mayoritario en la Verkovna Rada, el Parlamento nacional. “Pero actuar de este modo no es una actitud civilizada con respecto a un socio”. Sin embargo, si bien compromete por mucho tiempo las perspectivas europeas de su país, Yanukóvich no ha accedido a unirse a la Unión Aduanera tan querida por Moscú. “El presidente y los oligarcas de su ‘clan de Donetsk’ [ciudad al este del país] son nacionalistas en el plano económico. No quieren ceder su soberanía ni a la Unión Europea ni a Rusia”, explica Taras Kuzio, investigador de la Escuela de Relaciones Internacionales Avanzadas de Washington. “Desean vivir en un país ‘preglobalizado’”, libre de las injerencias de Moscú o de Bruselas. “La Familia” –los allegados al muy autoritario Yanukóvich– consolida desde hace meses su férreo poder sobre Ucrania. Ya sea en términos económicos, políticos o judiciales, intenta evitar que una potencia pueda poner en cuestión su patrimonio. Las dilaciones sobre el asunto de Yulia Timoshenko, ex primera ministra encarcelada desde 2011 por abuso de poder y cuya liberación pide en vano la UE, ilustran una forma de “doblepensamiento” orwelliano, según Kuzio: un “paso a dos” permanente que permite al ejecutivo ucraniano zigzaguear entre Bruselas y Moscú pero también no afrontar problemas de fondo que gangrenan la sociedad. En Kiev, la frontera se difumina entre autonomía nacional y aislacionismo.

Cómo reescriben la historia la derecha ucraniana

JEAN-MARIE CHAUVIER.

Enviado especial de *Le*

Monde diplomatique.

Periodista, Bruselas.

En los países postcomunistas, la historia –principalmente la de la Segunda Guerra Mundial– constituye una baza clave en la batalla ideológica. De ahí que las fuerzas nacionalistas, que forman uno de los pilares de los nuevos regímenes, se esfuercen en justificar, en nombre de la hostilidad hacia la Unión Soviética, su colaboración con el ocupante nazi y el genocidio. Este es el caso de Ucrania. Jean-Marie Chauvir recorrió, para los lectores del número de agosto de 2007, los caminos de este peligroso ejercicio de desmemoria histórica que algunos quieren imponer en Ucrania.

Maidán, la Plaza de la Independencia en Kiev. ¿Cómo olvidarla? A finales de 2004, la “Revolución Naranja” había convocado allí a los canales de televisión del mundo entero. Esta vez ofrecía un nuevo espectáculo, pero de otro color: se vestía de rojo, con la hoz y el martillo estampados. Ese 9 de mayo de 2007, la “Victoria sobre el fascismo” cumplía 62 años (1). Y Ucrania lo recordaba. Sobre el boulevard Kreschatik cercano a la plaza avanzaban los veteranos del Ejército Rojo y de los Partisanos, cubiertos de medallas. En los altavoces resonaba el famoso himno a la rebelión de 1941: “De pie, inmenso pueblo, frente a las tinieblas del fascismo, se libra la guerra popular, la guerra sagrada”.

En este ritual muy soviético, la joven democracia ucraniana estaba sin embargo bien representada: la oposición naranja (actualmente minoritaria), su líder, jefe de Estado y del Partido Nuestra Ucrania, Víctor Yúshenko, la “musa” Yulia Timoshenko a la cabeza del Bloque que lleva su nombre, la bandera nacional amarilla y azul, el ejército regular... ¿Un desvío de este homenaje a la hazaña de la URSS? De ninguna manera: simplemente, la tradición arraigada. Sobre la tarta, una frutilla amarga esperaba al presidente: detrás del desfile oficial, surgía una manifestación popular repleta de banderas rojas comunistas, rosas socialistas, azules y blancas de la creciente fuerza del Partido de las Regiones de Víctor Yanukóvich, el Primer Ministro, ausente por razones médicas. Era la irrupción de la coalición mayoritaria de la Rada, el Parlamento presidido por el socialista Alexander Moroz, que el Jefe de Estado disolvió el 2 de abril de 2007.

Este último desapareció rápidamente junto con su comitiva. Los manifestantes subirán entonces las colinas hacia el Parque de la Gloria Eterna, sobrio y solemne, luego cubrirán de flores las tumbas de los héroes, y finalmente, más arriba aún, llegarán hasta el pomposo Memorial-Museo de la “Gran Guerra Patriótica” (2), donde los esperan (pequeños) festines, discursos y música. Recorriendo las calles y los parques, son miles que se dejan llevar por la fiesta, al ritmo de las melodías de antaño: *Caminos de polvo y bruma*, *Katiusha*, *Sombria noche*, *La jata* (3) *incendiada*, *El planeta arde y*

sigue girando y otras canciones y vales que evocan los tiempos de guerra, angustia y liberación.

El occidental lego malgastaría allí su cirílico. Poco sabe de lo que significó la ocupación nazi en el Este. ¿Quién le habló de las matanzas masivas de 1941-1943, los pueblos incendiados con sus habitantes, los más de tres millones de prisioneros soviéticos exterminados? ¿Qué sabe de la guerra de los partisanos, el papel del Ejército Rojo, cada vez más escamoteado en Occidente? Ajenos le son, necesariamente, ese lirismo eslavo, mezcla de emociones sinceras y grandilocuencia, ese gran mito del valor moral del dolor y de la unidad heredado de la URSS.

Esos días, la televisión rusa y ucraniana difundía películas, documentales y debates que recordaban las gloriosas batallas, la alegría de la Victoria, pero también los traumatismos transgeneracionales, los “desaparecidos” aún buscados, los adultos que crecieron en orfanatos o en casas de familiares también huérfanos. No faltaron los temas tabú del tiempo de la URSS: la suerte de los prisioneros supervivientes de Alemania y enviados como “sospechosos” al gulag, la colaboración armada, la deportación de pueblos “castigados” por la traición de unos pocos. El 17 de mayo de 2007 se celebró en Kiev una “velada-réquiem” oficial en memoria de los tártaros expulsados de Crimea en 1944 (4). Fue también en Ucrania donde se destruyó la “Yiddishland”: en Lvov, Babi Yar, Berdichev, Rawa-Russka, Kamenetz-Podolsk, Odesa y otros Djankoie donde se produjo el judeocidio por fusilamiento, primera etapa de la “solución final”.

Ese 9 de mayo de 2007, el presidente Yúshenko previó también una “frutilla amarga” para la tarta de la Victoria. Aprovechó la ocasión para impulsar, frente a los veteranos soviéticos, la rehabilitación de aquéllos que los combatieron: la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) y su Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), reconocidos oficialmente en 2002, así como la Iglesia greco-católica (uniate) afín a éstos, pese a algunas discretas protestas rusas, polacas y judías. Para el jefe de Estado, se trataba de acelerar la “reconciliación nacional” con el fin de superar las divisiones del pasado.

Entre los “héroes de la resistencia” que citó figuraba, no el jefe de los partisanos rojos, Sidor Kovpak, sino el comandante del UPA, Roman Shujevych, el centenario de cuyo nacimiento se celebró con gran pompa, el 17 de julio de 2007, en varias ciudades... olvidando que fue en 1941-1942 uno de los jefes del batallón Nachtigall de la Wehrmacht y miembro de la policía auxiliar nazi. Otra personalidad homenajeada: Symon Petliura, el líder nacionalista antibolchevique, que ordenó aplastar la insurrección obrera del Arsenal de Kiev, en febrero de 1918. Considerado pogromista, cayó en mayo de 1926 asesinado por un “terrorista judío” (5). La primera piedra de su futura estatua se colocó el 25 de mayo de 2007 en Poltava, su ciudad natal...

En Galitzia, cuna y bastión del nacionalismo ucraniano, se golpeó más fuerte, rindiendo homenaje a la división Galitzia (Halichina) que, como se sabe, perteneció a las SS de Heinrich Himmler, pero a la que llaman más amablemente “Primera División del Ejército Nacional Ucraniano”, según su última denominación de 1944. Sus veteranos reciben, en esta región, las mismas jubilaciones que los del Ejército Rojo y el UPA. Un desfile de las SS y sus simpatizantes, previsto en Kiev para el 28 de abril de 2007, fue prohibido por el Gobierno. Kiev, es cierto, no es Riga...

Al nuevo régimen no le molesta reescribir la historia. Actualmente se presenta a la OUN-UPA del legendario Stepán Bandera como una “resistencia en tres frentes”: contra los nazis, los soviéticos y los polacos. Este defensor del movimiento admitía haberse aliado inicialmente con el III Reich: esperaba de éste un Estado independiente. Y citaba los ejemplos de Croacia, Eslovaquia y la Francia de Vichy. Hubiera sido mejor ser un protectorado alemán que un territorio ocupado. “En la Francia contemporánea, se revisó la opinión sobre el mariscal Pétain, antes considerado unánimemente un traidor del pueblo francés. Se comprendió que intentaba salvaguardar aunque sólo fuese una gota de independencia para la población que no podía combatir: las mujeres, los niños, los ancianos” (6).

Sin embargo, no es fácil tratar el tema de la “reconciliación nacional” con los enemigos de ayer. El último comandante con vida

del UPA, Vassili Kouk, tiene no obstante un discurso conciliador. ¿El 9 de mayo? Lo hace suyo. “Es el día de la Victoria sobre el fascismo. El hitlerismo era un horror. Toda Europa luchó contra él, y no sólo el Ejército Rojo”. Agrega, sin embargo, esta frase que causa perplejidad: “Los veteranos del UPA mantienen excelentes relaciones con los del Ejército Rojo, quienes apoyan la idea de la independencia de Ucrania”. Y lanza estas palabras aún más sorprendentes: “El UPA nunca luchó contra el pueblo de Ucrania o el Ejército Rojo (...). Sus comandantes y los nuestros simulaban no verse. Luchamos contra las tropas del NKVD (7) (...) y los invasores fascistas”. Dejemos que los historiadores se ocupen de desenredar el ovillo. Partisano antisoviético hasta 1954, prisionero hasta 1960, el comandante Kouk trabajó posteriormente, vigilado por el KGB, en el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Ucrania, del que fue despedido en 1972. Jubilado, respetado, escribe sus memorias...

Si Yúshenko pretende equiparar la condena del nazismo con la del comunismo, tiene trabajo para rato. En 2006, una ley votada por la Rada calificó de “genocidio del pueblo ucraniano” (Holodomor) la hambruna de 1932-1933, a pesar de que la mayoría de los diputados del Este opinaba lo contrario. La controversia entre historiadores continúa, pero los diputados ya habían decidido (8). Los contestatarios pasan por “negacionistas”. A finales de abril de 2007, el jefe de Estado denunció nuevamente el “régimen comunista totalitario” al conmemorarse la operación Vístula, en la que Polonia expulsó a unos 150.000 ucranianos, en 1947. Pero, en Varsovia, se acusa al UPA del exterminio de polacos en 1943.

Decenas de miles de víctimas de ejecuciones soviéticas fueron enterradas en el bosque de Bykivnya, cerca de Kiev. El 20 de mayo de 2007 se realizó allí un homenaje a las “víctimas del terror comunista” de 1937-1938, por iniciativa de la asociación Memorial de Kiev, que fundó el Instituto de la Memoria Nacional y el Museo de la Ocupación Soviética. Muy controvertido y considerado “injuriante y provocador” por Moscú, este último goza, desde junio de 2007, de la protección de las Juventudes del partido presidencial. En

2006, Yúshenko había declarado: “Debería recordarse la tragedia de Bykivnya como se recuerda Auschwitz, Buchenwald y Dachau”. De ahí a equiparar la represión estalinista con el judeicidio... Si bien Occidente, molesto, apenas reaccionó en contra de esta amalgama, Israel protestó contra dos dimensiones de este desvío: el paralelismo entre el Holodomor y la Shoah, pero también el activismo antisemita que rodea a esta campaña; algunos señalan que el principal responsable de la colectivización y por ende de la hambruna en Ucrania, Lazar Kaganovich, era judío...

Volvamos a Maidán, donde puestos de “literatura y simbología ucranianas” ofrecen (desde 1986, aseguran los vendedores) productos elocuentes: *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, obras del teórico nazi Alfred Rosenberg y el historiador Matvei Chapoval sobre *Los judíos en Ucrania*, panfletos que denuncian la “dictadura judía”, ayer en la URSS y hoy aquí. Algunas publicaciones llevan incluso la cruz gamada. Estas expresiones de nazismo en estado puro lindan –¿fortuitamente?– con la propaganda de la OUN-UPA. El antisemitismo de choque tiene además su estado mayor en Kiev: en la Academia Interregional de Dirección de Personal (MAUP) dirigida por Georgii Shchekin, una red de universidades y escuelas privadas que agrupa a 57.000 estudiantes en treinta y dos regiones. Editora de panfletos judeófobos, la MAUP posee una autorización oficial para impartir su “enseñanza”.

Expandiéndose de Estonia a Polonia y Hungría, la campaña contra los monumentos a los soldados soviéticos liberadores del nazismo llegó, a comienzos de mayo de 2007, a Ucrania occidental. La señal se dio en Lviv (9). Varias organizaciones exigen allí que se desmantele el monumento a los cientos de soldados, en su mayoría ucranianos, caídos en la liberación de la capital de Galitzia: Svoboda (Libertad, ex Partido Nacional Socialista), cuyo jefe Oleg Tiagnibog es célebre por sus llamamientos a la lucha armada “contra los *moskali* (moscovitas) y los *youpins*”; el nuevo Partido Nacional Laborista ucraniano, cuyo emblema, la letra N (nación) atravesada por un martillo, recuerda la esvástica; el Congreso de Nacionalistas

Ucranianos (KUN), que denuncia los disturbios de finales de abril de 2007, en Tallin, contra el traslado del monumento al Ejército Rojo, como un “pogromo bárbaro de los rusos étnicos”. En la noche del 12 al 13 de mayo, fueron dañados en Lviv un monumento y tumbas de soldados. En esa misma primavera de 2007, fueron profanados varios cementerios judíos y una sinagoga (10).

Y los “revisionistas” se salieron con la suya: varios consejos municipales, como el de Lviv, anunciaron el desmantelamiento de los monumentos soviéticos: “Toda Ucrania debe limpiarse”, exigen los más radicales. Cabe señalar que el KUN, por ejemplo, se lamentó de que en la elección presidencial francesa, los electores sólo pudieran elegir entre “el sionista Sarkozy y la socialista Royal”, a falta de un “representante de la nación de buena cepa” (11). Valeri Bobrovich, responsable de la UNA-UNSO (12), la organización radical (y militarizada) más conocida, señala su preocupación por ver los tanques rusos apoderarse en dos días de toda la región al este del Dniéper y, peor aún, por el riesgo de una guerra civil en Ucrania. Su organización afirma estar preparada: combatió, armas en mano, en Georgia, Chechenia y Transnistria (13).

Minoritarios, divididos, los movimientos radicales no están, sin embargo, aislados. Sus ideas irrigan ampliamente las derechas nacional-demócrata, liberal y ecologista, que apoyan la rehabilitación de la OUN-UPA. El nacional-socialista Oleg Tiagnibog formó parte del Estado Mayor de la “Revolución Naranja”. El militante de la UNA-UNSO Andryi Skhil es diputado del bloque de Yulia Timoshenko, y autor de llamamientos antisemitas durante las legislativas de 2006 (14). Desde luego, los valores de orden y tradición tan preciados por la extrema derecha parecen estar lejos del liberalismo occidentalista, pero se ha visto en otras partes que las convergencias eran posibles.

Siempre en Maidán, el Partido Comunista (PC) de Ucrania de Piotr Symonenko es una formación parlamentaria moderada, si no reformada. Día tras día, el PC, el Partido Socialista, el Partido de las Regiones realizan mítines “por los derechos constitucionales”, a su entender violados por el Presidente. El entusiasmo de los orado-

res contrasta con la pasividad de los asistentes. En esta primavera donde el termómetro trepaba a los treinta grados, mojaban sus pies en el agua de las fuentes. Más allá del asfalto, la playa: la postal estereotipada roja chapotea y se baña alegremente.

Alejada de esta “agitación”, a la sombra de los castaños del bulevar Kreschiatik, una multitud estival se pasea y conversa, dirigiéndose lentamente a su trabajo. En las conversaciones, la crisis política suscita más hastío que interés. Cabe señalar que estalló en medio del crecimiento económico: “Las élites de ambos bandos se pelean por el reparto de las industrias y los mercados”, dice el hombre común. Sin olvidar las presiones estadounidenses con vistas a acercar a Ucrania a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) (15): en la campaña electoral de 2007, fue el ministro de Defensa Anatoliy Hrytsenko, candidato de Nuestra Ucrania, el que enarboló la bandera del atlantismo. La base naval rusa de Sebastopol estaría amenazada, en esta Crimea desde la cual Estados Unidos pretende afianzar su control del Mar Negro, importante para todo el Gran Oriente Próximo. Estonia y Canadá estarían incluso dispuestos a financiar la ucranización lingüística de Crimea...

Ya se sabe (16): los enfrentamientos políticos, aquí, coinciden con la diversidad regional y cultural. Todos sueñan con la liberalización y con Europa. Pero para unos, rusófonos y “mestizos”, el patriotismo ucraniano no se contradice con la pertenencia al mundo ruso, en el sentido económico y cultural. Otros preconizan una identidad etnicista y fuertes lazos con Polonia y Estados Unidos. Y en vez de la memoria antifascista, demasiado asociada con Rusia, prefieren los lazos entablados con la OUN después de 1945, por las necesidades de la Guerra Fría, especialmente en el seno de la World Anti-Communist League (WACL) (17) y del Anti-Bolshevik Bloc of Nations creado en 1943 en la Ucrania ocupada. Organizaciones que “reciclaron” a muchos ex nazis.

En la transmisión del mensaje étnico-nacional, la diáspora ucraniana al otro lado del Atlántico desempeñó un papel motor. De Galitzia, huyendo a veces de los “rojos” en 1943-1944, estos emigrantes

llegaron a Canadá, Estados Unidos y Australia. Miembros de la OUN, sus hijos tomaron el relevo hasta la caída de la URSS, ocasión de volver a predicar la buena nueva en el país natal. Estos ucranianos del extranjero se sumaron a la causa del “mundo libre”, pero sin renegar de la tradición del “nacionalismo integral”. Influyentes ayer en el seno del complejo “Free Europe-Liberty” (18), hoy en los medios de comunicación y los sitios de internet, los herederos, apoyados por fundaciones estadounidenses y canadienses, asumieron la esfera ideológica abandonada por los viejos cuadros soviéticos, reconvertidos al mundo de los negocios.

La historia, según la CIA, se resume en una frase, lapidaria: “En la Segunda Guerra Mundial, los ejércitos alemán y soviético causaron entre siete y ocho millones de muertos” (19). Ya nada distingue pues la agresión y el genocidio nazis de la resistencia que le opusieron los soviéticos (la mayoría de ellos ucranianos)... de la mano de Estados Unidos, Gran Bretaña, la Francia gaullista, las resistencias populares de Europa.

Una periodista ucraniana demócrata deplora esta nueva tendencia a calificar de “ocupantes” a quienes liberan al país y sólo atribuir los méritos de la Victoria a los estadounidenses y a los ingleses. “La memoria será reemplazada por nuevos clichés sobre el enfrentamiento de los dos sistemas totalitarios –teme Irina Chubatenko–. Pero los crímenes de un régimen (no justifican) el otro. Más aún cuando para extender su *Lebensraum* (espacio vital), éste mató, mató y mató. Mi abuelo luchó en la guerra. Fue prisionero en los campos alemanes y soviéticos. Conoce el precio de ambos regímenes. Pero, para él, la pregunta no era saber quién era el enemigo” (20).

(1) Debido a la diferencia horaria, la capitulación de la Alemania nazi, el 8 de mayo de 1945, se produjo en la URSS el 9 de mayo.

(2) Denominación que recibió la guerra de la URSS contra los nazis en 1941-1945.

(3) La *jata* es la casa tradicional ucraniana.

(4) Los tártaros, al igual que otras minorías, fueron deportados a Asia Central. Rehabilitados en 1956, regresaron en los años 1980-1990. Casi todos los judíos de

Crimea fueron exterminados por los nazis y sus auxiliares locales.

(5) <http://www.France-Ukraine.com>, 24 de mayo de 2007. Symon Petliura es acusado de los pogromos cometidos por su ejército. Sus defensores afirman que no tuvo responsabilidad personal.

(6) Rouslan Tchastii, *Stepán Bandera*, Folio, Jarkiv, 2006.

(7) Comisariado Popular (ministerio) para Asuntos Internos, más tarde MVD.

(8) 233 votos a favor, 1 en contra. Cuestionando el proyecto de ley y prefiriendo el término “tragedia”, el Partido de las Regiones y los comunistas no participaron de la votación.

(9) La denominación Lviv es reciente. Esta ciudad se llamó Lwov durante los primeros siglos polacos, luego Lemberg durante más de cien años en la era austríaca, nuevamente Lwov de 1921 a 1939 en la República Polaca restaurada, finalmente Lvov en la época soviética.

(10) Tumbas en Chernovtsi, monumentos al genocidio en Khmelnski e Ivano-Frankovsk (Oeste), una sinagoga en Dnepropetrovsk (Este).

(11) Natsiia i Derjava (KUN), Kiev, 8 de mayo de 2007.

(12) UNA: Asamblea Nacional Ucraniana. UNSO: Autodefensa Nacional Ucraniana (organización militar).

(13) A mediados de mayo, se celebró un “Congreso antiimperialista” con delegados nacionalistas de los países bálticos, de Cáucaso del Norte y especialmente de Chechenia.

(14) Miembro del Comité Helsinki bajo el gobierno de Brezhnev, “prisionero de conciencia” de Amnistía Internacional, dirigió el Partido Republicano (extrema derecha).

(15) Según las encuestas, el 70% de los ucranianos rechaza la adhesión a la OTAN.

(16) “Llamas naranjas sobre el río azul del gas”, *Le Monde diplomatique en español*, enero de 2005. Ver página 12 de este *Cuaderno de Geopolítica de Le Monde diplomatique*.

(17) <http://rightweb.irc-online.org>

(18) Las radios creadas por la CIA, que transmiten en los idiomas de los países del Este, aún en funcionamiento en la ex URSS, continúan siendo financiadas por el Congreso de Estados Unidos.

(19) <http://www.cia.gov/cia/publications/factbook>

(20) *Gazeta po-kievskii*, 10 de mayo de 2007.

La ONU, la Alemania nazi y el genocidio

JEAN-MARIE CHAUVIER.

Enviado especial de *Le
Monde diplomatique.*

Periodista, Bruselas.

Ahora se sabe más de la guerra de exterminio librada contra la URSS por la Alemania nazi y sus aliados en Europa del Este: los nuevos archivos, la relectura de los viejos, las investigaciones en el terreno abundan. Entre los “tabúes” sacados a la luz figura el papel desempeñado por los nacionalistas locales, especialmente bálticos y ucranianos, a los que durante mucho tiempo ocultaron tanto los soviéticos avergonzados de esta “colaboración” como aquellos que hoy los reivindicán. En agosto de 2007 Jean-Marie Chauvier recordaba a nuestros lectores los sucesos históricos durante la ocupación nazi.

Después de la Primera Guerra Mundial, Ucrania se repartió entre la URSS (Centro y Este), Polonia (Galitzia y Volhynia), Rumanía (Bucovina) y Checoslovaquia (Rutenia o Ucrania subcarpática). Fue en Galitzia oriental, bajo el régimen polaco y contra éste, donde se crearon sucesivamente la Organización Militar Ucraniana (UVO) en 1920, y la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) en 1929. Su fundador, Evhen Konovaletz, compañero de Symon Petliura, tomó contacto con Adolf Hitler en 1922. Y su ideólogo, Dmitri Dontsov, profesó un “nacionalismo integral”, conservador y elitista, oponiendo el carácter “europeo” de Ucrania al “asiático” de Rusia.

El estratega nazi Alfred Rosenberg –y junto con él, a partir de 1933, la Abwehr, los servicios de inteligencia militares– apoyaron la OUN. Este alemán del Báltico prometió la “autonomía” a los nacionalistas bálticos, ucranianos, georgianos, musulmanes del Cáucaso, etc., con el fin de dismantelar la Unión Soviética y aislar a Rusia. Pero la alianza entre Berlín y la OUN será tumultuosa. Konovaletz fue asesinado en 1938 en Rotterdam por un agente soviético. Andriy Melnik le sucedió a la cabeza de la OUN, con el apoyo de Andriy Sheptytsky, arzobispo de la Iglesia greco-católica (uniate), “líder espiritual” de Galitzia, que en 1939 pasó a estar bajo el régimen soviético.

En 1940, el radical Stepán Bandera expresó su disidencia: su OUN-b formó dos batallones de la Wehrmacht, “Nachtigall” y “Roland”, para participar de la agresión de Alemania y sus aliados contra la URSS, el 22 de junio de 1941. Inmediatamente se desató una ola de pogromos.

Según Berlín, los “judeo-bolcheviques” (comunistas, comisarios del Ejército Rojo, judíos) habrían sido primero asesinados “espontáneamente” por los nacionalistas y las poblaciones locales. En Lwow [actual Lviv o Leópolis], el 25 de julio, la cacería humana fue bautizada “Días Petliura”. Se trataría de una “venganza” contra las ejecuciones de prisioneros por parte del NKVD soviético, al que los judíos serían cercanos. En realidad, estas “acciones” eran

dirigidas por las Einsatzgruppen, unidades móviles de matanza surgidas de las SS, que completaban la tarea, asistidas más tarde por la Wehrmacht.

En julio-agosto, estos asesinatos dirigidos fueron reemplazados, por orden de Berlín, por la eliminación masiva e indiferenciada de judíos. Las tropas rumanas del dictador Ion Antonescu se encargaron de la masacre en el Sur (Odesa, entre otras ciudades), y las del dictador húngaro Miklos Horthy se ocuparon de los judíos de Ucrania subcarpática llevados a Kamenetz-Podolsk para ser allí exterminados. A comienzos de 1942, seis meses después de la entrada de la Wehrmacht en la URSS, 900.000 judíos ya habían sido exterminados allí (1). El 30 de junio de 1941, la OUN-b proclamó un Estado ucraniano, cuyo primer gobierno fue dirigido por Jaroslav Stetsko (2). “¡Gloria al ejército alemán y al Führer Adolf Hitler!”, decía una de sus proclamas (3). Berlín rechazó este nuevo Estado; Bandera y Stetsko fueron apresados. La política del ocupante se oponía a los sueños independentistas de los ucranianos, considerados por los nazis como *unttermenschen* (sub-hombres), al igual que todos los eslavos.

Según el General Ostplan (plan general para el Este) de los dirigentes nazis, treinta millones de soviéticos debían morir, otros treinta (o más) ser deportados al Este para ser reemplazados por colonos de “razas nórdicas” y permitir la “modernización” de este nuevo *Lebensraum* (espacio vital) de Alemania. El plan fracasará: el Ejército Rojo detuvo la ofensiva alemana ante Moscú, el 7 de diciembre de 1941. Se producirán deportaciones masivas, pero hacia los campos de trabajo o exterminio situados al Oeste. Puesto a punto en los meses precedentes, el exterminio masivo por gas de judíos comenzó en Auschwitz en mayo de 1942.

La OUN-m de Melnik colaboró con la Administración y la policía del ocupante y apoyó la creación, en 1943, de las SS División Galitzia (Halichina), que enarbolaba la bandera amarilla y azul con una cruz gamada y, más tarde, con el tridente y el león galitziano. Pero Melnik, instalado en Berlín, continuó con las actividades

independentistas. Fue apresado brevemente en febrero de 1944.

En cuanto a la OUN-b, se rebeló, primero en Volhynia. Roman Shujevych, ex jefe del batallón Nachtigall y del Schutzmannschaftbataillon 201 (Polizei), asumió el mando, a finales de 1942, del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA). Éste luchará en varios frentes, principalmente contra los soviéticos hasta comienzos de los años cincuenta (después de 1945, en forma esporádica, con el apoyo de los servicios de inteligencia occidentales) (4), contra los polacos hasta 1947 y contra los alemanes. A finales de 1943, Shujevych dio la orden de exterminar a polacos, judíos y gitanos, pero, en febrero de 1944, instó a sus tropas a no participar más en los asesinatos de judíos. El UPA luchó por “la Ucrania para los ucranianos” y “la tierra para los campesinos”. ¿Resistencia patriótica, revuelta campesina, fascistas descarriados? Su historia aún no ha sido escrita.

En septiembre de 1944, Bandera y Stetsko fueron liberados con el fin de que se sumaran –lo que finalmente se negaron a hacer– a un Comité Nacional Ucraniano (marzo de 1945), controlado por los nazis y presidido por el general Pavlo Shandruk, ex jefe de brigada SS. Bajo su dirección, la SS Galitzia, rebautizada el 27 de junio de 1944 Primera División del Ejército Nacional Ucraniano, y los *hiwis*, auxiliares de la Wehrmacht, crearon en Eslovaquia el Ejército Nacional Ucraniano (UNA). La guerra estaba perdida. Tomando contacto con los británicos a comienzos de mayo de 1945, los SS ucranianos viajarán a Gran Bretaña y Estados Unidos.

Durante ese tiempo, el Ejército Rojo libró en los frentes ucranianos, en 1943-1944, combates decisivos para la derrota de Alemania. Millones de soldados soviéticos ucranianos y, en Ucrania, al menos 200.000 partisanos participaron de esta guerra de liberación, que, con la ayuda de los aliados occidentales, pondrá fin a la aventura nazi. Y al genocidio.

(1) En total, entre 1,5 y 2 millones de judíos soviéticos serán exterminados, así

como 3,3 millones de prisioneros del Ejército Rojo, un millón de partisanos y aldeanos “cómplices”, 600.000 muertos de hambre en el sitio de Leningrado, sin contar los civiles muertos deportados a los campos de concentración nazis, ni los soldados caídos en el frente. La guerra causará 8 millones de muertos en Ucrania, cuya población en 1941 era de 42 millones de habitantes.

(2) Su esposa Slava Stetsko, presidenta del Bloque de Naciones Antibolcheviques en 1986, y del Congreso de Nacionalistas Ucranianos (KUN) en 1992, terminó sus días como... diputada del bloque Nuestra Ucrania.

(3) <http://www.galiciadivision.com/lib/sirski/d2.html>

(4) Después de la guerra, en varias regiones de Ucrania occidental, el UPA continuó con operaciones de guerrilla, atentados y sabotajes dirigidos a las granjas colectivas (koljoz) y otras instituciones y representantes del poder soviético. El NKVD logrará imponerse alrededor de 1950. Luego seguirá habiendo algunas escaramuzas, pero la mayoría de los combatientes del UPA se rindieron, fueron asesinados o deportados.

En las fosas de Babi Yar

Un parque de diversiones abandonado, un espeso bosque, un barranco conocido como “de la buena mujer”. En el camino, se distinguen una *menorah*, una cruz de madera, algunas cruces de hierro. Al preguntarles dónde está ubicado el memorial soviético, los transeúntes lo ignoran.

En 1976, sin embargo, se construyó un monumento –treinta y cinco años después– a los 33.771 judíos de Kiev, desnudos y en fila delante de las fosas que habían cavado, ametrallados por las Einsatzgruppen, los grupos de asesinos móviles de la Wehrmacht, al igual que las otras 60.000 víctimas que cayeron aquí. En 1961, el poeta Yevgueni Yevtushenko denunciará el antisemitismo en su poema Babi Yar, sobre el cual Dimitri Shostakovich compondrá en 1962 su *Sinfonía N° 13*...

El guía turístico explica que “el 29 y 30 de septiembre de 1941 fueron exterminados allí 33.000 judíos de Kiev y sus alrededores, y otros 3.000 en octubre”. Pero agrega: “Fusilaron a gitanos, prisioneros de guerra soviéticos, clandestinos bolcheviques y partisanos, gente tomada como rehén por las acciones de los clandestinos, patriotas ucranianos de la OUN”.

Leyó bien: la gente de la OUN son “patriotas ucranianos”, los partisanos soviéticos “clandestinos bolcheviques” (¿un nuevo concepto?) responsables de la muerte de pobres rehenes. Dedicado al genocidio de 1,5 millón de judíos de Ucrania, *Deletrea tu nombre* (1), el documental estadounidense-ucraniano de Serguéi Bukovski, coproducido por Steven Spielberg y Víctor Pinchuk, señala que además de las principales víctimas, judías, de las masacres de Babi Yar, hubo otras, como “miembros de la OUN” y “comunistas”, en este orden. ¿Acaso la “reconciliación entre judíos y ucranianos” pasaría por un intercambio entre, por un lado, el reconocimiento de la *Shoah* y, por el otro, la rehabilitación de la OUN y el olvido del lugar de los comunistas como blancos del (y resistentes al) ocupante? Mientras que algunos se perdían en estas dudosas sutilezas, la MAUP, una red de universidades y escuelas privadas distribuía en las inmediaciones de Babi Yar, ese 9 de mayo aniversario de la Victoria, panfletos que aseguraban que la masacre era un “invento de los judíos”...

(1) *Nazvi svoie im'ia*, difundido el 8 de mayo de 2007 en el canal ucraniano STB.

Historias de Ucrania

ANDREÏ KOURKOV.

Escritor ucraniano. Autor
de *Laitier de nuit*, traducido
del ruso al francés por Paul
Lequesne, Seuil, colección
“Points”, París, 2011.

Andrei Kourkov es el más célebre escritor ucraniano contemporáneo, pero escribe en ruso. Sus novelas están pobladas de pingüinos neurasténicos y por visiones desvariadas, pero tratan siempre de desafíos políticos. Se le considera un heredero de Gogol: cuando la realidad es francamente difícil de entender, es lo fantástico lo que nos muestra la verdad. Publicamos este texto inédito en castellano de Kourkov que escribió en junio de 2011.

He tenido suerte. Crecí en la Ucrania soviética, viví la desintegración de la URSS y hace ahora diecinueve años que observo los acontecimientos en el país, cuando no participo directamente de ellos.

En diecinueve años de vida en común, he logrado captar la lógica de Ucrania: un péndulo de Foucault, que oscila entre el Este y el Oeste.

A comienzos de los años 1990, mi mujer y yo compramos un estudio en el centro histórico de Kiev, y nuestra primera preocupación fue instalar una puerta blindada a prueba de balas. En esos tiempos, la ciudad, como el resto del país, estaba controlada por grupúsculos criminales, y los únicos, sin duda, que no les pagaban tributo eran los policías. Al contrario, eran los gánsters quienes le daban dinero a la policía: para que les informara de sus proyectos, y para que estuviera dispuesta a liberar a los malhechores detenidos accidentalmente con una Kalashnikov en sus manos. Este periodo duró seis o siete años, hasta que los policías más astutos comprendieron que podían asegurar por sí mismos la protección de los hombres de negocios de pequeña y mediana importancia, y cobrar por sus servicios.

En la misma época, los servicios especiales, provenientes de la antigua KGB, estaban cansados de las guerras mafiosas y de la corrupción de la milicia. En dos años, toda la mafia ucraniana desapareció no se sabe dónde, mientras en los cementerios del país “florecían” miles de monumentos funerarios sobre los cuales los difuntos posaban vestidos con ropa deportiva Adidas, llaves de Mercedes en mano... Era posible pasearse nuevamente por las calles, incluso de noche. Los vendedores de puertas blindadas empezaron a sufrir pérdidas. Los gánsters más tenaces supieron mantenerse con vida, y se reconvirtieron al comercio y la política. Muchos se dedicaron al contrabando, lo que les permitió inundar el país de artículos importados, de colores atractivos y precios asequibles: abrigos de piel griegos y chaquetas de cuero turcas, licores israelíes y alcohol belga “Nicolas II”. Nadie pagaba impues-

tos, pero el salario mensual de un obrero no superaba los cuarenta o cincuenta dólares, y con una jubilación de funcionario público apenas se podían comprar unas hogazas de pan.

El poder estaba entonces en manos del presidente Leonid Kuchma, un brillante representante de los “directores rojos”. Simple, espontáneo, cercano al pueblo, aparecía con frecuencia en la televisión, con su vieja guitarra. Parece que a veces incluso le daba por cantar. Tenía tal aspecto de buen padre de familia que enseguida se vio rodeado por gente deseosa de escucharlo tocar; melómanos, que pronto formaron su principal *business environment*. Privatizaron la mayoría de las empresas y le sugirieron al presidente las leyes necesarias para que Ucrania se volcara lo más rápidamente posible hacia la economía liberal. Pero mientras tanto Ucrania se había transformado en un inmenso mercado salvaje. Uno de cada dos ucranianos comerciaba con algo. Todo era válido para la venta: las patatas del jardín, los cigarrillos de contrabando, los productos de la fábrica en la que se trabajaba. Porque, después de la crisis parlamentaria, los obreros cobraban su salario directamente en especie. Siempre era mejor que nada.

La carretera entre Kiev y Nikolaev cruza la pequeña ciudad de Pervomaïsk, que albergaba antaño una fábrica de cacerolas y de sartenes. Con la quincalla que recibían como salario, los obreros alimentaban un mercado instalado a lo largo de la calzada, que permanecía abierto las 24 horas. La primera vez que llegué a las inmediaciones de Pervomaïsk por la carretera de noche, camino al mar Negro, vi con sorpresa una suerte de halo que iluminaba el horizonte. Pensé que se trataba seguramente de invernaderos. Pero descubrí que era el mercado de las cacerolas iluminado a diario por focos. Las cacerolas, con esa luz, brillaban como las piezas de una nave cósmica que se hubiera desmontado en el lugar. Por cierto, este mercado sigue existiendo, aunque desde hace mucho tiempo los salarios se pagan con dinero.

Leonid Kuchma, segundo presidente de Ucrania, declaró que en el curso de su primer mandato había aprendido a ser presidente, y

que durante el segundo pretendía reformar el país para convertirlo en un Estado europeo moderno. Es tal vez lo que habría pasado si no se hubiera presentado un pequeño “obstáculo”. En septiembre de 2001, un periodista hasta entonces totalmente desconocido por el público, Gueorgui Gongadze, desapareció. Su cuerpo fue encontrado pronto, decapitado. Enseguida aparecieron notas confidenciales, redactadas en la propia oficina de Leonid Kuchma por un hombre de su guardia de seguridad personal, el mayor Melnichenko. Estas notas permitían suponer que la orden de eliminar a Gongadze provenía del presidente, o de su entorno. Este fue un escándalo internacional, que todavía hoy tiene repercusiones en la política ucraniana. El juicio al ejecutor, el general de la milicia Oleksi Pukach, se llevará a cabo próximamente, pero quien lo encargó sería el actual presidente del Parlamento, Vladímir Litvin quien, en 2001, dirigía la Administración del presidente Kuchma.

El presidente en ejercicio, Víctor Yanukóvich, es asimismo uno de sus discípulos. Kuchma lo había elegido como “sucesor” en 2004, cuando juzgó que pretender un tercer mandato presidencial después del escándalo suscitado por el asesinato del periodista resultaba tal vez un poco inmoral. A decir verdad, la Constitución prohíbe a un presidente presentarse más de dos veces, pero el Tribunal Constitucional había dado de todas formas su autorización; en Ucrania, el Tribunal Constitucional no contraría nunca los deseos presidenciales. La época actual no es una excepción.

En 2004, sin embargo, gracias a la Revolución Naranja, fue Víctor Yúshenko el que ganó. Un mandato que pasó sentado en su trono, indiferente a la situación económica del país, exclusivamente preocupado por predicar la buena palabra, como un sacerdote en su parroquia, y por enseñar al pueblo a amar a Ucrania, al tiempo que se dedicaba a demostrar que la verdadera Ucrania era él, Yúshenko. Sin duda, no fueron los peores años que los ucranianos han vivido, pero fueron ciertamente los más mediocres que el Estado ha conocido. La consecuencia fue la llegada al poder del Partido de las Regiones y de su líder Víctor Yanukóvich.

Con frecuencia se lo compara con Bush hijo. Tienen más o menos el mismo grado de instrucción en ortografía. Yanukóvich cometió su falta más célebre antes de convertirse en presidente. En un formulario para cumplimentar para participar en las elecciones, declaró ser profesor: noble vocablo, si no fuera porque ignoraba su ortografía.

¡Dios guarde a nuestro profesor Yanukóvich! Tanto en sentido literal como en figurado. Se dice que es un hombre profundamente creyente. Lo que, ciertamente, lo acerca más a Bush hijo. Ignoro si el parecido puede ir más lejos. Pero después de su Victoria en las presidenciales, se apresuró a restaurar las relaciones con Putin y Rusia, que su predecesor había deteriorado. En los dos primeros meses de su mandato, prolongó por 25 años la presencia de la flota rusa en Sebastopol y garantizó que el gas ruso destinado a Europa Occidental podría transitar por Ucrania de manera estable y continua. Prometió incluso reconocer las repúblicas de Osetia del Sur y de Abjasia, hoy separadas de Georgia. A la población, y en particular a la de Ucrania occidental, cuya actitud respecto de Rusia está impregnada –por no decir más– de una prudente reserva, Yanukóvich le explicó que a cambio de esa prueba de amistad, Ucrania tendría gas barato.

Rusia no bajó el precio del gas. Yanukóvich dejó de hablar de amistad y se acercó al presidente bielorruso, Aleksandr Lukasenko, quien firmó un acuerdo con Hugo Chávez para reemplazar las entregas de petróleo ruso por el petróleo venezolano, que llegaría a Bielorrusia vía Lituania y Ucrania. He aquí cómo Ucrania volvió a ser “multivectorial”, tratando al mismo tiempo de seguir siendo amiga de Rusia, de cobrar los miles de millones de crédito del Fondo Monetario Internacional (sin los cuales el país sería declarado en estado de suspensión de pagos), y de sacar provecho del conflicto entre Rusia y Bielorrusia; a propósito, sigue sin reconocer la república de Osetia del Sur... La televisión pública rusa reaccionó difundiendo, en un programa muy popular, una feroz parodia de Yanukóvich. Los ucranianos, que sin embargo no quieren a su

presidente, se sintieron ofendidos. Pero los analistas recordaron que en la televisión rusa sólo se ríe por orden del Kremlin: era, por lo tanto, una señal. Una señal enviada justo después de la visita brutalmente interrumpida de Vladímir Putin a Kiev, quien regresó muy descontento y antes de lo previsto, después de haber anulado un desayuno. Sin embargo, la visita de Putin había tenido lugar antes de las elecciones regionales, de las que el partido gobernante esperaba que le permitieran tomar el control del conjunto del país. De hecho, con intrigas y confabulaciones, lo logró parcialmente, por mor de provocaciones y maniobras judiciales diversas.

En las tres regiones occidentales, salieron triunfantes los nacionalistas radicales, apoyados de manera inesperada por el partido de Yanukóvich con el único propósito de frenar a los aliados de Yulia Timoshenko. Y en el resto del país, el Partido de las Regiones supo encontrar un lenguaje común con los representantes de otros movimientos. Pero, aun cuando no siempre sea el caso de sus representantes, el pueblo se liberó del miedo a través de la Revolución Naranja y no quiere dejarse nuevamente asustar ni tampoco comprar. El presidente se encuentra otra vez condenado a no cumplir su promesa de hacer del ruso el segundo idioma oficial del Estado, ya que la mayoría de los ucranianos se opone a ello. Por lo tanto, tuvo que celebrar recientemente la fiesta de la lengua oficial, durante la cual, a las 16 horas, las emisoras de radio difundieron en todo el país un dictado especialmente elaborado para la ocasión, que le permite a cada uno controlar su nivel. Evidentemente, no está realmente entre las atribuciones de un presidente la de hacer un dictado. Pero era necesario que el Gobierno diera testimonio ante las cámaras de su respeto por el ucraniano. De ello se encargó el ministro de Educación, Dimitri Tabachnik, rusófono: una sola falta.

La guerra por y contra la lengua rusa dura ya diecinueve años. Pero desde hace tiempo ha dejado de ser un problema para la mayoría de los ucranianos. En Ucrania occidental, donde los partidos nacionalistas van viento en popa, se encuentran muchos más turistas provenientes de Rusia que del resto de Europa. Las ciudades están

allí mejor mantenidas, y la gente sonrío más. La explicación es que esta región sólo pasó 45 años en el regazo de la URSS. En cuanto a la Ucrania oriental, a pesar de su proximidad con Rusia, no muestra un excesivo interés de retornar a “la familia de los pueblos soviéticos, que tienen a Moscú como capital”, y los empresarios envían a sus hijos a estudiar a Londres o a Estados Unidos. Hace poco un destacado hombre de negocios de Donetsk me dijo con orgullo que sus hijos habían aprendido ucraniano. Él no lo hará jamás: no le hace ninguna falta en una ciudad totalmente rusófona. Pero está bien que sienta que Ucrania tiene un futuro diferente al de Rusia.